

DESDE LOS APÓSTOLES HASTA LOS VALDENSES¹

PRIMER TOMO DE “LA MARCHA DEL CRISTIANISMO”

JUAN C. VARETO

1938

INDICE

1. CAPITULO PRIMERO: AÑOS 1 -100

La Tarea Asignada Por Cristo. — Ideas Religiosas Y Filosóficas. — Testigos En Jerusalén. — San Pablo. — El Primer Combate En Roma. — Últimos Días De San Pablo. — Últimos Días De San Pedro. — Jacobo. — Destrucción De Jerusalén. — Juan, El Apóstol.

2. CAPITULO SEGUNDO: Años 100-200

Adelantos Del Cristianismo. — Persecuciones. — Consulta De Plinio A Trajano. — Ignacio De Antioquia. — Policarpo De Esmirna. — Justino Mártir. — Los Mártires De Lyon Y Viena. — Ireneo. — Tertuliano. — Literatura Cristiana Del Segundo Siglo. — La Recepción De Miembros.

3. CAPITULO TERCERO: Años 200-300

Sencilla Organización De Las Iglesias. — El Culto Cristiano. — Costumbres De Los Cristianos. — Los Mártires De Cartago. — Orígenes. — Más Persecuciones. — Cipriano. — Los Novacianos. — Las Catacumbas.

4. CAPITULO CUARTO: AÑOS 300 – 606

La Persecución De Diocleciano. — Constantino. — El Concilio De Nicea. — Juliano El Apóstata. — Principales Escritores Cristianos De Oriente: — Eusebio, Cirilo De Alejandría, Teodoro De Mopsuestia. El Trío De Capadocia., Crisóstomo. — Principales Escritores Cristianos De Occidente: — Hilario, Ambrosio, Agustín, Jerónimo. — Avance Del Clericalismo. — Vida Monástica: Antonio. — Innovaciones. — Los Donatistas.

¹ En su libro La Reforma Religiosa del siglo XVI, que podemos considerar como el segundo tomo de esta obra, el autor continúa hablando de la marcha del cristianismo en el glorioso período de la Reforma del Siglo XVI.

5. CAPITULO QUINTO: AÑOS 606-814

Decadencia Espiritual E Intelectual. — Controversia Sobre Las Imágenes. — Levantamiento Del Mahometismo. — Los Paulicianos. — Carlomagno.

6. CAPITULO SEXTO: AÑOS 814-1054

Triunfo De Las Tinieblas. — Corrupción Del Papado. — Claudio De Turín. El Año Mil. — Separación De Constantinopla.

7. CAPITULO SÉPTIMO: AÑOS 1054-1305

Hildebrando. — Arnolfo De Breseia. — Las Cruzadas. — Valdenses Y Albigenses: Su Origen. Pedro De Bruys. Enrique De Lausana. Pedro Valdo. Extensión Del Movimiento Valdense. Vida Religiosa De Los Valdenses. Antigua Literatura Valdense. — La Cruzada Contra Los Albigenses.

CAPITULO PRIMERO

AÑOS 1 -100

La tarea asignada por Cristo.

Pasado el asombro que la resurrección de Cristo había producido en el ánimo de los primeros discípulos, éstos se pusieron de nuevo a pensar en la marcha que seguiría el reino de Dios en el mundo. Siempre abrigando la idea de que Cristo iba a librar a Israel del poder de sus dominadores, le dirigieron esta pregunta: "Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?" Pregunta que, como alguien ha dicho, revela más bien el patriotismo y particularismo judaico de los discípulos, que un conocimiento de la universalidad y espiritualidad de la obra del evangelio. El señor les respondió: "No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis, poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra". Hechos 1; 6, 7.

San Lucas, que relata este diálogo, dice que Jesús, habiendo dicho estas cosas, fue alzado, y una nube le recibió y le quitó de los ojos de los discípulos.

La misión de los cristianos no sería la de especular sobre acontecimientos; no les tocaba enredarse en cuestiones de fechas, de años, meses y días. La misión que se les encomendaba era la de ser testigos. Tenían que ser testigos de lo que Cristo había sido en el mundo; testigos de su vida santa y de su pureza perfecta; testigos de las señales, prodigios y maravillas que había obrado; y sobre todo testigos de su gloriosa resurrección de entre los muertos.

Este testimonio lo darían no sólo en el suelo natal. Franqueando los límites de Judea y de Samaria, tenían que ir a todos los pueblos del mundo, y hasta lo último de la tierra, para predicar el evangelio a toda tribu y en toda lengua.

Detengámonos ahora para lanzar una mirada sobre el mundo de aquel entonces, y recordar brevemente cuáles eran las ideas religiosas y filosóficas más populares de los pueblos ante quienes tenían que ser testigos.

Ideas religiosas y filosóficas.

En materia religiosa, los judíos eran los más adelantados del mundo. Poseían los divinos oráculos del Antiguo Testamento. El culto mosaico era la expresión religiosa más perfecta a que habían llegado los hombres. Los profetas habían anunciado el advenimiento de un Mesías, y la esperanza de Israel estuvo durante largos siglos fija en el cumplimiento de esta promesa.

El judaísmo se hallaba dividido en tres ramas: fariseísmo, saduceísmo y esenismo.

Los fariseos eran los ortodoxos de la nación. Para ellos la religión consistía en el cumplimiento estricto y legal de ritos y ceremonias. Sumamente orgullosos de la posición que asumían, se ligaban a prácticas externas, murmuraban sus oraciones, multiplicaban sus ayunos, ensanchaban las filacterias, es decir, las cintas con textos bíblicos escritos que se ceñían en la frente, y hacían gran alarde de una piedad que estaban muy lejos de poseer interiormente. Tenían

mayoría en el Sanedrín, el congreso de los judíos, y ejercían más influencia sobre el pueblo que otros partidos.

Los saduceos, o discípulos de Sadoc, formaban la minoría de oposición. Rechazaban las tradiciones que imponían los fariseos, así como los libros de los profetas, admitiendo sólo los cinco libros de la Ley. Negaban la vida futura, la inmortalidad del alma, y la existencia de ángeles y espíritus. Eran poco numerosos y de poca influencia.

Los esenios eran una especie de monjes que, unos dos siglos antes de Cristo, buscaron en las soledades del Mar Muerto un refugio donde estar al abrigo de la corrupción reinante. De ahí se extendieron también a otros de Palestina. Vivían en el celibato, sumidos en un profundo misticismo, llevando una vida contemplativa y en completo antagonismo con la sociedad. Sin suprimir en absoluto la propiedad individual, vivían en comunidad. Eran industriosos, caritativos y hospitalarios.

Por otra parte estaba el mundo pagano. Grecia y Roma aun en los mejores días de su gloria no pudieron librarse del culto grosero que se denomina paganismo. Este culto variaba mucho según las épocas y los países que lo profesaban, de modo que se requerirían muchos volúmenes para describirlo. En los días de los apóstoles y en los países donde ellos iban a actuar, consistía en la adoración de dioses imaginarios que representaban por medios de estatuas a las que el vulgo y los sacerdotes atribuían poderes sobrenaturales.

En Grecia la divinidad principal era Zeus a quien llamaban padre de los dioses, y fecundador de la tierra. Residía en las nubes y en el Olimpo junto con una multitud de semidioses y héroes.

En Roma era Júpiter el que ocupaba el primer lugar. Lo miraban como al dios del cielo y de la tierra y creían que de su voluntad dependían todas las cosas.

La idea de la moral no estaba para nada en el culto pagano. Los dioses eran solamente hombres y mujeres de gran tamaño y dotados de mucha fuerza. Eran grandes en poder y también grandes en crímenes y pasiones. Júpiter era adúltero e incestuoso. Venus era la personificación de la voluptuosidad y de la belleza carnal. Baco representaba las ideas del placer, de la alegría, de las aventuras, y de los triunfos ganados con facilidad. Tertuliano, escribiendo a los paganos, les dice que el infierno está poblado de parricidas, ladrones, adúlteros, y seres hechos a semejanza de sus dioses.

Cada nación y cada provincia tenían sus dioses favoritos. Había dioses de las montañas y de los llanos; dioses de los mares y la tierra; dioses de los bosques y de las fuentes; dioses celestiales, terrenales e infernales.

En Roma se adoraban las imágenes de los emperadores. Se levantaban templos y altares para conmemorar sus grandezas. Calígula, el infame, se proclamó a sí mismo un dios, y Roma lo adoraba como tal. Finalmente Roma se adoraba a sí misma, y se hacía adorar por los pueblos que subyugaba. Era a la vez idólatra e idolatrada.

Pero en medio de este desorden hubo algunos filósofos que alcanzaron a entrever cosas mejores. No todos se contentaron con las viandas mal servidas del paganismo. Recordemos aquí algunos de estos sabios:

SÓCRATES. Fue el más sabio y el mejor de los filósofos paganos. Tal vez ningún otro gentil estuvo tan cerca de la verdad como él. Tenía un profundo y sincero sentimiento de su ignorancia. Le animaba una sublime resignación, y en los momentos tristes de su vida disfrutó de la calma que produce la esperanza de la vida futura. No hubo pagano que tanto se acercara al espíritu del Evangelio que Cristo predicó cuatro siglos después.

PLATÓN. Este ilustre discípulo de Sócrates, intelectual -mente remontó a alturas nunca sospechadas ni aun por su maestro. Supo juntar los elementos producidos por la brillante inteligencia de Sócrates, y combinándolos con los suyos propios, formó el sublime sistema de filosofía universal que figura como el esfuerzo más heroico hecho por la mente humana. Enseñó que el bien supremo reside en la divinidad y que el alma humana puede ponerse en contacto con ella.

ARISTÓTELES. Creó un sistema que tuvo gran influencia y contribuyó grandemente a difundir estos conocimientos, elevando el nivel intelectual de su época. Fue el último de los grandes filósofos y con su muerte se extinguió aquel foco de sabiduría que durante varios siglos estuvo encendido en la antigua Grecia.

Cuando San Pablo dice que la sabiduría de este mundo es necedad para con Dios, no se refiere a los sabios del tipo que hemos mencionado, sino a los numerosos sofistas y hombres superficiales, que alimentan el orgullo de una vana filosofía.

Los cristianos, pues, tenían que ser testigos de su Señor y Maestro en medio del formalismo, del orgullo judaico, y en un mundo sumido en el más grosero y absurdo paganismo.

Ese era el inmenso campo de batalla donde pelearía la buena pelea de la fe.

Testigos en Jerusalén.

Era menester empezar a dar testimonio en la ciudad que, enfurecida, había pedido la muerte del Hijo de Dios. "Los enemigos —ha dicho Adolfo Monod— se jactaban de haber desterrado a Cristo para siempre jamás; pero he aquí que reaparece en la escena, se pasea por las calles, visita el templo, cura los enfermos y perdona los pecados." Era en las personas de los suyos que el Señor se manifestaba de nuevo en la ciudad donde había sido desechado.

Cristo ascendió a los cielos desde Betania, la aldea de Lázaro, de Marta y de María, y de ahí sus discípulos se fueron a Jerusalén para esperar "la promesa del Padre", es decir, la venida del Espíritu Santo.

Diez días permanecieron juntos, hombres y mujeres, orando y velando. El día de Pentecostés, cincuenta días después de la muerte del Señor, vino un estruendo del cielo y la casa donde estaban reunidos se llenó como de un viento recio que corría, y se les aparecieron lenguas como de fuego que se asentaron sobre la cabeza de cada uno de ellos. Era la manifestación del Espíritu Santo asumiendo la forma de los elementos más poderosos de la naturaleza: el viento y el fuego.

El estruendo producido por el ímpetu del viento, atrajo una multitud al sitio donde estaban congregados. Como eran los días de una de las grandes solemnidades, se hallaban reunidos en Jerusalén judíos venidos de todos los países. Los discípulos habían recibido el don de lenguas, y la multitud estaba perpleja oyéndolos hablar idiomas desconocidos en Galilea y en Judea. Los más serios se detenían a pensar sobre lo que podía significar ese hecho tan raro, pero los frívolos se contentaban con decir que estaban llenos de mosto.

Pedro tomó la palabra, y este mismo hombre que tan pusilánime se había mostrado cuando negó a Cristo, lleno de poder y de vida, expuso a la multitud lo que aquel hecho significaba, recordándoles que el Cristo, al cual habían entregado y crucificado, había sido levantado por Dios, conforme a lo que los profetas habían hablado.

La multitud, compungida de corazón al oír sus palabras clamó diciendo: "Varones hermanos, ¿qué haremos?" Pedro entonces les señala el camino del arrepentimiento, y tres mil almas en

aquel día aceptan y confiesan a Cristo. Así nació la iglesia de Jerusalén, iglesia llamada a tener una corta pero gloriosa carrera.

La vida de esta iglesia la tenemos narrada por San Lucas en estas palabras:

"Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.

"Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno.

"Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos" (Hechos 2:42, 47).

La primera iglesia cristiana era, como vemos, una iglesia que aprendía la doctrina escuchando la enseñanza de los apóstoles; una iglesia que vivía en comunión, celebrando sus cultos en los que eran la parte principal el rompimiento del pan y las oraciones; una iglesia que practicaba la fraternidad haciendo que los más pobres participasen de los bienes de los más afortunados. En la actividad exterior esta iglesia no cesaba de dar testimonio a los inconversos, y el poder de Dios se manifestaba obrando diariamente conversiones que venían a aumentar el número de los que componían la hermandad. En esta iglesia se ve en forma admirable: la vida religiosa, en su trato con Dios; la vida fraternal, en su trato con los hermanos, y la vida misionera, en su trato con el mundo.

Las pruebas destinadas a intensificar el fervor de los nuevos convertidos no se dejarían esperar mucho tiempo. A raíz de la curación de un cojo de nacimiento a las puertas del templo, y de la predicación que siguió a este milagro, Pedro y Juan son encarcelados, y al día siguiente tienen que comparecer ante el Sanedrín. Este era un tribunal judío que funcionaba en Jerusalén y el cual los romanos habían respetado. Lo componían setenta y un miembros, de entre los ancianos, escribas y sacerdotes, bajo la presidencia del sumo sacerdote. Era el mismo tribunal ante el cual había comparecido el Señor. Pedro, lleno de Espíritu Santo, habló a este cuerpo, y allí levantó al Cristo, anunciando que "en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos".

El Sanedrín les intimó que guardasen silencio, prohibiéndoles hablar en el nombre de Jesús, a lo que ellos contestaron que no era justo obedecer a los hombres antes que a Dios, y que no podían dejar de hablar de aquellas cosas que habían visto y oído.

Poco tiempo después es Esteban quien comparece ante el Sanedrín. Su testimonio fue noble, juicioso y brillante, pero la furia de los judíos se desencadenó sobre él. Arrastrado fuera de la ciudad fue apedreado por la turba inconsciente. Después de haber invocado a Jesús e implorado que no les fuese imputado ese crimen a sus verdugos, "durmió".

El nombre Esteban significa corona. Hay una perfecta analogía entre el nombre que llevó en la tierra y la corona de la vida prometida por el Señor a los que son fieles hasta la muerte. Esteban fue el protomártir del cristianismo; primicias de aquella multitud que en todos los siglos y en todos los países moriría por el testimonio de Jesucristo.

El martirio de Esteban fue la primera señal de una violenta persecución que desoló a la iglesia de Jerusalén. Sus miembros, salvo los apóstoles, fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria.

Saulo de Tarso asolaba a la iglesia, entrando por las casas de los creyentes y encarcelando a hombres y mujeres.

Jacobo, hermano de Juan, murió mártir, cayendo bajo el cuchillo de Herodes.

Pero a pesar de todo, Lucas pudo escribir estas líneas alentadoras: "Pero la palabra del Señor crecía y se multiplicaba". Hechos 12:24.

Nada de exageración hay en las palabras del historiador Schaff cuando dice que San Pablo fue "el hombre que ha ejercido mayor influencia sobre la historia del mundo". Este apóstol nació en la ciudad de Tarso de Cilicia. Sus padres eran judíos y se ignora desde qué época se hallaban habitando la culta ciudad helénica.

Si cuando Saulo se convirtió tenía, como es probable, unos treinta años, y si este hecho ocurrió alrededor de los años 36 ó 37 de la era cristiana, podemos fijar la fecha de su nacimiento, más o menos por el año 7, cuando Jesús contaba unos 10 u 11 años de edad, y vivía en Nazaret con sus padres.

El nombre Saulo significa deseado, de lo que algunos han inferido que su nacimiento fue objeto de anhelos que tardaban en realizarse. El nombre Pablo era probablemente el nombre latino con que era conocido entre los paganos de la ciudad.

La familia de Saulo militaba en las filas del fariseísmo, y el niño fue destinado a seguir la carrera de rabino. Con este fin se confió su preparación intelectual y religiosa al judío más ilustre de su tiempo, el célebre Gamaliel, a quien sus compatriotas llamaban "el esplendor de la ley". Tenía en Jerusalén una escuela que contaba con 1.000 discípulos; 500 que estudiaban la ley del Antiguo Testamento, y 500 literatura y filosofía. El consejo prudente que dio al Sanedrín, cuando comparecieron los apóstoles (Hechos 5:34-40), es un rasgo de la sabiduría que le caracterizaba. Pablo nos da cuenta de su educación a los pies del gran maestro, para quien siempre conservó la mayor veneración y estima. (Hechos 22:3.)

Además de sus estudios teológicos, Saulo tuvo que aprender un oficio manual. El mismo Gamaliel decía que el estudio de la ley, cuando no iba acompañado del trabajo, conducía al pecado. Los rabinos tenían que hallarse en condición de enseñar gratuitamente cuando fuese necesario, y por eso siempre adquirían un oficio con el cual poder ganar la vida. Saulo aprendió a coser tiendas, y sabemos cuan útil le fue este conocimiento cuando se vio privado de las riquezas terrenales que abandonó por amor a Cristo.

Varias expresiones de sus epístolas (por ejemplo, Tito 1:12), y su discurso en el Areópago de Atenas, demuestran que estaba familiarizado con la literatura griega que se leía y comentaba en sus días.

Su origen judaico, el ambiente helénico que le circundó en su infancia, y la ciudadanía romana que poseía por nacimiento (Hechos 22:25), le abrían todas las puertas y podía dirigirse a los sabios del más al LO tribunal de Atenas, a los venerables ancianos del Sanedrín de Jerusalén, y a los soberbios romanos que componían el gran tribunal de Nerón, sin ser para ellos extranjeros.

Cuando Saulo estaba en todo el esplendor de su ardiente fariseísmo, la iglesia de Jerusalén llenaba la ciudad de la doctrina del Salvador. Saulo, furioso como un león rugiente, se constituyó en instrumento de la persecución. Lucas en los Hechos, y Pablo mismo en sus Epístolas, nos dan un cuadro vivo de la actividad inquisitorial del joven fariseo.

Cuando Esteban era apedreado, Saulo estaba presente. Lucas dice que Saulo "asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba hombres y mujeres, y los entregaba en la cárcel". (Hechos 8:3.) Recordando su triste pasado, dice Pablo a los judíos: "Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret: lo cual también hice en Jerusalén; y yo encerré en cárceles a muchos de los santos, recibida potestad de los príncipes de los sacerdotes; y cuando eran matados yo di mi voto". (Hechos 26:9, 10.) De la frase "yo di mi voto" muchos intérpretes han deducido que Saulo era miembro del Sanedrín. Otros creen que es lenguaje figurado y que sólo alcanza a significar que aprobaba lo que se hacía. Estos actos fueron

repetidos con frecuencia, pues él mismo dice: "Y muchas veces castigándolos por todas las sinagogas". El odio al Salvador y el carácter violento de sus persecuciones se ve en estas palabras: "Los forcé a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extrañas". Su fama de perseguidor era notoria aun fuera de Jerusalén. Ananías en Damasco pudo decir: "Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén; y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre." (Hechos 9:13-14.) En la Epístola a los Gálatas dice: "que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios, y la destruía". (Gal. 1:13.) En Filipenses 3:6, se llama a sí mismo "perseguidor de la iglesia".

Digamos, sin embargo, con F. Godet, que Saulo "persiguió con maldad, pero no por maldad. Le animaba la mejor intención del mundo, y creía estar sirviendo a Dios cuando defendía la teocracia, la ley y el templo.

Yendo Saulo ocupado en su tarea de perseguidor de los santos, Jesús le salió al encuentro en el camino de Jerusalén a Damasco, y le dijo: "Saulo, Saulo; ¿por qué me persigues?" Una luz superior a la del sol lo envolvió y él cayó herido de ceguera a causa del gran resplandor que había visto. Al caer Saulo, cayó juntamente todo el edificio de su fariseísmo, y la ceguera que le hirió, dijo Crisóstomo, "fue necesaria para que pudiese alumbrar al mundo".

La conversión repentina de Saulo es una de las grandes pruebas del cristianismo. La crítica racionalista ha ensayado todas las explicaciones imaginables, pero tanto el genio y sutileza de Renán, como el de todos los que han pensado como él, han tropezado con dificultades nunca sospechadas, y se han visto vencidos por la realidad incontestable de un milagro evidente, hasta tener que llegar a la conclusión del alemán Baur quien dijo: "No se llega por ningún análisis psicológico ni dialéctico a sondear el misterio del acto por el cual Dios reveló su Hijo a Pablo".

El tímido redil del Señor no podía creer que el león se había convertido en cordero, pero la oportuna intervención de Bernabé hizo que Saulo fuese recibido por los apóstoles y reconocido como uno de los que habían pasado de muerte a vida.

Saulo estuvo algunos días con los discípulos en Damasco, luego pasó un período de tres años en Arabia, volvió a Damasco, visitó a Jerusalén y a Tarso, y después le hallamos en Antioquia, de donde irradiaría la luz suave y bienhechora del evangelio a todas partes del imperio romano.

San Lucas nos da cuenta de sus viajes atrevidos, largos, y frecuentes. En completa sumisión al Señor, iba Pablo, de ciudad en ciudad, predicando a Cristo crucificado. A veces su permanencia en un lugar era cosa de días, a veces de años enteros. Bernabé, Silas, Marcos, Timoteo, Lucas y otros le acompañaban en estas expediciones misioneras. Lo hallamos en Tesalónica, en Corinto, en Atenas, en Efeso, en Jerusalén, y finalmente en Roma. Las sinagogas de sus compatriotas, ya en aquel tiempo numerosas en todos los grandes centros de población, le presentaban la oportunidad de anunciar, "al judío primeramente", que no habiéndoles sido posible ser justificados por las obras de la ley, podían ahora creer en el Mesías que había sido crucificado, el justo por los injustos, y ser justificados por la fe. Pero como apóstol de los gentiles, de la sinagoga pasaba a las calles, a las casas, a los mercados, a las escuelas, y anunciaba aquella perfecta salvación que predicaba por mandato divino. Los azotes, las cárceles, los tumultos, las turbas enfurecidas, no le hacían desmayar, y como desafiando a todos estos obstáculos, seguía fielmente en su misión, sabiendo que era Dios quien le había encargado esa tarea, lo que le hacía exclamar: "¡Ay de mí si no anunciare el evangelio!" El poder de Dios acompañaba su predicación, y las almas se agrupaban en torno suyo para oír la verdad que defendía con tanta vehemencia. Muchos judíos se convertían, rompiendo con el yugo de la ley, y

muchos gentiles arrojaban a los topos y a los murciélagos sus ídolos de plata y de oro para convertirse y servir al Dios vivo y verdadero y esperar a su Hijo de los cielos. Por todas partes se organizaban iglesias, a las cuales Pablo cuidaba desde lejos por medio de sus oraciones y de la enseñanza que les comunicaba en las epístolas que enviaba por mano de sus fieles colaboradores. Jamás hombre alguno supo estas en tantos lugares al mismo tiempo y extender su influencia a regiones tan dilatadas.

Los Hechos terminan con la llegada de Pablo a la ciudad de los Césares, donde, a pesar de estar preso, supo llenarlo todo del evangelio de Cristo, consolar a los que venían a verle, y proseguir su actividad literaria, produciendo las páginas más sublimes que hayan sido escritas por la mano del hombre.

La historia de los últimos años de la vida de San Pablo, es decir, desde su llegada a Roma hasta su muerte, se halla envuelta en la niebla de la tradición, y el historiador no teniendo ya a un Lucas que le guíe, tiene que seguir a tientas por el camino cuyo plano desea trazar.

Dejemos aquí a nuestro héroe para volver a él más adelante.

El primer combate en Roma.

Nunca ha podido comprobarse quienes fueron los primeros que sembraron en Roma la simiente del evangelio, pero como esta ciudad era el centro a donde iban a parar todas las cosas buenas y malas que producía el mundo, no está fuera de lugar suponer que algunas personas que conocieron el camino de la vida en Oriente, habiéndose radicado en Roma, por razones de comercio y de trabajo, fueron los primeros en dar testimonio y ser el principio de la fundación de una iglesia cristiana.

Los sostenedores del papado han hecho esfuerzos para demostrar que San Pedro llegó a Roma por el año 42, siendo Claudio emperador, donde hubiera permanecido 25 años, y atribuyen a sus trabajos apostólicos el origen de la iglesia en esa ciudad: "La mayoría de los escritores católicos, serios —dice F. Godet— e independientes, combaten hoy día la idea de la permanencia de Pedro en Roma bajo el reinado de Claudio."

Duchesne, en su obra famosa puesta en el índice, a pesar de su predisposición al romanismo, como fiel historiador dice: "¿Por qué manos fue arrojada la simiente divina en esta tierra (Roma), en la cual tenía que dar frutos tan prodigiosos? Probablemente siempre lo ignoraremos. Cálculos muy poco fundados para merecer el sufragio de la historia, conducen al apóstol Pedro a Roma a principios del gobierno de Claudio en el 42 o bajo Calígula (39)."

Como dice un antiguo testimonio, la fe cristiana se arraigó en Roma "sin ningún milagro y sin ningún apóstol".

La Epístola de San Pablo a los Romanos es una prueba de que Pedro no fue el fundador de la iglesia en esa ciudad y de que no residía en Roma cuando la Epístola fue dirigida. San Pablo, que tenía por norma no edificar sobre ajeno fundamento, no hubiera escrito esa Epístola de carácter doctrinal a una iglesia que fuera el fruto de los trabajos de su colega, y mucho menos hubiera dejado de mencionarlo en las saluciones que figuran en el último capítulo.

Sin la intervención de Pedro, ni de Pablo, ni de ninguno de los apóstoles; sin clero, sin jerarquías, sin autoridades eclesiásticas, la iglesia en Roma florecía y daba un testimonio poderoso de la fe que profesaba. Por todas partes se extendía su fama, y una propaganda activa se llevaba a cabo en aquel foco de idolatría y corrupción.

La llegada de Pablo, aunque prisionero, contribuyó a que muchos fuesen ganados al Señor, lo que le permitió que desde el pretorio pudiese escribir estas palabras a los cristianos de Filipos: "Las cosas que me han sucedido, han redundado más bien para el progreso del evangelio." Renán describe así los adelantos del cristianismo en Roma: "Los progresos eran extraordinarios; hubiérase dicho que una inundación, largo tiempo detenida, hacía al fin su irrupción. La iglesia de Roma era ya todo un pueblo. La corte y la ciudad empezaban ya seriamente a hablar de ella; sus progresos fueron algún tiempo la conversación del día".

"En cuanto al populacho —agrega el mismo autor— soñaba con hazañas imposibles para ser atribuidas a los cristianos. Se les hacía responsables de todas las calamidades públicas. Se les acusaba de predicar la rebelión contra el Emperador y de tratar de amotinar a los esclavos. El cristianismo llegaba a ser en la opinión lo que fuera el judío en la Edad Media: el emisario de todas las calamidades, el hombre que no piensa más que en el mal, el envenenador de fuentes, el comedor de niños, el incendiario. En cuanto se cometía un crimen, el más leve indicio bastaba para detener a un cristiano y someterlo a la tortura. En repetidas ocasiones, el nombre de cristiano bastaba por sí solo para el arresto. Cuando se les veía alejarse de los sacrificios paganos, se les insultaba. En realidad la era de las persecuciones estaba ya abierta."

Los romanos hasta entonces no se habían levantado contra los cristianos. Para ellos el cristianismo era una secta judía, y como el judaísmo era lícito, no hallaban motivos para molestar al nuevo partido. Pero bien pronto las cosas cambiarían de tono. Vemos los acontecimientos que precedieron y prepararon la violenta tempestad que iba a desencadenarse sobre la iglesia de Roma.

El año 54 subió al trono Nerón, cuando sólo contaba diecisiete años de edad. Las intrigas de su madre Agripina le pusieron al frente de los destinos del mundo. Desde un principio reveló un carácter extravagante que ha permitido que se dijera de él, que era un personaje carnavalesco, una mezcla de loco y de bufón, revestido de la omnipotencia terrenal y encargado de gobernar al mundo. Para él la virtud era una hipocresía, y en el mundo no había oír cosa de valor sino el teatro, la música y las artes. Era un desgraciado embriagado de su propia vanagloria, consagrado a buscar los aplausos de una multitud de aduladores. Formó la compañía llamada de los "caballeros de Augusto" cuya misión era la de seguir al loco emperador a todos sus actos de exhibición, y aplaudir cualquier travesura que imaginase. Roma vio a su emperador ocupado en la tarea de conducir carros en el circo; cantar y declamar en las tribunas, y disputarse los premios musicales. Salía a pescar con redes de oro y cuerdas de púrpura, y para ganar mayor popularidad hacía viajes por las provincias con el único fin de exhibir en los teatros sus dotes de artista y declamador.

A estos actos de locura hay que añadir otros de crueldad, tales como el asesinato de su propia madre Agripina y el de su esposa Octavia, y la muerte de la bella Popea, a la que mató de un puntapié en el vientre.

El pueblo, por su parte, seguía entusiasta las locuras de Nerón. Ya no se contentaba con oír a los artistas declamar sobre cosas obscenas; quería verlas representadas en cuadros vivos, y las multitudes de Roma, hombres y mujeres, llenaban los centros de espectáculos escandalosos. La corrupción no podía ser más espantosa. La gloria del teatro llegó a ser, en aquellos días de decadencia, la mayor gloria a que podían aspirar los romanos. El circo, donde luchaban hombres y fieras, era el centro de la vida. El resto del mundo sólo había sido hecho para dar mayor esplendidez a los torneos. El soberano presidía todas las fiestas, y consideraba que ésa era su principal ocupación y su mayor gloria. En Roma sólo se hablaba de la fiesta que había terminado y de la que seguiría inmediatamente. La vida era para todos sólo una larga y fuerte carcajada.

Pero Nerón tenía también gusto artístico, y aspiraba a transformar la ciudad. Sus planes eran tan vastos que todo lo que había le estorbaba. Quería hacer una ciudad nueva que marcara una nueva época en la historia, y que llevara su nombre: Nerópolis.

La morada imperial la encontraba muy estrecha. Deseaba verla desaparecer, pero no pudiendo llegar a tanto, se ocupó en transformarla. Quería sobrepasar a los palacios fabulosos de las leyendas asirías. La llenó de parques inmensos, y de pórticos de dimensiones increíbles, y de lagos rodeados de ciudades fantásticas. Pero todo eso no le bastaba y quería que su morada pudiera ser llamada "la casa de oro".

Para llevar a Roma la idea que ardía en su candente imaginación, tenía que hacer desaparecer templos que eran mirados como sagrados, y palacios históricos que jamás Roma hubiera permitido tocar. ¿Cómo hacer desaparecer esos obstáculos? Nerón concibió la tremenda idea de incendiar la ciudad.

Un voraz incendio, que se manifestó simultáneamente en muchas partes de la ciudad, convirtió a Roma en una inmensa hoguera, el 19 de julio del año 64. Las llamas, devorando todo lo que encontraban, subían las colinas y descendían a los valles. El Palatino, el Velabro, el Foro, los Cariños, sufrieron los desastrosos efectos del incendio. El fuego seguía su marcha atravesando la ciudad en todas direcciones, y durante seis días y siete noches caían miles de edificios que quedaban reducidos a escombros. Los montones de ruinas detuvieron el fuego, pero volvió a reanimarse y prosiguió tres días más. Los muertos y contusos eran numerosísimos.

Nerón, que se había ausentado para alejar las sospechas que caerían sobre él, regresó a tiempo para ver el incendio. Se dijo que desde las alturas de una torre, y vestido con traje teatral contempló el espectáculo, y cantó con la lira una antigua elegía. Si esto es leyenda, tiene el mérito de pintar el carácter diabólico de este hombre siniestro.

Nadie se preguntaba quién era el autor del incendio. Las pruebas que hacían al emperador responsable eran más que evidentes. Roma estaba indignada a la vez que cubierta de luto. Todo lo que sería de grande y sagrado había desaparecido o estaba carbonizado. Las antigüedades más preciosas, la casa de los padres de la patria, los objetos sagrados, los arcos de triunfo, los trofeos de las victorias, el templo levantado por Evandres, el recinto sagrado de Júpiter, el palacio de Numa, en una palabra, todo se hallaba perdido o inutilizado.

Nerón pensó entonces en hacer caer sobre otros la culpa que la opinión unánime hacía caer sobre él. Necesitaba víctimas, y su mente diabólica pensó en los cristianos. El público estaba predisposto a cualquier acto hostil a la iglesia, de modo que Nerón sólo tuvo que encender la mecha para que estallara la bomba bien repleta de odio a los cristianos. Las clases cultas no creían que eran éstos -los autores del incendio, y de entre el populacho muy pocos lo creyeron; pero el mal no tenía remedio, de manera que había que conformarse con sacar el mejor partido posible, y nada más oportuno que hacer descargar el odio contra la secta despreciada. ¿No habían visto a los cristianos mirar con indiferencia los monumentos del paganismo? ¿No decían éstos que todo estaba corrompido y que todo sería destruido por fuego? El pueblo desencadenó su furia contra los mansos y humildes discípulos del Salvador. Nunca se conocerá el número de víctimas que perecieron en esta persecución. Actos de la más brutal crueldad se llevaron a cabo con hombres y mujeres. Tácito, el historiador romano, ha descrito en sus Anales el salvajismo y crueldad que deleitaron a la población. Los cristianos eran envueltos en pieles de animales y arrojados a los perros para ser comidos por éstos; muchos fueron crucificados; otros arrojados a las fieras en el anfiteatro, para apagar la sed de sangre de cincuenta mil espectadores; y para satisfacer las locuras del emperador se alumbraron los jardines de su mansión con los cuerpos de los cristianos que eran atados a los postes revestidos de materiales combustibles, para

encenderlos cuando se paseaba Nerón en su carro triunfal entre estas antorchas humanas, y la multitud delirante que presenciaba y aplaudía aquellas atrocidades.

Concluamos estos renglones diciendo con Tertuliano, que basta saber que Nerón haya despreciado al cristianismo, para estar cierto de que es bueno... porque Nerón despreció todo lo bueno.

Últimos días de San Pablo.

"Una suerte realmente extraña —dijo Renán— ha querido que la desaparición de estos dos hombres (Pedro y Pablo) quedara envuelta en el misterio." Luego, reconociendo el valor histórico de los libros del Nuevo Testamento, agrega: "A fines del cautiverio de Pablo, los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas nos faltan a la vez. Caemos repentinamente en una noche profunda, que contrasta singularmente con la claridad histórica de los diez años precedentes."

Conybeare y Howson, con su obra monumental e insuperable sobre la Vida y Epístolas de San Pablo, serán nuestros guías a través de las tinieblas que rodean a esta época de la vida del apóstol.

Recordemos que los Hechos terminan dejando al apóstol preso en el pretorio de Roma, viviendo, sin embargo, con relativa libertad en la casa que tenía alquilada, donde quedó dos años recibiendo a los que acudían a él.

La vida de Pablo no termina ahí. ¿Qué siguió después? El testimonio de más valor que existe es el de Clemente de Roma, que se supone fue discípulo de Pablo y ser el mismo que figura en FU. 4:3. Este, escribiendo desde Roma a Corinto, dice que Pablo predicó el evangelio "en Oriente y Occidente" y que "instruyó a todo el mundo", es decir, al Imperio Romano, y que "fue hasta la extremidad de Occidente", antes de su martirio. "Extremidad de Occidente", no puede significar otra cosa sino España, y en esto vemos el cumplimiento de los anhelos que expresa Pablo cuando escribe a los Romanos (Cap. 15:24-28).

El Canon de Muratorí, un documento perteneciente al año 170, habla también del viaje de Pablo a España.

Eusebio dice: "Después de defenderse con éxito, se admite por todos, que el apóstol fue otra vez a proclamar el evangelio, y después vino a Roma, por segunda vez, y sufrió el martirio bajo Nerón."

De modo que lo que sigue al relato en los Hechos es el juicio de Pablo ante Nerón. Sabía que su vida no estaba en las manos de este tirano, que su Señor lo cuidaba desde el cielo y que no lo dejaría hasta que hubiese cumplido su carrera. Por otra parte para él "morir es ganancia", y el semidiós ante quien comparecía era sólo uno de "los príncipes de este siglo que se deshacen." Pero como no hallaron en él crimen, fue absuelto y puesto en libertad.

Hay que recordar que este juicio tuvo lugar a principios del año 63, antes que estallara la gran persecución del año 64, que siguió al incendio de Roma.

Al ser puesto en libertad, no fue luego a España, como sería fácil suponer. El cuidado de las iglesias le llamaba al Oriente. Hizo un viaje por el Asia Menor, de acuerdo con los deseos expresados desde su prisión, en la Epístola a Filipenses, cap. 2:24 y en Filemón 22,

Después de cumplir con esta misión para con las iglesias, pudo pensar en efectuar el tan anhelado viaje a la Península Ibérica. No es probable que haya pasado por Roma, porque en ese tiempo Nerón, como un león rugiente, perseguía a los santos. Es lo más probable que en Oriente

se haya embarcado para Massilla (la Marsella moderna), y de Massilla a España, llegando el año 64.

Después de permanecer unos dos años en España, Pablo volvió a Efeso donde tuvo que ver con dolor que se habían cumplido sus predicciones a los ancianos de aquella iglesia. Los lobos rapaces que no perdonaban el rebaño se habían levantado por todas partes, y la siembra de la cizaña había seguido a la de la buena simiente. Siempre viajaba, a pesar de su edad ya avanzada, y parece que en Nicópolis fue prendido, encarcelado y conducido a Roma.

En esta segunda prisión, Pablo se encuentra en condiciones más desfavorables que cuando fue preso a Roma la primera vez. La iglesia en esa ciudad estaba desolada por la persecución. Cualquiera podía impunemente maltratar a un cristiano. Cinco años antes predicaba en su prisión y recibía a los judíos influyentes de Roma, pero ahora se halla en "las prisiones a modo de malhechor." Era peligroso declararse cristiano y difícil hallarlo entre la multitud de presidiario?. Onesíforo, el que no se avergonzó de la cadena de Pablo (2 Tim. 1:16), tuvo que buscarlo "solicítamente" para poder hallarlo.

No sabemos qué clase de cargos hacían a Pablo, pero en esos días, bajo Nerón, se requería muy poca cosa para condenar a un cristiano a muerte, mayormente si se trataba de uno de los más prominentes. Bastaba acusarle de propagar entre los reñanos una religión no reconocida por el estado (religio nova et illicita) para que la sentencia de muerte cayese despiadadamente. Los judíos prominentes de Jerusalén no pudieron conseguir que Pablo fuese condenado en su primer juicio, pero ahora cualquier delator podría haberlo logrado. Esta vez no tenía que comparecer delante de Nerón mismo, sino delante del prefecto (Praefectus Urbis). Sabemos algo del juicio, por lo que Pablo mismo escribió a Timoteo (2ª Tim. 4:16, 17). En esa hora de peligro faltó el hermano, faltó el amigo, faltaron todos. Pero el mejor intercesor y abogado estuvo a su lado dándole fuerzas para llevar la cruz hasta el fin de la carrera. De la frase "todos los gentiles la oyesen" se ha inferido que habló ante una gran multitud, y que su juicio tuvo lugar en el Foro. El tribunal no falló en esa ocasión y Pablo fue de nuevo a la cárcel. Fue entonces cuando escribió la Segunda Epístola a Timoteo. No esperaba ser absuelto, como lo esperaba y lo fue en su causa anterior. Sabía que la sentencia pronunciando la pena capital era inevitable y la veía venir con toda serenidad, porque estaba pronto a recibir todo lo que su Señor le mandase. Sabía que sólo saldría de la prisión para ir al encuentro de la muerte. Entonces escribió a Timoteo estas palabras de triunfante esperanza, que han encendido los corazones de millares de mártires en la hora dura de la prueba.

En medio de las pruebas tenía un hermano fiel que estaba a su lado y le era de gran consuelo. Era el "médico amado", Lucas, su viejo compañero.

Parece que, viendo que el proceso seguía su marcha muy lentamente, esperaba quedar algún tiempo con vida. Por eso pide a Timoteo, su hijo espiritual, que le traiga el capote, los libros, y mayormente los pergaminos.

Pide a Timoteo que procure venir presto a él. Este deseo es el último que expresó el apóstol en sus escritos. Hay algunos indicios que permiten suponer que el viejo Pablo pudo ver y abrazar a su querido Timoteo antes de morir.

La sentencia de muerte fue pronunciada. La ciudadanía romana le libró de una muerte ignominiosa y de la tortura, tan fácilmente aplicada a los cristianos que morían por su fe. Fue decapitado fuera de las puertas de la ciudad, en la vía de Ostia, donde existe una pirámide de aquella época, único testigo de la muerte de Pablo. Sus hermanos en la fe tomaron el cadáver que se supone fue sepultado en las catacumbas.

Así murió Pablo, apóstol y mártir, dejando a la cristiandad el precioso legado de sus trabajos apostólicos, de su intenso amor a la causa del Señor, y el ejemplo de una vida consagrada a la misión que le fue confiada. Entre los grandes testigos del Señor ocupará siempre el primer lugar.

Últimos días de San Pedro.

Muy poco se sabe sobre los últimos días de este noble apóstol que desempeñó una parte tan importante entre los doce, y que tan gloriosamente actuó en los primeros días de la iglesia de Jerusalén.

Si recordamos que a él le fue encomendada la predicación del evangelio a los judíos, no está fuera de lugar suponer que se dedicó a viajar para llevar el divino mensaje a los israelitas esparcidos por todo el mundo.

Descartada como leyenda la infundada tradición de los veinticinco años de residencia en Roma, surge la pregunta: ¿qué hizo Pedro, y dónde estuvo todo el tiempo que transcurre entre los últimos datos que de él tenemos en el libro de los Hechos, y su muerte? La mejor respuesta a esa pregunta la tenemos en su Primera Epístola. En el último capítulo leemos la siguiente salutación: "La iglesia que está en Babilonia, juntamente con vosotros os saluda." De ahí se desprende que Pedro se hallaba en la Mesopotamia, donde residían numerosos israelitas, a los cuales seguramente él estaba evangelizando, sin dejar por eso de hacer la misma cosa entre los gentiles de esa región. Los romanistas, en su desesperación por demostrar que Pedro estaba en Roma, dan al nombre de Babilonia un sentido simbólico, sosteniendo que significa Roma. En el Apocalipsis es evidente que Babilonia es el nombre con que se designa la ciudad de los Césares, pero es del todo contrario a una sana regla de interpretación, querer ver símbolos en unas sencillas palabras de salutación fraternal.

En la misma Epístola vemos también que ésta fue dirigida "a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia". Como no es lógico suponer que se dirija una carta de esta índole a personas o agrupaciones desconocidas, es también lógico admitir que Pedro haya trabajado en esas regiones durante el período que nos ocupa.

Tocante a su muerte, todo conduce a suponer que murió crucificado. Una semiprueba la tenemos en el evangelio según San Juan. Ahí leemos estas palabras que el Señor dirigió a Pedro.

Pero iba a "glorificar a Dios" por medio de la muerte, es decir, iba a sufrir el martirio. Vemos que iba a "extender sus manos"¹. Los romanos acostumbraban, dicen autores antiguos y modernos, hacer que los condenados a la crucifixión llevasen por el camino una especie de yugo atado a los brazos extendidos, para representar por medio de esta postura la clase de suplicio que iban a sufrir.

El testimonio de varios autores de los tiempos primitivos: Tertuliano, Orígenes, Eusebio, agrega más pruebas a la creencia que prevalecía, en los primeros siglos, de que Pedro murió crucificado, y era también admitido que a pedido suyo lo fue con la cabeza hacia el suelo.

Jacobo.

La iglesia de Jerusalén seguía prosperando bajo la dirección y pastoreo de Jacobo. ¿Quién es este Jacobo que desempeña un papel tan importante en esta iglesia? No hay que confundirlo con ninguno de los dos apóstoles de este nombre: Jacobo hijo de Zebedeo, ni Jacobo hijo de

Alfeo (Mateo 10:2, 3). Se trata de Jacobo "el hermano del Señor" (Gal. 1:19) autor de la Epístola de Santiago. Hay que tener presente que Santiago y Jacobo es un mismo nombre.

Jacobo, el hermano del Señor, no figura entre los discípulos sino después de la resurrección de Cristo. Es probable que haya sido uno de los que no querían creer en la misión mesiánica de Jesús (Juan 7:5), pero que vencido por la realidad de la resurrección (1ª Cor. 15:7) no pudo menos que convertirse y entrar a actuar con los discípulos.

Pronto ocupa un lugar prominente entre los hermanos y los apóstoles. Su nombre es mencionado por Pedro al salir de la cárcel: "Haced saber esto a Jacobo y a los hermanos." (Hechos 12:17.) Pablo, al hablar de las columnas de la iglesia de Jerusalén, lo nombra antes que a Pedro y Juan (Gal. 2:9). En la conferencia de Jerusalén (Hechos 15) también toma parte activa, y muchos suponen que fue el que presidió la reunión. Cuando Pablo fue a Jerusalén por última vez (Hechos 21:18) fue a visitar a Jacobo, y los ancianos de la iglesia se reunieron en su casa.

Según atestiguan muchos escritores de los primeros siglos, Jacobo (o Santiago) llevaba una vida completamente ascética, lo que le daba acceso a los judíos no convertidos. Se privaba de todo lo que constituye algún placer o comodidad, y su fama de hombre santo era popular en la ciudad donde era conocido bajo el sobrenombre de Justo. Nunca renunció al rigorismo de la ley mosaica de la cual no se consideraba completamente desligado aunque había abrazado la fe cristiana. La epístola por él escrita confirma estos testimonios sobre su carácter austero.

Acerca de su muerte, se sabe que sufrió el martirio, siendo lapidado cerca del Templo. Josefo hace sobre su muerte el siguiente relato: "Anano (o Hanán), que tomó el cargo de sumo sacerdote, era un hombre audaz, altanero y muy insolente. Era de la secta de los saduceos, quienes sobrepasan a todos los judíos en la manera cruel con que tratan a los culpables. Pensó que era el momento oportuno para ejercer su autoridad. Festo había muerto, y Albino, que había sido enviado a Judea para sucederle, estaba en viaje. Así que él reunió el Sanedrín e hizo comparecer al hermano de Jesús, llamado Cristo, cuyo nombre era Jacobo, y a varios otros de sus compañeros, y habiendo formulado una acusación contra ellos como quebrantadores de la ley, los entregó para ser apedreados." (Antigüedades 20:9).

Se dice que murió a la edad de noventa y seis años.

Renán hablando de su muerte dice: "La muerte de este santo personaje hizo el peor efecto en la ciudad. Los devotos fariseos, los estrictos observadores de la ley, sintieron muy descontentos. Jacobo era universalmente estimado; se le tenía por uno de los hombres cuyas plegarias eran de suma eficacia... Casi todo el mundo estuvo de acuerdo en pedir a Herodes Agripa II que pusiera límites a la audacia del sumo sacerdote. Albino tuvo conocimiento del atentado de Anano, cuando ya había salido de Alejandría con dirección a Judea. Escribió a Anano una carta amenazadora; después lo destituyó. Por consiguiente Anano fue sumo sacerdote sólo tres meses."

Destrucción de Jerusalén.

No está fuera de lugar ocuparnos ahora de los acontecimientos relacionados con la guerra de Judea, y en particular con la destrucción de Jerusalén.

Cuando Félix era gobernador de Judea, hubo una disputa entre judíos y sirios acerca de la ciudad de Cesárea. Ambos partidos pretendían que les pertenecía. De las palabras pasaron a los hechos, tomando las armas unos contra otros. Félix puso fin a la contienda mandando a Roma delegados de ambos partidos para someter el caso al emperador. Este falló en favor de los sirios,

y cuando, el año 67, la noticia llegó a Judea, estalló inmediatamente la rebelión. Sirios, judíos y romanos se mezclaron en la sangrienta revuelta, que asumió bien pronto un carácter alarmante. Las aldeas eran teatro de escenas horripilantes. El mar de Galilea, donde Jesús había predicado sobre el reino de los cielos, estaba teñido de sangre y cubierto de cadáveres flotantes. Una gran victoria de los judíos sobre las tropas romanas, mandadas por Cestio, dio impulsos a la rebelión, que se generalizó en todo el país. Los hombres sensatos veían que todo aquello era un esfuerzo estéril, porque tarde o temprano tenían que sucumbir bajo los dardos de los romanos; pero ya por patriotismo, ya por el impulso de las circunstancias, no pudieron hacer otra cosa sino tomar parte en la guerra. Uno de éstos fue el célebre Josefo, quien tan grandes servicios prestaría a la historia, y a quien le fue confiado el comando de las fuerzas que actuaron en Galilea.

La noticia del levantamiento de Judea llegó a Roma cuando el loco emperador Nerón estaba ocupado en los preparativos de un viaje a Grecia donde, seguido de un gran séquito de aduladores, iba a lucir sus dotes de artista, disputándose todos los premios ofrecidos en los concursos. Con gran acierto confió al viejo militar Vespasiano el mando de las legiones que tenían que ir a subyugar a Judea. Vespasiano mandó a su hijo Tito hasta Alejandría para reunir las fuerzas que había en aquella región, y él, cruzando el Helesponto o Dardanelos, siguió por tierra a Siria. Juntando las fuerzas de Tito, de Antonio, de Agripa y de Soheme, y cinco mil hombres más mandados por los árabes, Vespasiano emprendió la reconquista al frente de unos 60.000 hombres.

Empezó la guerra en Galilea, donde Josefo oponía una heroica y bien estudiada resistencia. La lucha fue ardua pero Josefo tuvo que ceder el terreno a los vencedores, huyendo a una caverna en la que pasó un tiempo escondido con unos cuarenta hombres que le siguieron. Como Vespasiano le ofreciese toda clase de seguridades concluyó por entregarse, y desde entonces aparece siempre al lado de los Flavios Vespasianos, tanto en el sitio de Jerusalén, como después de pacificado el país, en honor de los cuales Josefo añadió a su nombre el de Flavio. Desde el punto de vista patriótico ha sido muy censurada la conducta de Josefo, pero uno no puede menos de ver la mano de Dios obrando para que este ilustrado judío fuese testigo ocular de la guerra que daría un fiel cumplimiento a las palabras proféticas de Jesucristo acerca de Jerusalén y del pueblo elegido.

Mientras los ejércitos dominaban el país, la guerra civil se había declarado en Jerusalén. Tres partidos se disputaban el poder. Se vivía bajo el régimen del terror. La aristocracia había sido derrocada, y un populacho salvaje, encabezado por un tal Juan de Giscala, encuartelado en el templo, dominaba la ciudad. En otro distrito de la ciudad mandaba un tal Simón. El sumo sacerdote, los principales escribas y fariseos, y todos los grandes aristócratas de Jerusalén fueron muertos, y sus cadáveres arrastrados por las calles y arrojadas fuera del muro. Grande fue la impresión de la población cuando vio la suerte que tocó a estos orgullosos señores, a quienes habían visto revestidos de espléndidos trajes talares, y a quienes ahora veían tendidos desnudos por las calles. Muchos de ellos eran los mismos que habían condenado a Cristo, a Esteban y a Jacobo.

Aquello era la abominación predicha por el profeta Daniel. Los cristianos se acordaron de las palabras del Maestro: "Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes." (Mat. 24:16.) No sin dificultades fue la huida de los cristianos, pero lograron salir y juntarse en Pella, una ciudad de la región montañosa de Perea, donde pudieron permanecer libres de los males que azotaban a Jerusalén. La huida tuvo lugar en el año 68. La iglesia vivió sostenida casi milagrosamente, y continuó su obra en toda la región transjordánica.

En este tiempo Vespasiano fue proclamado emperador y, teniendo que volver a Roma, dejó a cargo de su hijo Tito la terminación de la guerra.

Los romanos avanzaron y de pronto Jerusalén se vio sitiada por las fuerzas de Tito. Jesús había predicho la ruina de la ciudad cuando lloró sobre ella, diciendo lo que consta en Lucas 19:42-44.

Josefo nos ha dejado un minucioso relato del sitio y destrucción de Jerusalén, y es admirable la semejanza que existe entre la profecía de Cristo y los hechos narrados por este historiador.

Como el sitio se prolongaba, las provisiones empezaron a escasear. Los soldados rebuscaban todos los rincones de las casas, quitando a las familias los víveres de que disponían "Les hacían sufrir tormentos inauditos —dice Josefo— aunque más no fuese que para hacerles confesar que tenían escondido un pan o un puñado de harina". "A los pobres les quitaban los yuyos que con peligro de sus vidas juntaban durante la noche, sin escuchar los ruegos que les hacían, en nombre de Dios, para que les dejaran siquiera una pequeña parte, y creían que les hacían una gran merced con no matarlos después de robarles."

Sobre los sufrimientos dentro de la ciudad, bajo el terror implantado por Juan de Giscala y Simón, dice el citado historiador: "Sería entrar en una tarea imposible detallar particularmente todas las crueldades de esos impíos. Me contento con decir que no creo que desde el comienzo de la creación del mundo se haya visto a una ciudad sufrir tanto, ni otros hombres en los cuales la malicia fuese tan fecunda en toda clase de maldades "" Estas palabras de Josefo hacen recordar el anuncio profético de Cristo: "Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá." (Mateo 24:21.)

Muchos trataban de salir de la ciudad en busca de víveres, y caían en poder de los sitiadores. Como era difícil guardarlos a causa del gran número, los crucificaban frente a los muros de la ciudad, con el fin de atemorizar a los de adentro. No pasaba día sin que tomaran quinientos y aun más de entre estos que procuraban huir. Tito era un hombre tan magnánimo como es posible serlo en tales circunstancias, y sufría con los actos de crueldad que tenía que presenciar, y que por la ley implacable de la guerra no le era posible remediar. Los soldados romanos hacían sufrir horriblemente a los pobres que eran crucificados. "No había bastante madera para hacer cruces —dice Josefo— ni sitio donde colocarlas."

Oigamos aún a Josefo: "Los judíos, viéndose encerrados en la ciudad, desesperaron de su suerte. El hambre, cada vez peor, devoraba familias enteras. Las casas estaban llenas de cadáveres de mujeres y de niños, y las calles, de los de los ancianos. Los jóvenes iban cayéndose por las plazas públicas. Se les hubiera creído más bien espectros que personas vivas. No tenían fuerzas para enterrar sus muertos, y aunque la hubieran tenido, no habrían podido hacerlo a causa del gran número, y porque no sabían cuántos días de vida les quedaban a ellos. Otros se arrastraban hasta el lugar de la sepultura para esperar allí la muerte."

"Al principio se hacía enterrar los muertos por cuenta del tesoro público, para librarse de la hediondez. Pero no siendo posible continuar cumpliendo con esta tarea, los arrojaban por encima del muro a los valles. El horror que tuvo Tito al ver llenos estos valles, cuando rodeaba la plaza, y la putrefacción que salía de tantos cadáveres le hizo lanzar un profundo suspiro: levantó las manos al cielo y llamó a Dios por testigo de que no era él el causante de aquello."

Josefo, desde el muro, hablaba a los sitiados para persuadirlos de que era inútil continuar la resistencia, pero era desoído. Tito quería evitar escenas desgarradoras, pero la tenacidad de los sitiados hacía imposible todo arreglo.

Los que podían huir de la ciudad tragaban monedas de oro para encontrarse con algún dinero cuando éste fuese de utilidad. Los soldados llegaron a saberlo y entonces comenzaron a abrir el

vientre de todos los que caían en su poder para apoderarse de aquel dinero. Los árabes y los sirios fueron los que más se ejercitaron en esta crueldad, fruto de la avaricia. En una sola noche más de dos mil infelices murieron de este modo. Cuando Tito tuvo conocimiento de esto, castigó severamente a los culpables.

Las poderosas máquinas guerreras de los romanos lograron abrir una brecha en los muros, y los soldados avanzaron. La resistencia no pudo ser muy heroica debido al estado de debilidad en que se hallaban los combatientes judíos. Fortaleza tras fortaleza fue cediendo al empuje vigoroso de los vencedores. Los secuaces de Juan de Giscala, atrincherados en el templo, hacían sus últimos esfuerzos.

Tito había resuelto salvar el templo. No quería que esa maravilla del mundo fuese destruida. Pero un soldado arrojó una antorcha encendida y el incendio del templo se inició con rapidez. Tito, en este momento, estaba descansando en su tienda. Al saberlo corrió al templo y ordenó que se detuviese el fuego; todo fue inútil. Uno mayor que Tito había dicho: "No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada."

Esto ocurría el año 70 de nuestra era. Las víctimas de esta espantosa catástrofe llegaron a 1.100.000, entre hombres, mujeres y niños, y si se agregan los que murieron en los combates precedentes, el número asciende a 1.357.000, según los cálculos de Josefo. 90.000 fueron vendidos como esclavos.

Así terminó Jerusalén. Cuarenta años antes, frente al palacio de Pilato, al pedir la muerte de Jesús, sus habitantes habían clamado: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos." (Mat. 27:25.) ¡Jamás imprecación alguna tuvo un cumplimiento tan evidente!

Juan, el Apóstol.

En el último período de su vida, Juan, "el discípulo amado", aparece en Efeso, ciudad donde actuó durante muchos años, ejerciendo una influencia saludable y bienhechora sobre todas las iglesias del Asia Menor.

La cizaña sembrada por el enemigo en aquellas regiones, donde Pablo y otros habían introducido el evangelio, puso a Juan en la necesidad de estar siempre alerta contra los errores nacientes. Las sectas llamadas ebionitas hacían una activa propaganda judaizante, procurando imponer a los cristianos el yugo de la ley, que los mismos judíos no habían podido soportar. Para ellos, Cristo quedaba reducido a un profeta como Samuel, Isaías u otro, y su origen divino, si no negado, era completamente olvidado o mal entendido. Por otra parte los gnósticos, que aparecen con más pujanza en el siglo segundo, ya habían empezado a manifestarse. Para éstos, la humanidad de Cristo no era cosa importante, y la persona histórica del Nazareno se pierde en el éter de las especulaciones falsamente llamadas filosóficas. Fue especialmente para contestar a la propaganda gnóstica que Juan escribió sus Epístolas.

Durante su permanencia en Efeso, Juan escribió el Evangelio que lleva su nombre.

Los antiguos autores cristianos refieren muchas anécdotas relacionadas con los últimos años de la vida de este apóstol, pero es difícil saber si son dignas de crédito. Dicen que cuando era muy anciano, no pudiendo caminar, lo llevaban a las reuniones, y él se ponía de pie y pronunciaba estas palabras: "Hijitos, amaos los unos a los otros". Su corto sermón lo repetía cada vez que se le presentaba la oportunidad de hacerlo, y decía, que si los creyentes aprendían a amarse mutuamente, todas las demás cosas resultarían fáciles.

Se cree que fue una de las víctimas de la persecución de Domiciano.

Los emperadores que hubo entre Nerón y Domiciano, estuvieron tan ocupados con los asuntos del estado y en las intrigas de la baja política, que no pudieron prestar atención al movimiento cristiano. Pero Domiciano abrió un nuevo período de amarguras a los discípulos de Cristo. Se llama segunda persecución la que hubo bajo este emperador, siendo la de Nerón la primera.

Los historiadores cuentan diez persecuciones desde Nerón a Diocleciano, pero este modo de enumerar lo abandonan la mayor parte de los escritores modernos, porque si se habla de las persecuciones generales, el número no es tanto, y si se cuentan las parciales, el número es mucho mayor.

Aunque hubo algunos que fueron muertos, Domiciano no se dedicó a matar, sino a desterrar y confiscar los bienes de sus víctimas. Juan fue desterrado a la isla de Patmos, donde el Señor le apareció, mostrándole las visiones que describió en el Apocalipsis.

Su destierro no fue perpetuo, y Juan volvió a Efeso, donde terminó sus días en paz, teniendo cerca de cien años de edad.

La muerte del apóstol Juan cierra el primer período de la historia cristiana, o sea el de la implantación y propagación del evangelio por los apóstoles. Con él, podemos decir que termina la primera generación de cristianos. Es el último de los testigos que tuvo el privilegio de ver y seguir a Jesús aquí en la tierra, y de comprobar la realidad de su resurrección. Los Evangelios ya han sido escritos por los que fueron contemporáneos de Cristo. Era el momento cuando empezaban a desaparecer los que compusieron las primeras iglesias, y urgía tanto el escribirlos en aquellos días, que, como dijo Lange, "si el arte de escribir no hubiera existido todavía, lo hubieran inventado en ese momento y para este fin." Los apóstoles han desarrollado y expuesto, en las Epístolas, las doctrinas gloriosas del cristianismo, destinadas a servir de base y de guía a los movimientos religiosos de las edades futuras. Terminemos con este hermoso párrafo de Pressensé: "Al fin de la edad apostólica, Juan, lo mismo que Pablo, levanta la cruz con mano firme, como un faro destinado a brillar en medio de todas las tinieblas de las tempestades del porvenir. La locura de la cruz está destinada a ser para siempre la sabiduría de la iglesia; y contra la roca sobre la cual ella está asentada se estrellarán en vano todas las olas de la herejía."

CAPITULO SEGUNDO

Años 100-200

Adelantos del cristianismo.

Ha transcurrido tan sólo poco más de medio siglo desde que los discípulos recibieron la gloriosa misión de ser testigos de Cristo en el mundo. Entramos ahora en el segundo siglo de nuestra era. Los primeros combatientes cristianos descansan ya de sus trabajos, y sus descendientes espirituales se aprestan para la lucha, dispuestos a seguir dando testimonio de lo que Cristo hizo por medio de su muerte y resurrección, y de lo que hace en el corazón de todos aquellos que le reciben con fe.

Al llegar a esta segunda etapa de la triunfante marcha del cristianismo, quedamos sorprendidos de la rapidez con que el evangelio ha penetrado en todos los países de la tierra, alcanzando las masas y ganando multitudes de almas que entran por la fe en el camino de la vida eterna. Aquellos que al principio fueron sólo un puñado de hombres y mujeres en Judea, se han convertido en una legión inmensa que todo lo llena, haciendo penetrar los rayos luminosos de la verdad divina aun en los antros más tenebrosos de la vida pagana.

El historiador Gibbon atribuye esta rápida propagación del cristianismo a varias causas, entre las cuales señala "la moral pura y austera de los cristianos" y "la unión y disciplina" de la naciente república espiritual. En efecto, nada podía impresionar tanto a un mundo en estado de putrefacción, como aquella santidad y costumbres limpias del pueblo de Dios; y en medio de las discordias e intrigas del mundo, la unidad y disciplina voluntaria de los cristianos, tenía forzosamente que ser un poder de atracción.

Difícil es calcular a qué número habían llegado los cristianos en el segundo siglo, pero la historia nos ha conservado bastantes datos sobre el número de países donde actuaban, y por algunas expresiones de escritores de aquel tiempo, podemos inferir que el crecimiento numérico era asombroso.

En Asia, vemos que aun en Judea reaparecen los cristianos después de la tremenda desolación que sufrió el país. Muchos de los miembros de la iglesia que habían huido a Pella, regresaron a Jerusalén, reconstruida en parte, con el nombre de Elía Capitolina, y allí los hallamos actuando bajo el cuidado pastoral de un tal Simeón, que se cree era pariente del Señor. En Cesárea, ciudad situada en Samaria, floreció por varios siglos una próspera comunidad cristiana. En Siria, Asia Menor, Galacia, y Mesopotamia, eran numerosísimas las iglesias diseminadas por todas las ciudades y aldeas. Hay también indicios de vida cristiana en Persia, Media, Partía, y Bactriana. Poco tiempo después vemos que el evangelio había llegado hasta Armenia, Arabia, y hasta algunas provincias de la India.

En África, fue Egipto el primer país que tuvo conocimiento del evangelio. Se atribuye a San Marcos la fundación de la iglesia de Alejandría, la cual llegó a ser un poderoso baluarte espiritual en aquella ciudad culta y famosa. De Egipto, el evangelio pasó a la Cirenaica y a Etiopía. En Cartago y regiones circunvecinas sabemos, por las obras de Tertuliano, que en la segunda mitad del siglo segundo, el número de cristianos era considerable. Los paganos llegaron a alarmarse al ver cuan rápidamente ganaban prosélitos en todas las clases sociales, tanto en los centros de población como en el campo.

En Europa, las persecuciones de Nerón y Domiciano favorecieron indirectamente la propagación del cristianismo. Los que huyeron de Roma buscaron asilos seguros, no cesaban de sembrar la palabra, y por todas partes ésta crecía y fructificaba. En Italia, las congregaciones eran innumerables. En España había también iglesias. En Francia, sabemos que había iglesias pues ya en el año 177 se levantó una violenta persecución contra las de Lyon y Viena. En Alemania y Bretaña se hallan cristianos a mediados del segundo siglo. En las regiones donde habían trabajado los apóstoles, siguen prosperando las iglesias; en Atenas, Filipos, Tesalónica, Esmirna, etc.

Justino Mártir, escribiendo en el segundo siglo, dice: "No hay una sola raza de hombres, ya sean bárbaros o griegos, o de cualquier otro nombre, nómades errantes o pastores viviendo en tiendas, entre los cuales no se hagan oraciones y acciones de gracias en el nombre del crucificado Jesús.

En un pasaje de Ireneo, escrito más o menos en la misma época que el que acabamos de citar, se habla de iglesias en Alemania, Francia, España, Egipto, Libia, y otras regiones.

A fines del segundo siglo, Tertuliano, al escribir su famosa Apología, ya podía decir a los paganos: "Somos solamente de ayer, y hemos llenado todo lugar entre vosotros; ciudades, islas, fortalezas, pueblos, mercados, campos, tribus, compañías, senado, foro; no os hemos dejado sino los templos de vuestros dioses". "Si los cristianos se retirasen de las comunidades paganas — agrega— vosotros (los paganos) quedaríais horrorizados de la soledad en que os encontraríais, en un silencio y estupor como el de un mundo muerto".

Es probable que Tertuliano use aquí un lenguaje un tanto hiperbólico; pero sus palabras demuestran que los cristianos habían ganado mucho terreno y que el testimonio del Señor era dado vigorosamente por una verdadera multitud de testigos enérgicos, fieles y resueltos.

Persecuciones.

"Si tenemos en cuenta la pureza de la religión cristiana —dice Gibbon— la santidad de sus preceptos morales, y la inocente y austera vida de la mayoría de los que durante los primeros siglos, abrazaron la fe del evangelio, supondríamos naturalmente que una doctrina tan benévola, sería recibida con reverencia, aun por el mundo incrédulo".

¿Qué motivos tuvo el Imperio Romano pues, para levantarse contra los cristianos? Recordemos que las ideas de libertad religiosa eran completamente limitadas, y que las leyes sólo permitían aquellas religiones que oficial o tradicionalmente tenían la aprobación de un Estado. En Roma se practicaban todas las formas de culto imaginables. Los judíos eran tolerados, igualmente que los otros pueblos de la tierra, en la práctica de su culto. Pero se trataba de religiones nacionales que se confinaban a un determinado pueblo. Los romanos mismos estaban obligados a practicar el culto nacional, y los casos cuando se apartaban de esta regla eran tan excepcionales que pasaban inadvertidos a los funcionarios públicos. Se dice que en Roma para el pueblo todas las religiones eran igualmente buenas; para los filósofos, todas igualmente falsas; y para el estado, todas igualmente útiles. Toda religión que no afectase a la idea romana del Estado podía vivir dentro de los límites del imperio; pero la libertad religiosa, en el sentido moderno de la palabra, no era compatible con las instituciones reinantes. El choque era inevitable, y las persecuciones estallaron.

Los cristianos predicaron que "no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos", sino el nombre de Jesús. Todas las demás religiones eran así declaradas sin

valor. La predicación de la religión cristiana era, de hecho, un ataque a la religión del Estado, y a todas las demás. Roma podía tolerar la multitud de dioses, porque creían que de su protección dependía la grandeza nacional, pero no podía tolerar a un pueblo que se declaraba enemigo de todos los cultos y que decía que los dioses eran falsos e imaginarios. La verdad no es perseguidora ni inquisitorial pero es exclusivista. La verdad no puede pactar con el error; así el cristianismo no podía ponerse de acuerdo con el paganismo y sentía que debía atacarlo, y sin tregua luchar en su contra. Bastaba anunciar las doctrinas de Cristo para que esto fuese un ataque al paganismo, y la sola presencia de los cristianos era una elocuente condenación de aquel sistema.

La santidad de los cristianos fue una de las causas que también contribuyó a despertar el odio de los enemigos de la verdad. Así como muchos se sentían atraídos por la vida pura que llevaban los discípulos de Cristo, otros sentían que aquella conducta ejemplar era un ataque violento a la relajación de las costumbres e inmoralidades manifiestas del mundo. Jesús había dicho a sus discípulos: "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece". San Pablo dijo: "La mente carnal es enemistad contra Dios", y, "todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución".

Roma veía que los cristianos se retiraban del circo y de los demás espectáculos. Los centros de diversiones no tenían para ellos ningún atractivo, y aquellas cosas que los del mundo amaban tanto, eran menospreciadas por la palabra y el ejemplo de los cristianos.

El cristianismo era de carácter agresivo, y esto también contribuyó a que fuese objeto de odio. El mundo puede tolerar a los cristianos apagados e inactivos, pero muestra su aspereza para con los que están animados del espíritu de proselitismo. Julio Paulo, un jurisconsulto romano, dice: "Todos los que introducen nuevas religiones de tendencias y carácter desconocidos, por las que se conmueva el ánimo de los hombres, si pertenecen a la clase elevada, tienen que ser desterrados, y si a las clases bajas, condenados a muerte". Los cristianos, para quienes su misión era la de ser testigos ante el mundo, no cesaban de hacer una activa propaganda, y todo lo llenaban del evangelio de Cristo, y de ahí que Roma se levantase furiosa en su contra.

Los cristianos eran también aborrecidos a causa de que se aislaban, apartándose del resto de los hombres. La vida limpia a la que se sentían llamados era imposible viviendo mezclados con una sociedad corrompida. No por misantropía, como se lo figuraba Tácito, sino por limpieza de costumbres, tenían que formar una sociedad separada. En ninguna clase de hombres el espíritu social es tan pronunciado como entre los verdaderos cristianos; pero esta sociabilidad tiene que ser santa, y por eso no la pueden practicar con los que aman las cosas sucias, tan comunes en esta vida, y tan amadas por los hijos del siglo. Esto hacía que los cristianos fuesen mal entendidos, y se les mirase como a enemigos de la sociedad y del estado.

Roma se sintió amenazada por el movimiento cristiano. Sus grandiosos templos quedarían vacíos si las iglesias se multiplicaban. Allí donde Estado y religión eran dos palabras pero una sola cosa, el avance del cristianismo significaba, junto con la decadencia del paganismo, la de las instituciones romanas. Entonces aquel imperio, que todo lo subyugaba, pensó que le sería fácil detener la marcha del cristianismo por medio de la espada. Roma, a la que el profeta Daniel en visión contempló-bajo la imagen de una bestia espantosa que todo lo devora y desmenuza, se levanta entonces para hacer guerra a los santos.

Consulta de Plinio a Trajano.

Un concepto extraviado respecto a las funciones del Estado en asuntos religiosos, convirtió en perseguidores de las iglesias a muchos emperadores que en la historia figuran como buenos gobernantes. Al perseguir, creían que estaban defendiendo los derechos legítimos del Estado. "Uno de éstos fue Trajano.

Una consulta que le hizo Plinio al Menor, gobernador de Bitinia, dirigida el año 110, es un valioso documento de origen pagano, que ayuda a conocer el concepto que se habían formado de los cristianos, y la clase de pruebas a las cuales éstos se veían constantemente sometidos. Plinio, no queriendo en este asunto proceder bajo su propia responsabilidad, consulta a su emperador. Es cierto que Trajano había promulgado varios edictos contra las sociedades secretas, y las asambleas cristianas estaban incluidas en esta categoría, según las ideas erróneas que tenían los magistrados. Transcribimos aquí la consulta de Plinio a Trajano:

"Es mi costumbre, señor, someter a vos todo asunto acerca del cual tengo alguna duda. ¿Quién, en verdad, puede dirigir mis escrúpulos o instruir mi ignorancia?

"Nunca me he hallado presente al juicio de cristianos, y por eso no sé por qué razones, o hasta qué punto se acostumbra comúnmente castigarlos, y hacer indagaciones. Mis dudas no han sido pocas, sobre si se debe hacer distinción de edades, o si se debe proceder igualmente con los jóvenes como con los ancianos, si se debe perdonar a los arrepentidos, o si uno que ha sido cristiano debe obtener alguna ventaja por haber dejado de serlo, si el hombre en sí mismo, sin otro delito, o si los delitos necesarios ligados al nombre deben ser causa de castigo.

Mientras, en los casos de aquellos que han sido traídos ante mí en calidad de cristianos, mi conducta ha sido ésta: Les he preguntado si eran o no cristianos. A los que profesaban serlo, les hice la pregunta dos o tres veces, amenazándoles con la pena suprema. A los que insistieron, ordené que fuesen ejecutados. Porque, en verdad, no pude dudar, cualquiera que fuese la naturaleza de lo que ellos profesan, que su pertinacia a todo trance y obstinación inflexible, debían ser castigadas. Hubo otros que tenían idéntica locura, respecto a quienes, por ser ciudadanos romanos, escribí que tenían que ser enviados a Roma para ser juzgados. Como a menudo sucede, la misma tramitación de este asunto, aumentó pronto el área de las acusaciones, y ocurrieron otros casos más. Recibimos un anónimo conteniendo los nombres de muchas personas. A los que negaron ser o haber sido cristianos, habiendo invocado a los dioses, y habiendo ofrecido vino e incienso ante vuestra estatua, la que para este fin había hecho traer junto con las imágenes de los dioses, además, habiendo ultrajado a Cristo, cosas a ninguna de las cuales se dice, es posible forzar a que hagan los que son real y verdaderamente cristianos, a éstos me pareció propio poner en libertad. Otros de los nombrados por el delator admitieron que eran cristianos, y pronto después lo negaron, añadiendo que habían sido cristianos, pero que habían dejado de serlo, algunos tres años, otros muchos años, algunos de ellos más de veinte años, antes. Todos éstos no sólo adoraron vuestra Imagen y efigies de los dioses, sino que también ultrajaron a Cristo. Afirmaron, sin embargo, que todo su delito o extravío había consistido en esto: habían tenido la costumbre de reunirse en un día determinado, antes de la salida del sol, y dirigir, por turno, una forma de invocación a Cristo, como a un dios; también hacían pacto juramentado, no con propósitos malos, sino con el de no cometer hurtos o robos, ni adulterio, ni mentir, ni negar un depósito que les hubiera sido confiado. Terminadas estas ceremonias se separaban para volver a reunirse con el fin de tomar alimentos —alimentos comunes y de calidad inocente. Sin embargo cesaron de hacer esto después de mi edicto, en el cual, siguiendo vuestras órdenes, he prohibido la existencia de fraternidades. Esto me hizo pensar que era de suma necesidad inquirir,

aun por medio de la tortura, de dos jóvenes llamadas diaconisas, lo que había de cierto. No pude descubrir otra cosa sino una mala y extravagante superstición: por consiguiente, habiendo suspendido mis investigaciones, he recurrido a vuestros consejos. En verdad, el asunto me ha parecido digno de consulta, sobre todo a causa del número de personas comprometidas. Porque, muchos de toda edad y de todo rango, y de ambos sexos, se encuentran y se encontrarán en peligro. No sólo las ciudades están contagiadas de esta superstición, sino también las aldeas y el campo; pero parece posible detenerla y curarla. En verdad, es suficiente claro que los templos, que estaban casi enteramente desiertos, han empezado a ser frecuentados, y los ritos religiosos de costumbre, que fueron interrumpidos empiezan a efectuarse de nuevo, y la carne de los animales sacrificados encuentra venta, para la cual hasta ahora se podía hallar muy pocos compradores. De todo esto es fácil formarse una idea sobre el gran número de personas que se pueden reformar, si se les da lugar a arrepentimiento".

Plinio fue un hombre que ha dejado fama de bondad, rectitud y buen trato para con sus esclavos. Pero, según su propio testimonio, hacía ejecutar sin miramientos a los que insistían en su testimonio cristiano, e hizo torturar a dos pobres diaconisas para arrancarles confesiones comprometedoras. Hacía esto con personas a quienes él no podía acusar de ningún delito común, sino sólo de no querer conformarse a las prácticas de la religión del Estado. Esta carta nos da a conocer, por la propia declaración de un pagano, cuánto tenían que sufrir los testigos de la cruz, y si tal era el trato que recibían de hombres como Plinio y Trajano, ya podemos figurarnos lo que habrá sido bajo Nerón y Domiciano.

La vida santa de los creyentes resalta aun a los ojos de sus encarnizados enemigos. "Que el adversario se avergüence, y no tenga nada malo que decir de vosotros", leían en una de las Epístolas de Pablo, y es notable que aquellos mismos que los torturaban y condenaban a muerte, no sólo no hallaban delitos que imputarles, sino que se veían obligados a reconocer que eran personas intachables en su conducta. Con razón se ha dicho que la carta de Plinio a Trajano es la primera apología cristiana que fue escrita, y esto por la pluma de un pagano.

Hay que notar que Plinio no entendía bien a los cristianos. Lo que dice sobre el juramento que hacían no puede ser sino una mala interpretación de los propósitos que los cristianos hacían públicamente en las reuniones.

El emperador Trajano contestó a Plinio que aprobaba el modo como había procedido, indicándole, además, que no había que perseguir a los cristianos; pero que cuando fuesen denunciados, si no mostraban arrepentimiento sacrificando a los dioses, había que castigarlos, y que no debía recibir acusaciones anónimas.

Ahora entraremos a ocuparnos de uno de los mártires más ilustres de aquel tiempo, cuyo fiel testimonio llega hasta nosotros como un eco de la fidelidad y del valor de los santos en Cristo Jesús, que fueron llamados a morir por su nombre.

Ignacio de Antioquia.

Ignacio conoció al apóstol Juan en su juventud, y de él aprendió la verdad cristiana. Durante cuarenta años actuó como pastor de la floreciente iglesia de Antioquia, en la cual era estimado por sus virtudes y preciosos dones espirituales. En la tercera persecución general que tuvo lugar bajo Trajano, fue prendido en Antioquia, y el año 110 conducido a Roma para sufrir el martirio en el anfiteatro.

Refiramos la historia de su martirio, citando las palabras de Crisóstomo, tomadas de una homilía que pronunció en Antioquia en conmemoración de Ignacio.

"Una guerra cruel se había encendido contra las iglesias, y como si la tierra estuviese dominada por una atroz tiranía, los fieles eran tomados en las plazas públicas, sin que tuvieran otro crimen que reprocharles que el de haber abandonado el error para entrar en las veredas de la piedad, de haber renunciado a las supersticiones de los demonios, de reconocer al Dios verdadero, y adorar a su Hijo Unigénito, La religión que profesaban esos ardientes partidarios, les hacía merecedores de coronas, aplausos y honores; y sin embargo, era por causa de la religión que los castigaban, que les hacían sufrir mil formas de suplicio a los que habían abrazado la fe, y mayormente a los que dirigían las iglesias; porque el demonio, lleno de astucia y malicia, creía que venciendo a los pastores le sería fácil dominar al rebaño. Pero el que confunde los designios de los malvados, quiso mostrarle que no son los hombres los que gobiernan las iglesias, sino que es él mismo que dirige a los creyentes de todo país, y permitió que los pastores fuesen entregados al suplicio, para que viese que su muerte, lejos de detener los progresos del evangelio, no hacían sino extender su reino, y mostrarle que la doctrina cristiana no procede de los hombres, sino que su fuente está en los cielos; que es Dios quien gobierna todas las iglesias del mundo, y que es imposible triunfar cuando se hace la guerra al Altísimo".

Al ser condenado Ignacio, se resolvió que fuese llevado a Roma para morir en el circo. Fue conducido por diez soldados, a los que él llamaba diez leopardos, a causa del deleite que tenían en hacerle sufrir toda clase de crueldades. Las iglesias que había entre Antioquia y Roma, salían al encuentro del peregrino mártir, y se agrupaban en torno suyo para verlo, saludarlo y animarle. En Esmirna, tuvo el gozo de encontrarse con Poli-carpo. Sobre el trayecto de Antioquia a Roma, dice Crisóstomo:

"Otra astucia de Satanás consistía en no hacer morir a los pastores en las iglesias donde actuaban, sino que los transportaba a un país lejano. Creía debilitarlos, privándolos de las cosas necesarias, y cansándolos en la larga ruta. Fue así como hizo con el bienaventurado Ignacio. Lo obligó a pasar de Antioquia a Roma, haciéndole ver una distancia enorme, y esperando abatir su constancia por las dificultades de un viaje largo y penoso.

Pero él ignoraba que teniendo a Jesús por compañero de ese viaje, se haría más robusto, daría más pruebas de la fuerza de su alma, y confirmaría las iglesias en la fe. Las ciudades acudían de todas partes, al camino, para animar a este valiente atleta, le traían víveres en abundancia, los sostenían por medio de sus oraciones y enviándole delegados. Y ellas mismas recibían poca consolación viendo al mártir correr hacia la muerte con el afán de un cristiano llamado al reino de los cielos; su mismo viaje y el ardor y la serenidad de su rostro, hacían ver a todos los fieles de esas ciudades que no era a la muerte que iba sino a una vida nueva, a la posesión del reino celestial. Instruía a las ciudades que había en el camino, tanto por su mismo viaje como por los discursos; y lo que sucedió a los judíos con Pablo cuando lo cargaron de cadenas para enviarlo a Roma, creyendo enviarlo a la muerte, mientras estaban enviando un maestro a los judíos que habitaban en Roma, se cumplió de nuevo con Ignacio, y de un modo aun más notable; porque no solamente para los cristianos que habitaban en Roma, sino para todas las ciudades del trayecto, fue un maestro admirable, un maestro que les enseñaba a no hacer caso de esta vida pasajera, a no tener en cuenta para nada las cosas visibles, a no suspirar sino por los bienes futuros, a mirar los cielos, a no atemorizarse por ningún mal ni por ninguna de las penas de esta vida. Esas eran las enseñanzas que daba, y otras más, a todos los pueblos por los cuales pasaba.

"Era un sol que se levantaba en el Oriente y corría al Occidente, derramando más luz que el astro que nos alumbra. Este astro lanza desde arriba rayos sensibles y materias; Ignacio brillaba

aquí abajo, instruyendo las almas, alumbrándolas con una luz espiritual. El sol avanza hacia las regiones del poniente, luego se oculta y deja al mundo en las tinieblas; era avanzando hacia las mismas regiones que Ignacio se levantaba, y que derramando mayor claridad, hacía mayor bien a los que estaban en la ruta. Cuando entró en Roma enseñó a esta ciudad idólatra una filosofía cristiana, y Dios quiso que allí terminase sus días, para que su muerte fuese una lección a todos los romanos".

Sobre su muerte en el inmenso Coliseo de la gran capital del Imperio, dice: "No fue condenado a morir fuera de la ciudad, ni en la prisión, ni en un lugar apartado; pero sufrió el martirio en la solemnidad de los juegos, en presencia de toda la ciudad congregada para ese espectáculo, siendo dado como presa a las bestias feroces que lanzaron contra él. Murió de esta manera, para que levantando un trofeo contra el demonio, en presencia de todos los espectadores, tuviesen envidia de tales combates, y se mostrasen llenos de admiración ante el coraje que le hacía morir sin pena, y hasta con satisfacción. Veía con alegría a las bestias feroces, no como quien tenía que morir, sino como quien estaba llamado a una vida mejor y más espiritual".

Fue también una obra muy importante la que hizo Ignacio al escribir cartas a las iglesias durante su viaje. Es en éstas que se hallan los datos principales sobre su martirio. Es lamentable que los sostenedores del papado hayan fraguado epístolas que atribuyen a Ignacio, y aun adulterado las auténticas. Uno de los problemas más controvertidos sobre la literatura cristiana del segundo siglo es el relacionado con la autenticidad de las cartas que se atribuyen a Ignacio. La crítica actualmente rechaza como apócrifas cinco de éstas y admite siete como genuinas.

Policarpo de Esmirna,

Después de Trajano, subió al trono Adriano, durante cuyo reinado hubo también persecuciones parciales, levantadas generalmente por el populacho incitado por sacerdotes. Al emperador Adriano sucedió Antonio Pío, en el año 138, quien se distinguió por su rectitud y bondad. Los cristianos no fueron perseguidos por él, y hasta es probable que haya dado órdenes expresas de que no fuesen molestados a causa de la fe. Esto no impidió que algunas iglesias de Asia fuesen asoladas por el adversario, lo que indujo a Justino Mártir a dirigirle su primera Apología, la cual parece que influyó para mantener la paz de las iglesias durante los veintitrés años de su reinado.

El año 161 subió al trono Marco Aurelio, bajo cuyo reinado tuvo lugar la cuarta persecución general. Es sorprendente que este monarca filósofo, al que la Historia puede presentar como ejemplo de buen gobernante, haya manchado su conducta con persecuciones tan crueles como extensas. Sus ideas religiosas y filosóficas lo extraviaron. Creía sinceramente en la existencia de los dioses, y las muchas calamidades públicas que azotaron el Imperio las creyó enviadas por éstos como castigo por la actitud hostil de los cristianos al paganismo. Los edictos de persecución ordenaban que los cristianos fuesen sometidos a la tortura para lograr que ofreciesen sacrificios a los dioses.

La persecución se hizo sentir por todas partes, pero fue en Asia particularmente donde las iglesias tuvieron que sufrir atrocidades inauditas. Se unían contra los cristianos, los sacerdotes de culto nacional, el populacho enfurecido, los judíos influyentes de las ciudades y los magistrados.

Mencionaremos ahora dos de las víctimas más ilustres de aquella persecución bajo Marco Aurelio: Policarpo y Justino Mártir.

Policarpo era uno de los discípulos de San Juan. Conoció el evangelio en los años tempranos de su vida, y se consagró de todo corazón a pastorear la iglesia de Esmirna, en la que actuó durante muchos años. Era venerado de todos, no sólo por sus canas, sino también por la piedad manifiesta en su vida, y el espíritu cristiano que animaba todos sus actos.

En el año 167 la persecución se levantó violenta contra las iglesias de toda la región que circunda a Esmirna. El procónsul de Asia, hasta entonces no había mostrado hostilidad, pero fue arrastrado en esta mala corriente por los sacerdotes paganos y los judíos intolerantes. Su método consistía en hacer una exhibición de los instrumentos de tortura, y de los animales salvajes a los cuales serían arrojados los que no quisieran abjurar. Si con esto no conseguía atemorizar a los cristianos, los condenaba a muerte.

En medio de indescriptibles tormentos, que horrorizaban aun a los mismos espectadores paganos, los cristianos mostraban una tranquilidad y resignación que los verdugos no podían comprender. Existe una carta que la iglesia de Esmirna envió a las iglesias hermanas, en la cual se halla un relato detallado de los sufrimientos a que fueron expuestos, y de la manera como supieron llevarlos con resignación y constancia. "Nos parecía —dice la iglesia— que en medio de los sufrimientos estaban ausentes del cuerpo, o que el Señor estaba al lado de ellos y caminaba entre ellos, y que reposando en la gracia de Cristo, despreciaban los tormentos de este mundo".

No es extraño que en estas circunstancias ocurriesen algunos casos de fanatismo. Se dice que un cierto frigio llamado Quinto, se presentó ante el tribunal del procónsul declarando que era cristiano y que quería sufrir por su fe, pero cuando le mostraron las bestias salvajes su ánimo falso cedió y ofreció sacrificios a los ídolos jurando por el genio del emperador. La iglesia desaprobó este acto de extravagancia, porque el evangelio no enseña a buscar la muerte voluntariamente.

La ciudad quería el martirio del más ilustre y más conocido de los siervos del Señor. La multitud clamaba pidiendo que Policarpo fuese arrojado a las fieras. Cuando el noble anciano lo supo, pensó en quedarse quieto esperando lo que Dios determinase acerca de su persona, pero los hermanos le rogaron que se ocultase en una aldea vecina. No bien hubo llegado Policarpo, aparecieron los soldados buscándole, pues había sido traicionado por uno de los que estaban enterados de su huida. Pudo escaparse aun esta vez, pero las autoridades sometiendo a la tortura a dos esclavos, lograron que uno declarase dónde se hallaba. Cuando Policarpo se vio frente a sus perseguidores, comprendió que su fin estaba cerca, y dijo: "Hágase la voluntad de Dios". Pidió que diesen de comer y beber a los soldados que habían venido a prenderle, pidiendo a ellos solamente que le permitiesen pasar una hora en oración con su Dios, pero su corazón estaba tan lleno que durante dos horas continuas habló con su Padre celestial, pidiendo de él la fuerza que necesitaba para sufrir el martirio. Los paganos estaban conmovidos ante la actitud del noble varón de Dios.

Los oficiales llevaron a Policarpo a la ciudad, montado en un asno. Le salió al encuentro el principal magistrado policial, quien le hizo subir en su coche y dirigiéndose a él amablemente le dijo: "¿Qué mal puede haber en decir, 'Mi Señor el emperador', y en sacrificar, y así salvar la vida?" Policarpo no respondía, pero como insistiese le contestó que no estaba dispuesto a seguir sus consejos. Cuando vieron que no podían persuadirle se enfurecieron contra él, y empezaron a maltratarlo, hasta arrojarlo al suelo desde el carro en que iban, y a consecuencia del golpe sufrió contusiones en una pierna.

Al comparecer delante del procónsul, éste le dijo que tuviese compasión de su edad avanzada, que jurase por el genio del emperador y que diese pruebas de arrepentimiento, uniéndose a los gritos de la multitud que clamaba: "Afuera con los impíos". Policarpo miró

serenamente a la multitud, y, señalándola con un ademán resuelto, dijo, "Afuera con los impíos". El procónsul entonces le dice: "Jura, maldice a Cristo, y te pongo en libertad". El anciano le respondió: "Ochenta y seis años lo he servido y El no me ha hecho sino bien, ¿cómo puedo maldecirlo, a mi Señor y Salvador?" El procónsul seguía el interrogatorio y Policarpo le dice entonces: "Bueno, si deseas saber lo que soy, te digo francamente que soy cristiano. Si quieres saber en qué consiste la doctrina cristiana, señala una hora para oírme." El procónsul entonces, demostrando que quería salvar al anciano, y que no compartía las ideas de la multitud le dijo: "Persuade al pueblo". Policarpo respondió: "Yo me siento ligado a dar cuenta delante de ti, porque nuestra religión nos enseña a honrar a los magistrados establecidos por Dios, en lo que no afecte a nuestra salvación. Pero tocante a éstos, creo que son indignos de que me defiendan delante de ellos". Aquí el procónsul le amenazó con las bestias y con la pira, pero como no consiguió mover el ánimo del fiel testigo de Cristo, mandó que los heraldos pregonasen en el circo: "Policarpo ha confesado ser cristiano". Esto equivalía a decir que había sido condenado a muerte. Entonces la multitud empezó a dar gritos de júbilo y a decir: "Este es el que enseña en contra de los dioses, el padre de los cristianos, el enemigo de las divinidades, el que enseña a abandonar el culto de los dioses, y a no ofrecerles sacrificio". El procónsul accedió al pedido de los judíos y paganos de que Policarpo fuese quemado vivo, y ellos mismos se apresuraron a traer la leña para levantar la hoguera. Cuando querían asegurarlo al poste de la pira les dijo: "Dejadme así, el que me ha dado fuerzas para venir al encuentro de las llamas, también me dará fuerzas para permanecer firme en el poste". Antes de que encendiesen el fuego, oró con fervor diciendo: "¡Oh Señor, Todopoderoso, Dios, Padre de tu amado hijo Jesucristo, de quien hemos recibido tu conocimiento, Dios de los ángeles, y de toda la creación, de la raza humana y de los santos que viven en tu presencia, te alabo de que me hayas tenido por digno, en este día y en esta hora, de tener parte en el número de tus testigos, en la copa de Cristo". Así partió a estar con el Señor aquel que le amó y sirvió fielmente durante muchos años y en medio de tantas pruebas.

La muerte de este mártir dio ánimo a los cristianos. Al verle morir tan serenamente veían cumplidas en él las promesas de Cristo, de estar siempre con los suyos. Todo estaba ordenado por la sabiduría divina, para que la iglesia tuviese pruebas evidentes de que Cristo no la dejaría ni desampararía cuando tuviese que testificar con el martirio. Su muerte sirvió también para hacerles comprender mejor la naturaleza de la misión cristiana, lo que expresan en la carta que hemos mencionado, escribiendo estas palabras: "El esperaba ser desatado, imitando en esto a Nuestro Señor, y dejándonos un ejemplo que seguir, para que no miremos sólo a lo que conduce a nuestra propia salvación, sino que seamos de utilidad a nuestro prójimo. Porque ésta es la naturaleza del verdadero amor: buscar no sólo nuestra salvación, sino la salvación de todos nuestros hermanos".

La muerte triunfante de Policarpo aplacó la ira de los perseguidores, y la iglesia de Esmirna entró en un período de paz y prosperidad espiritual.

Justino mártir.

Como filósofo cristiano, apologista, incansable sembrador de la palabra y mártir, Justino ocupa un lugar prominente entre los cristianos del segundo siglo.

Nació de padres paganos en la antigua Siquem de Samaria, en los días cuando el último apóstol entraba en el reposo de los santos. Desde muy temprano empezó a mostrar una sed insaciable de verdad, y su afán por hallarla ha hecho que se le compare al mercader de la parábola

de la perla de gran precio. Las creencias populares de las religiones dominantes le causaban disgusto, comprendiendo que eran sólo invenciones de hombres supersticiosos o interesados, que sólo podían satisfacer a los espíritus indiferentes. Buscó entonces la verdad en las escuelas de los filósofos, conversando con aquellos que demostraban poseer ideas más sublimes que las que alimentaban a las multitudes extraviadas. Miraba a todos lados buscando el faro que podría guiarle al anhelado puerto de la sabiduría. Golpeaba a las puertas de todas las escuelas filosóficas. Hoy lo hallamos en contacto con un sabio y mañana con otro, "pero sólo podían hablarle de un Creador que gobierna y dirige las cosas grandes del Universo, pero según ellos, es indiferente a las necesidades individuales del hombre. De la escuela de los estoicos pasa a la de Pitágoras, pero siempre se halla envuelto en la niebla de vanas especulaciones, sin hallar en la filosofía aquella luz que su alma anhela. Viaja incesantemente de país en país, buscando los mejores frutos del saber humano. Ora está en Roma, ora en Atenas, ora en Alejandría, pero en busca de la misma cosa, siempre deseando conocer la verdad y tener luz sobre los insondables problemas que surgen ante el universo, la vida, la muerte y la eternidad. Por fin creyó haber llegado a la meta de sus peregrinaciones abrazando las enseñanzas de Platón, por medio de las cuales llegó a entrever las sublimidades de un Dios personal. Estaba en los umbrales, pero la puerta continuaba cerrada desoyendo sus clamores. El Dios de Platón no era tampoco el que podía satisfacer a un hombre que tenía hambre y sed de justicia. Su alma no podía alimentarse con áridos silogismos y vanas disputas de palabras. Tenía, pues, que seguir buscando lo que su alma necesitaba. Era Dios que guiaba a su futuro siervo por la senda de la sabiduría humana para que se diese cuenta de que en ella no reside la suprema bendición de Dios.

El poderoso testimonio que los cristianos daban en sus días le impresionó mucho, y al verles morir tan valientemente por su fe, se puso a pensar si no serían ellos los poseedores de la bendición que él buscaba. No le era posible creer que aquel sublime martirologio, aquellas fervientes plegarias frente a la muerte, aquella activa y desinteresada propaganda de su fe, fuese obra de fanáticos y mucho menos de personas malas, como el vulgo se lo figuraba. Alguna fuerza divina, algún poder para él desconocido, alguna causa por él ignorada, en fin, un algo tenía que haber, que infundiese tan dulces esperanzas, que crease tanto heroísmo, y que diese animación y vida al movimiento que no habían podido detener las espadas inclementes de los Césares, ni las fieras salvajes del anfiteatro.

Caminando un día, pensativo, por las orillas del mar, vestido con su toga de filósofo, encontró a un anciano venerable, que le impresionó por su imponente aspecto y por la bondad de su carácter. Reconociendo en el manto que Justino era uno de los que buscan la verdad, aquel anciano se le acercó procurando entablar conversación. Era un cristiano que andaba buscando la oportunidad de cumplir con el mandato del Maestro de llevar el evangelio a toda criatura. Ni bien empezó a hablarle logró tocar la cuerda más sensible del corazón de Justino. Le dijo que la filosofía promete lo que no puede dar. Entonces le habló de las sagradas Escrituras, que encierran todo el consejo de Dios, y le indicó la conveniencia de leerlas atentamente, añadiendo: "ruega a Dios que abra tu corazón para ver la luz, porque sin la voluntad de Dios y de su hijo Jesucristo, ningún hombre alcanzará la verdad". El corazón de Justino ardía dentro de él al oír las palabras tan a punto de su interlocutor.

Fue entonces cuando se decidió a estudiar asiduamente las Escrituras del Antiguo Testamento. Las profecías le llenaron de admiración. La manera como éstas se cumplieron, le convenció de que aquellos hombres que las escribieron habían sido inspirados por Dios. Los Evangelios lo pusieron en contacto con aquel que pudo decir: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida". Pudo oír las palabras de aquel que habló como ningún otro habló, conocer los hechos de

aquel que obró como ningún otro obró, y leer la vida del que vivió como ningún otro vivió. Las Escrituras le guiaron a Cristo, en quien halló la verdadera filosofía, y desde ese momento, Justino aparece militando entre los despreciados discípulos del que murió en una cruz.

En aquellos tiempos no se conocía la distinción moderna de clérigos y legos. No había una clase determinada de cristianos que monopolizase la predicación. Todos los que tenían el don lo hacían indistintamente, ya fuesen o no, obispos de la congregación. Justino, pues, sin abandonar la toga de filósofo que le daba acceso a los paganos, se consagró a predicar la verdad, no ya como uno que la buscaba sino como uno que la poseía. No cesaba de trabajar para que muchos viniesen al conocimiento del evangelio, pues creía que el que conoce la verdad y no hace a otros participantes de ella, será juzgado severamente por Dios. Toda su carrera, desde su conversión a su martirio, estuvo en armonía con esta creencia. Día tras día se le podía ver en las plazas, rodeado de grupos de personas que le escuchaban ansiosos. Los que pasaban se sentían atraídos por su toga, y después de la corriente salutación: "salve, filósofo", se quedaban a escucharle. Cumplía así el dicho de Salomón acerca de la Sabiduría: "En las alturas, junto al camino, a las encrucijadas de las veredas se para, a la entrada de las puertas da voces". Así era uno de los instrumentos poderosos en las manos del Señor, para hacer llegar a las multitudes el conocimiento del evangelio.

Como escritor, Justino puede ser considerado uno de los más notables de los tiempos primitivos del cristianismo. Algunas de sus obras han llegado hasta nosotros. Refiriéndose a sus escritos, dice el profesor escocés James Orr: "El mayor de los apologistas de este período, cuyos trabajos aún se conservan, es Justino Mártir. De él poseemos dos Apologías dirigidas a Antonio Pío y al Senado Romano (año 150), y el Diálogo con Trifón, un judío, escrito algo más tarde. La primera Apología de Justino es una pieza argumentativa concebida noblemente, y admirablemente presentada. Consta de tres partes — la primera refuta los cargos hechos contra los cristianos; la segunda prueba la verdad de la religión cristiana, principalmente por medio de las profecías; la tercera explica la naturaleza del culto cristiano. La segunda Apología fue motivada por un vergonzoso caso de persecución bajo Urbico, el prefecto. El diálogo con Trifón es el relato de una larga discusión en Efeso, con un judío liberal, y hace frente a las objeciones que hace al cristianismo".

Los escritos de Justino tienen el mérito de revelarnos cuáles eran las creencias y costumbres de aquella época.

Refiriéndose al poder regenerador del evangelio, dice: "Podemos señalar a muchos entre nosotros, que de hombres violentos y tiranos, fueron cambiados por un poder victorioso". "Yo hallé en la doctrina de Cristo la única filosofía segura y saludable, porque tiene en sí el poder de encaminar a los que se apartan de la senda recua y es dulce la porción que tienen aquellos que la practican. Que la doctrina es más dulce que la miel, es evidente por el hecho de que los que son formados en ella, no niegan el nombre del Maestro aunque tengan que morir". "Nosotros que antes seguíamos artes mágicas, nos dedicamos al bien y al único Dios; que teníamos como la mejor cosa la adquisición de riquezas y posesiones, ahora tenemos todas las cosas en común, y comunicamos mutuamente en las necesidades; que nos odiábamos y destruíamos el uno al otro, y que a causa de las costumbres diferentes, no nos sentábamos junto al mismo fuego con personas de otras tribus, ahora, desde que vino Cristo, vivimos familiarmente con ellos, y oramos por nuestros enemigos, y procuramos persuadir a los que nos aborrecen injustamente, para que vivan conforme a los buenos preceptos de Cristo, a fin de que juntamente con nosotros, sean hechos participantes de la misma gozosa esperanza del galardón de Dios, ordenador de todo".

Sobre el culto cristiano en aquella época dice: "El día llamado del sol, todos los que viven en las ciudades o en el campo, se juntan en un lugar y se leen las Memorias de los apóstoles o los escritos de los profetas, tanto como el tiempo lo permite; entonces el que preside, enseña y exhorta a imitar estas buenas cosas. Luego nos levantamos juntos y oramos (en otro pasaje menciona también el canto); traen pan, vino y agua, y el que preside ofrece oraciones y acciones de gracias según su don, y el pueblo dice amén". "Nos reunimos en el día del sol, porque es el día cuando Dios creó el mundo, y Jesucristo resucitó de entre los muertos".

Vemos que el culto no era ritualista ni ceremonioso, sino que consistía en la lectura de las Escrituras, la explicación de la misma, las oraciones, el canto y la participación de la cena bajo dos especies, y que tenía lugar, principalmente, el primer día de la semana.

Refiriéndose a la beneficencia cristiana, dice: "Los ricos entre nosotros ayudan a los necesitados; cada uno da lo que cree justo; y lo que se colecta es puesto aparte por el que preside, quien alivia a los huérfanos y a las viudas y a los que están enfermos o necesitados; o a los que están presos o son forasteros entre nosotros; en una palabra, cuida de los necesitados".

La actividad de Justino no pudo menos que despertar el odio de los adversarios. Un filósofo contrario a sus ideas deseando deshacerse de él, denunció que era cristiano, y junto con seis hermanos más, tuvo que comparecer ante las autoridades. Allí confesó abiertamente su fe en Cristo, no temiendo la ira de sus adversarios, y fue condenado a muerte. Un estoico, burlándose, le preguntó si suponía que después que le hubiesen cortado la cabeza iría al cielo. Justino le contestó que no lo suponía sino que estaba seguro. La decapitación de Justino y sus compañeros ocurrió probablemente en el año 167, siendo emperador Marco Aurelio.

Los mártires de Lyon y Viena.

La primera vez que Francia aparece en la historia del cristianismo, se presenta acompañada de una legión de mártires; primicias gloriosas de los miles que en siglos posteriores, sellarían con su muerte el testimonio de la fe que habían abrazado.

Fue en el año 177, cuando las iglesias de Lyon y Viena (esta última es una ciudad francesa sobre el Ródano, que no hay que confundir con la capital de Austria del mismo nombre) sintieron el azote inclemente del paganismo. Los hechos relacionados con esta persecución fueron fielmente narrados por las iglesias de Lyon y Viena en una carta que enviaron a las iglesias hermanas de otras regiones. Esta carta se atribuye a la magistral pluma de Ireneo, y ha sido conservada, casi íntegramente, por Eusebio. Su autenticidad nunca fue puesta en duda, y ha sido llamada la perla literaria de la literatura cristiana de los primeros siglos. Al presentar a nuestros lectores los hechos de esos mártires, no podemos hacer nada mejor que reproducir los párrafos más notables de esta joya de la literatura y de la historia.

He aquí el preámbulo:

"Los siervos de Jesucristo que están en Viena y Lyon, en la Galia, a los hermanos de Asia y de Frigia, que tienen la misma esperanza, paz, gracia y gloria de la parte de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Señor".

Empieza la narración de los sufrimientos y dice:

"Jamás las palabras podrán expresar, ni la pluma describir, el rigor de la persecución, la furia de los gentiles contra los santos, la crueldad de los suplicios que soportaron con constancia los bienaventurados mártires. El enemigo desplegó contra nosotros todas sus fuerzas, como preludeo de lo que hará sufrir a los elegidos en su último advenimiento, cuando haya recibido mayor

poder contra ellos. No hay cosa que no haya hecho para adiestrar de antemano a sus ministros en contra de los siervos de Dios. Empezaron por prohibirnos la entrada a los edificios públicos, a los baños, al foro; llegaron a prohibirnos toda aparición. Pero la gracia de Dios combatió por nosotros; libró del combate a los más débiles, y expuso a los que, por su coraje, se asemejan a firmes columnas, capaces de resistir a todos los esfuerzos del enemigo. Estos héroes, pues, habiendo llegado a la hora de la prueba, sufrieron toda clase de oprobios y tormentos; pero miraron todo eso como poca cosa, a causa del anhelo que tenían de reunirse lo más pronto a Jesucristo, enseñándonos, por su ejemplo, que las aflicciones de esta vida no tienen proporción con la gloria futura que sobre nosotros ha de ser manifestada.

"Empezaron por soportar con la más generosa constancia todo lo que se puede sufrir de parte de un populacho insolente; gritos injuriosos, pillaje de sus bienes, insultos, arrestos y prisiones, pedradas, y todos los excesos que puede hacer un pueblo furioso y bárbaro contra aquellos a quienes cree sus enemigos.

Siendo arrastrados al foro, fueron interrogados delante de todo el pueblo, por el tribuno y autoridades de la ciudad; y después de haber confesado noblemente su fe, fueron puestos en la cárcel hasta la venida del presidente".

Epagato. Sobre la noble actitud de Epagato dice la carta:

"Cuando el magistrado llegó, los confesores fueron llevados delante del tribunal; y como él los tratara con toda clase de crueldades, Vetio Epagato, uno de nuestros hermanos, dio un bello ejemplo del amor que tenía para con Dios y para con el prójimo. Era un joven tan ordenado, que en su temprana juventud, había merecido el elogio que las Escrituras hacen del anciano Zacarías; como él andaba de modo irreprochable en el camino de todos los mandamientos del Señor, siempre listo para ser servicial al prójimo, lleno de fervor y de celo por la gloria de Dios. No pudo ver sin indignación la iniquidad del juicio que se nos hacía; penetrado de un justo dolor, pidió permiso para defender la causa de sus hermanos y demostrar que en nuestras costumbres no hay ni ateísmo ni impiedad. Al hacer esta proposición, la multitud que rodeaba el tribunal, se puso a lanzar gritos contra él, porque era muy conocido; y el presidente, herido por una demanda tan justa, por toda respuesta le preguntó si era cristiano. Epagato respondió con voz alta y dará que lo era, y en seguida fue colocado junto con los mártires y llamado el abogado de los cristianos; nombre glorioso que merecía, porque tenía, tanto o más que Zacarías, el Espíritu dentro de sí por abogado y consolador; lo que demostró por medio de ese amor ardiente que le hacía dar su sangre y su vida en defensa de sus hermanos. Era un verdadero discípulo, siguiendo en todas partes al Cordero divino".

BLANDINA. Entre los mártires de Lyon, una niña esclava llamada Blandina, ocupa el lugar prominente. Oigamos lo que sobre ella dice la carta de las iglesias:

"Entonces hicieron sufrir a los mártires tormentos tan atroces que no hay palabras para narrarlos; Satán puso todo en juego para Hacerles confesar las blasfemias y calumnias de que eran acusados. El furor del pueblo, del gobernador y de los soldados, se manifestó especialmente contra Santos, diácono de Viena; contra Maturo, neófito pero ya atleta generoso; contra Átale natural de Pérgamo, columna y sostén de la iglesia de aquella ciudad, y contra Blandina, joven esclava por medio de quien Jesucristo ha dejado ver cómo él sabe glorificar delante de Dios, lo que parece vil y menospreciable a los ojos de los hombres. Todos temíamos por esta joven; y aun su dueña, que figuraba en el número de los mártires, tenía miedo de que no tuviese la fuerza de confesar la fe, a causa de la debilidad de su cuerpo. Sin embargo, mostró tanto coraje, que hizo fatigar a los verdugos que la atormentaron desde la mañana hasta la noche. Después de haberla hecho sufrir todo género de suplicios, no sabiendo más que hacerle, se declararon vencidos; se

quedaron muy sorprendidos de que respirase aún dentro de un cuerpo herido, y decían que uno solo de los suplicios bastaba para hacerla expirar, y que no era necesario hacerla sufrir tantos ni tan fuertes. Pero la santa mártir adquiría nuevas fuerzas, como buena atleta, confesando su fe: era para ella un refrigerio, un reposo, y cambiar sus tormentos en delicias el poder decir: «Yo soy cristiana. Entre nosotros no se comete ningún mal.»

Sobre su primera presentación en el circo, dice la carta: "Blandina fue suspendida a un poste, para ser devorada por las bestias. Estando atada en forma de cruz, y orando con mucho fervor, llenaba de coraje a los otros mártires, que creían ver en su hermana, la representación del que fue crucificado por ellos, para enseñarles que cualquiera que sufra aquí por su gloria, gozará en el cielo de la vida eterna con Dios su Padre. Pero como ninguna bestia se atrevió a tocarla, la enviaron de nuevo a la prisión reservándola para otro combate, para que apareciendo victoriosa en muchos encuentros, hiciese caer, por una parte, una condenación mayor sobre la malicia de Satán y levantase por otra, el coraje de sus hermanos, quienes veían en ella una muchacha pobre, débil y despreciable, pero revestida de la fuerza invencible de Jesucristo, triunfar del infierno tantas veces, y ganar por medio de una victoria gloriosa, la corona de la inmortalidad."

En el segundo encuentro Blandina aparece en el circo junto con el joven Póntico, y la carta dice así:

"El último día de los espectáculos, hicieron comparecer de nuevo a Blandina y a un joven de unos quince años llamado Póntico. Todos los días lo habían traído al anfiteatro, para intimidarlo por la vista de los suplicios que hacían sufrir a los otros. Los gentiles querían forzarlos a jurar por sus ídolos. Como ellos seguían negando su pretendida divinidad, el pueblo se enfureció contra ellos; y sin ninguna compasión por la juventud del uno ni por el sexo de la otra, los hicieron pasar por todo género de tormentos, instigándoles a que jurasen. Pero su constancia fue invencible; porque Póntico, animado por su hermana, quien lo exhortaba y fortificaba frente a los paganos, sufrió generosamente todos los suplicios y entregó su espíritu.

"La bienaventurada Blandina quedó, pues, la última, como una madre noble, que después de haber enviado delante de ella sus hijos victoriosos a quienes animó en el combate, se apresura para ir a unirse con ellos. Entró en la misma carrera con tanto gozo como si fuese al festín nupcial y no al matadero, donde serviría de alimento a las fieras. Después de haber sufrido los azotes, de ser expuesta a las bestias, de ser quemada en la silla de hierro candente, la encerraron en una red y la presentaron a un toro, que la arrojó varias veces al aire; pero la santa mártir, ocupada en la esperanza que le daba su fe, hablaba con Jesucristo y no sentía los tormentos. Al fin degollaron esta víctima inocente; y los mismos paganos confesaron que nunca habían visto a una mujer, sufrir tanto ni con tan heroica constancia."

SANTOS. Refiriéndose a Santos dice:

"El diácono Santos sufrió, por su parte, con una valentía sobrehumana, todos los suplicios que los verdugos pudieron imaginar, con la esperanza de arrancarle alguna palabra deshonrosa a su fe. Llevó tan lejos su constancia que ni aun quiso decir su nombre, su ciudad, su país, ni si era libre o esclavo. A todas estas preguntas contestaba en lengua romana: "Yo soy cristiano"; confesando que esta profesión era su nombre, su patria, su condición, en una palabra, su todo, sin que los paganos pudiesen arrancarle otra respuesta. Esta firmeza irritó de tal modo al gobernador y a los verdugos, que después de haber empleado todos los demás suplicios, hicieron quemar chapas de cobre hasta quedar rojas y se las aplicaron a las partes más sensibles del cuerpo. Este santo mártir vio asar sus carnes sin cambiar siquiera de postura, y quedó inmovible en la confesión de su fe, porque Jesucristo, fuente de vida, derramaba sobre él un rocío celestial que lo refrescaba y fortalecía. Su cuerpo así quemado y destrozado, era una llaga, y no tenía más la

figura humana. Pero Jesucristo que sufría en él y desplegaba su gloria, confundía así al enemigo y animaba a los fieles, haciéndoles ver, por su ejemplo, que a nada se teme cuando uno tiene el amor del Padre, y que uno no sufre nada cuando contempla la gloria del Hijo. En efecto, sus verdugos se apresuraron algunos días después, a aplicarle nuevas torturas, en los momentos cuando la inflamación de las llagas las hacía tan dolorosas, que no podía sufrir que lo tocasen ni aun ligeramente. Se vanagloriaban de que sucumbiría al dolor, o que por lo menos, muriendo en los suplicios, intimidaría a otros. Pero contra las expectativas generales, su cuerpo desfigurado y dislocado, adquirió, en los últimos tormentos, su forma primitiva y el uso de todos sus miembros; de modo que esta segunda tortura, por la gracia de Jesucristo, fue el remedio de la primera."

POTÍN. Era éste un anciano de la iglesia y hombre de edad muy avanzada. Refiriéndose a su martirio dice así el documento que estamos citando:

"Se apoderaron del bienaventurado Potín, que gobernaba la iglesia de Lyon en calidad de obispo. Tenía más de ochenta años, y se encontraba enfermo. Como apenas podía sostenerse y respirar, a causa de sus enfermedades, aunque el deseo del martirio le daba nuevas fuerzas, se vieron obligados a llevarlo al tribunal. La edad y la enfermedad ya habían deshecho su cuerpo; pero su alma quedaba unida para servir al triunfo de Jesucristo. Mientras los soldados lo conducían era seguido por otros soldados de la ciudad y de todo el pueblo que daba voces contra él, como si hubiera sido el mismo Cristo. Pero nada pudo abatir al anciano, ni impedirle confesar altamente su fe. Interrogado por el gobernador acerca de quién era el Dios de los cristianos, le contestó que si fuera digno, lo conocería. En seguida fue bárbaramente golpeado sin que tuviesen ninguna consideración a su avanzada edad. Los que estaban cerca lo herían a puñetazos y a puntapiés; los que estaban lejos le tiraban la primera cosa que hallaban. Todos se hubieran creído culpables de un gran crimen si no lo hubieran insultado, para vengar el honor de los dioses. Apenas respiraba cuando fue llevado a la prisión, donde entregó su alma dos días después." Otros dos mártires notables fueron Atalio y Alejandro. Veamos lo que dice el precioso documento que traducimos:

"Como Atalio era muy conocido y distinguido a causa de sus buenas cualidades, el pueblo pedía incesantemente que lo trajesen al combate. Entró en la arena con santa seguridad. El testimonio de su conciencia le hacía intrépido, porque estaba aguerrido en todos los ejercicios de la milicia cristiana, y había sido entre nosotros un testigo fiel de la verdad. Primeramente le hicieron dar vueltas en el anfiteatro con un letrado delante de sí en el cual estaba escrito en latín: Este es Atalio el cristiano. El pueblo se estremecía contra él; pero el gobernador, al saber que era ciudadano romano, lo hizo conducir otra vez a la prisión, junto con los otros. Y escribió al emperador tocante a los mártires, y esperaba su decisión."

La respuesta, que tenía que venir de Roma tardaba en llegar, y durante este tiempo los mártires pudieron reanimar a los hermanos que por temor habían renegado su fe, y prepararles para dar un valiente testimonio que confundiría a los paganos.

Volvamos a Atalio y Alejandro:

"Mientras los interrogaban, un cierto Alejandro, frigio de nación y médico de profesión, que desde hacía mucho residía en la Galia (Francia) estaba cerca del tribunal. Era conocido de todos, a causa del amor que tenía a Dios, y de la libertad con que predicaba el evangelio; porque también desempeñaba las funciones de apóstol. Estando cerca del tribunal, exhortaba por medio de señales y gestos a los que eran interrogados, para que confesasen generosamente su fe. El pueblo que se dio cuenta, y que estaba enfurecido al ver a los que antes habían renegado su fe, confesarla con tanta constancia, dio gritos contra Alejandro, a quien atribuían este cambio. Al preguntarle el gobernador quién era, respondió: «Yo soy cristiano»; e inmediatamente fue

condenado a ser entregado a las fieras. Al día siguiente entró en el anfiteatro con Atalio, a quien el gobernador, por agradar al pueblo, entregó a ese suplicio, a pesar de ser ciudadano romano. Ambos, después de sufrir todos los tormentos imaginables, fueron degollados. Alejandro no pronunció ni una sola queja ni palabra, pero hablaba interiormente con Dios. Atalio, mientras lo asaban en la silla de hierro, y que el olor de sus miembros quemados se podía sentir de lejos, dijo al pueblo en latín: "Esto es comer carne humana; lo que vosotros hacéis: pero nosotros no comemos hombres ni cometemos ninguna otra clase de crimen".

Cuando los mártires ya habían sucumbido, se ocuparon de ultrajar sus cadáveres. Así se expresa la carta:

"La ira de ellos fue más allá de la muerte. Arrojaron, para que fuesen comidos por los perros, los cadáveres de aquellos que la infección y otras calamidades habían hecho morir, y los hicieron custodiar día y noche, por temor de que alguno de nosotros les diese sepultura. Juntaron también los miembros esparcidos de los que habían luchado en el anfiteatro, restos dejados por las bestias y las llamas, con los cuerpos de aquellos a quienes habían decapitado y los hicieron custodiar varios días por los soldados".

Los restos fueron finalmente quemados y arrojados al Ródano. La persecución no se sintió sólo en Lyon y Viena, sino en toda la región circunvecina. Un mártir ilustre que pereció poco tiempo después que los ya mencionados, fue Sinfioriano de quien dice la carta:

"Había en este tiempo en Autum, un joven llamado Sinfioriano, de una familia noble y cristiana. Estaba en la flor de su edad y era instruido en las letras y en las buenas costumbres. La ciudad de Autum era una de las más antiguas y más ilustres de la Galia, pero también de las más supersticiosas. Adoraban principalmente a Cibeles, Apolión y Diana. Un día el pueblo estaba reunido para celebrar la solemnidad profana de Cibeles, a la cual llamaban la madre de los dioses. En ese tiempo el cónsul Heraclio estaba en Autum buscando cristianos. Le presentaron a Sinfioriano, a quien habían arrestado como sedicioso, porque no había adorado al ídolo de Cibeles, que llevaban en una carroza, seguida de una gran multitud. Heraclio, sentado en el tribunal, le preguntó su nombre. El respondió: «Yo soy cristiano, y me llamo Sinfioriano». El juez le dijo: «¿Eres cristiano? Por lo que veo tú te nos has escapado, porque no se profesa mucho, ahora, ese nombre entre nosotros. ¿Por qué rehúas adorar la imagen de la madre de los dioses?» Sinfioriano contestó: «Os lo he dicho ya, yo soy cristiano, adoro al verdadero Dios que reina en los cielos; en cuanto al ídolo del demonio, si me lo permitís, lo romperé a martillazos». Él dijo: «Este no es sólo sacrílego, quiere ser rebelde. Que los oficiales digan si es ciudadano de este lugar». «Es de aquí —respondió uno— y hasta de una familia noble». «He aquí, tal vez, dijo el juez, porque tú te haces ilusiones. ¿O ignoras tú los edictos de nuestros emperadores? Que un oficial los lea». Leen el edicto de Marco Aurelio, como lo hemos visto ya. Al terminarse la lectura. «¿Qué te parece, —dijo el juez a Sinfioriano—, podemos quebrantar las ordenanzas de los príncipes? Hay dos acusaciones contra ti, de sacrilegio, y de rebelión contra las leyes; si no obedeces, lavarán este crimen en tu sangre». Habiendo declarado Sinfioriano, en términos positivos, que permanecía firme en el culto del verdadero Dios, y que detestaba las supersticiones de los idólatras, Heraclio lo hizo castigar y conducir a la prisión.

"Algunos días después lo hizo comparecer de nuevo, probó de tentarlo con buenos modales, y le prometió una rica gratificación del tesoro público, con los honores de la milicia, si quería servir a los dioses inmortales. Añadió que no podía evitar de condenarlo al último suplicio, si aun rehusaba adorar las estatuas de Cibeles, de Apolión y de Diana".

Habiendo rehusado los ofrecimientos que se le hacían, Sinforiano fue condenado a muerte, Sobre la valiente y serena actitud de su cristiana madre, dice la carta:

"Mientras lo conducían fuera de la ciudad, como una víctima al sacrificio, su madre, venerable tanto por su piedad como por sus años, le gritó desde oí alto de las murallas: «Hijo mío, Sinforiano, mi hijo querido, acuérdate del Dios vivo', y ármate de constancia. No hay que temer a la muerte que conduce a la vida; levanta tu corazón, mira al que reina en los cielos. Hoy no te quitan la vida, te la cambian por una mejor. Hoy en cambio de una vida percedera tú tendrás una vida perdurable». Al terminar este admirable relato, preguntemos con James Orr: "Las otras religiones tienen sus mártires; ¿pero tienen -mártires como éstos?"

Ireneo.

El siglo segundo no ha producido un cristiano más eminente que Ireneo. Su actividad misionera, su celo por la causa de la verdad, su talento de escritor, sus admirables dotes pastorales y su martirio, le han hecho pasar a la posteridad rodeado de una aureola luminosa.

Nació en Asia Menor en el año 140, y tuvo el privilegio de ser discípulo de Policarpo, de cuyo martirio en Esmirna ya nos hemos ocupado.

Toda su vida recordó Ireneo con gran satisfacción que había aprendido la doctrina cristiana de los labios de aquellos que estuvieron en contacto inmediato con los apóstoles. Escribiendo a Florino, quien se había desencaminado de la enseñanza que aprendiera en Esmirna, al mismo tiempo que él, le dice:

"Estas doctrinas (las de Florino) no te las enseñaron los ancianos que nos precedieron, y que estuvieron en trato con los apóstoles; porque siendo aún muchacho yo te vi en compañía de Policarpo, en Asia Menor, porque tengo presente en mi memoria lo que pasaba entonces, mejor que lo que pasa hoy. Lo que hemos oído en la niñez crece juntamente con el alma y se identifica con ella; a tal punto que puedo describir el sitio donde el bienaventurado Policarpo se sentaba y hablaba; sus entradas y sus salidas; sus modales y su fisonomía; sus discursos que dirigía a la congregación; cómo hablaba de sus relaciones con San Juan y con los otros que vieron al Señor, sus milagros y sus enseñanzas. Cómo había recibido todo de los que fueron testigos oculares de su vida, lo narraba de acuerdo con la Escritura. Estas cosas, por la virtud de la gracia de Dios, me impartió a mí, y yo las escuchaba con ansiedad, y las escribí, no sobre papel, sino en mi corazón; y por la gracia de Dios, las recuerdo constantemente con memoria fresca y despierta. Y puedo testificar delante de Dios, que si el bienaventurado presbítero apostólico hubiese oído tales cosas, hubiera gritado, se hubiera tapado los oídos, y, conforme a su costumbre, hubiera dicho: «¡Oh mi Dios! ¡a qué tiempos me has traído, para tener que sufrir esto!», huyendo del lugar, donde sentado o en pie, hubiese oído tales palabras".

Policarpo transmitió a Ireneo, su espíritu, su carácter, y sus costumbres.

Siendo aún joven se estableció en Lyon, donde pronto aparece actuando en calidad de anciano de la iglesia, la cual mostraba para con él gran aprecio y admiración. Durante la persecución que asoló a las iglesias de Lyon y Viena, parece que se hallaba ausente, pero regresó pronto, y la iglesia le eligió para ocupar el puesto que había dejado Potín, quien como hemos visto sufrió el martirio a edad muy avanzada. Teniendo que pastorear a esa iglesia y a los grupos de cristianos que había cerca de Lyon, pudo revelarse como un hábil y juicioso conductor del rebaño, haciendo frente a la lucha externa de la persecución, que aún continuaba, y a los conflictos internos producidos por las doctrinas extrañas.

El Oriente, que había mandado excelentes obreros cristianos a Europa a sembrar la buena simiente del evangelio, también mandó enemigos que sembrasen la peligrosa cizaña. La doctrina seguía sintiendo los duros ataques de la herejía. El gnosticismo había ganado mucho terreno. Sus fantásticas especulaciones respondían muy bien al orgullo humano. Ireneo recordaba lo que había oído a Policarpo, y éste a Juan, acerca de estas peligrosas tendencias. Los gnósticos procuraban hacer del cristianismo una cuestión científica más bien que religiosa. Querían que la sabiduría reemplazase a la fe. Todo esto sonaba muy bien en los oídos carnales, pero en realidad el gnosticismo no poseía la verdadera ciencia de la cual hacía tanto alarde. Argumentaban sobre el origen del pecado, mientras los cristianos buscaban verse libres del pecado. Confundían el árbol de la ciencia con el árbol de la vida. Pero los cristianos, digámoslo, no se oponían al estudio de estos problemas, sino a hacer consistir la religión en estas enseñanzas estériles, descuidando la ciencia que nos hace sabios para la salvación. Ocurría entonces lo que ocurre ahora muchas veces con personas mareadas por una ciencia falsa o superficial, que demuestran la más culpable negligencia en lo que afecta a los problemas prácticos de la vida espiritual.

Los montañistas también, dentro de lo mucho de bueno que enseñaban, habían caído en errores y excesos un tanto peligrosos, llevando la espiritualidad a un terreno movedizo. Ireneo, a quien Pressensé llama "un ardiente apóstol de la unidad eclesiástica", aspiraba a que todos los que invocaban el nombre de Cristo formasen un solo redil. Hombre esencialmente moderado, procuraba conciliar las tendencias más opuestas. No se puede decir que lo haya logrado, pero no deja de merecer un sincero aplauso por sus buenos deseos a este respecto. Por amor al orden fue demasiado lejos en sus concesiones a la jerarquía, que ya empezaba a quererse implantar en el cristianismo.

En el año 180 escribió su famoso libro titulado *Contra Herejías*. Escribe con la habilidad de un griego y piensa con la profundidad de un romano. Presenta a los propagandistas de ideas erróneas cubiertos con la careta de la ortodoxia, entrando en las casas de los cristianos, usando todos los medios astutos para hacerlos mover de la simplicidad que es en Cristo, apelando al orgullo humano, hablando de ciencia y de grandezas aparentes. Este libro refleja el alma de Ireneo. Fue escrito en un estilo simple, pero varonil, y no con el objeto de alcanzar los aplausos de los labios, sino con el de presentar la verdad cristiana en la forma por él interpretada. Su libro está libre de aquel espíritu de desprecio que suele verse con mucha frecuencia en los libros de controversia. Creía en la sinceridad de sus adversarios, y si inevitablemente dice algo amargo, lo compara a las medicinas de este gusto, que son desagradables al tomarlas, pero buenas para curar las enfermedades. "Nosotros los amamos —decía— más de lo que ellos se aman a sí mismos. El amor que les tenemos es sincero, y sería un bien para ellos responder a este amor. Por lo tanto, mientras multiplicamos nuestros esfuerzos para lograr que se conviertan, no cesamos de extenderles una mano amigable". En esos tiempos los cristianos no temían la discusión, y en lugar de apelar, como más tarde, a la violencia y a las excomuniones, argumentaban bíblicamente y con serenidad para ganar las almas de los que se hallaban extraviados y fuera de la verdadera doctrina.

Según algunos historiadores, Ireneo sufrió el martirio en el año 197, pero la antigüedad cristiana no ha dejado ningún detalle sobre las circunstancias y pormenores de su muerte.

Tertuliano.

La antigua ciudad de Cartago, situada en las márgenes africanas del Mediterráneo, fue la cuna del elocuente orador, fuerte apologista, e incansable luchador que se llamó Tertuliano. A pesar de su civilización, los cartagineses eran rudos, impetuosos, y de costumbres casi salvajes. De este ambiente salió, algo refinado pero no del todo pulido, el más elocuente de los defensores del cristianismo.

Nació en el año 160, siendo su padre un centurión del ejército romano. Pertenecía, por lo tanto, a la clase mediana de la sociedad. En vista de sus dotes naturales de orador fogoso, sus padres lo iniciaron en la carrera de las leyes, esperando verlo actuar de manera sobresaliente en las contiendas que se debatían en el Foro. Llegó a ser poderoso en la lengua griega, pero su idioma, el idioma con el que iba a pelear mil batallas y escribir numerosos volúmenes, fue el latín, que dominó y manejó cual ningún otro en su época. La vida pagana le arrastró en todas las corrientes del vicio. El circo, el bajo teatro, y los mil placeres carnales que Cartago ofrecía, tuvieron en el joven pagano un apasionado admirador y partícipe.

No sabemos cómo tuvo lugar su conversión, pero parece que ésta fue repentina, y tal vez producida por el espectáculo inspirador que le ofrecían los mártires que iban valiente y gozosamente al encuentro de la muerte. Pero sabemos que se convirtió siendo hombre ya hecho, y cuando había probado la impotencia de los placeres mundanales para satisfacer las necesidades del hombre. La crisis por la cual pasó tuvo necesariamente que ser violenta, para que fuese vencida su impetuosa naturaleza carnal, y pudiese ser formado en él ese hombre nuevo que es criado conforme a Dios en justicia y santidad de verdad. Pressensé al hablar de este cambio y de su carácter, dice: "Entró en la nueva carrera con toda impetuosidad de su naturaleza, y desde el día que puso la mano al arado, en el campo regado con tanta sangre, nunca lanzó una mirada hacia atrás. De las cosas que quedaron atrás, sólo pensó como de cosas malditas y se esforzó con todo su poder hacia el blanco que estaba delante. Sin pesar ninguno, holló con sus pies toda cosa que se interponía entre él y sus aspiraciones, ya fuese este obstáculo el paganismo con sus pompas y glorias, o ya las formas eclesiásticas de su tiempo, cuando le parecía que dejaban de llenar su verdadero objeto. Siempre estaba listo para declarar que sólo las cosas imposibles eran dignas de nuestros esfuerzos. Tuvo, por lo tanto, la porción que le toca a los espíritus ardientes y anhelosos, nunca supo lo que era reposo; su mano estuvo siempre contra todos. Su vida fue una larga batalla, primeramente consigo mismo, luego con toda influencia opuesta a sus ideas, o que en algo difería. Para él la moderación era imposible; iba a los extremos tanto en el odio como en el amor, en lenguaje como en pensamiento; pero todo acto o palabra de su parte, era el resultado de profundas convicciones, y estaban animados por lo que sólo puede dar vitalidad a los esfuerzos del espíritu humano —un sincero ardor y pasión por la verdad. Aun los excesos de su vehemencia le dieron un elemento de poder, porque empleaba a su servicio una elocuencia fogosa. Todo su carácter se resume en una palabra: pasión".

El historiador católico Duchesne, al referirse a Tertuliano, dice: "Desde el año 197 se le halla con la pluma en la mano, exhortando a los mártires, defendiendo la religión ante la opinión pagana y contra los rigores del procónsul. Desde sus primeros escritos se revela esa retórica ardiente, esa verbosidad inagotable, este conocimiento profundo de su tiempo, esa familiaridad con los hechos antiguos y los libros que los relatan, ese espíritu instigador y agresivo, que caracteriza toda su literatura".

Se inició como escritor cristiano dirigiendo una carta animadora a los muchos hermanos que estaban presos y esperando la hora del martirio. Parece que envidia la suerte de aquellos que

sufrían por la buena causa, y expresa sus profundos anhelos de llegar pronto al fin de su peregrinación terrestre. Este mundo corrompido no tiene para él ningún encanto, a causa del reino tan manifiesto del pecado. Suspira por estar con el Señor, y verse libre de la atmósfera corrupta de esta existencia. La prisión oscura que habitaban todos los mártires no podía ser peor que todo lo que se halla en medio de una sociedad corrompida. El corazón del autor se ve en uno de los párrafos de esta carta, que dice así: "No tenéis los falsos dioses ante vuestros ojos, no tenéis que pasar delante de sus estatuas; no tenéis que participar con vuestra presencia de las fiestas de los paganos; estáis libres de tener que aspirar el incienso corrompido; vuestros oídos no se ofenden con los clamores que salen de los teatros, ni vuestras almas son irritadas por la crueldad, la locura y vileza de aquellos que toman parte; vuestros ojos no se profanan por las escenas que se ven en esos refugios del vicio y de la prostitución".

El lenguaje de Tertuliano demuestra el pesar e indignación que producían en su ánimo las escenas que tenía que contemplar a cada paso en las calles y plazas de la gran ciudad africana. Los mismos o aun más profundos sentimientos expresa cuando escribe su famoso tratado contra los espectáculos.

Sus escritos son numerosos, extensos y variados. Escribió con tal vitalidad, que aun cuando han desaparecido las causas que produjeron sus obras, éstas no han perdido del todo su frescura, y diez y siete siglos que median entre nosotros y él, no han podido marchitar las flores de su jardín literario. No hay cuestión teológica, especulativa, doctrinal y moral que él no haya tratado, ni error que no haya sentido la descarga de sus terribles plumazos. Su Apología es más bien un desafío a los paganos. Defiende valientemente a sus hermanos perseguidos, en el gran foro de este mundo, con todo el ardor que tiene el buen abogado cuando sabe que su causa es justa. Como él mismo dice, no teme a ninguna de las dos cartas del dios Jano. "Crucificadnos, — escribe a los paganos— torturadnos, que cuanto más nos segáis más crecemos. La sangre de cristianos es semilla de cristianos."

En aquellos días habían crecido mucho las iglesias montañistas. Las ideas que sus adeptos profesaban, cuadraban tan bien con la manera de ser de Tertuliano, que se ha dicho que si el montañismo no hubiera existido, Tertuliano lo habría fundado. No tardó en adherirse a este movimiento, poniendo por completo su persona, sus facultades y su elocuencia al servicio de esta causa. Hay que entender que los montañistas se habían apartado de los otros cristianos en señal de protesta contra el formalismo, clericalismo, y decadencia espiritual que se empezaba a notar en muchas iglesias. Aspiraban a mantener la más completa pureza y fervor. Daban énfasis al sacerdocio universal de los creyentes, y eran democráticos en el gobierno de las iglesias, en oposición a las pretensiones del naciente episcopado. Se acusa a los montañistas de haber llevado a un extremo peligroso lo que ellos creían ser la inspiración profética. Hombres y mujeres se levantaban en las asambleas, no sólo para predicar, sino para profetizar acerca del futuro. El movimiento revestía todos los caracteres de los avivamientos; gran exaltación, mucho rigorismo, terribles amenazas. Creían en la inminencia de la segunda venida del Señor; gloriosa esperanza que los otros cristianos empezaban a perder. Tertuliano decía: "¡Oh qué espectáculo será la gloriosa y triunfante venida de Cristo, tan seguramente prometida, y tan cercana! ¡Qué gozo el de los ángeles y qué gloria la de los santos resucitados! ¡Empezará su reino y se levantará una nueva Jerusalén! Después vendrá la escena final —el amanecer del gran día del juicio y de la confusión de las naciones que se burlaban y no esperaban aquel día que con llama devoradora destruirá el viejo mundo, con todas sus obras. ¡Oh glorioso espectáculo!"

Tertuliano fue siempre montañista en su espíritu. Para adherirse a ellos no tuvo que pasar por ninguna crisis ni efectuar ningún cambio de ideas. Lo que le decidió a pronunciarse franca y abiertamente por ellos fue el observar que eran calumniados y combatidos injustamente.

Tertuliano murió en el año 220, legando al cristianismo el ejemplo de su incansable actividad, de su fervor y sinceridad nunca desconocidos, de su amor a los perseguidos por causa de la justicia; y sus magníficas obras literarias que perdurarán en el mundo como ricos modelos de la primitiva elocuencia cristiana. El hacha de Juan Bautista nunca se le cayó de la mano, y constantemente la hizo caer firme y pesada sobre la raíz del árbol carcomido de la idolatría.

Literatura cristiana del segundo siglo.

La literatura cristiana del primer siglo que ha llegado hasta nosotros, es la que compone el Nuevo Testamento. Esto no significa que fueron los únicos libros escritos por los cristianos de aquel período, pues circulaban otros Evangelios y Epístolas, ya anónimamente, ya llevando el nombre de sus autores.

Respecto a la literatura del segundo siglo, ya hemos mencionado las obras de Ignacio de Antioquia, de Ireneo, de Tertuliano, al dar cuenta de la vida de estos hombres. Pasemos ahora a hacer un ligero repaso de estos libros de aquel siglo que han sido conservados hasta la época presente y que son de inestimable valor para conocer el pensamiento cristiano que dominaba entonces.

LA DIDACHE. Este libro es probablemente el más antiguo después de los escritos apostólicos. Algunos lo hacen remontar a los últimos años del primer siglo; pero es más aceptable la idea de que haya sido escrito a principios del segundo. El erudito obispo Lightfoot le atribuye una gran antigüedad basándose en que "el episcopado aparentemente no se había hecho universal, la palabra obispo es todavía sinónima de presbítero". La Didache está dividida en dos partes. La primera que lleva el título "El camino de la vida y el camino de la muerte", contiene una enumeración de los deberes morales relacionados con la vida cristiana y advertencias acerca de los pecados que conspiran contra la piedad. La segunda parte, que es la más importante, trata de las ordenanzas del bautismo y de la cena, sobre el modo de honrar en la iglesia a los que tienen el don de enseñar, y da instrucciones acerca de los actos del culto en el día del Señor y sobre la elección de obispos y diáconos. Es muy importante notar en este antiguo documento, la absoluta ausencia de ceremonialismo y sacramentalismo, que aparecen en siglos posteriores y la igualdad de los pastores, lo que demuestra que la jerarquía en las iglesias era desconocida. La Didache es llamada también Doctrina de los Doce Apóstoles. Era conocida de los padres primitivos, pero se perdió durante varios siglos. Felizmente fue hallada por un sacerdote griego, Fileteo Bryennios, en el año 1883, en la Biblioteca Patriarcal de Constantinopla, en un manuscrito griego que contenía también otras obras antiguas y de mucha importancia. Desde entonces se han hecho varias ediciones en el original, y traducciones al alemán, al inglés y al francés.

EPÍSTOLA DE BKRNABE. Orígenes y Clemente de Alejandría atribuían este escrito al compañero de San Pablo que figura en los Hechos, pero la crítica está casi unánime en creer que fue compuesto por algún otro cristiano del mismo nombre. Se cree que su composición data aproximadamente del año 100, pero algunos la hacen remontar unos treinta años antes, y otros a unos veinte años después. El célebre manuscrito de la Biblia llamado Sinaítico, que fue hallado por Tischendorf en el año 1859, contiene esta Epístola al fin de los libros del Nuevo Testamento.

Hace muchas referencias a las Escrituras, y en algo se asemeja a la Epístola a los Hebreos, pero lleva la interpretación alegórica a un terreno inaceptable a los buenos intérpretes, lo que le quita mucho de su mérito.

EPÍSTOLAS DE CLEMENTE. La primera de estas Epístolas se atribuye a Clemente de Roma, y en tal caso pertenecería al siglo primero. Está dirigida a los Corintios, y de su lectura se desprende que la iglesia se sentía aún azotada por cismas y otros problemas de la misma índole de los que motivaron la composición de las Epístolas de San Pablo a esa iglesia. Abunda en citas del Antiguo Testamento, pero a veces son hechas con muy poco acierto. Para demostrar la resurrección, entre algunos argumentos de valor, se encuentra una mención de la leyenda del fénix fabuloso.

La segunda de estas Epístolas tiene más bien el carácter y forma de un sermón escrito. Es, según Lightfoot, "el primer ejemplo de una homilía cristiana". El estilo, siendo muy diferente del de la otra carta, demuestra, según muchos críticos, que no es obra del mismo autor.

Estas dos Epístolas se hallan junto con los demás libros del Nuevo Testamento, en el manuscrito Alejandrino, lo que hace suponer que eran leídas en las reuniones de las iglesias.

OBRAS DE PAPIÁS. Papiás, presbítero de Hierápolis fue, según Ireneo, "oyente de Juan y compañero de Policarpo". Su obra literaria consistió en una Exposición de los Oráculos del Señor, de la cual sólo existe una pequeña parte. El profesor Chanteris dice "que sería un gran acontecimiento para la crítica bíblica si los cinco libros de Papiás que se han perdido, fuesen hallados en alguna biblioteca, pues no es imposible que existan aún". Papiás no era un gran genio, pero el fragmento de su obra que se conserva, demuestra que era un hombre poderoso en las Escrituras. Su testimonio en favor de la autenticidad de los libros que componen el Nuevo Testamento es de grande importancia. "Ha transmitido —dice Godet— datos preciosos sobre los **ORÍGENES DE NUESTROS DOS PRIMEROS EVANGELIOS**".

EL PASTOR DE HERMAS. Este libro gozaba de mucha popularidad en los primeros siglos. Ha sido llamado El Peregrino de las iglesias primitivas. Erróneamente se creía que su autor era el Hermas que nombra San Pablo en Romanos 16: 14. Se conocía en los tiempos modernos en su traducción latina, pero el original griego, o parte del mismo, fue hallado en el manuscrito Sinaítico, lo que demuestra que tenía general aceptación y que era leído en las iglesias. Ireneo lo clasifica de "Escritura", y Clemente de Alejandría y Orígenes, creían que era divinamente inspirado. Parece que hubo muchos que pensaban lo mismo. Fue compuesto probablemente a mediados del siglo segundo, pero no se conoce su autor, aunque es probable que se llamase Hermas. El libro relata una serie de visiones, que no se sabe si las tuvo realmente el autor, o si las empleó como simples auxilios literarios. En estas visiones aparecen personajes imaginarios que sostienen diálogos con el autor. El principal es "un hombre de aspecto glorioso vestido de pastor" El libro es muy poco doctrinal pero contiene muy buenas ilustraciones de la vida práctica del cristiano, y exhortaciones a velar contra los pecados de la carne. Contiene también muchas imágenes simbólicas: montañas, rocas, árboles, etc. y principalmente una torre maravillosa, emblema de la iglesia de Cristo.

La recepción de miembros.

"El rasgo esencial de las instituciones de la iglesia en el segundo siglo —dice Pressensé— es el de exigir de sus miembros una adhesión seria a su creencia, y el velar para que no la desmientan con su conducta .. Ella sabe bien que no es la antigua teocracia que abarcaba a todos los

hijos de Abraham marcándolos con un signo exterior; no es el nacimiento natural el que hay que tener en cuenta en la sociedad espiritual, sino lo que sus libros sagrados llaman nuevo nacimiento, esta formación de un nuevo corazón y de un nuevo espíritu que no puede ser producido por ninguna ceremonia, ni transmitido por la sangre. Non nascuntur, sed fiunt christiani: uno no nace cristiano, es hecho. Este gran dicho de Tertuliano es el alma de la organización eclesiástica en el segundo siglo".

En el siglo apostólico los que se convertían eran bautizados inmediatamente después, y pasaban así a formar parte de la iglesia, dentro de la cual seguían aprendiendo la doctrina y fortaleciéndose diariamente por medio de la enseñanza que impartían los hermanos que pastoreaban el rebaño.

En el siglo segundo, hallamos que los que golpeaban las puertas de las iglesias tenían que recibir un grado de instrucción antes de ser admitidos. La persecución había hecho que las iglesias se viesan en la necesidad de usar mucha cautela respecto a la recepción de nuevos miembros. Los candidatos eran presentados a los ancianos, quienes los sometían a un minucioso examen, y si hallaban la aprobación de éstos, eran admitidos en la categoría de catecúmenos. Durante dos o tres años, recibían instrucción, y si daban pruebas evidentes de conversión, haciendo frutos dignos de arrepentimiento, y apartándose radicalmente de las costumbres licenciosas de la vida pagana, eran admitidos al bautismo.

Pressensé, al tratar de la vida eclesiástica, religiosa y moral de los cristianos en los siglos segundo y tercero, dice:

"La celebración del bautismo era una de las ceremonias más imponentes de la antigua iglesia. Parece que era todavía muy simple en el primer tercio del segundo siglo, en tiempos de Justino Mártir. Se encuentran bien las formas esenciales del rito, en el cuadro que nos traza, pero están poco sujetas a reglas fijas y descartan toda influencia sacerdotal." "Los que —dice Justino— con plena persuasión han creído que los que les hemos enseñado es conforme a la verdad, y han declarado poder llevar una vida cristiana, son invitados a unir el ayuno a la oración para pedir a Dios el perdón de los pecados que han cometido, y nosotros también ayunamos y oramos con ellos. Los llevamos en seguida a un lugar donde encontramos agua y reciben la regeneración como la hemos recibido nosotros; porque somos sumergidos en el agua en nombre de Dios, Padre y Soberano de todas las cosas que existen, de Jesucristo nuestro Salvador, y del Espíritu Santo." El bautismo así comprendido no puede asimilarse a la regeneración misma; es cierto que no la produce de una manera mágica, y que esta identificación del signo y la cosa representada con expresiones tal vez imprudentes, no tiene ninguna importancia. El neófito ya está moralmente renovado cuando se acerca al río en el cual será sumergido. Ha confesado su fe y se ha declarado capaz de entrar en la nueva vida, lo que implica que ya la posee. Justino Mártir nos lo muestra preparado por una instrucción preliminar para el gran acto que va a realizarse. Tocante al acto mismo, en su tiempo, no está sujeto a fechas fijas. La cosa importante es la condición moral de la fe suficiente. No se celebra tampoco en un lugar determinado. Como Lidia, la vendedora de púrpura convertida por San Pablo en Filipos, el neófito es sumergido en el arroyo vecino. En fin, el principal oficiante no es un sacerdote especial, que no existe, sino la iglesia misma, orando y ayunando con el catecúmeno. Ella tiene la conciencia de presidir enteramente su bautismo, aunque, muy ciertamente, sus ancianos y sus diáconos figuran en la ceremonia como sus representantes. Justino Mártir, que es un laico, habla en su nombre como en nombre de todos sus hermanos, cuando dice: «Conducimos a los catecúmenos a un lugar donde hay agua». Esta inmersión y la bendición en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, parece que eran los únicos ritos del bautismo en esta época. Conserva todavía su carácter primitivo».

A las palabras ya citadas añadamos éstas del célebre Bunsen, extraídas de su magistral obra sobre Hipólito y su tiempo, quien al hablar de la recepción de miembros mediante el bautismo por inmersión, dice: "La antigua iglesia tenía por regla exigir tres años para esta preparación, cuando el judío o pagano que se presentaba era hallado capaz y digno de ser admitido; para los hijos de los cristianos existía la misma obligación, salvo que el tiempo de preparación se abreviaba según las circunstancias. El bautismo de los niños en el sentido moderno, es decir como bautismo de párvulos, donde los padres o padrinos hacen compromisos en lugar del niño, este bautismo era completamente desconocido a la antigua iglesia, no sólo hasta fines del segundo siglo, sino hasta mediados del tercero".

CAPITULO TERCERO

Años 200-300

Sencilla organización de las iglesias.

El cristianismo entra ya en el tercer siglo de su existencia. En las dos centurias anteriores ha podido demostrar que el evangelio es el poder de Dios para dar salvación a todo aquel que cree. El heroísmo de sus mártires; el fervor común a todos sus adeptos; los argumentos irrefutables de sus apologistas; y sobre todo, la vida santa de los cristianos, han producido en el mundo una impresión que todos los siglos y todas las persecuciones no podrán borrar. El paganismo se siente amenazado, y su flaqueza se hace cada vez más manifiesta ante el empuje triunfal del evangelio. La lucha durará siglos, sin embargo, y los discípulos del crucificado continuarán dando testimonio de su fe y declarando al mundo "que Dios manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan".

En el primer siglo, y también en el segundo, las iglesias eran pequeñas repúblicas. No existía en ellas un sacerdocio como en el templo, sino una verdadera democracia semejante a la que regía las sinagogas. Los obispos y diáconos eran elegidos por el voto de los que componían las iglesias. Para reemplazar a Judas, se convocó a todos los hermanos, y se pidió el consentimiento general. Cuando se eligieron los siete diáconos en Jerusalén, toda la asamblea tomó parte en ese acto. Para designar los ancianos se acudía al voto de los hermanos, y no hallamos ningún asunto que sea resuelto por autoridad de arriba, sino mediante la participación de los directamente interesados. Los cargos de pastor y diácono no revestían ningún carácter clerical. "Nacidos de las necesidades, a medida que éstas se manifiestan —dice Pressensé— estos cargos tienen un carácter representativo, son ministerios para servir y no un sacerdocio para dominar". En las iglesias había profetas que predicaban y doctores que enseñaban, pero todos los miembros tenían libertad de hacer uso de la palabra cuando se sentían impulsados a dar algún mensaje espiritual.

La igualdad de pastores era absoluta. Los términos del obispo y presbítero o anciano se daban a la misma persona y designaban el mismo cargo. (Hechos 20: 17 y 28). Había varios obispos en una sola iglesia o congregación (Fil. 1: 1) y no un obispo para vigilar muchas iglesias. La idea de obispos con jurisdicción en una provincia o país les era del todo desconocida.

Pero ya en el segundo siglo hallamos los gérmenes del episcopado, que aparece como cosa casi general en el tercero. Al lado del episcopado vemos crecer las ideas sacerdotales que producirían una lamentable degeneración del cristianismo. La doctrina de la justificación por la fe, "madre de todas las libertades y fundamento de la igualdad religiosa", empezó a ser descuidada. El legalismo avanza y ya se nota en los escritores del segundo siglo que no entendían tan radicalmente como Pablo, la diferencia entre el viejo y el nuevo pacto. La confusión de la ley y la gracia no podía menos que ser funesta en sus últimos resultados. La religión del Antiguo Testamento es ceremonial, y si entraba a formar parte del sistema cristiano quedaba abierta la puerta del ceremonialismo; es una religión de familia, por lo tanto su confusión con el Nuevo Testamento ayudaba al pedobautismo, que abría las puertas de las iglesias a las multitudes inconversas; es sacerdotal, de modo que los que la miraban como abolida solamente en parte, no podían sentirse sino predispuestos a dar al cristianismo el mismo carácter, matando

así paulatinamente la doctrina evangélica del sacerdocio universal de los creyentes. Oigamos de nuevo a Pressensé: "El sacerdocio universal no se mantiene en toda su amplitud, en práctica como en teoría, sino cuando el sacrificio redentor de Cristo es aceptado sin reservas como el principio de la salvación universal. Él no es el único sacerdote de la iglesia si realmente no ha cumplido todo sobre la cruz, no dejando a sus discípulos sino el deber de asimilarse su sacrificio por la fe, para ser hechos sacerdotes y reyes en el y por él. Si todo no fue consumado en el Calvario; si la salvación del hombre no está cumplida, estamos nuevamente separados de Dios; no tenemos ya más libre acceso a su santuario y buscamos mediadores y sacerdotes que presenten la ofrenda en nuestro lugar. Cuando el cristianismo es mirado más bien como una nueva ley que como una soberana manifestación de la gracia divina, nos deja librados a nuestra impotencia, a nuestra indignidad, a nuestros interminables esfuerzos, a la necesidad de expiaciones parciales. No somos ya más reyes y sacerdotes, volvemos a caer bajo el yugo del temor servil. La jerarquía se aprovecha de todo lo que pierde la confianza filial en la infinita misericordia que hace inútiles todos los intermediarios de oficio entre el penitente y Dios".

Si los cristianos hubieran permanecido siempre con la mirada totalmente fija en la cruz del Calvario, reconociendo que fue completa y perfecta la obra que en ella consumó el Cristo, no tendríamos que lamentar los males incalculables producidos por el sacerdotalismo y por las jerarquías eclesiásticas.

A principios del siglo tercero las iglesias ya habían abandonado, en parte, su forma primitiva de organización. Sin embargo seguían siendo ellas las que elegían a sus ancianos, aunque a uno de éstos le daban el título de obispo y le consideraban director de los demás ancianos. Pero toda iglesia pequeña o grande tenía aún su obispo, y éste era elegido no por elementos extraños a la congregación, sino por la congregación misma. La Constitución de las iglesias coptas dice: "Que el obispo sea nombrado después de haber sido elegido por todo el pueblo y hallado irreprochable".

La distinción entre los pastores y los miembros empezó a ser más pronunciada. A los primeros se les llamó clérigos y a los segundos legos. Esta distinción no existía al principio. Es extraño que Tertuliano, el gran campeón de las reivindicaciones del pueblo cristiano, y fogoso opositor del clericalismo, haya sido el primer escritor que usó la palabra clero para designar a los que tenían cargos especiales en las iglesias, aunque no la usó con todo el sentido que tiene en estos tiempos.

Después del obispo y los ancianos, los diáconos ocupan el tercer lugar entre los siervos de las congregaciones. El oficio de diácono varió muy poco de lo que fue en las iglesias que figuran en el Nuevo Testamento. Su misión principal consistía en velar por las necesidades materiales de la iglesia, no sólo en los gastos que ocasionaban sus instituciones y obreros sino también en atender a las necesidades temporales de los miembros. Los ancianos, las viudas, los enfermos, y todos los hermanos imposibilitados para el trabajo eran atendidos por la iglesia. Sin renunciar a la propiedad privada, cada cristiano vivía no para sí, sino para todos. Pertenece a los diáconos el velar sobre estos asuntos, a fin de que los ancianos pudiesen dedicarse completamente a la oración y a la palabra. Los diáconos visitaban a los enfermos y administraban los asuntos temporales. Eran hombres caracterizados por su piedad y aptitudes para este oficio. En los cultos eran los que pasaban de mano en mano el pan y el vino de la comunión, y asistían a los hombres en el acto del bautismo. Ayudaban en la obra espiritual con sus consejos y amonestaciones. Se les tenía en gran estima. Cuando eran consagrados a este oficio, la iglesia oraba para que el espíritu de Esteban cayese sobre ellos, como el manto de Elías sobre Eliseo.

Otro cargo que llegó a ser de mucha importancia fue el de los anagnostai, o lectores, quienes estaban encargados de leer las Sagradas Escrituras al pueblo cristiano. Debemos recordar que los libros eran muy escasos y que muy pocos sabían leer, en comparación con los tiempos modernos. La existencia de este oficio demuestra que la lectura de la Biblia ocupaba un lugar prominente en el culto cristiano y enseñanza de los miembros de las iglesias. Se exigía para ocupar este puesto una conducta ejemplar y digna de la misión que iban a desempeñar.

Las diaconisas ya mencionadas en el Nuevo Testamento (Rom. 16:1) eran numerosas en los siglos segundo y tercero. Su misión era para con las personas de su sexo la misma que la de los diáconos: visitar las enfermas, enseñar a las recién convertidas y velar sobre su conducta. Es así como el cristianismo elevó a la mujer dándole una misión importante que cumplir en la vida. Se requería para ser diaconisa tener sabiduría y buena reputación entre los de afuera.

Al lado de las diaconisas estaban las ancianas, que en muy poco diferían, salvo en que la misión de estas últimas era más bien de carácter espiritual, mientras que la de las primeras era sobre cosas temporales especialmente.

En la mesa de la comunión los fieles depositaban sus donativos según el Señor los había prosperado. Estos fondos los administraba la iglesia por medio de sus diáconos. Tertuliano decía: "Cada uno como puede. Estas ofrendas libres de la piedad no se gastan en festines, sino que se consagran para alimentar a los pobres, los huérfanos, los esclavos viejos; para socorrer a los naufragos, a los desterrados en las minas y en las islas lejanas". Indudablemente que muchos de los pastores eran sostenidos por las contribuciones de los miembros, pero no era costumbre fija ni general. La mayor parte de ellos seguían ocupándose en sus oficios y ganando así el sustento para sí y sus familias a la vez que servían gratuitamente a las iglesias. La idea de que el ministerio cristiano es incompatible con el desempeño de un oficio secular no existía entonces. Los que dejaban su trabajo y aceptaban ser sostenidos totalmente o en parte por las iglesias, lo hacían con el único fin de estar más libres para ocuparse en la obra para la cual eran llamados.

El culto cristiano.

En el primer siglo, la cena del Señor era el centro del culto cristiano. Los fieles se reunían con el objeto de conmemorar, por medio del rompimiento del pan, la muerte expiatoria del Hijo de Dios.

La reunión era del todo fraternal. Los pastores que actuaban no asumían ningún carácter clerical ni sacerdotal, sino que se tenían a sí mismos como encargados por el Espíritu Santo para exhortar y enseñar la doctrina de Jesucristo. Todos tomaban libremente parte en el culto, ya dirigiendo la palabra, ya orando, ya indicando algún salmo o himno para ser entonado por todos. El que presidía el culto no lo monopolizaba, sino que estaba ahí para cuidar del buen orden del mismo.

En los siglos segundo y tercero el culto conserva aún este carácter, aunque ya se siente amenazado por el clericalismo de algunos obispos y por el espíritu ceremonial.

La cena no era un sacrificio. Los cristianos no habían olvidado el carácter conmemorativo de esta ordenanza. No se creía en lo que se llama la presencia real en los elementos componentes. El pan era un emblema del cuerpo de Cristo y el vino lo era de su sangre. Ambas especies eran tomadas por todos indistintamente, pues no había diferencia entre los hermanos.

La lectura de las Escrituras era una parte importante del culto. Como no existía la división de capítulos y versículos, a menudo se leían libros enteros en una sola reunión, mayormente si se

trataba de una Epístola. El Antiguo Testamento era recibido como divinamente inspirado. No existía lo que hoy llamamos "Canon del Nuevo Testamento. Cada libro era una obra completa en sí. Se aceptaban por su contenido y no por autoridad externa; así vemos que el Pastor de Hermas y la Epístola de Bernabé eran leídos en las asambleas.

Después de la lectura seguía la predicación, la cual era un desarrollo o explicación práctica de la porción leída, al estilo de la que se hacía en las sinagogas judías. En los tiempos de persecución la predicación se empleaba para dar ánimo a los hermanos a fin de que en la hora de la prueba se hallasen fuertes. En épocas señaladas el discurso tenía por objeto recordar los sufrimientos y valor de los mártires y confesores. Entonces se exhortaba a imitar las virtudes de los que habían sido fieles hasta la muerte.

La controversia no les era desconocida. Se llamaban sermones apologéticos aquellos que tenían por objeto enseñar a los catecúmenos las verdades de la fe que iban a profesar públicamente y que con tanta frecuencia tendrían que defender ante los ataques del paganismo. Esta clase de discursos nunca entraba en el culto propiamente dicho.

El canto era también una parte importante del culto. Se cantaban Salmos, es decir, los del Antiguo Testamento, e himnos compuestos por los cristianos y que hacían referencia más directa a las verdades de la gracia del Nuevo Pacto. Los instrumentos musicales eran desconocidos en las reuniones de las iglesias durante los primeros siglos. El canto era del todo sencillo, tanto en la música como en la letra. Reproducimos aquí, en toda su simplicidad y grandeza, dos cánticos que remontan a la época que nos ocupamos y que son citados por Busen. Se cree que son los más antiguos que se conservan:

HIMNO DE LA MAÑANA

*Gloria a Dios en las alturas,
Y en la tierra paz,
Buena voluntad para con los hombres.
Te alabamos,
Te alabamos,
Te damos gracias
Porque grande es tu gloria.
¡Oh, Señor, nuestro rey celestial!
Dios, Padre todopoderoso,
Señor Dios.
Cordero de Dios,
Hijo del Padre,
Que quitas los pecados del mundo.
¡Ten piedad de nosotros!
¡Escucha nuestra oración!
¡Tú que estás sentado a la diestra del Padre!
Porque sólo tú eres santo,
Único Señor,
¡Oh Jesucristo!
¡A la gloria de Dios el Padre!
Amén.*

HIMNO DE LA NOCHE

*Hijos, cantad al Señor,
Cantad al nombre del Señor.
Te alabamos, te celebramos, te bendecimos
Porque grande es tu gloria
¡Oh Señor, rey nuestro, Padre del Cristo!
Cordero sin defecto que quitas los pecados del mundo,
Eres digno de alabanza,
Eres digno de ser aclamado,
Eres digno de gloria, Dios y Padre.
Por tu Hijo en el Espíritu Santo.
Por los siglos de los siglos.
Amén.*

La oración era una de las partes esenciales del culto. Los cristianos se reunían no tanto para oír hablar de Dios, como para hablar con Dios. El lenguaje de la oración era austero evitándose toda retórica innecesaria. Las oraciones estaban llenas del lenguaje de las Escrituras, especialmente de los Salmos y Profetas. Las oraciones no eran largas, evitándose toda vana repetición. La oración pertenecía a toda la asamblea y era dirigida en una lengua inteligible.

Estas eran las características del culto primitivo, según resulta de los escritos de los autores de aquella época. En todo prevalecía la simplicidad. Dios era adorado en espíritu y en verdad, sin los ritos, ceremonias, y pompas que caracterizaban al culto pagano.

En todo culto, antes de distribuirse el pan y el vino de la comunión, todos se daban el beso de paz; los hombres a los hombres y las mujeres a las mujeres. Basta recordar esta costumbre piadosa para formarse una idea del amor que unía a todos los que eran hermanos en Jesucristo.

Costumbres de los cristianos.

Nada impresionaba tanto al mundo como la vida santa y costumbres limpias que caracterizaban a los cristianos. Sabemos que la sociedad pagana había llenado la copa de sus abominaciones. Los edictos de algunos emperadores que quisieron detener el avance de la corrupción, no dieron resultado, ni tampoco tuvieron éxito los filósofos que querían hacerlo por medio de la ética. Lo que necesitaba el mundo no era una moral escrita sobre pergaminos, sino un poder capaz de matar las malas pasiones, y crear aspiraciones nobles y obras saludables. Los cristianos poseían ese poder en el evangelio. Cristo vivía en ellos, y el Espíritu que les guiaba les permitía andar en una pureza que los paganos nunca llegaron ni a imaginar. Una de las cosas que el cristianismo hizo en aquellos días fue la de elevar el carácter y dignidad de la mujer. Entre los paganos la mujer era sólo un mueble bello. Entre los cristianos se sienta al lado del hombre en las asambleas, participa del mismo pan en la comunión, toma parte activa en la obra de la iglesia, y cuando llega la hora del martirio, desciende a la arena con tanto heroísmo como el hombre, o aun mayor.

EL MATRIMONIO. Cuando una mujer se convertía, siendo ya casada, y su marido quedaba alejado de la fe, se enseñaba a la esposa cristiana a permanecer fiel a su esposo y a procurar

ganarlo por medio de una conducta sana, que siempre tiene más influencia que los argumentos. Pero tratándose de mujeres no casadas, se les enseñaba que no debían contraer enlace con los inconversos. A veces llegaban hasta a excluir del seno de las iglesias a las que faltaban en este punto. Tertuliano era muy radical en contra de los matrimonios mixtos, y escribió combatiendo tales uniones, que eran muy raras en aquel entonces, cuando la sima que separaba al mundo de las iglesias era aun más profunda que en estos días. Muestra Tertuliano las dificultades a que se exponía la virgen que se casaba con un pagano. No podrá dejar el techo conyugal para reunirse con sus hermanos; tendrá que oír las canciones y palabras profanas de su marido inconverso; tendrá que preparar banquetes de un estilo repugnante a los que conocen al Señor; para agradar a su marido tendrá que aparecer vestida como no es lícito a santos, y muchas otras cosas más. Es vender el alma al consentir el casamiento.

Pero la unión de dos seres que aman al mismo Señor es tenida por honrosa. Aunque no había lo que hoy llamamos matrimonio religioso, toda la iglesia tomaba parte en la celebración de la boda. No que fuese un sacramento ni una ocasión para exhibir lujo, sino un momento solemne en el que se debía implorar la bendición de Dios sobre los desposados.

EL PADRE. El padre y esposo cristiano era el jefe pero no el déspota y tirano de la casa. Usaba de toda consideración para con los suyos, y todos sus actos tenían que estar reglamentados por el amor. Leónidas, el padre de Orígenes, ha pasado a la historia como un buen ejemplo de padre cristiano. A él debe su ilustre hijo todo lo que fue. El mismo cuidaba de la educación de su hijo. Todos los días le leía las Sagradas Escrituras y le hacía aprender de memoria un trozo de ellas. Después de la lectura hablaban un rato sobre lo que habían leído, para buscar compenetrarse del sentido y robustecer la mente y el corazón con este conocimiento.

LA MADRE. La madre cristiana era la verdadera gloria del cristianismo. Ella es la que hacía del hogar un verdadero santuario. Su misión era todo lo que concernía al cuidado de la familia; tejía con sus manos la ropa con que se cubrían ella, su esposo y sus hijos; se adornaba con el manto precioso de la modestia; hacía de la casa el albergue del peregrino y de todo hermano que llegaba de otros puntos; recibía con tierna y santa sonrisa al esposo que llegaba al hogar después de largas horas de trabajo; y unidos en un doble amor, ofrecían juntos al Padre celestial el incienso de sus oraciones que hacían arder en el altar de sus corazones. La madre era la eficaz colaboradora en la tarea de criar los hijos. El Pastor de Hermas demuestra que se exigía a éstos una obediencia y disciplina ejemplares. A los cinco o seis años, los niños ya enseñados en los mandamientos del Señor estaban en condición de aspirar a ser reconocidos como catecúmenos y empezar a recibir en la iglesia una enseñanza que les prepararía para ingresar en la milicia cristiana. De estos hogares, saturados con el perfume de la santidad evangélica, se levantarían los futuros testigos, mártires y apologistas.

EL VESTIDO. La modestia de los cristianos debía hacerse manifiesta aun el modo de vestir. Esto se aplicaba especialmente a la mujer, que siempre ha sido la más expuesta a la tentación del lujo. Las joyas estaban proscriptas de la vestidura femenina. Los trajes llamativos e indecorosos, comunes a las mujeres paganas, eran detestados. Las cristianas se vestían con suma sencillez. Esto no implicaba un desprecio a lo bello. Por lo contrario; Clemente favorece a los vestidos blancos, símbolos de la pureza y ataca el uso de los vestidos llamativos que cuadran más bien con las pompas de un espectáculo que con el testimonio del cristiano.

LA FEUGALIDAD. En aquellos días de orgías inmorales y excesos de intemperancia, los cristianos daban testimonio de la nueva vida renunciando a los banquetes y comidas exquisitas. No es porque fuese para ellos ilícito comer o dejar de comer tal o cual cosa, porque "el reino de Dios no es comida ni bebida", sino porque tenían preocupaciones más serias que las referentes a

estas cosas. Una comida modesta, con acción de gracias, valía más que los toros engordados que hacían el deleite de los glotones. No por esto la mesa cristiana carecía de sus horas de inocente alegría; alegría pura que nace del amor y no del exceso del vino. Los Ágapes, fiestas de amor, que acostumbraban celebrar los cristianos, ya en familia ya en la congregación, ofrecían momentos de solaz y expansión inocente a los hermanos, sin necesidad de entregarse a la glotonería y bebidas embriagantes. Eran comidas sencillas, como lo atestigua Plinio el Menor, en las que, entre cánticos y ósculos de paz, se manifestaba el amor puro que los vinculaba.

VIDA PÚBLICA. San Pablo enseñó que el Estado era una institución divina. Esto no debe confundirse, como ha sido hecho por algunos, con el pretendido derecho divino de los monarcas. No quiere decir tampoco que el gobernante A., B. o C., o el rey Fulano I o Mengano II sea un ungido celestial. Lo que San Pablo quiso enseñar es que la sociedad debe vivir regida por autoridades que impidan a los malos ser perjudiciales a sus semejantes, que los que desempeñan estas funciones deben ser respetados, porque hacen una obra que Dios aprueba. Esta doctrina del apóstol demuestra que la vida civil es compatible con la profesión de cristiano. En los primeros siglos, y especialmente en tiempos de Diocleciano, había muchos cristianos que ejercían funciones gubernativas.

La cuestión del servicio militar era ya otro problema que ofrecía más dificultades. Surgía entonces, como ha surgido muchas veces, y surge aún ahora, esta pregunta: ¿es lícito al cristiano seguir una carrera que le obliga a matar a su prójimo? Sabemos que los militares que se convertían, Cornelio, por ejemplo, no abandonaban su carrera para incorporarse a la iglesia, sino que eran recibidos en su seno a pesar de ser militares, pero es evidente que el militarismo era repugnante a los sentimientos pacíficos de los cristianos. La religión del príncipe de la paz no podía ser favorable a la guerra. El que adoraba a Cristo no podía adorar a Marte. Justino Mártir decía: "Nosotros, que en otro tiempo estábamos llenos de pensamientos guerreros, de crímenes y maldades, hemos, en todo el mundo, transformado nuestras espadas en palas, y nuestras lanzas en instrumentos de agricultura". Tertuliano se oponía enérgicamente al militarismo diciendo que las glorias y coronas del ejército eran ganadas produciendo el duelo de esposas y madres, y que el cristiano no podía servir de instrumento para hacer sufrir a los cautivos. En Egipto, las iglesias seguían esta regla: "Que el catecúmeno o el fiel, que quiera ser soldado, sea excluido". Algunos cristianos, como Maximiliano, en Argelia, llegaron hasta el martirio antes que aceptar el servicio militar.

LAS DIVERSIONES. En la época de que nos ocupamos, las diversiones estaban divididas entre el teatro y el circo. El primero era una escuela de inmoralidad, y el segundo de crueldad. Los cristianos no podían pactar con estas cosas, y no sólo que se apartaban de ellas, sino que les declaraban una guerra a muerte. No eran enemigos del arte ni de lo bello, pero cuando estas cosas, buenas en sí, se empleaban como medios de corrupción, no vacilaban en rechazarlas.

El teatro, que en los buenos días de Grecia, había alcanzado a ser, hasta cierto punto, un elemento de cultura estética y artística, no tenía nada de esto en Roma, donde las representaciones eran obscenas, casi siempre sobre los amores de Júpiter o las voluptuosidades de Venus.

El circo, que existía en cada ciudad importante, era el gran atractivo de aquellos tiempos. El de Roma tenía asientos para decenas de miles de espectadores. Los gladiadores que se batían, eran a veces profesionales, pero la mayor parte eran infelices condenados a muerte, o cautivos traídos de las conquistas, o esclavos que eran llevados a morir luchando miserablemente en presencia de una multitud de espectadores sanguinarios. Marco Aurelio tuvo que prohibir la venta de esclavos destinados al circo, pero no consiguió prohibir que los propios dueños los llevasen a luchar con las fieras. Eran miles de infelices que morían en la arena para apagar la sed

de sangre y de espectáculos que devoraba a los romanos. Del África traían leones que largaban hambrientos para despedazar a los que combatían en el circo.

Los cristianos rompían con este género de diversiones, y oponían a ellas el ejemplo de su perfecta mansedumbre.

Los mártires de Cartago.

Figura en la historia con el nombre de quinta persecución la que a principios del siglo tercero azotó violentamente a las florecientes iglesias del norte de África. Clemente de Alejandría escribía en ese tiempo: "Muchos mártires son quemados diariamente, crucificados o decapitados en nuestra presencia".

El emperador Septimio Severo, al principio de su reinado, mostró, si no simpatías, por lo menos tolerancia, para con los cristianos. Esta actitud se atribuye al hecho de haber sido curado de una grave enfermedad por medio de las oraciones de un cristiano llamado Próculo, a quien recibió en su palacio hasta su muerte, mostrándose muy agradecido. Pero las instigaciones de los paganos consiguieron que cambiase de actitud y lanzó un edicto prohibiendo a sus súbditos aceptar el cristianismo o el judaísmo. La ausencia de los cristianos en las fiestas idolátricas y crueles del circo, celebradas en su honor, parece que concluyó por irritarle.

El primer golpe lo sintió la iglesia de Alejandría, centro de una gran actividad cristiana, y residencia de un crecido número de ilustrados apologistas e intérpretes de las Escrituras. Los ojos de los adversarios estaban fijos sobre esta comunidad, sabiendo que una victoria ganada sobre ella representaría una herida formidable al organismo cristiano. En los pueblos y aldeas del campo fueron prendidos muchos de los cristianos de figuración, y traídos a Alejandría para ser muertos allí donde los paganos querían dar un escarmiento. Leónidas, el padre del célebre Orígenes, murió durante esta persecución, animado por las palabras de su propio hijo, de dieciocho años, que quedaba como el único sostén de la madre viuda. Una joven de singular hermosura, llamada Potamiana, fue también una de las víctimas. Resistiendo a todas las exigencias de sus carnales perseguidores, mostró cuánto heroísmo puede crear el honor unido a la fe cristiana. La firmeza de su corazón ante los jueces, confundía a los enemigos del cristianismo. La amenaza de la tortura, y la mil veces peor de ser entregada a los gladiadores, no pudieron conmovérle de su resolución de no negar a su Señor, sabiendo que sus perseguidores podían matar el cuerpo pero no el alma. Uno de los soldados, llamado Basíledes, que la llevaba al suplicio, quedó profundamente impresionado de la pureza de su carácter que contrastaba con la brutalidad de los paganos, así como por el valor que demostraba en medio de las angustias, y se constituyó en su protector contra los ultrajes vandálicos de la multitud. Ella oraba por él. Después de su martirio, Basíledes la vio en sueños, sonriendo y triunfante, y que poniendo una corona sobre su cabeza, le decía: "Yo he orado por ti". El no tardó en comprender que esa corona se la ceñiría después de pasar por las mismas pruebas que ella había sufrido. Resolvió entonces declararse cristiano y dar testimonio de su fe entre los soldados. Cuando se negó a pronunciar un juramento pagano, fue procesado, y antes de muchos días estaba con Potamiana, en la presencia del Señor. La persecución siguió recrudeciendo, y llegó hasta Cartago, donde se presentó en todo su carácter cruel y sanguinario. Los cristianos habían hecho extraordinario progreso no sólo en la ciudad, sino en toda esa región proconsular. La población africana había retenido su elemento de barbarie dentro de las formas de una civilización corrompida, de modo que los cristianos estaban expuestos a una lucha más violenta que en otras partes. La persecución siempre adquiriría un

carácter tumultuoso. Un procónsul llamado Saturnino dio la primera señal de ataque en Cartago. El primer mártir fue un esclavo púnico llamado Ninforo. Varios cristianos de un pueblo llamado Scillita fueron traídos para ser juzgados en Cartago. Había también varias mujeres entre éstos. Uno de ellos, llamado Espérate, hablaba en nombre de sus hermanos para contestar a las preguntas del procónsul Saturnino, mostrando franqueza, valor y un espíritu noble de cristiano. "Podéis ser perdonados —les dijeron— si os volvéis de corazón a vuestros dioses". "No hemos hecho ningún mal —respondió Espérate—; no hemos hablado mal de nadie; por todo el mal que nos habéis hecho os hemos dado gracias. Damos gracias a nuestro Señor y Rey por todo lo que nos sobreviene." El procónsul respondió: "Nosotros también somos piadosos, juramos por el genio del emperador, nuestro señor, y oramos por su bienestar, como debéis hacerlo vosotros." Espérate respondió: "No conozco el genio del gobernador de esta tierra; pero sirvo a mi Dios celestial, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver." El procónsul mandó entonces que fuesen conducidos de nuevo a la prisión hasta el día siguiente. Cuando comparecieron nuevamente, Saturnino, el procónsul, les dijo que tenían tres días de plazo para reflexionar; si en ese tiempo no renunciaban al cristianismo, serían irrevocablemente condenados. Esperato contestó, en su nombre y en el de sus hermanos, que para ellos, tres días o treinta eran la misma cosa, porque no cambiarían nunca. "Yo soy cristiano —dijo— y todos nosotros somos cristianos; no dejaremos la fe en nuestro Señor Jesucristo. Haced con nosotros como os plazca."

Después de estas palabras heroicas y llenas del fuego divino de la fe, los cristianos fueron todos condenados a la decapitación. Cuando la sentencia fue pronunciada, dieron gracias al Señor. El día de la ejecución, al llegar al lugar del suplicio, todos se pusieron de rodillas y oraron dando gracias por ser tenidos por dignos de sufrir por el nombre del Señor.

Así morían los mártires; sellando con sangre el testimonio de su fe, y hablando con su Padre Celestial, en oración, hasta que el alma partía a su descanso.

Pocos años después, tres jóvenes, Revocato, Saturnio, y Segundo, y dos mujeres jóvenes, Perpetua y Felicitas fueron arrestados en Cartago.

Perpetua tenía 22 años de edad. Hacía poco que se había casado con un hombre de alto rango, siendo ella también de una de las familias caracterizadas de la ciudad. Cuando fue arrestada amamantaba a un niño de quien era madre. No bien se hubo cerrado la puerta de la cárcel, vino a verla su anciano padre, quien temía que su hija sufriese una condenación infamante, según las costumbres, a pedirle que por amor a sus progenitores, abjurase el cristianismo. Perpetua, mostrándole un vaso, le dijo: "¿Puedo llamar a este vaso otra cosa de lo que es? Seguramente que no. Así tampoco yo no puedo dejar de llamarme cristiana, puesto que lo soy". Era una gran lucha interna la que tuvo que sostener. Por un lado estaban los legítimos sentimientos filiales y por otro la fidelidad al que dijo: "El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí". Los hermanos de la iglesia podían obtener acceso a los prisioneros, sobornando a la guardia, y los visitaban a menudo, para confirmarles en la fe. Perpetua, que era todavía catecúmena, fue bautizada durante este tiempo. "Al salir del agua —dice ella— el Espíritu me enseñó a orar, pidiendo paciencia". Después fue encerrada en un calabozo. Al verse privada de su hijo y del compañerismo de sus hermanos en la fe, se sintió abatida y tentada a retroceder. "Nunca me había hallado en tal oscuridad antes. ¡Oh, qué día horrible! El excesivo calor causado por la multitud de prisioneros, el trato brutal que recibíamos de los soldados, y la tremenda ansiedad por mi hijo, hicieron que me sintiese miserable". Perpetua consiguió que le trajesen el hijo a la prisión, lo estrechó sobre su pecho, y tal fue el gozo que tuvo, que escribió estas palabras: "Cuando tuve a mi hijo conmigo, la prisión se convirtió en un palacio". Sabiendo que tendría que morir, encomendó su hijo al cuidado de su madre, quien también era cristiana.

Cuando su anciano padre supo que tendrían que comparecer ante el procónsul, fue a verla y se echó a sus pies, rogándole que abjurara. "Hija mía —le dijo—, ten piedad de mis cabellos blancos; ten piedad de tu padre, si es que merezco aún ese nombre, si es que te acuerdas de los cuidados que yo te prodigué. ¡Oh tú, a quien yo amaba más que a los otros, no me expongas al dolor y a la vergüenza de ver concluir tus días, bajo la mano del verdugo. Mira a tu madre, mira a tu hijo; ¿cómo podrá él vivir si tú mueres? Perpetua, dóblégate, y sálvate a ti misma para no perdernos a nosotros"!.

"Mi corazón —escribe Perpetua en el relato de sus sufrimientos que redactó en la prisión— sangraba cuando veía los cabellos blancos de mi padre, y cuando pensaba que él era el único de la familia que no se gozaba con mis sufrimientos. Yo procuré, sin embargo, consolarlo. «Padre mío, no te aflijas de esta manera; no sucederá sino lo que Dios haya determinado; nuestra vida está en sus manos.»" El anciano se fue desesperado, llevándose al niño.

En la sala de audiencias, los mártires confesaron resuelta y abiertamente la fe que tenían en Jesucristo. Cuando le tocó el turno a Perpetua, he aquí a su anciano padre que entra en el recinto, con un esclavo que traía al niño, y le conjura de tener piedad de su vejez y de la ternura de su infante. El gobernador le dice: "Ten piedad de los cabellos blancos de tu padre; ten piedad de tu hijo, y sacrifica al emperador". "No puedo", fue la resuelta contestación de la mártir. "¿Eres cristiana?" le pregunta el juez. "Sí —contesta ella— yo soy cristiana". El juez entonces mandó que sacasen de la sala al anciano padre. Esto no pudo hacerse sin violencia. Perpetua pudo demostrar que su conducta no implicaba falta de amor al autor de sus días, escribiendo estas palabras: "Cuando los soldados golpeaban a mi padre, me golpeaban a mí".

Todos fueron condenados a ser lanzados a las fieras del circo, en la próxima festividad, que tendría lugar en el aniversario de la ascensión de Geta.

Vueltos a la prisión, Felicitas, quien había dado a luz a su primogénito sobre un montón de paja en el calabozo, y que era también una de las que tendrían que sufrir el martirio, se puso a llorar amargamente. El carcelero le dice entonces: "Si ahora sufres tanto, ¿qué harás cuando seas echada a las fieras? Esto debías haber tenido en cuenta cuando rehusaste sacrificar". "Lo que ahora sufro —respondió— lo sufro yo; pero entonces será otro el que sufrirá por mí, porque yo también sufro por él". Se refería a Cristo, su Señor.

El día de la ejecución, siguiendo una costumbre del tiempo de los sacrificios humanos, quisieron vestir a los hombres como sacerdotes de Júpiter, y a las mujeres como sacerdotisas de Ceres. Los mártires protestaron, alegando que morían por no someterse a esas abominaciones, y que era inicuo vestirlos así. La protesta fue tenida en cuenta y reconocida como justa.

Cuando llegó la hora señalada, el cortejo de mártires cristianos fue conducido al circo; Perpetua era la última. La tranquilidad de su alma se reflejaba en su rostro, lleno de una santa alegría. Antes del último momento se abrazaron y besaron como hermanos, y murieron animados por la dulce seguridad de la gloriosa inmortalidad.

Eran éstos los actos que arrancaron a la vehemencia de Tertuliano los siguientes soberbios plumazos que dirigió al gobernador Scápula:

"Nosotros no temblamos ante "los males que nos hacen sufrir los que no nos conocen. La primera condición para todo el que se une a esta secta, es la de exponer su vida; tenemos sólo un deseo, alcanzar lo que Dios promete; tenemos sólo un temor, el de las penas de la otra vida. Toda vuestra crueldad no nos hará vacilar en el conflicto; nosotros le salimos al encuentro, y somos más felices cuando nos atacáis que cuando nos dejáis. De modo que si os mandamos esta epístola, no es porque temamos por nosotros; es para vuestro bien, que sois nuestros enemigos. No, ¿qué digo? sois nuestros amigos; porque tenemos que amar a nuestros enemigos y orar por los que nos

desprecian y persiguen; y en esto se hace manifiesta la gran virtud de nuestra religión, porque todos aman a sus amigos, pero sólo los cristianos aman a sus enemigos. Sufrimos al ver vuestra ignorancia, y estamos llenos de compasión a causa de vuestro humano error, porque sabemos lo que os espera en el futuro; por eso creemos que es nuestro deber advertiros por carta de lo que rehusáis escuchar de nuestros labios."

Y el valiente cartaginés termina con este apostrofe: "Salva a Cartago, y sálvate a ti mismo. Nosotros tenemos un solo Señor, que es Dios. El está sobre ti; no se puede esconder, y tú no le puedes hacer mal. Aquéllos a quienes tú llamas señores, son hombres, y pronto perecerán; pero esta secta es inmortal, y tú sólo logras edificarla cuando te figuras que la destruyes."

Orígenes,

La figura más prominente entre los cristianos del siglo tercero es, sin duda, la de Orígenes. Ninguno arroja tanta gloria como él, sobre la Iglesia de Alejandría. Su nombre, en la opinión de sus contemporáneos, como en la historia, es a veces objeto de alabanzas, como de censuras. Su corazón fue grande; fueron grandes también su fe, su amor y sus errores.

Nació en Alejandría, África, en el año 185. Sus padres eran cristianos, y parece que él abrazó la fe en su niñez. Su padre acostumbraba besarlo en la frente cuando estaba dormido, y orar por él. Presentía que su hijo llegaría a ser una columna en el templo espiritual del Señor. No descuidaba su educación, y diariamente hablaba con él del evangelio, viéndose muchas veces perplejo para contestar a las preguntas difíciles que le hacía, mostrando así desde sus tiernos años, aquel temperamento de investigador profundo que nunca perdió.

Cuando tenía unos diecisiete o dieciocho años de edad, su piadoso padre Leónidas, profesor de Retórica, fue encarcelado a causa de su fe. Orígenes quería acompañarle al martirio, y fue necesario que la madre le escondiese la ropa para que no pudiese salir a la calle. Leónidas murió gloriosamente confesando a Cristo su Salvador, y el joven quedó como el único sostén de la viuda y seis hermanos menores. Sus vastos conocimientos de la rica literatura griega, le sirvieron para procurarles el pan de cada día. Los bienes del padre habían sido confiscados, de modo que las ganancias de Orígenes era el único recurso de la familia.

Toda su vida demuestra que sólo conoció dos pasiones: amor a la ciencia divina y amor a la verdadera piedad. Aun sus muchas y graves equivocaciones, fueron aplicaciones erróneas de estos dos ardientes anhelos. Como teólogo y pensador, todo lo quiso saber y escudriñar. Como santo, puso por meta un ideal elevado y procuró alcanzarlo, aunque sus métodos no siempre le condujeron al fin deseado.

Existía en Alejandría una escuela teológica a la cual Panteón, el filósofo cristiano y el ilustre Clemente, habían dado fama. Orígenes, siendo todavía muy joven, se halló al frente de ella. Fue en este campo de labor donde demostró fecundidad literaria, y su nunca sobrepasada actividad cristiana. Sus escritos no tienen número y comprenden todas las fases de las ciencias religiosas y filosóficas. Comentó en tres formas distintas todos los libros de la Biblia: histórica, alegórica y espiritualmente. Escribió homilías sobre temas variados. Su correspondencia era extensa, pues todo el mundo le consultaba. Hasta el mismo emperador Felipe el Árabe se comunicaba con él, y hay quienes aseguran que logró ganarlo a la fe, cosa que no ha sido comprobada y que es más que dudosa. Pero es cierto que sus cartas ejercieron sobre él muy buena influencia, pues durante su reinado los cristianos tuvieron paz. Su método de interpretación peca por dos lados. A veces interpreta las cosas figuradas, literalmente, y lo literal lo espiritualiza, llevando las alegorías

hasta extremos peligrosos y perjudiciales a la ciencia que él quería servir. Se dice que puede ser considerado como el hombre más culto de su siglo. La filología, la exégesis, la dogmática, la teología, la filosofía, la apologética, en fin, todos los conocimientos le eran familiares y en todas estas ramas mostró aptitudes sorprendentes.

Su obra magna fue la Hexapla, o sea una versión políglota del Antiguo Testamento, en la que se revela como crítico profundo.

San Jerónimo, hablando hiperbólicamente, dice que Orígenes escribió más libros que los que otro hombre puede leer en toda la vida. Hay algunos que aseguran que, contando los tratados cortos, sus trabajos literarios llegan a seis mil. Muy pocos de sus escritos han llegado hasta nuestros días.

La influencia que ejercía, dentro y fuera del círculo en que actuaba, era muy grande. Los enemigos de la fe le temían. Orígenes, sin embargo, no temía a la lucha y salía al encuentro de la adversidad. "El odio que tenían los paganos —dice Eusebio— era grande a causa del crecido número de personas que aprendían de Orígenes los misterios de la fe, quienes eran vistos en multitudes alrededor de la casa que habitaba, procurando que los soldados no obrasen contra él. Tan fuerte era la enemistad contra él, que no hallaba casa segura en Alejandría, y constantemente era perseguido de lugar en lugar."

Siempre estaba al lado de los que tenían que sufrir persecución. Acompañó hasta el lugar del suplicio a su discípulo Plutarco, y esto casi le costó la vida, porque la turba empezó a decir que la muerte de ese joven era motivada por las enseñanzas que había recibido de Orígenes.

Su esplendor y sus afirmaciones atrevidas sobre muchos puntos de doctrina, le pusieron en conflicto con sus compañeros. Fue excomulgado en Alejandría, pero reaparece de nuevo en Cesárea, donde es bien recibido por la Iglesia. Aunque anatematizado, tanto por Alejandría como por Roma, no deja de ser mirado en todas partes como un baluarte de la fe cristiana. Sigue siempre fielmente su misión, y tiene el gozo de ver a muchos paganos abandonar sus ídolos mudos, y a muchos de los gnósticos dejar su pretendida ciencia para abrazar la locura de la cruz. En medio de estas tempestades que le afligían grandemente, se consolaba recordando que Cristo calmó las olas embravecidas del Mar de Galilea. Durante este tiempo hizo muchos viajes de estudio, que le ayudaron en la obra que realizaba. Visitó la histórica Palestina, para conocer los lugares donde actuó el Salvador, y ver aquellos parajes que le eran familiares por la constante lectura de los libros de la Biblia.

En Cesárea reanuda sus trabajos de maestro, y la escuela que funda pronto gana una fama en nada inferior a la de Alejandría. La persecución bajo Maximino, impidió que la escuela pudiese seguir su curso floreciente. Fue entonces cuando escribió su obra sobre el martirio, tan provechosa para ayudar a los que, en aquellos días de pruebas amargas, tenían que sufrir por la fe. Tuvo que huir a Capadocia, donde prosiguió su actividad literaria. El año 238 volvió a Cesárea. En esta ciudad, y en otras, no cesa de ser testigo de la verdad, y de ayudar con su sabiduría a todos los que aman la palabra de Dios.

Cuando se levantó la persecución de Decio, huyó a Tiro, donde fue prendido. Iban a realizarse, le parecía, sus anhelos de martirio, que sintió en su juventud, cuando su buen padre tuvo que sufrir por Cristo. Poco antes de esto había escrito: "Estamos listos a sufrir persecución en cualquier parte donde Dios permita al adversario atacarnos. Mientras Dios nos deja libres de estas pruebas, y nos permite vivir en quietud, extranjeros en medio de un mundo que nos aborrece, nos encomendaremos a Aquel que dijo: «No temáis, yo he vencido al mundo». Pero si es su voluntad que tengamos que luchar y sufrir por causa de la piedad, haremos frente a todos los asaltos del enemigo con estas palabras: «Todo lo puedo por Cristo que me fortalece.»"

Los perseguidores descargaron toda su furia sobre el venerable anciano, cuyas fuerzas estaban ya agotadas a causa de tanto trabajo y sufrimientos. Fue puesto en una prisión oscura, con un collar de hierro colgado a su cuello y sus pies estuvieron cuatro días apretados en el cepo. A cada instante le amenazaban con darle una muerte cruel, pero él lo sufría todo con serenidad. Sus verdugos le castigaron privándole de la gloria de morir quemado en la pira. Falleció en la prisión a la edad de 69 años, como se cree, en el año 253 ó 254 de nuestra era. La vida de privaciones y sufrimientos que tuvo que llevar en el calabozo concluyeron con él. Murió como vivió: lleno del amor de Cristo y gozándose en la comunión espiritual que desde el día de su conversión le ligó al cielo donde anhelaba llegar para entrar en el descanso prometido a los que son fieles hasta la muerte.

Más persecuciones.

Durante el imperio de Maximino de Tracia, que duró desde el año 235 al 238, volvieron a sentirse nuevas persecuciones, que pusieron a prueba la fe un tanto apagada de los discípulos del Señor. Maximino, hombre por naturaleza inclinado a actos de violencia, inició sus funciones gubernamentales, haciendo condenar a muerte a varios cristianos prominentes. Pero esta persecución no llegó nunca a ser general, lo que permitía que los cristianos siempre pudiesen hallar un asilo algo seguro, ya en una parte, ya en otra del Imperio. En Capadocia y en el Ponto, debido a calamidades públicas, como ser terremotos que devoraban ciudades enteras, hizo que los adversarios se mostrasen más encarnizados, y que el populacho interviniese con actos de violencia, pues todas las calamidades eran miradas como castigos de los dioses, a causa de la actitud hostil de los cristianos al culto idolátrico del paganismo. Aun los que parecían sabios, se unían con los demás al hacer estas acusaciones.

Fue en este tiempo cuando Orígenes escribió uno de sus tratados para alentar a los que sufrían en las cárceles, esperando el juicio y la ejecución. Sabía que muchos estaban tentados a sucumbir bajo el peso de la prueba, como en efecto sucumbieron aquellos que no estaban bien arraigados en la fe y esperanza de la vocación. El espiritual escritor les habla de la gloria del martirio, recordándoles el ejemplo de aquellos que en otro tiempo sufrieron por causa de su fe.

Después de un período de calma, bajo Felipe el Árabe, volvió a soplar el viento tempestuoso de la persecución bajo el emperador Decio, a mediados del siglo tercero. Siguiendo la misma política de Trajano y Marco Aurelio, quiso consolidar el tambaleante Imperio, asegurando las instituciones paganas y prohibiendo todo lo que les era contrario. "No creo —había dicho Orígenes— que la tranquilidad que ahora disfrutamos será de mucha duración." Cipriano había visto, en visión, la persecución que se aproximaba. Era una nueva prueba que Dios permitiría sufrir a las iglesias para hacerlas entrar en un período de vida y actividad. En Alejandría, Roma, Cartago y en otras partes, se dejaban oír voces elocuentes que llamaban al pueblo de Dios a una nueva consagración y a levantar bien alto el estandarte de la piedad.

En Alejandría, los enemigos no esperaron el edicto oficial. Una turba se levantó contra los cristianos, y muchos fueron muertos sin que se les formase causa ni proceso. Ancianos y mujeres fueron sometidos a toda clase de tormentos e injurias. Un creyente de edad muy avanzada, llamado Metras, y una frágil mujer llamada Quinta, sufrieron crueldades inauditas. El cuerpo de Quinta fue arrastrado hasta un templo pagano, y luego por otras calles de la ciudad, hasta que fue despedazado. Una niña llamada Apolonia, quedó en pie frente a la hoguera, testificando de su fe

en el Salvador. Las hordas enfurecidas entraban en las casas de los cristianos, despedazando y saqueando todo lo que hallaban.

Todavía no se habían calmado los alejandrinos cuando se publicó el terrible edicto de Decio, y la persecución se desencadenó en todo el Imperio, sin que quedase libre ni una sola provincia. Todos los cristianos, sin distinción, caían bajo los efectos del furioso anatema. Se ordenaba que, por medio de la tortura, las autoridades debían procurar que todos abrazasen el paganismo, y es fácil suponer a qué punto los enemigos llevarían sus actos de crueldad, al verse armados con un decreto terminante de esta índole. Se señaló un día en el cual todos los que no hubiesen ofrecido sacrificios a los dioses, serían sometidos a la tortura. Entre los cristianos reinaba el terror; y mientras muchos se disponían a sufrir valientemente, otros sucumbían ante la prueba y simulaban conformidad al decreto aterrador. El número de apostatas fue mayor que en las anteriores persecuciones, debido a que los cristianos habían perdido mucho de su primitivo fervor; pero también se manifestaba el heroísmo en muchos que iban al martirio, más bien que verse envueltos en actos que no podían tener la aprobación del Señor. Cipriano podía escribir a éstos: "Habéis resistido con firmeza hasta el fin, bajo las pruebas más terribles. No habéis sucumbido bajo ninguna forma de tortura, pero las torturas sucumbieron bajo vuestra constancia."

En Roma, sufrió el martirio Fabián, obispo de esa ciudad. En Jerusalén, murió en la prisión el obispo Alejandro. En Antioquia, fue decapitado Babylas, junto con seis catecúmenos, a quienes vio triunfar en la muerte, uno tras otro. Cuando le tocó el turno a él, inclinó su cabeza exclamando: "Aquí estoy Señor, yo y los hijos que me has dado."

En Efeso, fueron muchos los que sufrieron, y el terror impulsó a no pocos a esconderse en las entrañas de la tierra. En Esmirna, fue doloroso ver al obispo apostatar, pero esto no-impidió que Pionio fuese fiel hasta la muerte, aun frente a ese ejemplo de cobardía.

En África, la persecución fue violenta. Los que podían huir, salían a los campos. Muchos de ellos murieron de hambre, sed y frío, sobre las montañas y en los desiertos. Muchos fueron muertos por los bandoleros que acechaban los caminos rurales. Los que no huyeron fueron objeto de toda clase de sufrimientos y torturas. No se tenía en cuenta ni el sexo ni la edad. Todos indistintamente eran sometidos a indecibles padecimientos. Algunos que sólo tenían unos quince años de edad fueron atormentados hasta morir. En muchos casos los soldados ejecutores se convertían al ver el valor de los mártires. Cuando cierto cristiano estaba testificando, y ya próximo a exhalar el último suspiro, bajo el peso de las torturas, los soldados le hicieron señas de que permaneciese fiel. En seguida se declararon cristianos, y también ellos fueron sometidos a la tortura, y murieron triunfalmente en la gracia del Señor.

En el año 251, Galo ocupó el trono imperial, y otra vez se oyó el grito: "¡Los cristianos a los leones!" Las hogueras que aun estaban humeando, fueron de nuevo encendidas. Esta vez, los llamados a confesar su fe se hallaban mejor preparados. La lección recibida en la persecución anterior les había sido altamente provechosa. El año 252 se promulgó el sanguinario decreto, y los paganos se pusieron en acción. Pero no oiremos esta vez de lamentables apostasías ni de tristes derrotas. Las iglesias se presentan fuertes y llenas de un santo celo ganado en medio de las pruebas sufridas bajo Decio. "¡Cuántos de los que habían caído —dice Cipriano— se han levantado de nuevo para ser gloriosos confesores! Han permanecido firmes mostrando la fuerza que procede de las profundidades del arrepentimiento, demostrando que en su anterior debilidad habían sido tomados de sorpresa, y que se hallaron abatidos frente a la inesperada prueba. Habiendo vuelto de nuevo a la fe, y reunido fuerzas, están listos, en el nombre del Señor, para soportar toda clase de sufrimientos con constancia y coraje."

Cipriano.

A principios del siglo tercero, nació en Cartago el ardiente cristiano, hábil organizador, escritor aventajado y noble mártir que se llamó Cipriano. Su padre pertenecía a las familias encumbradas. Era senador, y poseía muchas riquezas. Descubriendo en su hijo señales de talento y amor a la literatura, lo dedicó al estudio de la Retórica, en la cual se distinguió tanto, que no tardó en ser profesor de esta materia tan popular entre la gente culta de aquel tiempo.

En su juventud, Cipriano fue arrastrado por la corriente de la corrupción. La vida pagana y las costumbres licenciosas, le hicieron víctima de pasiones innobles. El mismo, cuenta de sus extravíos, para dar gloria al que le sacó del camino ancho que conduce a la perdición. Oigamos cómo se expresa él mismo: "Cuando yo estaba en las tinieblas de una noche oscura, sacudido por las olas tempestuosas del siglo, arrastrado incesantemente hacia todos lados, no sabiendo qué hacer de mi vida, extranjero a la verdad y a la luz, tenía como increíble e imposible, lo que la divina misericordia hizo para mi salvación. ¿Cómo puede uno que ha caminado orgullosamente, vistiendo púrpura y oro, contentarse con una simple capa de plebeyo? ¿Puede uno que ha aspirado a las apariencias, renunciar voluntariamente a los honores y retirarse a la oscuridad? Las pasiones tejen encantos invencibles, a los cuales siempre se rinden aquellos que los han conocido. Las bebidas fuertes estimulan a seguirlos, el orgullo hincha y la rabia enciende; la codicia los hace insaciables, la crueldad los impulsa al crimen, y de la embriaguez de la ambición pasarán a la sensualidad. Así me decía yo a mí mismo: por ser yo mismo un esclavo de estos deseos pecaminosos, no soñando siquiera en ser librado de ellos, yo voluntariamente aceptaba su yugo, y no teniendo esperanza de poder llevar una vida mejor, que prendía a mi perversidad como si fuese parte de mí mismo."

No sabemos cuándo Cipriano empezó a sentirse inclinado al cristianismo, pero como en su ciudad natal, Cristo tenía muchos y fieles testigos, no parece dudoso que desde joven haya conocido a los discípulos. Según Jerónimo, su primera impresión sería, la recibió leyendo al profeta Jonás. Pero su conversión fue el resultado de los trabajos y oraciones de un anciano de la iglesia llamado Cecilio, también pagano de origen. Este hombre tomó gran interés en la conversión de Cipriano y la hizo el objeto de sus fervientes oraciones, las que tuvieron evidente respuesta. Cuando Cipriano resolvió seguir a Cristo, Cecilio, a fin de ayudarlo espiritualmente y sustraerlo de la influencia mundana, lo llevó a su propia casa. Cecilio era casado y padre de varios hijos, y deseaba que el alma que había visto nacer, pudiese pasar su infancia espiritual, respirando la atmósfera de un hogar santificado por la influencia cristiana. Allí se estableció el vínculo sagrado que para siempre mantuvo unidas a estas dos almas. La vida santa de aquel hogar cristiano, produjo en el neófito impresiones imborrables. Un discurso se olvida más fácilmente que un buen ejemplo. "Después de ser probado como catecúmeno —dice Pressensé— Cipriano vio por fin amanecer el día solemne en el que fue admitido en la iglesia. Estaba lleno de un gozo tal, que se hallaba fuera de sí; y en su entusiasmo atribuye poder regenerador a las aguas del bautismo, de la cual el sacramento era en verdad la señal y el sello. Es imposible leer sin emoción, su descripción del gran cambio en su vida anterior. «Cuando mis manchas —dice él— fueron lavadas en el agua viva, una luz pura y celestial llenó mi alegre corazón. No bien hube nacido de nuevo, por el soplo del Espíritu, repentinamente se disiparon todas mis dudas, las puertas de la verdad se me abrieron y mi noche se cambió en día.» Así colocado, dice él mismo, sobre la cima de la montaña, vio todo en su real posición y en su verdadera luz, y despreció todo lo que antes lo había engañado y extraviado. La sociedad pagana, vista desde esa altura luminosa, se le presentaba del todo detestable, y para siempre le dio las espaldas."

En Cipriano, como en casi todos los de su época, se confunden en una sola cosa, la conversión y el bautismo. Lejos estaba de negar la obra del Espíritu Santo, sin embargo atribuye al agua una influencia regeneradora. Esta creencia, fuente de errores incalculables, arrojó sombra sobre la enseñanza y obra de este gran hombre de Dios. Arraigada en él la creencia de que el bautismo era la regeneración, o parte de ella, creyó que debía extenderse a los párvulos; y debido a la influencia de Cipriano, esta práctica, lo mismo que la de la comunión de párvulos, se hizo general, en el Norte de África.

Cipriano no sabía lo que era hacer cosas a medias. Entró en la nueva carrera poniendo al servicio de la causa todo el ardor de su sangre africana. De un solo golpe rompió la cadena que le había ligado al paganismo. Vendió todas sus posesiones y el producto lo empleó en aliviar las necesidades de los que sufrían. Su talento, su ardor y su celo por la causa, le hicieron ganar un buen nombre en la iglesia de Cartago. En vano su modestia le impulsaba al retiro solitario y a la meditación tranquila. Era un hombre llamado a ser soldado, y los ojos de toda la iglesia estaban fijos en él para elegirle obispo en la primera oportunidad. Aquella elocuencia tan delicada y fina que hasta entonces sólo había servido para la causa del mundo, los cristianos querían verla empleada para la gloria y honor del que les había salvado, y Cipriano supo derramarla a los pies de su Señor con el mismo espíritu con que la pecadora del evangelio derramó el vaso de unguento de nardo exquisito. Dice el historiador francés, citado más arriba: "El noble instrumento de su elocuencia, que sólo había servido para adornar la doctrina muerta de los demonios, fue usada desde entonces para la edificación de la iglesia. Esa voz, que había sido la trompeta marcial para animar a los soldados del padre de las mentiras, ahora resuena sólo para sostener el coraje de los santos mártires, quienes bajo las órdenes del capitán, Cristo, vencen al maligno-dando sus vidas por el Maestro."

Bien armado de la espada de dos filos de la Palabra de Dios, y encendido en santo entusiasmo, por la lectura de Tertuliano, a quien llamaba su Maestro, Cipriano empieza su tarea escribiendo algunos tratados que por todas partes eran recibidos con marcadas señales de admiración.

De simple pastor, es elegido obispo en la primera elección; y aquí tenemos que señalar otro de los aspectos menos felices de su carrera, pues hizo del episcopado una institución que degenera pronto en una autocracia religiosa. No hay nada más peligroso que el error practicado por un hombre superior. Cipriano contribuyó a que el episcopado democrático, plural en cada iglesia, no autoritario, del Nuevo Testamento, perdiese todas estas características y se convirtiese en una cosa diametralmente opuesta a lo que fue en principio. Era el lamentable triunfo del espíritu clerical que no tardaría en arruinar al cristianismo.

Colocado así al frente de la Iglesia de Cartago, se consagró con todo su talento, devoción y energía, a desarrollarla y a mantenerla unida. Nada le infundía más espanto que un cisma entre los hermanos. Era venerado de todos y sus consejos revestían la autoridad de un oráculo. Nada ambicionaba para sí, y todas sus energías estaban consagradas a la obra para la cual se sentía llamado por Dios. Tenía un notable talento de organizador. Lograba que en las múltiples ramificaciones de la obra, todo se hiciese con orden y a su debido tiempo. Los pobres, y mayormente las viudas, eran atendidos por los diáconos bajo su sabia dirección. Como pastor verdadero, vivía para cuidar de sus ovejas, defenderlas y conducir las por senderos de justicia.

Cuando estalló la persecución, bajo el emperador Decio, Cipriano tuvo que resignarse a huir de Cartago. Hubiera querido quedar y morir entre los suyos, pero él no era un entusiasta que buscaba la gloria del martirio. Su deber era salvarse para poder proseguir la obra. Ya muchas veces se había oído el grito: "¡Cipriano a los leones!" Quedar en la ciudad hubiera sido un acto

de culpable imprudencia. Desde donde estaba escondido, seguía pastoreando a su iglesia por medio de cartas y tratados que los cristianos circulaban entre los perseguidores. Nunca es más elocuente que en estos casos, pues se ve que derrama todo lo que su corazón encierra, y que pone toda su vida en sus escritos. He aquí un párrafo como muestra: "Tenéis que saber que ya ha amanecido sobre vosotros el día de la desolación, y que el fin de esta edad y la venida del Anticristo se acerca. Estemos listos para el combate; fijemos ahora nuestras mentes tan sólo en la gloria de la vida eterna y la corona de los confesores. Estamos en la víspera de un conflicto agudo y terrible. Los soldados de Cristo deben armarse de una fe incorruptible y un coraje indomable, para que puedan beber cada día la copa de la sangre de Cristo y estar listos para derramar la suya por El. ¡Que nadie espere ni desee nada de este siglo; que cada uno siga al Cristo eterno!"

Cipriano tuvo también que hacer frente a graves conflictos internos de la iglesia. Sus tendencias jerárquicas encontraron, desde el principio de su carrera, la oposición de la fracción democrática, la cual, desafortunadamente, no estaba representada por los elementos más sanos. Fueron momentos angustiosos en su vida los que tuvo que pasar cuando estaba en conflictos con una considerable parte de su rebaño. Fue entonces que escribió algunos tratados que contribuyeron a dar consistencia al espíritu autoritario, aunque, digámoslo en su honor, Cipriano siempre se opuso a reconocer superioridad a la iglesia de Roma, en lo que le acompañaban todas las iglesias del África proconsular.

El fin de la carrera de Cipriano se acercaba. La persecución que empezó Valerio, poco después de subir al trono, recrudeció en el año 258. Los obispos y diáconos tenían que ser ejecutados al instante. Los cristianos de influencia social, que ya eran numerosos, tenían que sufrir la confiscación de sus bienes. A las mujeres nobles también las despojarían de sus riquezas y serían enviadas al destierro. La persecución se hizo general. Por todas partes del Imperio las iglesias eran asoladas, los obispos decapitados y los miembros condenados a trabajos forzados en las minas.

Cipriano, que había escapado a otras persecuciones, tenía el presentimiento de que esta vez le tocaría a él sellar con su sangre el testimonio que daba con su vida y palabra.

Cuando el procónsul se hallaba en Utica, determinaron prenderlo y hacerlo morir en su presencia. Cipriano logró esconderse en Cartago, porque tenía el deseo, si le tocaba ser mártir, de serlo en la ciudad que había sido teatro de sus trabajos. "Yo confesaré a Cristo —escribe a la iglesia— y sufriré por El en medio de vosotros." Quería subir a su Dios acompañado de las oraciones de los suyos. "Esperemos aquí en reclusión —dice— la vuelta del procónsul, para saber de él lo que el emperador ha determinado sobre los obispos y laicos, y para decirle lo que Dios nos dé en aquel momento. Y vosotros, amados hermanos, perseverad en paz y en disciplina, fundados en los mandamientos del Señor, como os he enseñado por palabra y por ejemplo. Que ninguno cause escándalo entre los hermanos, ni se exponga innecesariamente a la persecución. Habrá tiempo de hablar cuando seáis prendidos y llevados ante el tribunal. Jesucristo, quien está con nosotros, hablará por nosotros en aquella hora. El prefiere un testimonio fiel a la impetuosa imprudencia... Queridos hermanos, que Dios os guarde de todo mal, en su iglesia."

Con razón se ha dicho que estas palabras son el testamento espiritual de Cipriano.

Cuando el procónsul regresó a Cartago, Cipriano fue prendido y llevado a juicio. El pretorio estaba repleto de gente. Una multitud enfurecida se disputaba un lugar en aquella escena. La fama del acusado, su reconocida elocuencia, y su autoridad como argumentador, hacían esperar una brillante defensa de su causa, y todos querían oírla. Entre esa multitud de personas enloquecidas de odio, Cipriano pudo ver los rostros apacibles de los fieles en Cristo Jesús, que

ofrecían silenciosamente el incienso de sus fervientes plegarias. Era para él un gran aliento verse así circundado, y espiritualmente ayudado, por aquellos a quienes había administrado la Palabra de Dios.

Después de la primera audiencia, fue llevado de nuevo a la cárcel, donde tuvo el consuelo de hallarse con otros hermanos que, como él, esperaban la hora de la partida. Al día siguiente tuvo que comparecer otra vez. Toda la ciudad se había congregado para oír su defensa y seguir de cerca los detalles de su condenación. El juicio fue breve. "¿Eres tú —le pregunta el juez— Thascio Cecilio Cipriano?" "Yo soy" responde. "El santo emperador te ordena que ofrezcas sacrificio a los dioses." "Yo no obedeceré." "Cuida de tu vida", le dice el juez, haciéndole saber que la negativa sería castigada con el último suplicio. Cipriano responde serenamente: "Ejecuta las órdenes que has recibido. En una causa tan justa, no hay por qué deliberar."

Al pronunciarse la sentencia, Cipriano es declarado portaestandarte de la cristiandad en Cartago. Sus enemigos no podían hacer de él mejor elogio, y Cipriano nunca será más glorioso que en el momento cuando este estandarte estará bañado con la sangre de su martirio. El mismo día fue decapitado en presencia de todo Cartago.

Los novacianos.

Las ideas y prácticas archiepiscopales de Cipriano encontraron en Cartago la decidida resistencia de Novato; hombre ardiente de espíritu, impetuoso y amigo de oponerse a las tendencias jerárquicas y clericales en la iglesia. Su contrario, Cipriano, dice de él, que era "una antorcha inflamada para producir el incendio de la sedición, un torbellino, una tempestad, un enemigo del reposo y de la paz". Novato hizo que uno de sus partidarios llamado Felicísimo, fuese elegido diácono, sin dar cuenta de este hecho al obispo, y por lo tanto desconociéndole derecho de intervenir en tal asunto. "Había en esto —dice Pressensé— una atrevida reivindicación de la independencia parroquial; era afirmar de hecho que cada parroquia, por su organización interna, podía gobernarse a sí misma, y que el pastor era su propio obispo en la comunidad para todo lo que no se relacionaba con asuntos de interés general. No había nada más legítimo desde el punto de vista de la antigua constitución de la iglesia, cuando la igualdad de los obispos y de los presbíteros era universalmente aceptada. En tal estado de cosas, el anciano encargado de la dirección de una iglesia, no tenía por qué recurrir a la autorización de uno de sus colegas para sancionar la elección de un diácono; sintiéndose su igual, no tenía ninguna necesidad de su aprobación."

De Cartago, Novato se fue a Roma para hacer propaganda en aquel centro, y encontró en Novacio un entusiasta compañero de sus ideas, y así Novato en Cartago, y Novacio en Roma, dieron impulso a aquel movimiento que no cesó de protestar contra la impureza de las iglesias y las pretensiones clericales en estos períodos críticos de la historia del cristianismo.

En Roma, el conflicto tomó un nuevo aspecto, y ya no fue tanto una campaña antiepiscopal, como en Cartago, sino una protesta contra la readmisión en la iglesia de los que habían negado a Cristo y quemado incienso a los dioses durante la persecución.

Sobre Novacio, dice Roberto Robinson: "Era un anciano de la Iglesia de Roma, hombre de vasta erudición, que tenía las mismas doctrinas que la iglesia, el cual publicó varios tratados en defensa de lo que creía. Sus discursos eran elocuentes e insinuantes, y su moral, irreprochable. Vio con gran pesar la intolerable depravación de la iglesia. Los cristianos, durante algunos años eran bien mirados por un emperador, pero luego eran perseguidos por otros. En épocas de

prosperidad, muchas personas aflúan a las iglesias con propósitos bajos. En tiempos de adversidad, negaban la fe y volvían a la idolatría. Cuando la tormenta pasaba, volvían a la iglesia, con todos sus vicios, para pervertir a los otros con su mal ejemplo. Los obispos, ambiciosos de prosélitos, estimulaban todo eso; y desviaban la atención de los cristianos, de la antigua confederación de virtud, a las vanas exterioridades de Oriente, y otras ceremonias judías, adulteradas también con paganismo. Al morir el obispo Fabiano, Cornelio, anciano, y ardiente partidario de la recepción de multitudes, surgió como candidato. Novacio se puso en su contra; pero como Cornelio fue elegido, y no viese señales de reforma, sino por el contrario, una marea de inmoralidad invadiendo la iglesia, se separó, y muchos con él. Cornelio, irritado por Cipriano, quien se hallaba en las mismas condiciones a causa de las protestas de algunos hombres piadosos de Cartago, que estaba irritado contra uno de sus presbíteros llamado Novato, quien de Cartago había ido a Roma a unirse con Novacio, reunió un concilio, y consiguió que lanzase una sentencia de excomunión contra Novacio."

Aunque no había entre ellos ninguna cuestión doctrinal que los separase, sino asuntos de disciplina y moral, los novacianos no pudieron continuar unidos a los demás cristianos, y su obra se desarrolló independientemente. Profesaban doctrinas bíblicas, y la disciplina en las iglesias era extremadamente rígida. Se les acusa de haber cometido el error de esperar de los miembros una perfección inalcanzable aquí en la tierra, pero aunque no siempre se les puede dar razón, uno se ve compelido a admirar su anhelo de santidad en aquellos días cuando la virtud cristiana empezaba a decaer rápidamente. Fueron los primeros cristianos a quienes el mundo llamó cataros, es decir, puros, lo que demuestra que sus costumbres eran irreprochables. Para ser admitidos en la iglesia tenían que hacer profesión de fe personal en Cristo y confesarla por medio del bautismo, aunque hubiesen sido bautizados en la infancia. Se oponían a la exagerada reverencia de que eran objeto los mártires y todo? los que habían tenido que sufrir persecución de los paganos.

Se extendieron por muchos países, fundando y edificando congregaciones espirituales que duraron hasta el tiempo de la Reforma.

Las catacumbas.

No vamos a ocuparnos del origen de las catacumbas, ni de los múltiples problemas arqueológicos, religiosos e históricos, que surgen ante este grandioso monumento de la antigüedad cristiana. Damos por admitido, lo que ya no se pone en duda, que las catacumbas son esencialmente cementerios cristianos, especialmente del tiempo de las grandes persecuciones, desde Nerón a Diocleciano, o sea en los tres primeros siglos de nuestra era.

Las catacumbas son una inmensa red de cavidades subterráneas, que en Roma comprende leguas de extensión. Hay catacumbas en Nápoles, en París y en muchas otras ciudades; pero las que más llaman la atención son las de Roma, donde las constantes excavaciones, demuestran que tienen una extensión tal, que las personas allí sepultadas pueden ascender a millones.

El cardenal Wiseman las describe así: "Una catacumba puede ser dividida en tres partes: sus pasadizos o calles, sus habitaciones o plazas, y sus iglesias. Los pasadizos son galerías largas y angostas, cortadas con tal regularidad, que el pavimento y el techo forman ángulos rectos con los lados, siendo por algunos sitios tan estrechos que con dificultad pueden marchar dos personas de frente. Algunas veces se prolongan hasta una gran distancia, aunque se hallan cruzadas por otras, y éstas por otras, en términos de formar un laberinto completo y una verdadera red de pasadizos subterráneos. El perderse en ellos es tan fatal como fácil.

"Pero estos pasadizos no están contruidos como el nombre para indicarlo, para conducir a alguna otra parte. Son el cementerio, la catacumba misma. Sus paredes, así como las de los lados de la escalera, están cubiertas de sepulturas, esto es, de líneas de excavaciones grandes y pequeñas, de longitud suficiente para contener el cuerpo humano, desde el niño hasta el adulto, tendido a lo largo de la galería. A veces se encuentran una sobre otras hasta catorce líneas de sepulcros, a veces sólo tres o cuatro. Encuéntrase estas excavaciones tan amoldadas a la medida del cuerpo que encierran dentro de sí, que es casi seguro yaciera éste al lado mientras la abrían.

"Depositado el cadáver en los nichos envuelto en género de lino y substancias balsámicas, se cerraba el frente herméticamente, ya con una piedra de mármol, ya con tejas puestas de canto, embutidas en aberturas hechas en la roca y cubiertas de 'cementum', lo que era más frecuente."

Muchas veces hay varios de estos caminos subterráneos, unos sobre otros, y unidos por escaleras.

De trecho en trecho hay una abertura que llega hasta el suelo para dejar entrar un poco de aire y luz.

En algunas partes los corredores se hacen anchos y dan capacidad para muchas personas. Eran sitios arreglados para celebrar los cultos en tiempo de persecución.

"Yo recorría a menudo —dice Jerónimo— esas criptas excavadas en las profundidades de la tierra, cuyas paredes de ambos lados contienen cadáveres sepultados, y donde reina una oscuridad tal que uno está tentado a decir, aplicándose las palabras del profeta: 'He descendido al infierno'. Rara vez un poco de claridad viene a iluminar el horror de estas tinieblas, penetrando por aberturas a las que apenas se les puede dar el nombre de ventanas."

"No hay nada— dice Pressensé— que pueda dar la impresión que uno siente al recorrer esos largos y oscuros corredores cuyas paredes encierran tantos despojos sagrados y están cubiertas de innumerables inscripciones y de frescos simbólicos. Parece que todo ese polvo se anima, que la llama inmortal que lo penetró brilla en todo su puro esplendor, que la visión del profeta de Israel se renueva, que los huesos se mueven, y que la iglesia heroica de los primeros siglos reaparece bajo nuestros ojos, triunfando de sus pretendidos triunfadores, de los cuales ella supo prever la derrota en sus símbolos expresivos. El que ha vivido familiarizado con este gran pasado, lo ve resucitar verdaderamente para él, bajo esas bóvedas oscuras; recibe una intuición rápida, que no olvida jamás, y que deja al pensamiento franquear los siglos, y le permite vivir un instante en una época lejana."

Aunque todos los que están sepultados en las catacumbas hayan pertenecido a la masa de los cristianos, no hay que formarse la idea peregrina de que todos fueron mártires o santos esclarecidos. La simonía ha hecho de este sitio sagrado un depósito de supersticiones e idolatría. Los que trafican con las almas de los hombres, envían a todo el mundo huesos de este inagotable depósito, que despachan como perteneciendo a tal o cual santo o santa.

Por otra parte los ritualistas, no pudiendo hallar en el Nuevo Testamento la confirmación de sus costumbres, apelan siempre al testimonio de los mosaicos y lápidas de estos cementerios, y no hay rito, por extravagante que sea, que no encuentre algo en las catacumbas que lo confirme, mayormente si se tiene en cuenta que hay en ellas mucho que no pertenece a la época de las grandes persecuciones, sino a siglos posteriores, cuando el cristianismo ya había degenerado a consecuencia de su unión con el estado.

Es necesario revestirse de un fuerte espíritu de discernimiento para saber qué cosas en las catacumbas realmente arrojan luz sobre la fe, la práctica y la vida de los primitivos cristianos. Ahora examinaremos algunos de los epitafios y símbolos que son de más valor.

La inscripción en la mayoría de las lápidas es corta y simple; el nombre del que yace y algunas palabras de consuelo. In pace, es la frase constantemente repetida. in deo vivís, lo que demuestra cuál era la confianza que animaba a los santos cuando colocaban en la tumba a los que habían dormido en el Señor. Otros epitafios son más largos, especialmente cuando el que está sepultado es un mártir, y se leen entonces dedicatorias como ésta:

PRIMITIVS, EN PAZ; MÁRTIR VALEROSO
DESPUÉS DE MVCHOS TORMENTOS. VIVIÓ
CERCA DE TREINTA Y OCHO AÑOS. SV ESPOSA
LEVANTA ESTO A SV AMADO ESPOSO

Simple monumento destinado no sólo a perpetuar el heroísmo de la fe, sino el dulce carácter de la familia cristiana, y el amor santificado de los que se unían en matrimonio. Otros epitafios dicen así:

CLEMENCIA, TORTVRADA, MVERTA, DVERME.
RESVCITARA
LANNVS, MARTIR DE CRISTO, DESCANSA AQVI.
SUFRIÓ BAJO DIOCLECIANO

Un padre expresa su confianza, escribiendo estas palabras en la tumba de su hijo que ha partido de este mundo:

LORENZO, A SV DULCÍSIMO HIJO SEVERO,
LLEVADO POE LOS ANGELES EL DÍA
SIETE DE ENERO

Otro epitafio instructivo y que es la prueba de que el celibato no existía entre los que se dedicaban al ministerio cristiano es el que dice así:

AQVI YACE SVSANA, HIJA FELIZ DEL
PRESBITEEO GABINO, VNIDA A SV PADRE EN PAZ

El pensamiento religioso de los cristianos de aquellos tiempos está bien expresado en los epitafios y símbolos de las catacumbas. Imitando a un autor, podemos decir que la iglesia aparece allí como Raquel que llora sus hijos y no quiso ser consolada. En lugar de la voz de un eclesiástico que habla ex cátedra, podemos oír la de los fieles haciendo resonar los himnos de triunfo en medio de las amarguras de la persecución.

El arte de las catacumbas es sencillo pero altamente significativo. Se ven esculpidas muchas figuras sobre las lápidas, en las cuales sería absurdo buscar el culto de las imágenes, desconocido a los cristianos de entonces. El arca de Noé, flotando sobre las aguas agitadas del Diluvio, representa a la iglesia, segura pero expuesta a los continuos vendavales de la persecución. La paloma, trayendo la rama de oliva, era el símbolo de la paz.

El ancla les hablaba de la seguridad que tienen los que están en Cristo. Adán y Eva, comiendo del fruto prohibido, les recordaba la caída. Moisés hiriendo la roca de la que fluyeron aguas, representaba a Cristo, la gran roca de la eternidad. Los magos, siguiendo la estrella, la

samaritana junto al pozo de Jacob, la resurrección de Lázaro, y una infinidad de símbolos más, expresaban la fe y la esperanza de aquellos cristianos. El buen pastor, llevando sobre sus hombros la oveja que se había perdido, en un grabado favorito. El pez es también un emblema que aparece con mucha frecuencia. ¿Qué representaba? ¿Qué querían decir los cristianos al esculpir un pez en las lápidas de sus queridos? Era un acróstico que significaba: Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Salvador. Veamos por qué: la palabra pez se escribe en griego con las siguientes letras: IXTVS. Con la primera de estas letras, en ese idioma, se escribe la palabra Jesús; con la segunda, Cristo; con la tercera, Dios; con la cuarta, Hijo; con la quinta, Salvador. El acróstico se formaba así:

IESUS	(Jesús)
XRISTOS	(Cristo)
TEOU	(de Dios)
UIOS	(Hijo)
SOTER	(Salvador)

Los símbolos y epitafios de las catacumbas demuestran cuál era la fe que profesaban las iglesias los primeros siglos, y también demuestra en qué época empezaron las primeras desviaciones. Las lápidas más antiguas expresan una fe pura, tal cual como se halla en el Nuevo Testamento. Aunque nos hallamos en un cementerio no hay indicios de purgatorio, ni oraciones por los difuntos en las lápidas que pertenecen al primer período, sino una completa certidumbre en la obra consumada por Cristo, y en el descanso de los bienaventurados. Pero al llegar al tiempo de la unión con el estado, aparecen los primeros indicios de las prácticas generalizadas por el romanismo.

Terminemos estas líneas con el siguiente párrafo de Pressensé:

"Respecto a la doctrina cristiana propiamente dicha, las catacumbas la presentan en toda su extensión; nos llevan a ese Credo llamado apostólico, que no era otra cosa sino el desarrollo de la confesión pedida a todo catecúmeno el día de su bautismo. Nos hallamos todavía en el período de libertad que precede a los grandes concilios y a sus decretos teológicos. La fe que revive en las pinturas de las catacumbas sobrepasa a la teología propiamente dicha, con sus distinciones sutiles y espíritu sistemático."

CAPITULO CUARTO

AÑOS 300 – 606

La persecución de Diocleciano.

Estamos ya a comienzos del siglo cuarto. Los cristianos disfrutaban de paz en casi todo el Imperio, y nada hay que haga temer una posible persecución, tan larga y tan cruel como la que pronto tendrá que sufrir.

Es imposible saber el número de personas que profesaban el cristianismo en esta época, pero el crecimiento había sido tan prodigioso, que no había ciudad ni pueblo donde no se contasen por millares. Estos pertenecían a todas las clases sociales, y hasta en el mismo palacio imperial ocupaban puestos importantes. El nombre de cristiano ya no causaba el horror que había causado en siglos anteriores. Es doloroso, sin embargo, tener que reconocer que esta mejor reputación no siempre la habían ganado por medio de un testimonio más fiel, sino por medio de mayor compromiso con el mundo del cual tenían que mantenerse separados. La piedad había decaído mucho; el primitivo amor había sido perdido; la forma externa de la piedad subsistía, pero su eficacia era negada con mucha frecuencia, de modo que el testimonio que daban los que llevaban el nombre de cristianos, no era siempre lo que había sido en otras épocas de menos tolerancia de parte del estado.

Una tremenda persecución se acercaba, la cual pondría a prueba la sinceridad de la fe de los que militaban en las iglesias. Dios, en su alta sabiduría, iba a hacer pasar por el fuego a su pueblo, para que se conociese los que eran suyos, y saliesen purificados como oro. Diocleciano era el emperador, y él personalmente era un hombre de quien no se podía esperar verle mezclado en un acto de esta naturaleza. Su esposa Frisca y su hija Valeria, si no cristianas militantes, simpatizaban con el cristianismo, que sin duda llegaron a conocer por medio de alguno de los muchos creyentes que había en la casa imperial. Pero la influencia de Galerio, su yerno, quien gobernaba en Oriente, prevaleció sobre Diocleciano para hacerle consentir en llevar a cabo un ataque que fue paulatinamente recrudeciendo, hasta convertirse en una de las más espantosas y largas persecuciones que la historia recuerda.

Las primeras manifestaciones de la prueba se hicieron sentir en el ejército, donde muchos cristianos se hallaban prestando servicio. Recordaremos que la profesión militar era tenida, por muchos creyentes, como incompatible con la vida cristiana, y cuando alguno se oponía a incorporarse a las filas o a participar de las ceremonias paganas que tenían lugar en el ejército, ya estaba expuesto a una prueba que sólo terminaba con la muerte. Leemos acerca de un tal Maximiliano, concripto de Numidia, que rehusó decididamente tomar las armas, alegando que era cristiano y que por lo tanto no podía hacerlo. "No puedo vestir el emblema de vuestro servicio porque yo visto el emblema de Cristo" —contestó a los que querían persuadirle a no exponerse a la muerte. Permaneció fiel a su resolución y fue decapitado. En el mismo distrito un centurión llamado Marcelo, el día en que se celebraba una gran festividad, públicamente rehusó participar del festín pagano, y renunció a la profesión militar. Llevado ante el tribunal fue condenado a ser decapitado.

El primer asalto con que se inició la persecución fue llevado a cabo en Bitinia, en el año 303, en la ciudad de Nicomedia, donde el emperador estaba conferenciando con Galerio. Largas

fueron las conferencias celebradas, y al fin Galerio consiguió inducir a Diocleciano a pronunciarse en contra del cristianismo, aunque bajo la condición de que no hubiese derramamiento de sangre. El 23 de febrero, al amanecer, una banda de hombres, encabezada por el prefecto de la ciudad, atacó la casa de cultos más grande que había en Nicomedia. Fue grande la sorpresa de los atacantes al no hallar ninguna imagen. Hallaron en cambio ejemplares de las Sagradas Escrituras, que inmediatamente arrojaron a las llamas. El edificio estaba situado en un lugar alto y se veía distintamente desde el palacio que ocupaban Diocleciano y Galerio, quienes estaban presenciando el pillaje y discutiendo si era o no conveniente incendiar el edificio. Galerio deseaba verlo reducido a cenizas, pero prevaleció el buen criterio de Diocleciano, quien hizo notar que no se podía ordenar el incendio de la casa de los cristianos, sin que otros edificios importantes fuesen destruidos también por las llamas.

Al día siguiente, apareció el primer decreto de los cuatro que fueron promulgados durante esta persecución, el cual estaba concebido en estos términos: "Las reuniones de los cristianos, con fines religiosos, quedan prohibidas; las iglesias cristianas tienen que ser derribadas, y quemados todos los ejemplares de la Biblia; los que ocupan puestos de honor o rango tienen que abjurar la fe o ser degradados; en los procesos judiciales debe emplearse la tortura contra los cristianos, de cualquier rango que sean, los de rango inferior que no ocupan puestos oficiales serán privados de sus derechos de ciudadanos y libres, y los esclavos, mientras permanezcan cristianos, no podrán recibir libertad". Como se ve, no se trataba de dar muerte ni procesar a los cristianos, sino de prohibirles sus cultos, destruirles sus libros, quitarles los derechos civiles, a fin de que por falta de acción y propaganda, pronto se extinguiesen. Un cristiano al leer el decreto fijado en un lugar público se indignó al punto de despedazarlo delante de todos los que lo leían y comentaban. Esta bravata no condujo a nada práctico a favor de la idea que quería defender y sólo sirvió para dar a los paganos un motivo de venganza, lo que hicieron torturándolo y luego haciéndolo perecer en la hoguera.

Un incendio que estalló en el palacio donde residían Galerio y Diocleciano fue atribuido a los cristianos, pero nadie conocía a otro culpable sino al mismo Galerio, que repetía la triste farsa de Nerón al culpar a los cristianos del incendio de Roma. Pero el pretexto bastó para que se extremasen las medidas violentas. Todos los familiares de la corte, entre los que había muchos cristianos, fueron sometidos a la tortura para conseguir que los supuestos culpables fuesen descubiertos. Las mismas Frisca y Valeria no escaparon al rigor de las medidas, y se les obligó a que ofreciesen sacrificios a los dioses como acto de demostración pagana que haría desaparecer las sospechas que algunos abrigan acerca de sus simpatías a la causa perseguida.

El edicto se hizo conocer en todas partes, causando el estupor consiguiente a todos aquellos contra quienes estaba dirigido. Una de las características de esta persecución es el ataque llevado contra los escritos que servían de base a la fe cristiana. Al entrar los soldados en las iglesias, se apoderaban de todos los libros, y las casas de los obispos y hombres doctos eran requisadas cuidadosamente, y cuanto libro caía en manos de esos censores ignorantes, iba directamente a las llamas. El cuidado puesto por los que amaban la palabra de Dios, pudo, sin embargo, hacer fracasar el plan destructor de los enemigos de la verdad. El erudito historiador Neander, al referirse a este hecho dice así: "Es evidente que el plan consistía en extirpar totalmente al cristianismo. Había algo de nuevo en la determinación de privar a los cristianos de sus escritos religiosos. En las anteriores persecuciones se esperaba suprimir la secta suprimiendo a los maestros y directores. Ahora ellos se habían dado cuenta de la importancia de estos escritos para preservar y propagar la fe cristiana. Y no hay duda, que la destrucción de todo ejemplar de la Biblia (si esto hubiera sido posible) hubiera sido más eficaz que la destrucción de los testigos

vivos de la fe, cuyas muertes sólo lograban hacer levantar un número mucho mayor, que venían a ocupar sus puestos. Además, si hubiera sido posible destruir todo ejemplar existente de las Escrituras, se hubiera cortado la misma fuente de la cual brota continuamente, con fresca e invencible energía, el verdadero cristianismo y la misma vida de la iglesia. Por mucho que los predicadores del evangelio, los obispos y los ministros, podían ser ejecutados no más, todo era en vano, mientras este libro, por medio del cual podían formarse nuevos predicadores, quedase en poder de los cristianos. Es cierto que la transmisión del cristianismo no era inseparable y necesariamente unida a las Escrituras. Escrita no en tablas de piedra, sino en las tablas del corazón, la divina doctrina, una vez alojada en el corazón humano, podía por su propio poder preservarse y propagarse para siempre. Pero expuesta a las muchas fuentes de corrupción que existen en la naturaleza humana, el cristianismo, sin la fuente de las Escrituras a la cual recurrir para recobrar su pureza, hubiera sido oprimido, como lo enseña la historia, bajo el peso de errores y corrupciones, y pronto habría sido imposible reconocerlo. ¿Pero era posible a la arrogancia humana llevar a cabo este pérfido plan para la supresión del cristianismo? El brazo del despotismo puede olvidar todos los derechos privados; ¿pero le era posible llegar tan lejos como a destruir todo ejemplar existente de las Escrituras, no sólo los que se hallaban en las iglesias, sino los que había en las casas particulares? El reino de las tinieblas, fiel a su carácter, pudo ciegamente imaginarse que nada escaparía a su investigación, y que por el fuego y la espada, podía destruir lo que estaba guardado por un poder superior y por la providencia".

La guerra al libro se lleva a cabo con todo vigor, pero grande fue el empeño de los cristianos para sustraer de las manos de los soldados el rico tesoro de la Palabra de Dios. Muchos preciosos manuscritos cayeron, sin duda, en poder de los destructores, pero muy lejos estuvieron de ver realizado su diabólico intento: "¿Dónde están tus Escrituras?", preguntaron a un cristiano. "En mi corazón", fue la respuesta. En muchos casos entregaron libros de herejes, o escritos de poca importancia, que los soldados y magistrados no sabían distinguir de las Biblias.

Pocas semanas después fue promulgado un segundo edicto en el cual se tomaban medidas más crueles que las de destruir edificios y libros. Aun se mantenía el propósito de que no hubiese derramamiento de sangre, pero se ordenaba que los dirigentes de las iglesias fuesen encarcelados. Desde entonces los fieles testigos del Señor se vieron expuestos a indecibles sufrimientos. Un autor antiguo dice que los subterráneos que anteriormente habían servido para guardar criminales, se vieron bien pronto llenos de obispos, presbíteros, diáconos, lectores y multitud de cristianos de toda categoría. Este segundo edicto fue lanzado porque Diocleciano temía que los cristianos se levantasen en armas contra su autoridad, temor infundado, sin duda, pero que sus malos consejeros presentaban como inminente, a fin de hacerle consentir en las medidas más severas que ellos deseaban ver empleadas. Aunque el edicto iba dirigido sólo contra los que ocupaban puestos en las iglesias, en algunas partes la persecución se hizo de carácter más general y afectaron a todos los cristianos. El primer edicto prohibía las reuniones cristianas, y los discípulos, fieles al principio de que es menester obedecer antes a Dios que a los hombres, continuaban reuniéndose para celebrar los actos de sus cultos. Esto daba origen a que muchos fuesen procesados y sometidos a duras pruebas. En la Siria, donde gobernaba el cruel Galerio, y en el África, bajo Maximino, la persecución fue horriblemente sanguinaria y cruel. Como el edicto no especificaba qué clase de castigos había que dar, se creía que toda medida severa debía emplearse para hacer respetar el despotismo de los malos gobernantes. Los siguientes casos servirán para demostrar el heroísmo y fervor de muchos de los llamados a soportar la prueba. En un pueblo de Numidia, un grupo de cristianos fue sorprendido mientras estaban reunidos en casa de un lector de las Escrituras, para celebrar la comunión y leer la Palabra de Dios. Muchos de

ellos eran jóvenes de corta edad. Todos fueron conducidos a la cárcel y sometidos a la tortura. Fueron llevados a Cartago, y en el trayecto no cesaban de cantar himnos al Señor. Uno de ellos, en medio de sus sufrimientos, clamaba fervientemente: "Vosotros estáis procediendo mal, hombres desdichados, mortificáis a los inocentes. No somos malhechores, no hemos cometido ningún delito. ¡Dios, ten misericordia de nosotros! ¡Te doy gracias, Señor, dame fuerzas para sufrir en tu nombre! ¡Libra a tus siervos de la esclavitud de este mundo! ¡Te doy gracias, y sin embargo no tengo fuerza para dártelas! ¡Gloria! ¡Gracias al Dios del reino! ¡Ya aparece, el reino eterno e incorruptible! ¡Oh, Señor, nosotros somos cristianos, somos tus siervos, Tú eres nuestra esperanza!" Mientras estaba orando así el procónsul le observó que debía haber obedecido la ley del emperador, a lo que contestó resueltamente que él no respetaba otra ley sino la de Dios, y que por ella estaba pronto a morir.

Otro exclamaba: "¡Ayúdame, Señor, ten piedad de mí, preserva mi alma y no permitas que sea confundido! ¡Dame poder para sufrir!"

Dirigiéndose al lector en casa de quien habían sido hallados reunidos,- dijo el procónsul: "Usted no debió recibirlos en su casa". El lector contestó: "Me era imposible dejar de recibir a mis hermanos". "Pero debió respetar los decretos del emperador", dijo el procónsul. El lector respondió: "Dios es más que el emperador".

Entre los prisioneros estaba una joven cristiana llamada Victoria, cuyo padre y hermano eran aún paganos. Su hermano vino a la prisión para persuadirla a renunciar al cristianismo, y así asegurar su libertad. Al ver que nada podía conseguir, dijo que ella había perdido la razón. El procónsul le preguntó si no estaba dispuesta a irse con su hermano. Ella contestó negativamente, diciendo: "No, porque yo soy cristiana, y son mis hermanos los que cumplen con los mandamientos de Dios".

Un muchacho llamado Hilario demostró también la firmeza de su fe en medio de las pruebas. El procónsul creía que sería fácil intimidarlo con amenazas, pero serenamente respondió: "Haced lo que os parezca mejor, yo soy cristiano".

A fines del año 303 salió el tercer edicto, concediendo una amnistía condicional. Los presos que quisiesen su libertad tenían que ofrecer sacrificio a los dioses, y al que rehusase había que aplicarle la tortura como castigo. En Antioquia sólo uno permaneció fiel, pero en otras ciudades fue considerable el número de los que perseveraron hasta el fin, rechazando la libertad que se les ofrecía bajo esas condiciones.

En abril del año 304 se promulgó el cuarto edicto, más riguroso que los anteriores, pues era dirigido contra todos los cristianos en general. En las ciudades se leían los bandos en las calles, ordenando que hombres, mujeres y niños, tenían que acudir a los templos paganos a ofrecer sacrificios, como acto de sumisión a la religión del Estado, y por lo tanto como acto de abjuración de la fe cristiana. Se llegó al punto de confeccionar listas con los nombres de aquellas personas que eran conocidas por su fe, y de todos los que eran sospechosos, y se les citaba nominalmente para que se sometiesen a la voluntad del emperador. Las puertas de las ciudades eran guardadas rigurosamente para que ninguno pudiese huir. Los que no daban satisfacción eran encarcelados. Muchos lograron permanecer escondidos largo tiempo, pero las medidas tomadas para que cayesen en poder de las autoridades eran de tal naturaleza que tarde o temprano eran prendidos. Algunos escritores han querido disminuir los horrores de esta persecución, alegando que los edictos no ordenaban dar muerte a los cristianos. Esto es cierto, pero no hay que olvidar que un decreto que ordenaba que todos los cristianos ofreciesen sacrificios, era en sí un decreto que ordenaba castigar a los que no obedeciesen. Los castigos tenían que ser aplicados por los

procónsules, y donde éstos eran adversos a la fe de Cristo, allí los ejecutados fueron numerosos y los castigos impuestos de los más severos.

En el año 305, Dócleciano y Maximino renunciaron al poder imperial, y fueron sucedidos por Constancio en Occidente y Galeno en Oriente. El primero de éstos era algo favorable a los cristianos, lo que dio un período de relativa paz a las iglesias de Italia, España, Galia y África, pero murió en el año 306 y bajo los disturbios políticos que siguieron a su muerte, las iglesias quedaron a la merced de los gobernadores locales, y por lo menos España tuvo entonces su legión de mártires. En Oriente, Galerio, sin tener quien le molestase, pudo llevar adelante sus horribles planes de exterminio, y el reinado del terror que implantó fue tal vez la prueba más dura por la cual atravesaron los cristianos primitivos. Ser cristiano bastaba para estar privado de todo derecho. Muchos fueron llevados a las minas de Palestina a trabajar forzosamente entre los condenados por crímenes, muchos fueron mutilados y los más prominentes ejecutados en medio de indecibles tormentos. Mujeres y niños eran objeto de aquella crueldad diabólica, y Galerio se jactaba de que en sus dominios el cristianismo había sido suprimido.

Pero el opresor de tantos inocentes no podía escapar al juicio divino. En el año 311, una espantosa enfermedad, de la cual, como otros tiranos, moriría comido de gusanos, los postró a la inacción. En estas horas de tormentos tuvo la virtud de recapacitar sobre lo que había hecho, y la conciencia le atormentaba al recordar los sufrimientos que había ocasionado a tantas víctimas inocentes. Entonces promulgó un edicto poniendo fin a la persecución. "Un edicto curioso, medio insolente y medio suplicante, que empieza insultando a los cristianos y termina pidiendo que oren por él a su Señor". Declara que la intención suya había sido la de traer a los cristianos a la religión de sus antepasados. Les reprocha el estar divididos en una multitud de sectas. Confiesa que le ha sido imposible hacer que los cristianos cambiasen de intento, y termina declarando que quiere mostrar su bondad permitiéndoles ser cristianos, y pide que oren por su prosperidad personal y la del estado.

Así terminó esta horrible persecución, tan larga y tan cruel, que demostró al mundo, una vez más, qué dura cosa es dar Voces contra el aguijón. Los déspotas pueden ensayar toda forma de aniquilación. Todo será en vano, porque uno mayor que los señores de este mundo dijo al anunciar que fundaría su iglesia: "Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella".

Constantino.

Nada más difícil que ser justo con este personaje. Sus actos no permiten colocarlo entre el número de los verdaderos discípulos de Cristo, y al mismo tiempo es imposible desconocer su sinceridad y profundas simpatías al cristianismo. Su actuación en relación con los cristianos fue, sin duda, equivocada, pero él no fue el único culpable de sus errores. Los mismos obispos que le rodeaban deben cargar con mucha de la responsabilidad.

Acerca de su primera educación religiosa no se poseen datos suficientes. Su padre demostró alguna inclinación al cristianismo. Su madre Elena, si no cristiana declarada, era también adicta al credo de los que tanto sufrían por su fe. Como los cristianos eran numerosos, no es extraño que Constantino haya tenido trato con algunos de ellos en su juventud, y que esto lo haya predispuesto en su favor. Fue testigo de la persecución bajo Diocleciano. Se encontraba en Nicomedia cuando ésta principió, y las escenas de fanatismo y barbarie que presenció, formaban un notable contraste con las ideas de tolerancia que profesaba su padre. Pudo ver que en el cristianismo había algo que no podía ser destruido ni con fuego ni con la espada más aguda.

Cuando fue proclamado Augusto por las legiones que su padre había conducido a Britania, es decir el año 306, se mostró aún ligado al paganismo y en el año 308 ofreció sacrificios en el templo de Apolo por la buena marcha de su reinado. Creía que era deudor a los dioses por la buena suerte de su carrera. Sólo después de sus victorias contra Magencio es que hace sus primeras declaraciones públicas en favor del cristianismo, esto es, en el año 312, cuando llegó a ser único emperador de Occidente.

Las circunstancias que produjeron este cambio en la conducta de Constantino tienen como única explicación lo que se llama la historia de la visión de la cruz. Daremos el relato como ha sido transmitido a la posteridad por Eusebio, quien dice que se lo relató al mismo Constantino, asegurándole con juramento que todo lo que le decía era la pura verdad. He aquí el relato. Cuando Magencio estaba haciendo sus preparativos para entrar en campaña y se encomendaba a los dioses de su predilección, observando escrupulosamente las ceremonias paganas, Constantino se puso a pensar en la necesidad que tenía de no confiar únicamente en la fuerza de sus armas y valor de sus soldados, Los fracasos de los últimos emperadores disminuían su confianza en el poder protector de los dioses, y vacilaba acerca de la actitud que debía asumir. El ejemplo de su padre, quien creía en un solo Dios omnipotente, le recordó que no debía confiar en ningún otro. Se dirigió por lo tanto a este Dios, pidiéndole que se le revelase y que le diese la victoria en la próxima batalla que estaba por librar. Mientras estaba orando vio, suspendida en los cielos, una cruz refulgente y debajo de ella esta inscripción: Tonto Nika. Se dice que la visión fue vista por todo el ejército que se dirigía a Italia, y que todos se llenaron de asombro. Probablemente la inscripción fue vista en el idioma del emperador, el latín: In Hoc Signo Vincas lo que significa: Con este signo vencerás. Mientras Constantino estaba pensando en la visión, Cristo le apareció en sueños con el mismo símbolo que había visto en el cielo, y le dijo que formase una bandera según ese modelo para usarla como protección contra los enemigos. Esto dio origen al lábaro, estandarte que está suspendido en una cruz y que lleva la X como monograma de Cristo. Después de esta visión, Constantino hizo llamar a varios maestros cristianos, a quienes preguntó acerca de sus creencias y de la significación del símbolo que le había aparecido,

La visión puede ser muy bien el fruto de la mente exaltada de Constantino y la exageración que siempre sigue a los hechos de esta naturaleza, pudo añadir que todo el ejército la vio. El sueño en el cual él vio a Cristo, también pudo haber sido cierto, pero no hay que deducir que se trate de una aparición real de Jesucristo. El príncipe de la paz diseñando un estandarte de guerra, es una idea que pudo tener Constantino u otro militar entusiasta, pero que no está de acuerdo con las ideas enseñadas por Cristo. Rafael pudo imaginar a los ángeles volando por encima de los cadáveres de los soldados del ejército vencido, pero no es por esto dado admitir que el cielo se complazca en acciones de guerra. Estas ideas caben en las doctrinas del Antiguo Testamento, pero no son admisibles en el Nuevo.

Desde entonces la cruz empezó a ser un amuleto, tanto para los militares como para los civiles. La confianza en el Cristo vivo fue sustituida por la confianza en la cruz material. Esto llegó a ser una verdadera superstición que repugna a la espiritualidad de las ideas cristianas. En el foro fue levantada la estatua del emperador sosteniendo una cruz con esta inscripción: "Por medio de esta señal saludable, el verdadero símbolo del valor, libérete a vuestra ciudad del yugo del tirano".

En el año 313 se promulgó en Milán el edicto por medio del cual se concedía la libertad de profesar el cristianismo. Al mismo tiempo se concedía este derecho a todas las religiones. Desde este edicto data lo que se llama la paz de la iglesia.

También se ordenaba que las propiedades de los cristianos que habían sido confiscadas durante la última persecución, fueran devueltas a sus primitivos dueños, indemnizando los perjuicios que sufriesen los que habían adquirido esas propiedades.

Desde que Constantino tomó esta actitud con los cristianos, aumentó considerablemente el número de los que abandonaban el paganismo. Las iglesias se hicieron cada vez más multitudinistas. No se exigía para ingresar a ellas pruebas de una genuina conversión y todo se reducía a una mera profesión exterior. Las costumbres simples que habían caracterizado a los cristianos, empezaron a desaparecer. El lujo y la pompa entró en las iglesias, y el espíritu ceremonial se manifestó cada vez más profundo.

Constantino se rodeó de consejeros que profesaban el cristianismo, pero que habían perdido, o nunca conocido, la piedad real. Otros que en días de pruebas se habían mantenido cerca del Señor, al verse favorecidos por el monarca, se hicieron mundanos, perdiendo toda influencia espiritual. Los altos cargos en el palacio imperial fueron confiados a cristianos nominales y estos favores contribuían a que las iglesias se llenasen de hipócritas que veían en la profesión del cristianismo un medio fácil de alcanzar distinciones oficiales. Los obispos y demás dirigentes del cristianismo, lejos de impedir estas manifestaciones de hipocresía, parece que se hallaban muy satisfechos del nuevo rumbo que tomaban las cosas.

No obstante, Constantino no había renunciado al paganismo, en cuyos actos participaba por varios años más, después del edicto de Milán. Nunca abandonó el título de Pontifex Maximus del paganismo y en muchos de sus actos demuestra inclinación a la superstición que por otra parte se esforzaba en destruir.

En varios casos aparece como queriendo emplear la fuerza para hacer desaparecer las viejas y caducas formas del culto, pero sus ataques al paganismo siempre tuvieron algún justificativo delante de la opinión pública, porque iban dirigidos contra los actos en que se manifestaba el espíritu bajo e inmoral de aquel culto. Hizo demoler el templo y bosque sagrado de Venus en Apaca, de Fenicia, porque era notorio que aquel centro de pretendida devoción era un verdadero lupanar y foco de la más grosera inmoralidad. Por la misma razón hizo suprimir los ritos abominables que tenían lugar en Heliópolis de Fenicia. También suprimió un célebre templo de Escolapio en Sicilia, frecuentado por muchos peregrinos que acudían llevados por la fama de los sacerdotes que pretendían tener poderes sobrenaturales para curar toda clase de enfermedades. El templo estaba lleno de ofrendas donadas por las personas que se creían deudoras al santuario. Para poner fin a tanto engaño Constantino ordenó que el templo fuese demolido. Muchos de los objetos de arte que habían adornado éste y otros templos fueron llevados para adornar el palacio imperial.

La destrucción de templos paganos y los favores manifiestos acordados a los cristianos, en nada contribuían en favor del verdadero carácter religioso del pueblo. Los que eran paganos de convicción seguían siéndolo con más fervor, otros caían en un completo escepticismo y los que venían a aumentar las filas de los cristianos, no traían la base de la regeneración que sólo puede hacer eficaz la profesión de un credo que pide a sus adeptos una vida santa y ejemplar.

Una medida que tuvo grandes consecuencias en la futura historia del cristianismo fue la fundación de la ciudad de Constantinopla. El emperador parece no hallarse a gusto en una ciudad cuyo carácter pagano no era fácil hacer desaparecer. No hay dudas de que causas políticas también influyeron sobre el ánimo de Constantino cuando resolvió mudar la capital a la nueva ciudad que levantaba dándole su nombre. Roma era el centro del paganismo y al iniciar una nueva orientación en los destinos de la nación, también quería tener una nueva capital donde el

arte cristiano substituyese el arte de la gentilidad y donde las nuevas instituciones pudiesen florecer sin obstáculo.

Sobre la vieja ciudad de Bizancio, situada en uno de los puntos más estratégicos del universo, se levantaría la nueva capital, la nueva Roma, llamada a ser el centro de la mitad del Imperio durante largos siglos. Dentro de sus nuevos y fuertísimos muros no habría templos paganos que hiciesen recordar al pasado en decadencia. Por todas partes se levantarían iglesias cristianas decoradas con un arte nuevo y despojado de todo recuerdo del viejo sistema. Los mejores obreros de todo el Imperio fueron enviados a trabajar en los magníficos palacios que ostentaría ese nuevo centro de cultura. Todos contribuían entusiastas a la realización del sueño dorado de Constantino. Las ciudades de Grecia eran despojadas de sus mejores obras de arte, que eran llevadas para contribuir al embellecimiento de Constantinopla.

En el año 321 Constantino publicó el siguiente edicto, relacionado con el descanso dominical, que los cristianos observaban ya desde los tiempos de los apóstoles: "Que todos los jueces y todos los que habitan en las ciudades, y los que se ocupan en diferentes oficios, descansen en el venerable día del sol, pero que se deje a los que están en el campo, usar de su libertad para atender los trabajos de la agricultura, porque a menudo sucede que otro día no es apropiado para sembrar grano y plantar viñas, no suceda que se pierda la ocasión favorable que el cielo conceda".

Este decreto fue dado con el objeto de favorecer a los cristianos, haciéndoles más fácil la observancia del día dominical. Es sabido que les era sumamente dificultoso, en las ciudades, consagrar este día a cosas puramente espirituales, viviendo en una sociedad que no tenía la misma costumbre. Constantino al implantar el reposo semanal, no lo hizo en el sentido rigurosamente religioso. Ordenaba el descanso, pero no como acto devocional, de modo que su observancia no implicaba una conformidad al cristianismo. Como estadista aventajado no dejaba de comprender que sería beneficiosa para los habitantes en general, una práctica que había sido de general aplicación entre los israelitas y que había dado siempre los mejores resultados. El domingo es llamado en el edicto de Constantino, día del sol, como se le llama aún en inglés y otros idiomas europeos.

La designación de día dominical era peculiar a los cristianos \$ tal nombre no hubiera sido entendido por los paganos a quienes se dirigía especialmente el edicto, porque los cristianos no necesitaban de esa orden de carácter oficial para observar el día que les traía el grato recuerdo de la resurrección del divino Maestro.

Constantino, sin llegar tan lejos como a hacer del cristianismo la religión oficial del Estado, dispuso de los fondos públicos para favorecer al clero, sentando así la base de lo que llegó a ser la unión de la iglesia con el estado. Error funesto, que causó grandes e incalculables perjuicios tanto, a la religión como al poder civil. Las iglesias dejan entonces de depender de la protección de su Señor celestial para depender de la protección de los gobiernos. Su fuerza, ya no está más en el testimonio de sus mártires muriendo heroicamente en la arena del anfiteatro. Su gloria ya no sería la cruz ignominiosa de la cual pendió el Salvador. El falso brillo del mundano oropel iba muy pronto a cegarla. Los cristianos creían que había llegado el día de su humillación y derrota, cubiertas de la apariencia engañosa de las cosas precederas de este siglo que se deshace.

La correcta idea neotestamentaria de la iglesia empieza a desaparecer. Ya no se habla, sino en muy raros casos, de las iglesias, refiriéndose a las congregaciones locales que mantenían el culto cristiano. Se habla en cambio de "la iglesia" incluyendo en esta frase a la gran masa de los que se denominaban cristianos. El doctor W. J. Me Glothlin, profesor de historia eclesiástica dice: "La independencia y significación de la iglesia local sucumbe y se pierde en el predominio y

poder de las iglesias de las grandes ciudades, y éstas a su vez se confunden en el concepto de una iglesia universal (católica) que contiene a todos los cristianos y a muchas personas indignas. Se la considera como a una entidad en sí misma, independiente de sus miembros, santa, indivisible e inviolable, no más como a una comunidad de salvados, sino como a una institución que salva, fuera de la cual no hay salvación".

El espíritu clerical, que desde hacía tiempo había empezado a ganar terreno en las iglesias, matando la gran verdad bíblica del sacerdocio universal y espiritual de los creyentes, pudo sentarse en su poco envidiable trono cuando Constantino empezó a conceder privilegios a los obispos y demás personas que ocupaban puestos en relación con la obra cristiana. Al pasar de las catacumbas al trono, dejaron sepultados en el olvido, la fe, el amor y todas las virtudes que forman el carácter del cristiano.

Con la protección del estado, como dijo Alejandro Vinet, la religión dejó de ser una cuestión del cielo y se hizo una cuestión del suelo.

De la actuación de Constantinopla respecto al arrianismo y al Concilio de Nicea, nos ocuparemos separadamente.

Parecerá extraño que el emperador, que participaba en todos los actos de la actividad eclesiástica, que trataba con los obispos, que convocaba concilios, y que prácticamente había tomado la dirección de la iglesia, aún no había sido bautizado, y no lo fue hasta los últimos días de su vida. Ya tenía sesenta y cuatro años de edad y hasta entonces había gozado de muy buena salud física. Ahora empieza a sentir que sus fuerzas flaquean. Dejó entonces a Constantinopla y se retiró a la ciudad de Helenopolis, recientemente fundada por su madre, para disfrutar allí de la suave temperatura de la primavera, tan deliciosa bajo ese hermoso cielo límpido. Cuando se sintió mal acudió a la iglesia del lugar e hizo la confesión de fe necesaria para entrar a ser considerado catecúmeno. De ahí pasó a residir a un castillo cerca de Nicomedia, a donde llamó a un grupo de obispos y rodeado de ellos, fue bautizado por Eusebio, obispo de Nicomedia. Esto tuvo lugar poco antes de su muerte, ocurrida en el año 337.

¿Por qué dejó Constantino el bautismo para los últimos días de su vida? Algunos creen que teniendo la idea popular de que ese rito limpia del pecado quería esperar al fin de su vida para tener menos pecados cuando la muerte viniese a llamarlo. Otros aseguran que por mucho tiempo había abrigado el pensamiento de efectuar un viaje a Palestina y ser bautizado en el Jordán y que por esto había demorado tanto la cuestión de su formal incorporación al cristianismo.

El Concilio de Nicea.

La controversia de Arrio dio origen al famoso concilio de Nicea, convocado por Constantino. Vamos a ocuparnos de esta controversia para luego ocuparnos del concilio mismo.

Desde mucho antes de esta época, se nota entre los doctores cristianos una fuerte tendencia a la discusión de temas profundos y de carácter especulativo más bien que práctico. La Trinidad y los infinitos puntos que se desprenden de esta doctrina, era el asunto predilecto de muchos de los escritores y pensadores cristianos. La religión empezaba a ser para ellos una cuestión filosófica, y dejaba de ser una cuestión de vida y poder. La energía que antes se había empleado en evangelizar al mundo y fortificar la fe de los creyentes, se empleaba ahora en largas e interminables discusiones sobre temas insondables.

Arrio era un presbítero que estaba al frente de una de las iglesias de Alejandría. Ha sido descrito como un hombre alto, fogoso, imponente, docto, incansable y muy dado a discusiones. Ejercía mucha influencia sobre el pueblo que le rodeaba.

Empezó a predicar que Cristo había sido creado por el Padre antes que toda otra criatura; que no era eterno; que había tenido principio, y que, por lo tanto, no podía ser mirado como igual a Dios. Su objeto no era en ningún modo aminorar la gloria de Cristo, sino dar énfasis al monoteísmo. "Tenemos que suponer —decía Arrio— dos esencias divinas originales y sin principio, e independientes una de otra; tenemos que suponer la diarquía en lugar de la monarquía, o no tenemos que temer declarar que el Logos (el Verbo) tuvo un principio de existencia y que hubo un momento cuando no existió".

La doctrina de Arrio estaba en contradicción con las enseñanzas del prólogo del Evangelio según San Juan donde se enseña la eternidad del Logos que "en el principio era con Dios". Era la negación de todo lo que el Nuevo Testamento dice sobre la divinidad de Cristo.

La forma atrayente como Arrio presentaba sus ideas, y la incuestionable sinceridad que le animaba, contribuía no poco a que muchos mirasen con indiferencia su propaganda, no creyéndola en nada peligrosa a la sana doctrina. Alejandro, el obispo de Alejandría, permanecía silencioso, tal vez estudiando el asunto y pensando en qué actitud debía asumir. Por fin resolvió pronunciarse en contra de Arrio. Alejandro acostumbraba celebrar conferencias teológicas con las personas que componían el clero de su diócesis, y en una de éstas expuso sus ideas condenando abiertamente las de Arrio. Más tarde, en el año 321, cuando se celebraba un sínodo al que acudían todos los obispos de Egipto y de Libia, depuso a Arrio, y lo excluyó de la comunión de la iglesia. Pero Arrio no se dio por vencido. Su partido era ya numeroso, y la oposición oficial de Alejandro sólo lograría hacerlo más agresivo. No cesaba en la propaganda, que efectuaba por medio de cartas y trabajos personales. Consiguió interesar en su causa a muchos cristianos influyentes. En Nicomedia logró que el obispo Eusebio se pronunciase en su favor. La herejía naciente pronto se convirtió en un gigante. Parecía que todas las iglesias de Egipto y de Asia Menor se sentían inclinadas a ella. En todos los círculos se discutía sobre el intrincado tema que causaba la división.

Alejandro escribía a todos los obispos cartas circulares en las que presentaba las doctrinas de Arrio como anticristianas y heréticas.

Muchos tomaban una posición mediana y querían conciliar a los dos partidos. Estos crearon lo que más tarde se llamó el semiarrianismo.

Constantino, acostumbrado, en el dominio político, a ver que el poder dependía de la completa unidad temía que esta división trajese grandes males a la causa cristiana y resolvió emplear su influencia para que la controversia cesara. No entendía, ni quería entender lo que para su mente era sólo una cuestión de palabras. Su primer paso para apaciguar la tormenta consistió en escribir una carta a Alejandro y otra a Arrio. "Devolvedme —les dice— mis días quietos y mis noches tranquilas. Dadme gozo en lugar de lágrimas. ¿Cómo puedo yo estar en paz, mientras el pueblo de Dios de quien soy siervo, está dividido por un irrazonable y pernicioso espíritu de contienda?" A fin de que sus esfuerzos resultasen más eficaces, mandó la carta por medio de Osio, obispo de Córdoba, célebre ciudad española, quien personalmente debía expresarles los deseos del emperador, y procurar la reconciliación de los adalides de la contienda. Sus buenos deseos no dieron ningún resultado. La lucha continuaba cada día más agria. Los dos bandos se hacían toda la guerra posible. Constantino entonces pensó que la reunión de un concilio general podría poner fin a este mal.

En junio del año 325 se reunió el Concilio bajo los auspicios del emperador, en la ciudad de Nicea, cerca de la capital. Todo había sido arreglado con gran pompa para que el acto fuese imponente. Los coches y caballos de la casa imperial fueron puestos a disposición de los obispos, que llegaban de todas partes y especialmente de Oriente. Del Occidente sólo Avinieron en muy limitado número. En la asamblea tomaron asiento trescientos dieciocho obispos. Varios de ellos eran ancianos venerables que habían sufrido bajo la persecución de Diocleciano. Al entrar Constantino en la sala de sesiones, todos se pusieron en pie, pero él no tomó asiento hasta que los obispos le hicieron indicación en este sentido, para dar a entender que no pretendía ocupar oficialmente un lugar en la asamblea. Arrio estaba presente para defender sus ideas. Entre sus opositores se hallaba el más tarde célebre Atanasio, "pequeño de estatura —dice Gregorio Nacianceno— pero su rostro radiante de inteligencia, como el rostro de un ángel". Ni Arrio, que era presbítero ni Atanasio que era diácono estaban allí como miembros del Concilio, pero a ambos se les concedió la palabra, sin voto. Los debates duraron dos meses perdiendo terreno cada día el arrianismo. Eusebio de Cesárea, "el padre de la Historia Eclesiástica", con un grupo pequeño formaban el partido moderado, que junto con Constantino procuraba la reconciliación. El arrianismo fue finalmente condenado, y el siguiente credo subscripto por casi la totalidad: "Creemos en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador de todas las cosas visibles e invisibles; y en un Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, unigénito del Padre, de la esencia del Padre, Dios de Dios y Luz de Luz, verdadero Dios de verdadero Dios; engendrado, no creado, de una misma sustancia que el Padre, por quien fueron hechas todas las cosas que están en los cielos y en la tierra; quien por nosotros los hombres, y para nuestra salvación descendió de los cielos, se encarnó, se hizo hombre, sufrió, resucitó al tercer día, ascendió a los cielos, y vendrá otra vez a juzgar a los vivos y a los muertos. Y en el Espíritu Santo".

Después de mucha discusión y con gran aclamación, se resolvió añadir al credo la siguiente cláusula disciplinaria, como más enérgica condenación del arrianismo: "A los que dicen que hubo un tiempo cuando El no existió, y que no era antes de ser engendrado, y que fue hecho de la nada, o que el Hijo de Dios es creado, que es mutable o sujeto a cambio, la iglesia católica los anatematiza".

Sólo cinco obispos se negaron a firmar este credo, pero después tres de ellos consintieron, quedando sólo dos bajo el anatema.

A pesar de que la espada se unía a las fuerzas religiosas para combatir la herejía, Arrio y los suyos no se dieron por vencidos, y continuaron la propaganda sin tregua. Pasado el brillo deslumbrador de Nicea, y al encontrarse de nuevo en sus casas, muchos volvieron al arrianismo. El mismo emperador, si no inclinado a la doctrina de Arrio, parece que se interesó en su persona, o por lo menos se le ve ceder a la influencia de los que trabajan por levantar la excomunión que pesaba sobre el jefe de la herejía. Se dice que Constancia, una de las favoritas del monarca, influida por un presbítero arriano, pidió a Constantino que Arrio fuese rehabilitado y, obtuvo una promesa en sentido afirmativo. Constantino entonces encargó a Eusebio que diese los pasos necesarios para que Arrio volviese a ocupar el presbiterio que había desempeñado en Alejandría.

Pero las órdenes del emperador hallaron una tenaz resistencia. En Alejandría actuaba de obispo Atanasio, quien había sucedido a Alejandro. Resuelto a oponerse al arrianismo, a todo trance, rehusó conceder la restauración de Arrio. Aquí empieza para el campeón de la ortodoxia una larga serie de pruebas, y los cristianos sinceros se dan cuenta de que el poder civil no presta su apoyo a la iglesia sin pretender gobernarla a su antojo. Los arrianos acusan a Atanasio de numerosos y diversos delitos que no pueden probar. Tuvo que comparecer ante un sínodo, y como él sabía que el sínodo estaba resuelto a condenarlo, huyó a Constantinopla. "Atanasio

contra el mundo y el mundo contra Atanasio", empezó a ser un proverbio entre los cristianos. Un sínodo reunido en Jerusalén declaró ortodoxas las doctrinas de Arrio, y éste se presentó en Alejandría, pero los demás presbíteros, fieles a su obispo ausente y depuesto, se negaron a admitirlo en el seno de la comunidad.

Constantino no podía tolerar que su autoridad fuese desconocida, y resolvió que Arrio fuese readmitido en la iglesia en la misma capital. Preparó una gran ceremonia con este objeto. El día cuando debía efectuarse el acto de la rehabilitación, las calles de Constantinopla estaban llenas de una multitud que esperaba verle pasar y aclamarlo, Arrio se dirigía a la iglesia acompañado de Eusebio y muchos de sus partidarios. De repente se siente indispuerto, y muere momentos después. Los arrianos gritaron que había sido envenenado, y los ortodoxos atribuyeron su muerte a un castigo divino. Esto ocurrió en el año 336.

El arrianismo continuó manteniendo dividida a la iglesia. Era sostenido por sus adeptos, y más tarde por el sucesor de Constantino.

Atanasio continuaba en la lucha sin desanimarse. Al ser repuesto, fue recibido en Alejandría con gran júbilo, pero sus numerosos e influyentes enemigos no cesaron hasta verle depuesto otra vez. Cinco veces fue desterrado. Cada vez que lograba volver al seno de los suyos era recibido con entusiasmo delirante. Sus últimos días fueron de paz, y los pasó en Alejandría hasta que terminó su carrera en el año 373, cargado de años y de trabajos. "Alabar a él —dijo al pronunciar su panegírico Gregorio Nacianceno— es alabar a la virtud. Era un pilar de la iglesia. Su vida y conducta fueron la regla de los obispos, y su doctrina la regla de la fe ortodoxa."

Juliano el Apóstata.

Los hijos de Constantino, al sucederle en el trono, continuaron la obra de su padre. Sin dar pruebas de conversión, y ejerciendo el más bárbaro despotismo con sus rivales, pretendían, sin embargo, implantar el cristianismo y hacerle de aceptación general a todos los súbditos. Constancio, al quedar como único dueño del Imperio, se esforzó en suprimir por la fuerza el paganismo, mostrando el mismo espíritu de intolerancia que los paganos anteriormente habían mostrado para con los cristianos. Confiscó los templos del viejo culto y el botín fue dado a las iglesias. Bajo pena de muerte prohibió los sacrificios públicos o privados, los que continuaron celebrándose a pesar de todo, porque los paganos eran aún numerosos. La profesión de cristianismo se hizo una necesidad a todas" las personas que deseaban adelantar en la vida pública. Como su padre, intervenía en todos los asuntos eclesiásticos y doctrinales, y de hecho era él el obispo de los obispos.

Juliano, llamado el Apóstata, a causa de haber vuelto al paganismo, desechando la enseñanza cristiana que había recibido, subió al trono en el año 361, y su reinado fue corto, pues terminó el año 363. Desde su juventud había mostrado gran interés en la literatura y estudios filosóficos. Leyó con avidez los autores griegos, y su mente estuvo siempre llena de ideas mitológicas. También leyó con interés los anales del martirologio cristiano, y no sólo profesó el cristianismo, sino que llegó a desempeñar el cargo de lector en una iglesia, pero más tarde cayó bajo la influencia de varios maestros platónicos, y especialmente de un tal Máximo, que lo inició en todas las explicaciones místicas del panteísmo común en todas las escuelas de Asia. Desde este tiempo, Juliano se hizo un ardiente admirador de la vieja mitología, aunque por humana prudencia, continuaba profesando el cristianismo. Estando en Atenas completamente absorto en la literatura clásica de los antiguos autores griegos, y practicando los misterios de Eleusis, fue

llamado para recibir el título de César. Desde entonces se sintió bastante fuerte, y resolvió arrojar la máscara, declarándose abiertamente partidario de la restauración del paganismo. Al pasar el emperador por Atenas, hizo abrir los templos de varias divinidades y restauró los ritos que habían sido suprimidos. Ocurrió entonces la muerte repentina del emperador, y Juliano quedó único señor del Imperio. Este alto favor lo atribuyó a los dioses, que admiraba y, en señal de gratitud, resolvió que sus primeros actos de gobierno tendrían por objeto la implantación del viejo culto de los dioses. Tomando el título de Pontifex, se proclamó guardián y protector del culto que habían tenido los antiguos romanos, al cual atribuía la grandeza del Imperio.

NO era el intento de Juliano convertirse en un perseguidor. Sus primeras medidas consistieron en devolver a los paganos los templos que habían sido cedidos a las iglesias, y ordenar que en ellos se restableciesen los ritos que antes se habían practicado. Pero Juliano intentó elevar el paganismo, dándole un carácter más espiritual y práctico. Aspiraba a fundar iglesias paganas. El ritual fue purificado, estableciéndose oraciones y canto religioso, para que fuese parecido al culto cristiano. Fundó escuelas, hospitales, y colegios para sacerdotes. En los templos se ofrecían limosnas para el sostén de los pobres. Se estableció la costumbre de predicar sermones, cosa que los paganos nunca habían hecho. Se exigía a los sacerdotes una buena conducta con la esperanza que esto atraería las masas a los templos.

Pero fueron vanos esfuerzos. El árbol malo no puede dar buenos frutos. El paganismo estaba carcomido hasta las raíces, y sus ritos carecían de la savia necesaria a todo árbol del cual se esperan resultados halagüeños. El fracaso de su obra irritó a Juliano, a tal punto que se puso a pensar en medidas más severas contra los cristianos. Prohibió la celebración de bautismos; la predicación y el proselitismo se declararon actos ilegales; no se permitiría a los cristianos establecer escuelas de literatura y retórica; los cristianos no podrían ejercer cargos públicos ni ser oficiales del ejército; muchas veces se confiscaron los bienes de las iglesias, para que pudiesen mejor, decía sarcásticamente el emperador, "cumplir el precepto de su religión". El pueblo y los sacerdotes, contando con el beneplácito de las autoridades, muchas veces levantaron tumultos que concluían dando muerte a algún cristiano eminente. Juliano no ordenaba, pero toleraba estos actos. Su arma favorita era la sátira, y éste es el estilo literario de un escrito anticristiano titulado

Misopogon.

En un viaje que efectuó a Antioquia, quedó muy disgustado al ver que el pueblo no concurrió a los festejos que había hecho preparar en los templos. Fue durante su estada en esta ciudad que se propuso hacer reedificar el templo de Jerusalén. No se sabe lo que le impulsó a tomar esta determinación, pero es seguro que lo hizo con la idea de mortificar a los cristianos. Cuando estaban ocupados en la tarea de remover los escombros que yacían amontonados desde los días de la destrucción de Jerusalén por Tito, grandes masas de fuego reventaron en el interior del templo, y los obreros que no perecieron tuvieron que abandonar la tarea dándola por irrealizable. Este incidente unos lo explican atribuyéndolo a causas naturales, pero otros creen que Dios intervino milagrosamente para que se cumpliesen las palabras proféticas de Cristo sobre la destrucción del templo y la ciudad.

Volviendo de Antioquia y atravesando el Eufrates al frente de un ejército de sesenta y cinco mil hombres, llevó a cabo una brillante aunque ardua campaña. Traicionado y herido se retiró del campo de batalla, consciente de que había llegado al fin de su carrera. Un historiador pagano,

Ammonio dice, que como Sócrates, murió rodeado de sus amigos, hablando con los filósofos sobre la grandeza del alma. Tenía treinta y dos años.

Principales escritores cristianos de
Oriente: Eusebia, Cirilo de Alejandría,
Teodoro de Mopsuestia,
El trío de Capadocia, Crisóstomo.

El evangelio no sólo se propagó por medio del testimonio personal, sino por medio de la literatura, facilitando así el intercambio de pensamientos, entre los que vivían en regiones separadas, y haciendo más fácil y duradera la enseñanza.

Vamos a ocuparnos ahora de algunos de los escritores más notables:

EUSEBIO. Nació en el año 260 y murió en el año 339. Es generalmente llamado el padre de la Historia Eclesiástica, por haber sido el primero que se ocupó en escribir detalladamente sobre los acontecimientos relacionados con el cristianismo, desde los días del Señor hasta la época en la cual vivió. Era oriundo de Palestina, probablemente de Cesárea, donde conoció a Pan-filio, quien más tarde sufrió el martirio, y en memoria de quien añadió su nombre al suyo. En el año 315 fue elegido obispo de Cesárea; y cuando se reunió el Concilio de Nicea, tuvo a su cargo el discurso de bienvenida al emperador Constantino con quien desde entonces aparece siempre en muy íntima relación.

Su Historia Eclesiástica es una obra de mucho mérito a causa de los valiosos documentos que ha conservado, los cuales son una guía segura al estudiante de la materia, y casi la única fuente de información a que se puede recurrir.

Otra de sus obras populares es la Vida de Constantino, en la cual pinta a su héroe en forma de panegírico, exagerando muchas veces sus buenas obras y encubriendo sus notables defectos. Escribió también un libro titulado Preparación para el Evangelio, que consta de una colección de extractos de antiguos autores, destinados a preparar al lector para recibir inteligentemente el evangelio.

La obra de Eusebio en el campo de la Historia fue continuada por Sócrates, un retórico de Constantinopla, que a principios del siglo quinto se consagró a continuar los trabajos tan felizmente iniciados por Eusebio. Su obra tiene el alto mérito de darnos a conocer las opiniones predominantes en aquel tiempo.

Los nombres de Sozómo, de Teodoreto y Evagrio, son también dignos de ser recordados entre los de aquellos que han contribuido a dejar el recuerdo del desarrollo de la causa cristiana en aquellos días.

CIRILO DE ALEJANDRÍA. Después del de Atanasio es el de Cirilo el nombre de más figuración en la iglesia de Alejandría, ciudad donde ocupó el episcopado desde el año 413 al 444. Su lucha fue contra las doctrinas nestorianas que se hicieron fuertes en sus días. Sus principales obras comprenden homilías, diálogos y diferentes tratados sobre la Trinidad y la Encarnación. Sus escritos están llenos de alegorías e interpretaciones simbólicas, a veces de poco valor.

EFREM EL SIKIO. Este fecundo escritor nació en el 308 y murió en el 373. Era natural de Nisibis, ciudad de Mesopotamia. Actuaba como diácono de la iglesia de Edessa, y nunca quiso ocupar un puesto de mayor importancia a fin de poder consagrarse mejor a los trabajos literarios. Escribía en siriaco, idioma en que aún existen algunas de sus obras y otras se han conservado en sus traducciones al griego y árabe. Su obra principal fue un Comentario del Antiguo Testamento, pero además escribió numerosas homilías y sermones.

CIRILO DE JEEUSALÉN. Nació en el año 315 y murió en el 3S6. Sus principales obras fueron de carácter catequístico. Revisten un estilo sencillo, pero dan una idea correcta del pensamiento cristiano, con más fidelidad que otras obras de más fama y mejor escritas.

TEODOEO DE MOPSUESTIA. La antigüedad no conoció teólogo tan aventajado como Teodoro de Mopsuestia, conocido en las iglesias de Siria bajo el nombre de "el intérprete" a causa de sus muchos trabajos exegéticos. Tuvo el mérito de pronunciarse en contra del sistema alegorista, tan en boga en sus días, y volver al método racional, interpretando las Escrituras históricas y gramaticalmente. Sus conocimientos críticos y filológicos eran vastos. Uno de sus adversarios dijo: "Trata a las Escrituras como a los demás escritos humanos". No pudo haber sido hecho mayor elogio de sus escritos. Los intérpretes de su tiempo habían dejado de interpretar para entretenerse en vanas y huecas especulaciones, haciendo de las Escrituras un libro de adivinanzas y no un libro en el cual Dios habla a los hombres por medio de hombres y en lenguaje de hombres. Sus exposiciones fueron condenadas por el Concilio de Constantinopla en el año 553, como cien años después de su muerte, pero su nombre figura hoy entre los de los buenos y juiciosos intérpretes de la Palabra de Dios.

EL TRÍO DE CAPADOCIA. Basilio el grande, su hermano Gregorio de Nisa y Gregorio el nacienceno, compone el trío de Capadocia, nombre que recibieron de la provincia donde actuaron.

Los dos primeros eran hijos de piadosos cristianos y tuvieron el privilegio de ser enseñados en las Escrituras desde la infancia. Al mismo tiempo recibieron una esmerada educación literaria, en su ciudad natal, y más tarde en Antioquia, Constantinopla y Atenas. En esta última ciudad entablaron relación con otro joven de nobles aspiraciones llamado Gregorio. Desde Atenas escribían a su padre: "Conocemos sólo dos calles de la ciudad, la primera y mejor lleva a las iglesias y a los ministros del altar; la otra, que no apreciamos tanto, conduce a las escuelas y a los maestros de la ciencia. Las calles de los teatros, juegos y lugares de mundanos entretenimientos, las dejamos libres para otros".

Vuelto a su ciudad natal Basilio empezó su carrera de abogado, la cual pronto dejó por sentirse llamado al ministerio cristiano. Desde entonces se ocupó en despertar espiritualmente a su hermano quien había caído en la indiferencia. Fue llamado a Cesárea para actuar como asistente del obispo de aquella ciudad y cuando éste falleció fue elegido para ocupar el lugar que dejaba vacante.

Gregorio nacienceno también desempeñó el cargo de obispo en la ciudad de Sasima y alcanzó gran fama por su elocuencia que sólo ha sido sobrepasada por la de Crisóstomo.

CRISÓSTOMO. "Crisóstomo —dice uno de sus biógrafos— pertenece a esta grande pléyade de hombres superiores, cuyos trabajos, virtudes y genios han ejercido tanta influencia en los destinos del cristianismo". Nació en Antioquia en el año 346, siendo su padre un rico militar de alta graduación. Muerto éste, cuando su hijo era aún niño de pocos años, su madre Antusa quedó encargada por completo de la educación y cuidado del que más tarde llenaría el mundo con la gloria de su elocuencia. Antusa era una cristiana altamente piadosa y fue ella la que arrancó a cierto pagano esta exclamación de admiración y sorpresa: "¡Qué madres tienen estos cristianos!" Destinado a la carrera de abogado, después de su primera educación fue puesto al cuidado de Libanio, el gran retórico y elocuente defensor del paganismo. Pronto el joven reveló sus singulares aptitudes de orador, y su célebre maestro se lisonjeaba con la idea de que él sería un día su sucesor. Pero la mente del joven abogado no se avenía a la clase de vida a que estaban sujetos los que seguían su carrera, hallándola demasiado frívola y estéril para aquel que aspiraba a mejores cosas en la vida. De vuelta a su hogar, halló en la Biblia, que tanto había leído su

cristiana madre, el agua de la vida que apagó la sed de su corazón. Un condiscípulo llamado Basilio (no el obispo de Capadocia) le ayudó mucho a entrar en el camino angosto que conduce a la vida. Fue admitido en la iglesia como catecúmeno, y después de tres años de preparación y prueba, fue bautizado por el obispo Melecio. Basilio quiso inducirle a abrazar la vida monástica, ya muy popular, pero intervino la sabia influencia de su madre y le disuadió de este propósito. "Te ruego —le dijo llorando— que no me hagas enviudar por segunda vez". Crisóstomo entonces escogió la mejor misión de vivir una vida santa en su casa y entre los del mundo corrompido.

Sin embargo, muerta su madre, Crisóstomo pasó seis años en un monasterio dedicándose a escribir varios de sus tratados, pero la vida monástica no le ofrecía el campo de actividad que sus talentos y dones requerían. En el año 381 fue ordenado diácono, oficio en que trabajó durante cinco años. En el 386 fue elevado a presbítero y como su elocuencia empezó a ser conocida se le confió el pulpito de la iglesia más grande de Antioquia, la cual siempre resultaba pequeña para contener las multitudes ávidas de escuchar su palabra candente y arrebatadora, que a pesar de la naturaleza del edificio e índole de la reunión, arrancaba aplausos y estruendosas manifestaciones de admiración. Sus sermones no tienen nada de aquello que halaga las pasiones de las multitudes. Son casi siempre homilias exponiendo capítulos enteros de la Biblia. Crisóstomo inmortalizó este excelente método de predicación que tiene la gran ventaja de familiarizar a los oyentes con el lenguaje y enseñanzas de la Biblia. Se llamaba Juan, y debido a su elocuencia le dieron el apodo de Crisóstomo, lo que significaba, en griego, boca de oro. Bossuet lo llama el Demóstenes cristiano y lo declara "sin contradicción el más ilustre de los predicadores y el más elocuente de los que han enseñado en la iglesia". Siendo su predicación una constante explicación de la Biblia, queda dicho que era superior a la de la mayoría de los predicadores de sus días, no sólo por la palabra atrayente del que ocupaba el pulpito, sino porque daba verdadero alimento espiritual a los hambrientos. "A las grandes cualidades de orador —dice un autor católico— Crisóstomo unía un conocimiento profundo de las Escrituras. Siendo joven la había estudiado bajo Melecio, después bajo Diodoro y Carterio. Más tarde cuando pasó seis años en el desierto, no tuvo en sus manos más libro que la Biblia; no se ocupó de otra cosa, sino del texto sagrado. Leyó y releyó, aprendió de memoria palabra por palabra, y hasta el fin de su vida la hizo el objeto constante de sus meditaciones. En una palabra, poseía un conocimiento profundo de los libros sagrados, y se los había apropiado y asimilado de tal manera, que habían venido a ser el fondo de su espíritu y su sustancia espiritual". Estas palabras pertenecen a Villemain, quien agrega: "Ningún orador cristiano estuvo más compenetrado de las Escrituras Sagradas, ni más encendido de su fuego, ni más imbuido de su genio".

En el año 397 murió el patriarca de Constantinopla, y ninguno de los candidatos para ocupar la vacante contó con los sufragios necesarios, pero cuando sonó el nombre del famoso predicador de Antioquia, fue elegido por mayoría. Fue traído casi a la fuerza a ocupar el puesto en el que obtendría tantos triunfos y sufriría tantos desengaños. Empezó su obra en la capital introduciendo reformas en la vida y práctica de las iglesias, que tanto se habían apartado de la simplicidad primitiva del cristianismo, y denunciando valientemente todos los vicios de la aristocracia exteriormente religiosa.

Pronto tuvo tantos enemigos como admiradores. Una predicación tan pura no podía sino ofender a la gente mundana que llenaba las iglesias. El clero nada espiritual, las damas de la corte, y particularmente la emperatriz Eudisia se pusieron en su contra. Los que habían aspirado al patriarcado y en la elección habían sido vencidos por los partidarios de Crisóstomo, se encargaron de encender el fuego, y acusándole de ser sostenedor de las doctrinas de Orígenes,

consiguieron hacerlo desterrar; pero no tardó en ser llamado de nuevo por la misma Eudósia, quien se atemorizó creyendo que un terremoto que ocurrió poco tiempo después de su destierro era un castigo de Dios. Pero el valiente orador volvió a su campo de acción resuelto a seguir el mismo programa con que había empezado, lo que volvió a irritar a Eudósia. "Herodías —dijo al subir al pulpito— está de nuevo enfurecida; de nuevo tiembla; de nuevo pide la cabeza de Juan el Bautista". Este lenguaje le atrajo otra vez la ira de la emperatriz, y fue desterrado por segunda vez a una aldea llamada Taurus, en los confines de Armenia, donde se hallaba constantemente expuesto al peligro de bandoleros. "Su carácter quedó consagrado en su ausencia y persecución; —dice Gibbons— las faltas de su administración no eran más recordadas; toda lengua repetía las alabanzas de su genio y virtud; y la respetuosa atención del mundo cristiano estaba fija en un lugar desierto de las montañas de Taurus". A pesar del destierro, Crisóstomo no vivía en la inacción. Personalmente y por correspondencia seguía la obra, interesándose en la evangelización de las tribus cercanas al lugar de su destierro, que aun no conocían el cristianismo, y escribiendo a las iglesias en las cuales tenía mucha influencia. Sus adversarios no cesaban de perseguirle cada vez más, y consiguieron que fuese confinado a una región aun más apartada, en los confines del Imperio, pero falleció en el penoso viaje, en septiembre del año 407. Treinta años más tarde sus restos fueron transportados a Constantinopla donde fueron recibidos con los más altos honores. El mismo emperador Teodosio el joven, imploró públicamente el perdón de Dios por la falta que habían cometido sus antepasados.

Las obras de Crisóstomo son numerosas, consistiendo generalmente en homilías explicando las Escrituras. Forman un verdadero tesoro, y del griego han sido traducidas a muchos idiomas modernos, y son siempre consultadas por los mejores comentadores de elocuencia. Abarcan casi todos los libros del Nuevo Testamento y muchos del Antiguo. Comprenden además un gran número de sermones sobre diferentes temas.

El siguiente trozo, parte de un sermón sobre la lectura de la Biblia, puede dar una ligera idea de su predicación:

"El árbol plantado junto al arroyo de aguas, creciendo al borde mismo de la ribera, disfruta constantemente de su conveniente humedad, y desafía impunemente todas las intemperies de la atmósfera; no teme a los ardores disecantes que produce el sol, ni al aire inflamado; teniendo en sí una savia abundante, se defiende contra el calor exterior y lo hace retroceder; del mismo modo, un alma que permanece cerca de las aguas de las Santas Escrituras, que de ella bebe continuamente, que recibe de ella misma este riego refrigerante del Espíritu Santo, llega a hacerse superior a todos los ataques de las cosas humanas, sea la enfermedad, la maldición, la calumnia, el insulto, la burla o cualquier otro mal; sí, aunque todas las calamidades de la tierra atacaran a esa alma, se defiende fácilmente contra todos esos ataques, porque la lectura de las Santas Escrituras le proporciona consolación suficiente. Ni la gloria que se extiende a lo lejos, ni el poder mejor establecido, ni la ayuda de numerosos amigos, ni ninguna otra cosa, en fin, puede consolar al hombre afligido, como la lectura de las Santas Escrituras. ¿Por qué? Porque esas cosas son percederas y corruptibles, y porque la consolación que dan parece también; la lectura de las Santas Escrituras es una conversación con Dios, y cuando es El quien consuela a un afligido, ¿quién podrá hacerlo caer de nuevo en la aflicción?

"Apliquémonos, pues, a esta lectura, no sólo dos horas sino siempre; que cada uno al ir a su casa tome en sus manos los libros divinos y reflexione sobre los pensamientos que encierran y busque en las Escrituras una ayuda continua y suficiente. El árbol plantado junto a arroyos de agua, no permanece allí sólo dos o tres horas, sino todo el día y toda la noche. Por eso sus hojas son abundantes y sus frutos numerosos, sin que ninguno lo riegue; porque plantado cerca de la

ribera, sus raíces absorben la humedad y, como por canales, la lleva a todo el tronco para que disfrute; lo mismo es con aquel que lee continuamente las Santas Escrituras, y que permanece cerca de esas aguas, aunque no tuviese ningún comentador, la lectura sola, como una especie de raíz, hace que saque de ella mucha utilidad".

Principales escritores cristianos de Occidente: Hilario, Ambrosio, Agustín, Jerónimo.

Los autores de Oriente que hemos mencionado escribían en griego. Los de Occidente que vamos a mencionar escribían en latín. Se les llama generalmente Padres latinos.

HILARIO. Nació en Poitiers en el año 295, y sus padres, que probablemente eran paganos, lo educaron en las letras y la filosofía. Siendo amante de la verdad, y diligente en los estudios e investigaciones, llegó a convencerse de la verdad del cristianismo, el cual aceptó de todo corazón, siendo bautizado juntamente con su esposa y una hija. Desde su conversión resolvió dedicar todas sus energías al servicio de la causa que había abrazado. En el año 350 fue elegido obispo de su ciudad natal, y desde entonces milita entre los ardientes defensores de la ortodoxia, en contra del arrianismo, que amenazaba las iglesias de la Galia. Su principal obra fue publicada en doce libros, y trata de la fe, de la Trinidad, y de los errores de Arrio. Otra obra que le valió fama y renombre fue un comentario al Libro de los Salmos.

AMBROSIO. Más bien por sus trabajos que por sus escritos es conocido este célebre obispo de Milán. Nació en Treves en el año 340, siendo su padre prefecto de la ciudad. Perdió a su padre siendo niño, y su madre lo llevó a Roma donde fue educado con el fin de que pudiera ocupar algún puesto público. Siendo todavía muy joven, fue nombrado gobernador del distrito de Milán. Cuando hacía cinco años que desempeñaba este puesto, fue llamado para apaciguar un tumulto que se había formado en una iglesia, donde los partidos no llegaban a ponerse de acuerdo sobre la elección de un obispo. Se cuenta que un niño de corta edad, asumiendo la actitud de orador, exclamó: "Ambrosio es obispo." Los que estaban reunidos, impresionados por las palabras del niño, creyeron tener en ellas una indicación celestial acerca de la persona que debía ser elegida para el puesto vacante. "Ambrosio es obispo", fue el clamor general, y todas las protestas del gobernador no pudieron hacer desistir a la multitud. En vano les hizo notar que sólo era catecúmeno en la iglesia. La voluntad popular tuvo que cumplirse, y Ambrosio fue bautizado y ordenado obispo el mismo día. Desde entonces se puso a estudiar asiduamente las Escrituras; y si bien nunca llegó a ser teólogo distinguido, pudo predicar con mucha aceptación y despertar a la ciudad, que siempre le escuchaba de buena gana.

A causa de su vehemencia, estuvo a menudo en conflicto con los gobernantes. Condenado al destierro, rehusó obedecer y se encerró en la iglesia, donde era protegido por las multitudes que le defendían y contra las cuales las autoridades no se animaron a proceder. Obligado así a permanecer con los suyos día y noche en la iglesia, se dedicó a componer himnos, que él mismo enseñaba a cantar. Ambrosio fue un gran autor de himnos, muchos de los cuales han llegado hasta nosotros a través de los siglos y son cantados en todos los países cristianos. Entre otros, está el "Santo, Santo, Santo, Señor de los ejércitos" y la doxología titulada Gloria Patri. El Te Deum también Tía sido atribuido a su pluma, pero los himnologistas lo dan como una composición posterior. La tradición decía que había sido compuesto en ocasión del bautismo de San Agustín.

Lo que escribió sobre interpretación bíblica es de poco mérito; y por haber seguido, como muchos otros, el método alegórico, hizo oscuro mucho de lo que era claro.

Falleció en el año 397, siendo llorado por muchos, pues había logrado gran popularidad y era amado por las multitudes que le escuchaban.

AGUSTÍN. En el libro más popular de los muchos que escribió, *Las Confesiones*, Agustín nos ha dejado su autobiografía. Su madre, Mónica, era una cristiana altamente piadosa, casada con un pagano que fue ganado a la fe poco antes de su muerte. Residían en Cartago, donde el joven Agustín fue arrastrado por la corriente del vicio al desoír los saludables consejos de su buena madre. Al huir del hogar, lo hallamos en Italia; en Roma primeramente y después en Milán, siempre seguido por Mónica, quien no cesaba de hacerlo el objeto de sus férvidas oraciones. Su fe fue puesta a prueba, pues el joven Agustín se hallaba cada día más lejos del reino de Dios. "Mi madre me lloraba —dice él—, con un dolor más sensible que el de las madres que llevan a sus hijos a ser enterrados." De su vida de libertinaje nació un hijo, al que llamó Adeodato, al cual amaba con locura.

Cuando Agustín empezó a ocuparse de cosas religiosas, cayó en el error de los maniqueos y en el neoplatonismo. El maniqueísmo era la doctrina de cierto persa llamado Maní, educado entre los magos y astrólogos, entre quienes alcanzó mucha fama. Hombre de actividad y muy emprendedor, todos le consultaban como filósofo y médico. Tuvo la idea de hacer una combinación del cristianismo con las ideas que profesaba, para lo cual tomó el nombre de Paraceto y pretendía tener la misión de completar la doctrina de Cristo. Muchos fueron seducidos por su elocuencia, y sus adeptos formaron la nueva secta en la que cayó el más tarde famoso Agustín.

Estando Mónica en Milán, pidió a Ambrosio que tratase de convencer a su hijo y sacarlo del error en que se encontraba, pero el prudente obispo le hizo notar que no lograría nada mientras le durase la novedad de la herejía que le llenaba de vanidad y presunción. "Déjelo —le dijo—, conténtese con orar a Dios por él, y verá cómo él mismo reconocerá el error y la impiedad de esos herejes, por la lectura de sus propios libros." Pero Mónica lloraba afligida y continuaba implorando a Ambrosio que tuviese una entrevista, de la cual esperaba buenos resultados, pero él le contestó: "Vaya en paz y continúe haciendo lo que ha hecho hasta ahora, porque es imposible que se pierda un hijo llorado de esta manera."

Las oraciones de Mónica empezaron a ser oídas. Agustín iba cansándose de la aridez de la humana filosofía, y suspiraba por algo que realmente le diese la vida que tanto necesitaba. La predicación de Ambrosio le impresionó, y llegó a comprender que sólo en Cristo debía buscar el camino de la vida. La crisis violenta por la que pasó su alma, la relata detalladamente en el libro octavo de sus *Concesiones*. Había perdido completamente la paz. "Sentí levantarse en mi corazón —dice— una tempestad seguida de una lluvia de lágrimas; y a fin de poderla derramar completamente y lanzar los gemidos que la acompañaban, me levanté y me aparté de Alipio, juzgando que la soledad me sería más aparente para llorar sin molestias, y me retiré bastante lejos para no ser estorbado ni por la presencia de un amigo tan querido." En esa soledad Agustín clamó a Dios pidiendo que se apiadase de él, perdonándole sus pecados pasados, diciendo: "¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo estarás airado conmigo? Olvídate de mis pecados pasados. ¿Hasta cuándo dejaré esto para mañana? ¿Por qué no será en este mismo momento? ¿Por qué no terminarán en esta hora mis manchas y suciedades?"

"Mientras hablaba de este modo —continúa diciendo— y lloraba amargamente, con mi corazón profundamente abatido, oí salir de la casa más próxima, una voz como de niño o niña, que decía y repetía cantando frecuentemente: «Toma y lee, toma y lee». Contuve entonces el torrente de mis lágrimas, y me levanté sin poder pensar otra cosa sino que Dios me mandaba abrir el libro sagrado y leer el primer pasaje que encontrase.¹ Agustín corrió donde tenía las

Escrituras y abriéndolas al azar, sus ojos dieron con este pasaje: "Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia; sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne." Rom. 13:13-14. Dice Godet, que el primero de estos versículos describe la vida de Agustín antes de su conversión, y el segundo la que llevó después.

"No quise leer más —dice Agustín— ni tampoco era necesario, porque con este pensamiento se derramó en mi corazón una luz tranquila que dispuso todas las tinieblas de mis dudas."

Agustín dio las nuevas a Alipio de lo que pasaba en él, y éste también en aquella hora tomó la resolución de entregarse al Señor. Ambos se apresuraron en dar las nuevas a Mónica, la cual fue transportada de alegría al saber que su hijo era cristiano y que sus oraciones habían sido oídas.

Poco después fue bautizado por Ambrosio, al mismo tiempo que su amigo Alipio, y su hijo Adeodato.

De regreso de África, buscó en la soledad y meditación, compenetrarse mejor de la mente de Cristo a quien había resuelto servir. En el año 391 fue ordenado presbítero y empezó a predicar con mucho éxito. Más tarde fue nombrado obispo de Hipona.

Además de las Confesiones, entre sus muchas obras, merecen citarse *Contra los Maniqueos*, *Verdadera Religión*, *La Ciudad de Dios*, y la última de sus obras, *Retracciones*, en la que repasa lo que había escrito durante toda su vida, y se retracta de aquellas enseñanzas que llegó a reputar erróneas después que hubieron madurado bien sus ideas.

Murió en el año 430, a los setenta y seis años de edad, después de haber trabajado asiduamente a favor de la causa que abrazó con tanta sinceridad, y legando a la posteridad un nombre que no reconoce igual entre los escritores de Occidente.

JERÓNIMO. Como filólogo, Jerónimo ocupa el primer lugar entre los cristianos de sus días. Nació de padres cristianos, probablemente en el año 346, cerca de Aquilea, en los confines de Dalmacia y Pannonia. Recibió su educación en Roma bajo la dirección del retórico Aelio Donato, iniciándose en los estudios gramaticales y lingüísticos, que no abandonó hasta el fin de su carrera. En esta ciudad profesó públicamente el cristianismo y después de efectuar algunos viajes resolvió radicarse en la Siria para estudiar el hebreo y los dialectos que de él se derivan, para lo cual entabló relaciones con un maestro judío, lo cual escandalizaba a muchos de sus correligionarios. En 379 aparece en Antioquia, donde fue nombrado presbítero. En Constantinopla encontró a Gregorio Nacianceno, con quien mantuvo íntimas relaciones. En Roma emprendió con ardor la ardua tarea de revisar la traducción de la Biblia al latín, llamada *Itálica*, la cual era muy defectuosa a causa de las muchas variantes que se hallaban en las diferentes ediciones. De este trabajo resultó la *Vulgata*, nombre que se le dio porque estaba destinada para ser leída por el pueblo, al cual aun no se había privado del derecho de leer e interpretar la Biblia.

Entre otros trabajos literarios de Jerónimo, figuran sus *Cartas* y algunos *Comentarios* sobre las Escrituras que tienen más valor literario que exegético.

Los últimos años de su vida los pasó en Palestina, recluido en un convento donde continuó sus trabajos de escritor fecundo. Falleció a edad muy avanzada, en Belem, el año 420.

Avance del clericalismo.

A medida que nos acercamos al fin de este período, año 604, notamos una pronunciada decadencia en la fe, vida y costumbres de los cristianos. Por todas partes, es verdad, se oyen gritos de protesta, los que demuestran que los verdaderos cristianos todavía existen, y que "la fe que fue dada una vez a los santos" cuenta con un gran número de testigos y defensores ardientes que no sucumben bajo el peso de las nuevas circunstancias creadas por la gran apostasía. La fe ya no es la misma; una multitud de creencias antibíblicas oscurecen el brillo de la verdad traída al mundo por el Señor Jesucristo.

La organización ha degenerado en extremo; en lugar de congregaciones autónomas y altamente democráticas, hallamos las pretensiones episcopales de varios patriarcas, que terminan con un franco pronunciamiento hacia el papado, encarnación del despotismo espiritual y religioso.

LA ORGANIZACIÓN. En el Nuevo Testamento no hallamos ningún sistema artificiosamente elaborado de gobierno eclesiástico. Cuando los discípulos disputaron acerca de cuál de ellos sería el mayor, el Maestro les dijo: "Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad, son llamados bienhechores; mas no así entre vosotros." Lucas 22:25, 26. Las iglesias no reconocían otro Maestro y Señor fuera de Jesucristo. Todos los miembros eran iguales y ejercían libremente los dones que manifestasen. Los pastores u obispos elegidos por ellos mismos, sin la intervención de ningún poder extraño, eran hermanos a quienes el Espíritu Santo elegía primero, manifestándose esta elección por las obras que obraba el mismo Espíritu. Pero a medida que se fue perdiendo el primitivo concepto de organización simple y natural de la iglesia local, empezó a ganar terreno el espíritu clerical, y los obispos de las grandes ciudades se enseñorearon de las iglesias más pequeñas, matando poco a poco en ellas la costumbre vigorizadora de manejar sus asuntos locales por medio del voto de todos los miembros. El obispo empieza a ocupar un lugar demasiado prominente, y el gobierno de las congregaciones queda por completo en sus manos. El obispo dejó de ser lo que había sido en los tiempos apostólicos y siglos inmediatos. Oigamos lo que dice al respecto el distinguido historiador Mosheim: "Nadie confunda los obispos de la primitiva edad de oro de la iglesia, con aquellos de quienes leemos más tarde. Porque aunque ambos eran designados con el mismo nombre, diferían grandemente, en muchos sentidos. Un obispo en el primero y segundo siglo, era un hombre que tenía a su cuidado una asamblea cristiana, que en aquel tiempo, por lo general, era tan pequeña que podía reunirse en una casa particular. En esta asamblea, él actuaba no con la autoridad de un señor, sino con el celo y diligencia de un siervo. Las iglesias, también en aquellos tiempos, eran completamente independientes; y ninguna estaba sujeta a jurisdicción exterior, pero cada una se gobernaba por sus propios oficiales y por sus propios reglamentos. Nada es más evidente que la perfecta igualdad que reinaba en las iglesias primitivas."

Referimos aquí lo que fue la organización de las iglesias apostólicas para que resalte el contraste que ofrecen con la organización al fin de este período, cuando los grandes patriarcas han tomado la dirección del rebaño. Los patriarcas de Constantinopla, de Alejandría y de Antioquia gobiernan en Oriente. El patriarca de Roma, en Occidente, aunque su autoridad no era generalmente reconocida en España ni en la Galia.

EL PAPADO. El nombre de sede apostólica fue dado a las iglesias que habían sido fundadas por los apóstoles o sus colaboradores. Este calificativo que hoy se usa sólo en singular se usaba en plural, y era aplicado tanto a Roma como a Alejandría, a Jerusalén, a Antioquia, etcétera.

No se reconocía a la Iglesia de Roma ningún primado ni superioridad. Pero siendo Roma la gran capital del mundo, los obispos de esa ciudad empezaron a creerse superiores a los demás y procuraron centralizar en ellos la autoridad suprema del gobierno eclesiástico. Ya en el año 190 manifestó esa ambición el obispo que figura con el nombre de papa Victorio I, quien quiso hacer valer su autoridad fallando sobre una cuestión que se había levantado sobre la fecha en que debía celebrarse la Pascua. Pero sus colegas de Oriente no quisieron tenerlo en cuenta.

A principios del siglo tercero, Serafín hizo tentativas para implantar el primado, pero tuvo que chocar con la voluntad férrea de Tertuliano, quien en tono de burla lo llama Pontifex Maximus, y obispo de obispos. Muchas veces los defensores del papado citan estas palabras de Tertuliano ignorando, o queriendo ignorar, que fueron dichas para mostrar el carácter pagano de las pretensiones del obispo de Roma.

A mediados del mismo siglo, al suscitarse la cuestión de la validez del bautismo administrado por los herejes, el obispo de Roma quiso imponer una norma de conducta: pero los obispos de Asia y de África, mayormente Cipriano, le desconocieron el derecho de intervenir en asuntos que no afectaban a su jurisdicción.

La sede de Roma, no obstante, iba ganando terreno día a día. Rodeada de toda pompa y magnificencia exterior, atraía las miradas del mundo. Su situación política y geográfica, lo mismo que su brillo, contribuían a darle un primado moral, que se lo reconocían aún los que no aceptaban sus pretensiones. Las deliberaciones del Concilio de Nicea demuestran que el obispo de Roma era todavía en aquel tiempo un metropolitano como el de Alejandría o Antioquia. El concilio de Calcedonia, reunido el año 451, tampoco reconoce primado a Roma; y claramente establece que Constantinopla tiene igual autoridad por ser la ciudad del emperador. Esta declaración del concilio colocó en estado de decadencia a los otros patriarcas y abrió la contienda entre Roma y Constantinopla que duraría largos siglos.

La rivalidad entre los obispos de las dos ciudades nombradas, llegó a su punto culminante cuando Gregorio I, obispo de Roma, protestó contra el título de obispo universal que usaba el de Constantinopla. Al atacar a su antagonista hace un terrible proceso del papado. Considera el título de obispo universal un nombre vanidoso, suntuoso y redundante; una palabra perversa, un título envenenado, que hace morir a los miembros de Cristo; un ensalzamiento perjudicial a las almas; una usurpación diabólica, y nombre inventado por el primer apóstata: el diablo. Quien se atreviese a usarlo sería el precursor del Anticristo, y más soberbio que Satanás. No olvidemos que fue Gregorio I, papa, quien dijo estas cosas. "Las citas de San Gregorio —dice muy bien el autor italiano Luigi Desanctis— sobre esta controversia, son un documento perentorio para demostrar que el primado del papa era en el siglo sexto, mirado como una iniquidad, y un grandísimo pecado: y esto por uno que fue papa, que se llamó Gregorio el Grande, y a quien lo representan con el emblema del Espíritu Santo dictándole al oído lo que debe escribir, que es santo y doctor de la iglesia romana."

En el año 604 murió Gregorio I, y en el año 606 fue elegido papa Bonifacio III, quien por medio de bajas e indignas adulaciones al tirano Poca, consiguió se le diese el título de obispo universal, título que desde entonces han usado los que ascienden al papado.

IGLESIA Y ESTADO. Los emperadores continuaron interviniendo en todos los asuntos eclesiásticos y ejerciendo el patronato.

Los favores que recibía la iglesia eran cada vez mayores. El permiso de recibir legados que le fue concedido, aumentó asombrosamente los bienes inmuebles de las comunidades.

El clero fue exceptuado del servicio militar, y de otros deberes públicos. Los bienes eclesiásticos quedaron exceptuados del pago de contribuciones, y a menudo se disponía del tesoro público a favor de ciertas obras y ciertas personas.

El Código o Institutos de Justiniano, promulgado el año 529, indica el carácter de esta unión. Se ve el deseo de cristianizar el Imperio por medio de leyes y medidas oficiales lo que, como siempre, dio funestos resultados.

La esclavitud, si no abolida, perdió su antiguo carácter cruel. La vida humana, antes de tan poco valor, empezó a ser respetada; y ya no morían decenas y centenas de hombres en los combates de los gladiadores, los que llegaron a quedar del todo prohibidos.

Las relaciones de familia, que habían llegado a su último grado de relajación, fueron dignificadas en las nuevas leyes. Se limitó el derecho de los padres sobre los niños, y el infanticidio fue declarado crimen. La mujer adquirió más derechos y más nobleza. Las leyes contra la inmoralidad se hicieron severas, y el divorcio quedó limitado sólo a los casos más graves.

El estado también se constituyó en defensor de la ortodoxia, y éste fue el mayor de sus errores; pues para lograr su fin persiguió a los herejes. El Código de Justiniano califica de herejes a todos los que no se conforman a las creencias establecidas por la mayoría llamada Iglesia Católica, de modo que el rigor de la ley se aplicó a todos los que lucharon contra las innovaciones contrarias a la fe primitiva.

Vida monástica: Antonio

La corrupción de las iglesias y decadencia espiritual que caracteriza a este período, alarmó a muchas almas sinceras, que buscaron en el retiro y soledad un asilo donde poder vivir en contacto íntimo con Dios y ocupados completamente en el desarrollo de la vida interior. La intención que animaba a los primeros anacoretas y ermitaños era buena, pero completamente extraviada. Olvidaban que los cristianos tienen que ser la luz del mundo y la sal de la tierra; que Cristo oró para que los suyos fuesen librados del mal pero no quitados del mundo; y que los cristianos del tiempo apostólico, nunca pensaron en el retiro y soledad, sino en lidiar como buenos soldados en el campo de batalla de este mundo corrompido.

El origen del monaquismo lo hallamos en la persona y obra de Antonio, quien nació en el año 251, en la ciudad de Heptanome, en los confines de la Tebaida. Era hijo de una familia rica y respetable, en el seno de la cual recibió su primera educación religiosa. Sus estudios fueron rudimentarios, y nunca llegó a iniciarse en las lenguas griega y latina, que eran en aquel entonces la prueba de que uno había recibido alguna instrucción. Desde su juventud mostró una fuerte tendencia a la vida contemplativa, evitando siempre el trato con los muchachos turbulentos. Las cosas del mundo no le interesaban, pero un profundo espíritu religioso, y una gran ansiedad por las cosas divinas determinaban todos los actos de su vida. Era infaltable a las reuniones religiosas, y lo que él mismo leía en la Biblia y lo que oía leer en las reuniones, quedaba impreso en su memoria y corazón. Hay autores que aseguran que sabía toda la Biblia de memoria. Cuando tenía unos veinte años quedó huérfano, quedando a su cargo una hermana mayor y los demás intereses de la casa. Un día, mientras se dirigía a la iglesia, su vivida imaginación le pintó el contraste que existía entre los verdaderos cristianos de las iglesias apostólicas, que vivían en amor y en comunidad, y los pretendidos cristianos de sus días, afanados puramente en cosas materiales. Preocupado con estos pensamientos entró en la iglesia donde oyó leer la siguiente porción del

Evangelio: "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; "ven y sígueme."

Antonio creyó oír en estas palabras un mandamiento de Dios, dirigido a él mismo, ordenándole vender todos sus bienes y repartirlos a los pobres. Empezó por repartir su dinero y muebles entre los más necesitados de la aldea, y sus tierras las distribuyó también, quedándose sólo con lo necesario para atender las necesidades de su hermana, pero más tarde repartió aun esta parte, al leer en el Evangelio que no hay que afanarse por las necesidades del mañana. Dejando a su hermana bajo el cuidado de unas mujeres piadosas, una especie de monjas que vivían asociadas, se retiró a la soledad y empezó a vivir bajo el más rígido ascetismo. Se sostenía a sí mismo trabajando con sus propias manos, y lo que le sobraba lo daba a los pobres.

En el género de vida que adoptó cayó en el error de creer una virtud el ahogar los sentimientos naturales que Dios ha puesto en el hombre. Cada vez que se acordaba de su hermana o de otros deberes domésticos creía que era el tentador que procuraba hacerlo caer; y los más puros y sanos impulsos del corazón los atribuía a malos espíritus con los cuales se creía constantemente en guerra. Cada día iba alejándose más y más de los centros de población, hasta que se retiró a una lejana región montañosa, donde habitó veinte años entre las ruinas de un viejo castillo. Su fama de gran asceta fue extendiéndose, y por todo el Egipto se contaban acerca de él las cosas más extrañas. Todos lo buscaban pidiendo sus consejos, y finalmente consintió en ser el director espiritual de muchos que querían imitarle en el género de vida que había adoptado. Entre éstos hubo no pocos que estaban cansados de un cristianismo que sólo servía para alimentar discusiones teológicas. El Egipto se llenó de estos ermitaños, quienes al asociarse constituyeron las primeras órdenes monásticas, que pronto fueron extendiéndose por todos los países del Oriente.

Antonio era el héroe entre ellos. A él acudían de todas partes para someterle sus pleitos y dificultades. Creyó que esta fama lo conduciría al orgullo y se retiró a una región aún más apartada donde nadie le conocía. Se dedicaba a la agricultura y a la fabricación de canastas que cambiaba por alimentos. Cuando se descubrió su paradero volvió a verse rodeado de admiradores.

En el año 311, bajo la persecución de Maximino, apareció en Alejandría, no buscando el martirio, sino para animar a los que tenían que sufrir. Cumplida su misión, sin ser molestado por los perseguidores, se retiró de nuevo a los desiertos.

En el año 352, cuando tenía ya más de cien años de edad, volvió a Alejandría. Todos los habitantes, y aun los sacerdotes paganos, procuraban ver "al hombre de Dios". Los enfermos buscaban tocar el borde de su vestido esperando ser curador milagrosamente.

Regresó de nuevo entre los monjes donde pasó los últimos años, encargando que su cuerpo fuese escondido para que no llegase a ser objeto de superstición.

La idea que tuvieron los primeros ermitaños fue muy pronto olvidada. La gente empezó a creer que la vida recluida era un mérito y que podían ganar el cielo por las mortificaciones del cuerpo. Las penitencias que hacían eran pueriles, pues no conducían a nada práctico, ni servían para el bien ni mejoramiento de ninguno. Se hicieron orgullosos, creyendo que eran superiores a los demás hombres. Para mortificarse inventaron todo género de penitencias. Cierta fraile vivía en una región donde no había agua, y creía que era una obra meritoria pasar las noches juntando el rocío. Muchos abandonaron el trabajo por creerlo incompatible con los votos de misticismo que había» hecho y se entregaron a la corruptora holgazanería, viviendo de las limosnas de sus admiradores.

En Italia, Francia y España, las órdenes monásticas, alcanzaron gran desarrollo debido principalmente a los trabajos de Benedicto. Este célebre monje nació en el año 480, de una rica

familia italiana. Empezó la vida de ermitaño cerca de Roma, viviendo en una gruta, donde no tardó en verse rodeado de muchos partidarios, con quienes organizó comunidades. Para evitar los grandes escándalos que daban los monjes de otras órdenes. Benedicto sujetó a los suyos, a una severa disciplina, haciendo que todos tuviesen alguna ocupación útil, como ser la labranza, los estudios y la enseñanza escolar de los niños que vivían en distritos rurales.

El aumento siempre creciente y alarmante de estas comunidades obligó a muchos a emprender contra ellas formidables campañas, siendo la más violenta la que encabezó un monje llamado Joviano, a quien Neander llama "el protestante de su tiempo". Se levantó contra sus colegas sosteniendo que no había ningún mérito en renunciar al matrimonio y a los vínculos sagrados de la familia; que era posible y preferible ser santo en el mundo. Los monjes se alarmaron y consiguieron que fuese condenado por un Sínodo reunido en Roma en el año 390.

Tal es, en breves palabras, el origen de esas comunidades que tantas veces han levantado la viva protesta de los civiles que han visto en ellas, como en realidad lo son, un atentado a los sentimientos humanos y un peligro para la sociedad.

Innovaciones

No solamente en el orden disciplinario, sino también en la teología y culto, se notan grandes diferencias entre este período y el siglo apostólico. Al principio, Cristo era el Alfa y la Omega. No había creencia ni práctica que no tuviese a él por centro y por fundamento. Paulatinamente los cristianos, sin negar a Cristo ni rechazar su sacrificio, introducen nuevas ideas y nuevas costumbres que los distraen, y hacen apartar la mirada de aquel en quien habita la plenitud de la divinidad, y quien por los siglos de los siglos debe recibir el más completo homenaje de los que han sido redimidos por su sangre.

LA MARIOLATRÍA. El amor y recuerdo respetuoso que se tuvo desde el principio a la madre de Jesús, empezó a degenerar en una superstición y culto idolátrico. Los nestorianos se opusieron enérgicamente al título de "madre de Dios" que muchos le daban, y sostenían que ella era sólo madre de Cristo, según la carne, pero no de su divinidad. La doctrina de Nestorio fue condenada y abierto así el camino a la mariolatría. Un libro gnóstico del siglo tercero o cuarto, refiere la leyenda de la ascensión de María, la cual, aunque popular, era tenida sólo como leyenda, y a nadie se le ocurría hacer de ella un hecho histórico. Pero los partidarios del culto a María empezaron a enseñar que hubo tal ascensión corporal, y Gregorio de Tours, a fines del siglo sexto, escribió como sigue: "Cuando la bienaventurada María terminó su carrera en esta vida y fue llamada a salir de este mundo, todos los apóstoles, venidos de todas partes del mundo, estaban reunidos en su casa, y cuando oyeron que ella debía de partir, estaban velando con ella, y he aquí el Señor Jesús vino con sus ángeles, y tomando su alma, se la entregó a Miguel, el arcángel, y se fue. A la mañana los apóstoles tomaron el cuerpo con el lecho y lo colocaron en un sepulcro, y velaron, esperando que el Señor viniese. Y, he aquí, el Señor apareció por segunda vez y ordenó que fuese llevada en una nube al Paraíso, quien habiendo tomado" o de nuevo su alma, goza ahora de las bendiciones sin fin de la eternidad, regocijándose con su predilecto." El abate Migne hace notar que ese relato de Gregorio ha sido tomado del Líber de Transitu, del pseudo Melitón, que está clasificado por el papa Gelasio entre los apócrifos.

INVOCACIÓN DE LOS SANTOS. La costumbre de invocar a los santos tuvo origen en la exagerada veneración de que eran objeto los mártires y otros héroes de la fe. Las iglesias empezaron dedicando ciertos días del año para recordar los sufrimientos que los tales habían

soportado, y se daba gracias a Dios porque tales hombres habían militado entre los cristianos, mostrando así que la fe que profesaban puede crear energía y valor. Se exhortaba al pueblo a imitar sus virtudes y seguir sus huellas. Los panegíricos que se hacían en las iglesias, ensalzando con demasía a estos mártires, bajo el influjo de la hipérbole oratoria, fue creando la idea de que eran seres casi divinos; y pronto se estableció la costumbre de invocarlos como intercesores y mediadores, olvidándose la enseñanza de que Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres, según lo establece San Pablo en su 13 epístola a Timoteo.

LA EUCARISTÍA. Hemos visto cómo la cena del Señor era el centro del culto cristiano, y así continúa siendo aún en este período de innovaciones y cambios, aunque ya pueden hallarse algunas ideas que cambian fundamentalmente el carácter de ésta ordenanza. Se empieza a creer en la presencia real, y los elementos no se miran como símbolos del cuerpo y sangre del Señor.

En tiempos de Crisóstomo, vemos en sus obras, que aún no se conocía la costumbre de privar a los miembros de las iglesias de la participación del vino. Pero ya a mediados del siglo quinto, algunos intentan introducir lo que se llama comunión bajo una sola especie; pero tropiezan con la fuerte oposición de Gelasio, obispo de Roma, quien condena severamente la innovación y la hace cesar.

EL PURGATORIO. La idea de un fuego donde las almas tengan que purificarse después de la muerte, es ajena y contraria a las doctrinas del Nuevo Testamento, que enseñan que la sangre de Cristo nos limpia de todo pecado. El primer cristiano que menciona un fuego purificador es Orígenes, en el siglo ni, quien sostenía la doctrina de la salvación universal y restauración final de todas las cosas. Gregorio el Grande es el primero que habla del purgatorio como de doctrina cristiana. Pronto se añade a ella la idea de que las oraciones podían ayudar a los que estaban en este fuego. Esta innovación demuestra que había decaído la confianza en el valor infinito de los méritos de Cristo, que excluyen toda obra humana, y hacen inútil todo otro sacrificio.

TEMPLOS E IMÁGENES. La riqueza siempre creciente de las iglesias, y los continuos donativos de príncipes y ofrendas de ricos y pobres, facilitaban la construcción de edificios artísticos destinados al culto, y cada vez se daba más importancia al lugar donde éste se celebraba. Las primeras estatuas y pinturas introducidas en estos edificios dieron lugar a muchas y largas controversias, aun cuando se destinaban sólo al ornato y a la instrucción del pueblo, y en ningún caso a la adoración o veneración. Pero en las comunidades que acababan de salir de la idolatría, estas representaciones no podían sino ser un tropiezo a los indoctos. Un obispo de Marsella, viendo que las imágenes conducían a la idolatría, mandó destruirlas, y cuando el caso llegó a oídos del papa Gregorio, éste le escribió diciendo que lo alababa por su celo contra la adoración de cosas hechas con manos, aunque no aprueba su iconoclasmo y sostiene que las imágenes son los libros de los ignorantes. "Si alguien quiere hacer imágenes —dice— no se lo impidas, pero por todos los medios impide el culto de las imágenes." Estas pinturas fueron matando el verdadero carácter del culto cristiano, y llevando al pueblo a una nueva forma de paganismo. Las imágenes adquirieron gran valor ante los ojos de los adoradores, y pronto se llegó a confiar en ellas mismas y a creerlas milagrosas. La imaginación popular se encendía al oír los relatos de las maravillas que se les atribuían y la gente iba cada vez más depositando en ellas su confianza.

Los donatistas

Ya dos veces la conciencia cristiana había protestado contra las ideas paganas que invadían las iglesias. Fueron primeramente los montañistas, pidiendo la rehabilitación del sacerdocio universal de los creyentes; y luego los novacianos, abogando en favor de la pureza de las iglesias y exclusión de los miembros indignos. Una tercera protesta fue hecha por los donatistas.

Un obispo africano, llamado Donato, protestó a raíz de ciertas irregularidades que tenían lugar en Cartago, y los que se unieron a él fueron llamados donatistas. Seguramente, no fue su intención separarse de los otros cristianos, pero las cosas tomaron un giro tal, que toda reconciliación fue imposible.

Los donatistas cometieron el error de apelar al emperador y esperar que su protección hiciese triunfar la causa que creían justa. Felizmente tuvieron mal resultado y pudieron aprender que la obra de Dios no se hace con la ayuda del siglo, y llegaron a ser fuertes enemigos de la unión de la iglesia con el estado. "¿Qué tiene que ver el emperador con la iglesia? —decían—. ¿Qué tienen que hacer los cristianos y los obispos con los reyes y la corte imperial?"

Los concilios habían condenado el anabaptismo, y como los donatistas recibían por medio del bautismo a los que se unían a ellos, quedaron expuestos a las medidas de rigor que el estado empezó a emplear so pretexto de mantener la unidad de los creyentes.

La persecución, lejos de abatirlos, aumentaba su fervor, y eran así más estimados, por el pueblo, que los veía sufrir y que tenía en ellos una demostración de viva piedad y santidad cristiana. Algunos, deseosos de verles volver al seno de la catolicidad, entablaron con ellos trato y discusión, sobresaliendo San Agustín, obispo de Hipona.

Agustín escribió un tratado en el que sostenía que el bautismo administrado a los adultos les era sin provecho mientras quedasen fuera de la iglesia universal.

Los donatistas, por su parte, le respondieron que la iglesia debía excluir de su seno a los miembros indignos, conocidos por pecadores manifiestos. Se apoyaban en las reglas dadas por San Pablo en la Primera Epístola a los Corintios, y en otros pasajes, y sostenían que una iglesia que no observa estas reglas pierde su carácter de santidad y pureza que le es esencial.

Agustín contestó que la disciplina era, sin duda, un medio eficaz, pero que librar a la iglesia de pecadores, aun manifiestos, era una imposibilidad; que en el estado actual de la iglesia había que tolerar algunos males para evitar otros peores, y conservar influencia sobre personas que podían enmendarse. Para apoyar esta opinión, se refería, como los multitudinistas de nuestros días, a las parábolas de la cizaña y de la red, dejando la separación para el día final.

Los donatistas contestaron que en estas parábolas no se hace referencia a una mezcla de buenos y malos en las iglesias, sino en el mundo, y que se referían a los hipócritas que se mezclan cubiertamente con los cristianos. Que ellos tampoco pretendían estar completamente separados de esta clase de pecadores, sino de aquellos que llevan una vida manifiestamente mala. La controversia con ellos versaba también sobre el empleo de armas para defender los intereses de la causa cristiana, y los donatistas atacaban violentamente a los que servían del poder civil para perseguir a los que no creían como ellos.

Por cerca de tres siglos, los donatistas continuaron su obra siendo muy numerosos en África. Sobre el movimiento donatista se tienen muy pocos documentos informativos. El Dr. Benedict, que hizo sobre esto un estudio especial, llegó al convencimiento de que es falso casi todo lo que se ha escrito en contra de ellos, y formula juicios altamente favorables al carácter cristiano de las iglesias que ellos componían.

CAPITULO QUINTO

AÑOS 606-814

Decadencia espiritual e intelectual.

Entramos ahora al oscuro período que se extiende desde el fin del pontificado de Gregorio I, año 606, hasta la muerte de Carlomagno, ocurrida en el año 814. La corrupción que empezó con los primeros legados de Constantino, se hace peor bajo el dominio de los reyes bárbaros, y llega a su último estado de descomposición con los favores que Pepino y Carlomagno conceden a los papas de Roma. La ignorancia del clero y del pueblo aumenta año tras año; se abandona el estudio de la Biblia y de toda materia sana, y en su lugar aparecen ridículas leyendas de santos y de almas que vienen del purgatorio pidiendo el auxilio de los fieles. La libertad cristiana sucumbe bajo el peso de la tiranía y del absolutismo papal. La superstición reemplaza a la fe, y la más grosera idolatría, al culto en espíritu y en verdad.

Los historiadores han escrito páginas melancólicas mostrando el estado de general importancia que prevalecía en los siglos séptimo y octavo, a tal punto que se hallaban altos funcionarios públicos, y obispos de importantes diócesis, que no sabían leer ni escribir. Las actas de los concilios de Efeso y Calcedonia tuvieron que ser firmadas a ruego de tal o cual obispo, que no sabía firmar.

La teología había descendido al último grado de pobreza. Nadie hablaba más de aquellas gloriosas verdades que habían sido la fuerza vital de las iglesias primitivas. La escasa predicación de aquella época ofrece un cuadro tristísimo en los anales de la homilética. Un ejemplo lo tenemos en las siguientes palabras del tan célebre San Eloy, obispo de Noyon, Francia. Definiendo lo que es un buen cristiano, dice: "Es un buen cristiano el que viene con frecuencia a la iglesia, y trae sus oblaciones para ser presentadas ante el altar de Dios; el que no presume gustar de los frutos que junta antes de haber hecho su ofrenda de ellos a Dios; quien al volver de las sagradas solemnidades, y durante varios días antes, observa la sagrada continencia, para poder acercarse al altar de Dios con tranquila conciencia; y quien sabe de memoria el Credo y el Padrenuestro."

Oigamos otro párrafo del mismo predicador al enseñar cómo se puede conseguir la salvación: "Redimid vuestras almas del castigo que vuestros pecados merecen, mientras tenéis remedio y poder. Ofreced vuestros diezmos y obligaciones a las iglesias, encended velas en los lugares consagrados, venid con frecuencia a la iglesia, y con toda humildad orad a los santos para que os protejan; y si hacéis estas cosas, cuando el último día estéis ante el tremendo tribunal del eterno juez, podréis con confianza decir: Dadme, Señor, porque yo di.

Durante este período se llevaron a cabo muchas empresas destinadas, no ya a convertir a los paganos a Cristo, sino a imponerles una nueva forma de idolatría y hacerles súbditos religiosos del poder pontificio que se levantaba en Roma. Y también, so pretexto de unificación, salían de Roma emisarios adonde había cristianos independientes, con el fin de persuadirlos a reconocer al papa y someterse a su autoridad. La poca vida intelectual y espiritual, favorecía grandemente estos planes, y el favor que los príncipes dispensaban al papado, lo hacía atrayente a los que se dejan impresionar por el brillo de las exterioridades, y así la sede episcopal de Roma fue afianzándose, y por medio de intrigas se convirtió en centro de autoridad, y en un poder cuya alianza buscaban los mandones de las corruptas monarquías.

Sólo entre algunos pequeños grupos de cristianos llamados herejes, ardía todavía la antorcha de la verdad cristiana, y se dejaba sentir una viva protesta contra los abusos, innovaciones y corrupción general.

Controversia sobre las imágenes.

Gregorio I, al dirigirse a Severo, de Marsella, acerca de las imágenes, sostuvo que éstas no debían ser adoradas, pero que debían usarse en las iglesias para promover la instrucción de los ignorantes. Los partidarios del culto de las imágenes siempre hablan de esa manera, pero vemos cosas muy diferentes cuando nos fijamos en los hechos. Las imágenes, lejos de contribuir a la instrucción, fueron un gran factor de la ignorancia. En ningún otro período de la historia encontramos más desarrollado el culto de las imágenes, y en ningún otro prevalece una ignorancia tan completa sobre las cosas espirituales. Al autorizar, Gregorio I, el uso aparentemente inocente de representaciones artísticas, sancionó la idolatría y dio un golpe mortal al poco espíritu cristiano que reinaba aún. Las imágenes se hicieron cada vez más populares. Empezó a creerse que eran milagros. Los devotos acudían al santuario de tal o cual escultura a pedir una u otra gracia. Hubo vírgenes que lloraban; que hacían señales afirmativas con la cabeza; que tenían poder de curar determinadas enfermedades, y que obraban prodigios, según lo enseñaban los curas interesados en traficar con las almas. Retratos de la virgen y de ciertos santos se atribuían a San Lucas, y de otros se decía que no habían sido hechos por manos humanas, sino que habían caído del cielo.

Pero el culto de las imágenes no quedaría sancionado definitivamente sin que hubiese antes vivas protestas de los que deseaban poner un dique al funesto avance de la idolatría. En Constantinopla, fue el mismo emperador León quien tomó medidas. Un tal Besor, de Siria, hombre de gran prestigio en la corte, y que era altamente estimado por el emperador, lo convenció de que el culto de las imágenes constituía una nueva forma de paganismo, y que era contrario a las claras enseñanzas de la Biblia. León se convirtió en un enérgico iconoclasta, y emprendió la tarea de combatir el uso de las imágenes; tarea que no le sería nada fácil, a causa de que el pernicioso hábito estaba arraigado, no sólo en el pueblo, sino en las clases elevadas y el clero. Es oportuno recordar que León había detenido, en el año 718, el avance de los mahometanos sobre Constantinopla, y que se hallaba en lucha contra éstos, quienes acusaban a los cristianos del pecado de idolatría. Para quitar, pues, a los mahometanos un argumento que sabían usar con éxito y razón, pensó en hacer desaparecer de las iglesias ese baldón y roca de escándalo. Su primer edicto, del año 730, para no provocar la ira de sus súbditos, mandaba solamente que las imágenes fuesen colocadas en lugares elevados para que los devotos no pudieran tocarlas ni besarlas. Las órdenes del emperador se estrellaron contra la tenaz resistencia del pueblo enfurecido, de los monjes supersticiosos e ignorantes, y del mismo Germano, patriarca de Constantinopla. Juan de Damasco, uno de los pocos escritores de aquella época, puso su elocuencia al servicio de la idolatría, y escribió varios tratados en contra de lo que llamaba sacrilegio del emperador. "No corresponde al emperador —decía— hacer leyes para regir la iglesia. Los apóstoles predicaron el evangelio; el monarca debe cuidar del bienestar del estado; los pastores y maestros se ocupan de la iglesia." En esto, el famoso damasceno estaba en lo cierto, pero el clero no hablaba así cuando el emperador promulgaba leyes que le eran favorables. Al aceptar la unión con el estado perdieron el derecho de usar este argumento.

El papa Gregorio II intervino, y dos epístolas dirigidas a León, en el tono más insolente y anticristiano, demuestran cuál era el carácter del papado en aquella época. Le amenaza con el levantamiento de sus súbditos, y le hace responsable de la sangre que va a ser vertida. Poco caso hizo León de las amenazas papales.

En Grecia, la furia popular llegó a tal punto que se organizó una expedición naval contra Constantinopla para derrocar al emperador y poner en su lugar a un tal Cosmos, pero ésta fue vencida y Cosmos decapitado.

No pudiendo conseguir León que el patriarca se pusiera de su lado lo destituyó de su puesto y nombró en su lugar a otro llamado Atanasio.

Se publicó un nuevo edicto ordenando que todas las imágenes fuesen sacadas de las iglesias. El nuevo papa, Gregorio III, protestó, como su antecesor, y reunió un sínodo en el año 731, que condenó a todos los enemigos del culto de las imágenes. León entonces quitó al papa muchas de sus entradas, transfiriendo las iglesias del sur de Italia y de Iliria, de la sede de Roma a la de Constantinopla, y el conflicto fue haciéndose cada vez más grave.

Muerto León, subió al poder Constantino V, quien se mostró un iconoclasta más celoso que su propio padre. Deseando, sin embargo, poner fin al conflicto, convocó un concilio general que se reunió en Constantinopla en el año 754, el cual fue el más numeroso de todos los reunidos hasta entonces. El concilio declaró que el culto de las imágenes era contrario a las Escrituras, una práctica pagana y anticristiana, la abolición del cual era necesario para evitar que los cristianos cayesen en tentación. Aun el uso del crucifijo fue condenado, basados en que el único símbolo de la encarnación se hallaba en el pan y vino de la cena del Señor.

No sólo el culto de las imágenes fue condenado sino el uso de ellas y de toda clase de pinturas y dibujos destinados al uso eclesiástico. También se prohibió el uso privado en las casas y monasterios, y aun los fabricantes de estos objetos cayeron bajo la excomunión.

No es extraño que los canonistas se esfuercen en demostrar que este concilio no debe ser tenido por ecuménico.

Era imposible que los decretos de este concilio no despertasen oposición, y el poder civil tuvo que emplear la fuerza y la violencia para hacerlos respetar. Miles de monjes fueron encarcelados, azotados, desterrados y maltratados de diversas maneras, por negarse a entregar sus ídolos favoritos. Las iglesias del Imperio, sin embargo, fueron despojadas de las imágenes y de todas las pinturas de las paredes.

Roma no se dio por vencida, y un sínodo reunido en el año 769, bajo el papa Felipe III, anatematizó al concilio de Constantinopla, y declaró nulas sus decisiones. Así el culto de las imágenes desterrado del Oriente, tuvo sus defensores en Occidente.

Constantino V, tuvo por sucesor a León IV, igualmente celoso iconoclasta, pero murió en el año 780; y su esposa, la emperatriz Irene, hizo todo cuanto estaba de su parte para restaurar el culto de las imágenes. Consiguió, con la cooperación del papa y de Carlomagno, reunir un concilio para anular los decretos del reunido en el año 754; pero terminó tumultuosamente, porque el partido iconoclasta era todavía muy numeroso en la capital. Se resolvió entonces trasladarlo a Nicea, por ser un lugar más tranquilo y rodeado de recuerdos prestigiosos. Se reunió en el año 787, y se le considera el séptimo concilio general. Los delegados obedecieron servilmente y cumplieron con la orden de declarar nulo el concilio de Constantinopla del año 754, y promulgar el culto de las imágenes.

Hubo aún después de este conflicto algunas manifestaciones iconoclastas en la corte de Constantinopla, pero no lograron desviar la tendencia idolátrica tan pronunciada de las iglesias sujetas al poder de Roma.

Levantamiento del mahometismo

Durante este período de tanta decadencia, el cristianismo se halló frente a la invasión de las huestes del profeta de la Meca, que atacaban igualmente a paganos, judíos y cristianos. Para que podamos entender mejor la naturaleza de este nuevo conflicto, dedicaremos algunas líneas al origen y desarrollo del mahometismo.

Mahoma nació en la Arabia en el año 751. Era descendiente de una familia de la ilustre tribu de Hashem, depositaria y defensora de las instituciones religiosas de los árabes. Quedo huérfano siendo niño de corta edad; y al dividirse la herencia dejada por sus padres, le tocó como lote cinco camellos y una esclava etíope. Su tío Abu-Tabeb, quedó encargado del niño, a quien llevaba consigo en todos sus viajes, tanto en tiempo de paz como de guerra. A la edad de veinticinco años, entró al servicio de una viuda muy rica, con la que más tarde se casó.

La tradición cuenta que Mahoma era de un aspecto imponente y de una hermosura imponderable, lo que lo hacía atractivo a todos y daba a su palabra mucha autoridad. Tenía una memoria prodigiosa, y sus ojos estaban continuamente leyendo con penetración el gran libro de la naturaleza humana. Desde joven había mostrado una fuerte predisposición a la vida contemplativa y a la meditación solitaria sobre asuntos religiosos. Todos los años se retiraba por el término de un mes, a unos quince kilómetros de la Meca para disfrutar de la soledad en la caverna de Hera. Fue allí donde su imaginación ardiente le hizo concebir aquel sistema religioso que luego predicó a su familia y a su ciudad el cual resumía en esta sentencia: "Dios es Dios, y Mahoma su profeta". Los principios de su credo los dio a conocer en un libro que se tituló Alcorán, que viene a ser la Biblia de los musulmanes. Rechaza el culto de las imágenes, de los hombres, de las estrellas y de toda cosa creada, basado en el principio muy racional de que todo lo que se levanta cae; todo lo que nace muere; y todo lo corruptible decae y perece. Pretendía que las enseñanzas del Corán las habían recibido del arcángel Gabriel, y desafiaba al cielo y a la tierra a producir páginas de la misma belleza, sosteniendo que sólo Dios pudo haberlas escrito.

Según el Corán, algunos rayos de la revelación divina empezaron a manifestarse a Adán, y fueron aumentando con Noé, Abraham, Moisés y Jesucristo, para tener su manifestación completa en Mahoma. Enseña que Cristo era sólo un profeta mortal; que la crucifixión no fue real, sino aparente; y que Cristo fue llevado al séptimo cielo. Durante seiscientos años la salvación se podía obtener por medio del evangelio, pero como los cristianos se olvidaron de los mandamientos y ejemplo de Cristo, Dios levantó a Mahoma para acusar a los cristianos de idolatría, y a los judíos de no ser fieles a la verdad que se le había confiado.

Los habitantes de la Meca y de Medina pedían al nuevo profeta que hiciese señales y prodigios, como habían hecho Moisés y Cristo; que hiciese descender ángeles del cielo o el volumen de sus revelaciones; que creara un jardín en el desierto, y que hiciese caer fuego del cielo sobre la ciudad incrédula. Mahoma respondía que su misión no era la de hacer milagros, porque éstos hacen disminuir el mérito de la fe.

La oración, el ayuno, y las limosnas constituyen los tres grandes deberes del mahometano. La oración lleva al devoto hasta la mitad del camino que conduce a Dios; el ayuno permite llegar hasta las puertas de su morada y las limosnas hacen conseguir la entrada. El uso del vino y bebidas embriagantes está absolutamente prohibido, y esto ha contribuido a que los países musulmanes se vean libres de la plaga del alcoholismo.

El Corán enseria la doctrina de la resurrección y del juicio general, que será seguido del castigo de los infieles y recompensa de los fieles. El paraíso que espera a los musulmanes está lleno de fantasías de estilo oriental; palacios de mármol y marfil; fuentes encantadas, perlas,

diamantes, etc.; y la recompensa ofrecida al más insignificante de los fieles consiste en verse rodeado de setenta y dos jóvenes de ojos negros y de gran hermosura, y vivir entregados a la lujuria y satisfacción de apetitos carnales.

En el año 609, Mahoma empezó a predicar su doctrina en la Meca. Los comienzos fueron duros. Después de tres años de trabajo sólo había logrado catorce adeptos, y así siguió durante diez años viendo marchar su causa penosa y lentamente dentro de los muros de la ciudad. En el año 622, sus enemigos resolvieron matarlo, clavando cada tribu una espada en su corazón, pero llegándolo a saber huyó junto con su fiel asistente Abubeker, y permaneció tres días escondido en una cueva. Sus enemigos lo buscaron con diligencia y llegaron a la misma puerta de la cueva pero no penetraron en ella. Mahoma y Abubeker careciendo de alimentos, se vieron obligados a salir de la cueva, y montados en sus camellos siguieron viaje a Medina, donde el profeta fue bien recibido, logrando la conversión de los principales habitantes de la ciudad. Setenta y tres hombres y mujeres celebraron una conferencia con Mahoma y se ligaron con un solemne juramento de mutua fidelidad.

Se levantó una rústica mezquita, y Mahoma vio aumentar el número de sus secuaces. Después de seis años, mil quinientos hombres armados renovaron el juramento de alianza y Mahoma dio principio a sus campañas guerreras, destinadas a imponerse por la fuerza donde la gente rehusase seguirle de buena voluntad. Personalmente asistió a muchas batallas y sitios, y sus discípulos continuaron llevando adelante las conquistas.

A la edad de sesenta y tres años, Mahoma aún lleno de fuerza y vigor, dirigía todos los movimientos de sus ya numerosas huestes. La Arabia estaba totalmente dominada, y ya él intentaba dirigir sus ataques al Imperio Romano. Sus asistentes algo fatigados alegaban que faltaban provisiones, caballos y dinero y que el calor del verano sería insoportable. "El infierno es más caliente", contestó indignado el infatigable Mahoma.

Al frente de un numeroso ejército, se dirigía de Medina a Damasco con el intento de conquistar la Siria, pero fue súbitamente detenido por una enfermedad que le duró cuatro años y que atribuía a un veneno que le hubiera suministrado una mujer judía en el año 632, después de un violento ataque que le duró catorce días, murió. Su muerte produjo una tremenda consternación en el campo de sus soldados y fieles. La ciudad de Medina estaba de luto, y por todas partes sólo se veían escenas de clamor y desesperación. Muchos se negaban a creer que su muerte era un hecho, y sostenían que había sido arrebatado al cielo. Pero Abubeker con gran prudencia levantó el ánimo de los caídos. "¿Es a Mahoma —les dijo— o al Dios de Mahoma a quién adoráis?"

El fuego del fanatismo se encendió de nuevo, y sus numerosos discípulos continuaron la obra de conquista. Al cabo de diez años, todo el Egipto, la Palestina y la Siria, estaban bajo el poder de los terribles invasores, que mataban, saqueaban y destruían todo lo que impedía el desarrollo de sus planes. Tres de los principales centros del cristianismo cayeron en su poder, Jerusalén en el año 636, Antioquia en el año 638 y Alejandría en el año 641. Persia quedó completamente subyugada después de atroces conflictos. Constantinopla pudo detener por entonces a los invasores, derrotándolos en 669 y 716. El norte africano estaba dominado y las iglesias devastadas. De África los invasores pasaron a España y se apoderaron de todo el país. Cruzando los Pirineos entraron en Francia, y parecía que toda la Europa occidental estaba a su merced, cuando Carlos Martel libró una de las grandes batallas decisivas de la historia venciendo a los musulmanes en los campos de Tours, en el año 732 y los conquistadores fueron detenidos en su avance.

Tal era la magnitud del conflicto ante el cual se halló el cristianismo en este sombrío período de su historia.

Los paulicianos.

En medio de la corrupción que caracterizó a este período no faltaron testigos de la verdad, que mantuvieron con relativa pureza las doctrinas y costumbres del Nuevo Testamento. La antorcha del evangelio no fue nunca completamente extinguida y entre los que la hicieron brillar en estos días verdaderamente tenebrosos, merecen ser mencionados los paulicianos. Las iglesias sometidas a Roma, tuvieron que escuchar la viva protesta por ellos levantada y el testimonio fiel que supieron dar con su palabra y su vida, en medio de incesantes y crueles persecuciones, fue un sonido confortante que se dejó oír, durante dos siglos, en todos los países cristianizados del Oriente.

El movimiento tuvo su origen en un pequeño pueblo cercano a Somosata, a mediados del siglo séptimo. Un hombre llamado Constantino, dio un día hospitalidad a cierto cristiano que había logrado escaparse de las manos de los musulmanes. Al partir, en señal de gratitud, regaló a su buen hospedador, un ejemplar del Nuevo Testamento, escrito en su lengua original. Constantino, aunque hombre muy instruido y estudioso, nunca había escudriñado debidamente este libro, cuya lectura, se decía, era sólo para los eclesiásticos. Se puso a leerlo con verdadero interés, y su lectura le era cada vez más atractiva. "Investigaba el credo de la cristiandad primitiva —dice Gibbon— y cualquiera que haya sido el resultado, un lector protestante aplaudirá el espíritu de investigación." Tomó un interés especial en las Epístolas de San Pablo y el contraste que señala el apóstol entre la ley y la gracia y la carne y el espíritu, fueron la base de un sistema de Teología que empezó a formarse en su mente. Constantino no quiso poner la luz debajo del almud, sino que lo que él iba aprendiendo, lo comunicaba luego a otros. Se puso a viajar, enseñando por todos los lugares y pronto se vio rodeado de un crecido número de adherentes, que al convertirse y bautizarse, se constituían en iglesias.

El nombre de paulicianos les fue dado probablemente, a causa del alto aprecio que hacían de los escritos de Pablo y de su constante esfuerzo por imitar a las iglesias fundadas por este apóstol. Los pastores asumían el nombre de alguno de los colaboradores de Pablo, y así Constantino se llamó Silvano, otros tomaron el nombre de Timoteo, Tito, Epafrodito, etcétera.

Es difícil decir cuáles eran las creencias de estas agrupaciones, debido a que casi todo lo que sus contemporáneos han dicho de ellos, fue escrito por sus peores enemigos, directamente interesados en desacreditarlos. Los que les atribuyen ideas maniqueas han caído en un error evidente. El descubrimiento reciente de un importante manuscrito titulado La Llave de la Verdad hallado y traducido por el sabio F. C. Conybeare (año 1898) ha venido a arrojar mucha luz sobre las doctrinas predicadas por Constantino y sus hermanos espirituales, de donde resulta que aceptaba el Nuevo Testamento como única regla de fe, aun cuando en materia de interpretación, sin duda, no podrían satisfacer las exigencias de los cristianos de nuestros días. Rechazaban el bautismo infantil, la perpetua virginidad de María, el culto de las imágenes, la invocación de los santos y muchas prácticas que habían triunfado en aquel entonces.

En el gobierno de sus iglesias rechazaban todas las pretensiones clericales y sus pastores y evangelistas eran simples miembros del rebaño a quienes Dios había dado los dones necesarios para desempeñar la obra. El historiador Gibbon, dice acerca de ellos: "Los maestros paulicianos se distinguían sólo por sus nombres bíblicos, por su título modesto de compañeros de

peregrinación, por la austeridad de su vida, por el celo, saber y reconocimiento de algún don extraordinario del Espíritu Santo. Pero eran incapaces de desear, o por lo menos de obtener, las riquezas y honores del clero católico. Combatían fuertemente el espíritu anticristiano".

El crecimiento de los paulicianos alarmó a los partidarios de la religión oficial y el emperador Constantino Pogonato mandó tomar enérgicas medidas contra ellos. Las escenas de crueldad que fueron vistas durante las persecuciones paganas, se repitieron bajo un gobierno que pretendía haber abrazado el cristianismo. El fanático Pedro Siculo aprueba estos actos y alababa a los perseguidores diciendo: "A sus hechos excelentes, los emperadores divinos y ortodoxos añadieron la virtud de mandar que fuesen castigados con la muerte, y que donde quiera que se hallasen sus libros, fuesen arrojados a las llamas, y que si alguna persona los escondía, fuese muerta y sus bienes confiscados".

Un oficial del estado llamado Simeón, fue encargado de suprimir la llamada herejía. Dirigió sus ataques contra el director prominente del movimiento que era Constantino. Lo colocó frente a una larga línea de sus hermanos en Cristo, y ordenó a éstos que como señal de arrepentimiento y sumisión a la ortodoxia arrojasen piedras sobre él. Todos rehusaron cometer semejante acción, menos uno llamado Justo, quien mató al fiel pastor cuya palabra había escuchado tantas veces y este mismo traidor contribuyó a que otros pastores cayesen en poder de los perseguidores y que sufriesen la tortura y la muerte. Pero el fervor demostrado por los paulicianos impresionó de tal modo al perseguidor Simeón, que renunciando a su sanguinaria misión y, como un nuevo Pablo, se convirtió a la causa que perseguía y se unió a ellos para continuar la obra que había hecho Constantino. No tardó en tener que morir él también por el nombre del Señor.

Durante ciento cincuenta años, estas iglesias no cesaron de ser perseguidas y de sufrir toda clase de ultrajes y vejaciones. No existen relatos fidedignos sobre la manera como morían estas nobles víctimas de la intolerancia. Su vida era tan ejemplar que sus mismos enemigos se ven forzados a reconocerlos como modelos de virtud cristiana.

Disfrutaron, de tiempo en tiempo, de algunos cortos períodos de relativa paz, que fueron bien aprovechados en edificar las iglesias desoladas y extender el conocimiento de la verdad entre los que vivían sumergidos en la superstición e idolatría. Pero bajo la emperatriz Teodora, a principios del siglo noveno, la persecución recrudeció. Esta mandó emisarios por todas las partes del Asia Menor, con órdenes terminantes de suprimir el movimiento y los mismos ortodoxos se jactan de haber hecho morir a cien mil paulicianos por medio de la espada y del fuego.

Carlomagno.

Carlomagno cierra este período de la historia del cristianismo.

Al morir Pepino, rey de Francia, en el año 768, sus dominios quedaron divididos entre sus dos hijos: Carlos y Carlomán. Dos años después falleció este último y Carlos fue proclamado único monarca del país. Hombre de grandes ideas, pensó en extender sus dominios y mejorar las tristes condiciones de sus súbditos.

Sus guerras fueron contra los lombardos, los sajones y los árabes de España. Carlomagno se había casado con la hija del rey de los lombardos; pero como este matrimonio desagradó al papa, la repudió y se casó con otra y desde entonces sus relaciones con el ofendido suegro quedaron rotas. Animado por el papa, Carlomagno pasó los Alpes, y al frente de un poderoso ejército, penetró en Italia y llevó cautivo a Francia al rey de los lombardos, quedando así dueño de toda la Italia del Norte.

Carlomagno aspiraba a restaurar el antiguo esplendor y grandeza del Imperio Romano, unificándolo sobre la base de la religión cristiana, a la manera que él y el papa la entendían. Para lograr este fin, uno de sus grandes afanes fue el de conquistar a los sajones de Alemania, haciéndolos entrar a formar parte de su reino, e imponiéndoles el bautismo como sello de la nueva religión. Tuvo que luchar con un pueblo guerrero y amante de la libertad, que constantemente se sublevaba no bien sus conquistadores estaban luchando en otra parte. Pero las armas de Carlomagno lograron por fin dominarlos y por la fuerza hacerles aceptar el cristianismo, obligándolos bajo pena de muerte a recibir el bautismo, a observar los ritos de la iglesia papal y a pagar a ésta los diezmos. Para conseguir esto tuvo que hacer derramar mucha sangre, y en una ocasión mandar asesinar a cuatro mil quinientos prisioneros sajones que no querían conformarse a sus designios, y expatriar a diez mil familias, quitándoles los bienes, parte de los cuales dio a la iglesia. Estos actos de imposición y crueldad demuestran cuan poco sabía de la esencia de la religión cristiana, este hombre a quien la iglesia de Roma ha canonizado, y cuan desastrosa es la cooperación del poder civil en la obra de propagar creencias religiosas.

En las guerras que emprendió contra los árabes que dominaban en España, no tuvo éxito, viéndose obligado a retroceder ante la fuerza que oponían sus enemigos.

Entró en Roma con el fin de libertar al Papa, que había sido hecho prisionero y que estaba encerrado en un convento, y el año 800, el día de Navidad, fue coronado en la basílica de San Pedro, y proclamado emperador de Occidente, estando comprendidos en sus dominios los territorios que actualmente forman Francia, Bélgica, Holanda, Suiza, la mayor parte de Alemania, de Austria e Italia y porciones de Turquía y España.

Carlomagno no fue negligente en lo que se refiere al progreso y desarrollo de sus súbditos. Era gran admirador de las artes y de las letras, e hizo todo lo que estaba de su parte para lograr su desenvolvimiento. Fundó muchas escuelas, universidades y bibliotecas, se esforzó en dar al clero mayor grado de instrucción, se rodeó de los pocos sabios que había en sus días, y él mismo recibía lecciones. Su palacio era una verdadera academia.

Su celo por el pontificado fue ciego y ninguno como él contribuyó a afianzarlo. Las donaciones de territorio hechas por Pepino a la sede de Roma, fueron aumentadas por él, con lo cual tomó incremento el poder temporal de los papas. Hizo obligatorio el pago de los diezmos a la Iglesia.

Carlomagno murió en el año 814, en Aix-la-Chapelle, su habitual residencia, a la edad de setenta y dos años, después de haber reinado cuarenta y seis.

CAPITULO SEXTO

AÑOS 814-1054

Triunfo de las tinieblas.

Este período de la historia eclesiástica empieza en el año 814 y termina en el año 1054, con la separación definitiva de las iglesias del Oriente, dando origen a lo que hoy se llama Iglesia Ortodoxa. Es el período más oscuro de la historia cristiana. La idolatría, la superstición, el clericalismo, el monaquismo, el despotismo papal y todo lo que señala un triunfo del error y de los principios anticristianos, llegan a su más alto apogeo. El puro evangelio de Cristo lo anuncian sólo unos pequeños grupos de cristianos perseguidos y despreciados, que se refugian en regiones apartadas, para evitar la furia de sus implacables adversarios. Los estudios teológicos y bíblicos se hallan casi completamente abandonados. La religión ha pasado a ser una cuestión de meras formas exteriores y de ciega sumisión a un sistema, y nadie la mira ya como un medio de levantar al hombre de las miserias de la tierra para ponerle en contacto con el Dios invisible. La doctrina de la salvación por obras ha substituido a la justificación por la fe, precisamente en estos años cuando sólo se puede hablar de obras malas. El cardenal Baronio, al referirse a este período, lo llama "una edad de hierro, estéril en todo bien, una edad de plomo, abundante en toda iniquidad, una edad oscura, notable más que cualquier otra por la escasez de escritores y hombres de entendimiento".

Corrupción del papado.

Los obispos que se sentaron en Roma, ya no se contentaban con ejercer dominio sobre sus colegas de otras ciudades, y gobernar al cristianismo. Sus pretensiones se hicieron cada vez mayores, hasta llegar a creerse semidioses en la tierra. Pretendían tener el derecho de destronar a los reyes a su antojo, y exigieron al mundo la más ciega y humillante sumisión.

Para dar apoyo a la institución papal, se fraguaron las falsas decretales, que tan importante autoridad tuvieron durante muchos siglos, pero que hoy no se atreven a defender los más retrógrados papistas, porque las supercherías que contienen son del todo manifiestas. Consisten éstas en una larga serie de decretos papales. El siguiente párrafo, de Merle D'Aubigné nos dará una idea de la estupenda falsedad de los documentos que fueron la base y fundamento del papismo: "En esta colección de pretendidos decretos de los papas, los obispos contemporáneos de Tácito y Quintiliano, hablan el latín bárbaro del siglo noveno. Las costumbres y constituciones de los francos se atribuían seriamente a los romanos del tiempo de los emperadores. Los papas citan la Biblia en la traducción latina de San Jerónimo, quien vivió tres siglos después de ellos. Y Víctor, obispo de Roma, en el año 192, escribía a Teófilo, que fue arzobispo de Alejandría, en el año 385. El impostor que fabricó estos decretos se esforzaba por establecer que todos los obispos recibían su autoridad del obispo de Roma, quien había recibido la suya directamente de Jesucristo. No solamente registraba todas las conquistas sucesivas de los pontífices, sino que las hacía remontar a los tiempos más antiguos. Los papas no tuvieron vergüenza de apoyarse en esta despreciable invención. Ya en 865 Nicolás I tomó las armas para

defender a los príncipes y obispos. Esta fábula desvergonzada fue durante siglos el arsenal de Roma".

Tales fueron los documentos que sirvieron de base a la Iglesia Romana para sostener el poder temporal de los papas, alegando la "Donación de Constantino", llamada por Bryce "la más estupenda de todas las mentiras medioevales".

En esta época el papado llegó a su más alto grado de corrupción. La elección de un papa era siempre ocasión de grandes escándalos y hasta de derramamiento de sangre. Muchas veces, no pudiendo ponerse de acuerdo los electores, se elegían dos, tres y hasta mayor número de papas. Las orgías del pontificado superaban en mucho a las más abominables de las cortes paganas. Los papas eran depuestos para hacer sentar en sus sillas a los favoritos de las cortesanas. Para describir el estado corrupto del papado, fue necesario crear una palabra: porno-cracia, que significa gobierno de rameras, pues en realidad eran las queridas de los papas las que manejaban todos los asuntos eclesiásticos. Entre estas mujeres figuraban como las de mayor influencia, una tal Marozia, concubina del papa Sergio, y Teodora, concubina del papa Juan X.

Refiramos ahora algunos casos concretos, confirmados por los mismos historiadores romanistas.

Formoso, obispo de Porto, fue el que encabezó la famosa conspiración de Gregorio el Nomenclátor, que tenía por objeto entregar la ciudad de Roma a los sarracenos. Cuando la conspiración fue descubierta, Juan VIII excomulgó y depuso a Formoso. El sucesor de Juan VIII restituyó a Formoso el episcopado. En el año 891, Formoso fue elegido papa al mismo tiempo que otra parte del clero y del pueblo elegía a Sergio para el mismo puesto. Los dos pretendientes se presentaron en la iglesia, y ambos exigían ser consagrados. Ahí se inició una batalla cruel. El partido de Sergio fue vencido, y Formoso pasando por encima de los cadáveres, subió todo ensangrentado al altar, y fue consagrado papa.

Después de la muerte de Formoso, Sergio fue de nuevo candidato, pero su partido fue vencido, siendo elegido Bonifacio VI, quien sólo vivió algunos meses. En la nueva elección triunfó el partido de Sergio, pero no lo eligieron a él sino a Esteban VI, un subordinado de Sergio, quien se inició deshaciendo todo lo que había hecho Formoso. Después, para hacerse infamemente inmortal, ejecutó un acto que no conoce otro igual en la historia de las venganzas. Hizo desenterrar el cadáver de Formoso, lo hizo vestir con las ropas pontificales, y después ordenó que lo llevasen ante un concilio que había reunido expresamente. Para unir la burla a la ferocidad, mandó que fuese juzgado como si se tratase de un vivo. El mismo papa que presidía el concilio, llamó por nombre al difunto Formoso, e hizo contra él toda suerte de acusaciones ordenando al cadáver que contestase a sus preguntas, y como el cadáver no respondiese, lo declaró convicto y pronunció contra él la condenación sacro aprobante concilio, por la cual el cadáver de Formoso fue depuesto del papado, excomulgado, despojado de las insignias papales y en la misma iglesia le cortaron los tres dedos de la mano derecha, con los que bendecía y luego desnudo y mutilado, fue arrastrado por las calles de Roma, y finalmente arrojado al Tíber.

La historia del papado después de la muerte de Esteban VI siguió siendo una sucesión de hechos inauditos. El escritor italiano, L. Desanctis, la resume así: "El papa Romano, sucesor inmediato de Esteban, anuló todo lo que había hecho su antecesor, y declaró ex cathedra, es decir infaliblemente, que su antecesor hablando ex cathedra, contra Formoso, se había equivocado; y Formoso fue absuelto y restablecido. A Romano, que vivió sólo cuatro meses, lo sucedió el papa Teodoro, quien vivió veinte días. Sergio continuaba siempre ambicionando el papado sin lograr conseguirlo, y para que fuese posible, envenenaba a todos sus competidores. Después de la muerte de Teodoro, Sergio fue elegido por segunda vez, pero el partido contrario tomó las armas

y ganó sobre él una nueva victoria, e hizo elegir papa a Juan XI. Sergio tuvo entonces que refugiarse al lado de su querida Marozia, marquesa de Toscana, la Mesalina de aquellos tiempos. Juan, para vengarse del partido de Sergio, reunió un concilio en el cual rehabilitó de nuevo al papa Formoso y condenó al papa Esteban. Mientras tanto, Sergio, protegido por su amiga, hacía de papa, y con el veneno se deshacía de todos los que le disputaban el papado. A Juan le sucedió Benito, quien hizo la guerra a Sergio; lo venció, pero no pudo apoderarse de él. A Benito lo sucedió León V, quien pocos días después de la consagración, fue encerrado en una prisión y asesinado por su secretario Cristóbal, quien se eligió a sí mismo, proclamándose papa y sucesor de San Pedro. Entonces prevaleció el partido de Sergio, y éste fue elegido papa por tercera vez y como tal, echó al papa Cristóbal de la sede, lo encerró en una prisión y lo hizo morir de hambre". El cardenal Baronio confiesa ingenuamente, que no hay delito por infame que sea, del cual no esté manchado el papa Sergio III, el cual, según confesión del cardenal analista, era esclavo de todos los vicios, y el más infame de todos los hombres".

Los papas que sucedieron a Sergio, fueron casi todos parecidos a éste. Al morir Agapito II, Marozia logró que fuese electo uno de sus hijos bastardos, quien tomó el nombre de Juan XII. Según muchos autores, éste tenía sólo doce años cuando fue elegido papa. Los defensores del papado, Baronio, Cantú y otros, dicen que tenía dieciocho. Todos están de acuerdo en declararlo un monstruo cargado de vicios y delitos. El jesuita Maimburg dice que al subir al pontificado cambió de nombre pero no de conducta, siendo caso cierto que ninguno como él deshonoró tanto al papado con toda clase de vicios y actos de una vida licenciosa, que llevó hasta el fin. Nadie niega que era blasfemo, impío, sacrílego y disoluto en último grado.

Los romanos, cansados de soportar a un hombre tal, pidieron al emperador Otón I que lo hiciese destituir, para lo cual reunió un concilio en la basílica vaticana. El papa fue allí acusado de haber cometido los delitos más infames que se pueden imaginar: de vender los episcopados, de haber consagrado obispo a un niño de diez años, de haber hecho mutilar obscenamente a un cardenal, de tener la costumbre de beber a la salud del diablo y brindar por las divinidades paganas y de muchas cosas más. El concilio citó al papa, pero éste en lugar de comparecer excomulgó al concilio, el cual, no obstante, continuó sesionando y depuso al papa y eligió en su lugar a León VIII, un hombre venerable, verdadero prodigio de honradez y decencia para aquellos escandalosos tiempos.

Juan XII tuvo que huir de Roma, pero no se fue con las manos vacías, pues llevó consigo todos los tesoros del pontificado de los que se sirvió para comprar influencias y hacerse restablecer en el papado.

León VIII procuraba por todos los medios posibles suprimir los abusos del clero y mejorar las costumbres de los habitantes de Roma. Esto hizo que las mujeres de Roma se cansasen pronto de él y desearan tener entre ellas al disoluto Juan XII. Este supo aprovechar los deseos inmorales de esta gente y con generosos donativos logró formarse un partido bastante fuerte que pudo levantarse contra León quien tuvo que huir al campo imperial para no ser asesinado. Al entrar Juan en Roma se inició con una serie de crueldades; hizo cortar la mano derecha a un cardenal, arrancar la lengua y cortar la nariz al primer secretario del concilio, azotar públicamente al obispo de Espira, y otras cosas de esta clase. Después de estos actos de crueldad, destinados a atemorizar a sus adversarios, reunió un concilio, el cual declaró que el concilio reunido anteriormente había sido una reunión de bandoleros, que León VIII era un impío, un cismático, un sacrílego, etc. y éste fue depuesto.

Poco tiempo después murió Juan a consecuencias de una paliza que le aplicó el esposo de una beata con quien tenía relaciones.

Pasemos por alto la vida poco edificante de muchos otros papas, para ocuparnos algo de Benedicto IX. Este fue elegido a los doce años, debido a la influencia de su padre, que compró a los electores con grandes sumas de dinero. Su corta edad no le impidió hacerse pronto famoso por sus desórdenes, los cuales aumentaban a medida que crecía. Era llamado el sucesor de Simón el Mago, y su conducta fue tan obscena que es imposible narrarla sin ruborizar. Por fin, los romanos cansados de sus impudicias, de sus robos, de sus crímenes y de tanto proceder infame, lo echaron de Roma; pero, protegido por Conrado II, consiguió volver a sentarse en el trono papal. Poco tiempo después fue echado de nuevo, y en su lugar, elegido Silvestre III. Tres meses después, Benedicto, protegido por sus poderosos parientes, se apoderó de nuevo del papado, pero temiendo ser asesinado, vendió su puesto a un sacerdote que tomó el nombre de Juan XX, a quien consagró el mismo Benedicto, y se retiró a su casa paterna en la que siguió viviendo libertinamente. Pronto se cansó de la vida privada, y tomando las armas, se apoderó del Palacio Laterano, expulsó al papa Juan y subió de nuevo a la cátedra romana. Pero los otros dos papas no habían salido de Roma, "de modo que —dice el autor de la Historia de los Papas— se vio al mismo tiempo a los tres hombres más infames del mundo, llevar los ornamentos pontificios en las tres iglesias principales de Roma: a Benedicto IX, en San Juan; a Silvestre III, en San Pedro; y a Juan XX, en Santa María Mayor". Finalmente los tres se pusieron de acuerdo dividiendo entre sí pacíficamente las rentas del papado y siguieron juntos la vida disoluta e inmoral a la cual estaban entregados.

Apareció entonces un fraile astuto, quien, so pretexto de evitar el escándalo, propuso a los tres "santísimos" que lo eligieran a él, y en cambio les daría todo el dinero que les hiciese falta para sus orgías. El partido fue aceptado y lo eligieron tomando el nombre de Gregorio VI, y he aquí cuatro papas al mismo tiempo. ¿Cuál era el verdadero?

Claudio de Turín.

"Es casi imposible resistir a la convicción —dice Samuel G. Green— de que durante este tiempo tenebroso, hubo en lugares escondidos, verdaderos siervos de Jesucristo, quienes más o menos alcanzaron a ver la verdad escondida bajo las formas y accesorios de una religión corrompida y degradada por los vicios y ambiciones de sus representantes principales en la Iglesia y el Estado. Muchas mentes se rebelaron secretamente a causa de los absurdos inculcados como partes de la fe cristiana. Las leyendas y milagros mentirosos pudieron difícilmente ser impuestos a todos, y la flagrante inmoralidad tolerada en los círculos eclesiásticos, no podía menos que revelar a los pensadores el contraste de todo esto con las enseñanzas de Cristo. Un poco de luz celestial pudo brillar a través de las nubes de la superstición. Como en los días de Elías, hubo sus siete mil que no doblaron la rodilla delante de Baal".

Los nombres de Benedicto de Languedoc, levantando bien alto el estandarte de la moral cristiana en medio del fango de la corrupción monacal, y de Agobardo de Lyon, protestando contra el culto de las imágenes, serán siempre recordados con veneración y respeto, pero de las lumbreras cristianas de esta época, el que más se distingue es Claudio de Turín.

Nació en España y fue discípulo de Félix, el famoso obispo de Urgel, quien lo inició en el estudio del Nuevo Testamento y le enseñó a odiar la idolatría y superstición reinante, contra la cual luchaba Félix. De ambos lados de los Pirineos fue conocida la erudición de Claudio, lo mismo que su piedad ardiente, y algunos que deseaban ver cosas mejores en el cristianismo, influyeron para que se le nombrase obispo de Turín, sabiendo que era uno de los pocos hombres

resueltos a poner un dique al horrible avance de la mentira que fomentaban las órdenes monásticas.

Claudio rechazaba las tradiciones que no estaban de acuerdo con el evangelio, y entre otras cosas las oraciones por los muertos, el culto de la cruz y de las imágenes, y la invocación de los santos. "Yo no establezco una nueva secta —escribía al abate Teodomiro— sino que predico la verdad pura, y tanto como me es posible, reprimo, combato y destruyo las sectas, los cismas, las supersticiones y las herejías; lo que nunca dejaré de hacer con la ayuda de Dios. Constreñido a aceptar el episcopado, he venido a Turín donde encontré las iglesias llenas de abominaciones e imágenes, y porque empecé a destruir lo que todo el mundo adoraba, todo el mundo se ha puesto a hablar en mi contra. Dicen: no creemos que haya algo de divino en la imagen que adoramos, no la reverenciamos sino en honor de aquella persona que representa, y contesto: si los que han abandonado el culto de los demonios honran las imágenes de los santos, no han dejado los ídolos, sólo han cambiado los nombres. Si hubiese que adorar a los hombres, sería mejor adorarlos vivos, mientras son la imagen de Dios, y no después de muertos cuando se parecen a piedras; y si no es lícito adorar las obras de Dios, menos se deben adorar las de los hombres".

Combatiendo la adoración de la cruz, dicen en otro lugar: "Si tenemos que adorar la cruz porque Jesucristo estuvo clavado en ella, debemos adorar muchas otras cosas. Que adoren los pesebres, porque Jesucristo al nacer fue puesto en un pesebre; que adoren los pañales, porque Jesucristo fue envuelto en pañales; que adoren los barcos, porque Jesucristo enseñaba desde un barco".

Las peregrinaciones a Roma y la confianza de la gente en la protección papal levantaban las vivas protestas de Claudio, como puede verse en este párrafo: "Volved a la razón, miserables transgresores; ¿por qué os habéis dado vuelta de la verdad? ¿Por qué crucificáis de nuevo al hijo de Dios, exponiéndolo a la ignominia? ¿Por qué perdéis las almas haciéndolas compañeras de los demonios al alejarlas del Creador, por el horrible sacrilegio de vuestras imágenes y representaciones, precipitándolas en una eterna condenación? Sé bien que entienden mal este pasaje del Evangelio: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia y yo te daré las llaves del reino de los cielos". Es apoyándose locamente sobre esta palabra que una multitud ignorante, estúpida y destituida de toda inteligencia espiritual, acude a Roma con la esperanza de obtener la vida eterna. Ciegos, volved a la luz, volved a Aquel que alumbra a todo hombre que viene a este mundo; vosotros aunque seáis numerosos, estáis caminando en las tinieblas, y no sabéis a donde vais, porque las tinieblas han cegado vuestros ojos. Si tenemos que creer a Dios cuando promete, mucho más cuando jura y dice: Si Noé, Daniel y Job, estuviesen en este país .. no salvarían ni hijo ni hija; pero ellos por su justicia salvarían sus almas, es decir, si los santos que invocáis, fuesen tan santos y justos como Noé, Daniel y Job, ni aun así salvarían hijo ni hija. Y Dios así lo declara, para que nadie ponga su confianza en los méritos o intercesiones de los santos. ¿Comprendéis esto, pueblo sin inteligencia? ¿Seréis sabios una vez, vosotros que corréis a Roma buscando la intercesión de un apóstol?"

La actividad literaria de Claudio fue grande. En el año 814 publicó tres libros comentando el Génesis; en 815, cuatro sobre el Éxodo; y en 828, sus explicaciones sobre el Levítico. Publicó también comentarios sobre las Epístolas de San Pablo. Estos escritos, junto con sus discursos y sus visitas pastorales, contribuyeron, sin duda, a mantener intacto el sistema de doctrina evangélica en los valles del Piamonte.

Claudio murió en Turín en el año 839, sin ser excomulgado ni destituido de su puesto, gracias a la protección del emperador.

"Las doctrinas evangélicas de Claudio —dice Moisés Droin— no desaparecieron con él; la herencia fue recogida por humildes discípulos de la Palabra de Dios, y particularmente por los valdenses, los cataros y los pobres de Lyon, que se esparcieron en las diferentes provincias de la península española".

El año mil.

Una errónea interpretación del pasaje de Apocalipsis 20: 1-5, que dice que durante mil años Satanás estará atado, y que después de cumplidos los mil años será suelto, había difundido por todo el mundo la creencia de que al sonar la última hora del año mil, vendría el fin de todas las cosas y comenzaría el juicio de todos los hombres. Muchos monjes salían de sus conventos y predicaban con verdadero fanatismo, anunciando esto como cosa cierta. En Alemania, Francia e Italia, durante las últimas décadas del siglo, recorrían las parroquias los predicadores más fogosos y sembraban el terror en el ánimo de las almas predispuestas a esta clase de emociones. El pánico era general. Las iglesias se llenaban de multitudes, que hacían penitencia y ofrecían dones para aplacar la ira venidera de la justicia divina. Los más pudientes vendían sus bienes y se trasladaban a Jerusalén para encontrarse en la Tierra Santa cuando viniese el gran día de la ira del Señor. Los peregrinos eran numerosos, y las regiones solitarias de Palestina se vieron invadidas por los devotos que esperaban temblando el fin de todas las cosas. Pero pasó el año mil sin que nada aconteciese de lo que se esperaba.

Separación de Constantinopla.

El gran cisma que dio origen a lo que hoy se llama Iglesia Ortodoxa, fue el resultado de la creciente rivalidad entre los papas de Roma y los patriarcas de Constantinopla, quienes se disputaban el derecho de gobernar ciertos distritos.

A mediados del siglo IX, un tal Ignacio, era patriarca de Constantinopla, el cual atrajo sobre sí el odio de la casa imperial por haber excomulgado a Bardas, hermano de la emperatriz Teodora, el cual habiendo abandonado a su esposa vivía en adulterio con la viuda de un hijo suyo. Ignacio fue destituido y desterrado y un laico influyente llamado Focio, fue elevado al patriarcado, pasando por toda la escala jerárquica de la iglesia en una sola semana. Como la sede de Roma se negó a Focio, hubo una violenta correspondencia entre el emperador y el papa. El patriarca logró entonces reunir un concilio en Constantinopla en el año 867, el cual excomulgó al papa, acusando a la Iglesia Romana de haberse apartado de la fe y costumbre recibidas, formulando cargos sobre asuntos de poquísima importancia, en comparación con los grandes delitos de Roma, de los cuales Constantinopla no era tampoco inocente. Una de las acusaciones consistía en que Roma permitía comer queso y tomar leche durante la cuaresma; otra se relacionaba con la orden de que los clérigos se afeitasen. No había entre las dos sedes una grave cuestión doctrinal, sino una mera cuestión de palabras e intereses materiales. Los decretos del concilio fueron firmados por el emperador, por los patriarcas de Antioquia, Alejandría y Constantinopla, y por unos mil obispos y abates.

El documento condenatorio fue enviado a Roma pero antes que los portadores del mismo llegasen, estalló en Constantinopla una revolución que cambió por completo el giro de los asuntos. El nuevo emperador se inició destituyendo a Focio y un nuevo concilio se reunió en

Constantinopla del cual fueron excluidos los partidarios de Focio. Ignacio fue traído en triunfo de su destierro y colocado de nuevo en la silla patriarcal, la que ocupó durante diez años.

Surgieron entonces nuevas dificultades y Focio, aprovechando la oportunidad, consiguió ser elevado de nuevo a su antigua posición, pero al morir el emperador, tuvo que retirarse y terminó sus días encerrado en un claustro en el año 891.

Después de estos acontecimientos se suspendieron un poco las hostilidades. Los papas de Roma, tan ocupados en sus orgías, no tenían tiempo de pensar en la contienda con los patriarcas. Un autor ha dicho que eran tan densas las tinieblas que circundaban a Roma y a Constantinopla, que no podían verse una a la otra, lo que les obligó a suspender las discusiones.

Al subir al patriarcado Miguel Cerulario en el año 1043, se inició de nuevo la lucha, principalmente acerca de Bulgaria, pues ambos obispos pretendían que este país estaba incluido en su jurisdicción. Después de largas discusiones, Constantinopla resolvió no someterse a las pretensiones de los delegados papales. Roma excomulgó al patriarca de Constantinopla y a todos los que censuraban la fe de la Iglesia de Roma y el modo como ésta ofrecía "el santo sacrificio". Los legados de Roma colocaron la excomunión sobre el altar mayor de la iglesia de Santa Sofía el 16 de julio de 1054. Constantinopla respondió con una contra excomunión produciendo muchos cargos contra la Iglesia Romana. El cisma quedó así establecido y fue completo. Alejandría, Antioquia, Jerusalén y todo el Oriente quedó con Constantinopla. El Occidente quedó con Roma.

CAPITULO SÉPTIMO

AÑOS 1054-1305

Hildebrando.

Entramos ahora en el período comprendido entre los años 1054 y 1305, o sea desde el pontificado de Gregorio VII hasta el traslado de la corte papal de Roma a Aviñón (Francia), donde permaneció unos setenta años.

Este período se caracteriza por el gran aumento de las órdenes monásticas, tanto de hombres como de mujeres, las que llenaban las naciones de Europa, contribuyendo a empobrecerlas y a fomentar la ignorancia, sin que esto quiera decir que no hubo entre los frailes hombres de verdadero talento y de sincera piedad, que formaban un marcado contraste con la gran mayoría compuesta de personas groseras, inmorales y entregadas a la holgazanería.

También floreció el escolasticismo, representado por muchos pensadores de fama, tales como Anselmo, Abelardo, Pedro Lombard, Buenaventura, Escoto, Tomás de Aquino y muchos otros, quienes a pesar de su ciega e incondicional sumisión al triste estado de cosas reinantes, contribuyeron a mantener el amor al estudio, procurando demostrar con la razón lo que habían aceptado por la fe.

El papado continuaba absorbiendo todo, y haciéndose cada vez más fuerte y temible. Sostenido por los monarcas que le prestan su incondicional apoyo, aspira a dominarlo todo, no permitiendo ninguna acción importante ni en el mundo eclesiástico ni en el político que no llevase su sello de aprobación.

Entre los papas, el que más se distinguió fue el famoso Hildebrando, reconocido entre los romanistas como una de las mayores glorias del pontificado, sin que por esto otros dejen de calificarlo de arrogante, despótico, y ajeno de todo espíritu cristiano. La Iglesia de Roma fue gobernada por él, mucho antes de ser elevado al trono papal. Con su ingenio, astucia e influencia, colocaba en el pontificado a la persona que era de su agrado, y tenía tal ascendiente que nada se hacía en Roma sin que Hildebrando fuese primeramente consultado.

El espíritu de supremacía era su norma. La sumisión absoluta a la autoridad constituía el todo de su sistema. Nadie podía hablar sin el consentimiento de Roma, y aun los más fuertes monarcas de la tierra tenían que someterse a las determinaciones de la llamada iglesia.

Al ser elegido papa, tomó el nombre de Gregorio VII, y consagró toda la fuerza de su autoridad a hacer efectivo el celibato. Había aún en su tiempo muchos sacerdotes casados, y fue contra éstos que dirigió sus anatemas, ordenando que todos abandonasen a sus esposas. Muchos hogares fueron desolados y muchos corazones quebrantados, pero el despótico pontífice no supo lo que era misericordia, y el celibato clerical quedó definitivamente establecido, en contra de las leyes de Dios, los preceptos apostólicos, y los más nobles sentimientos de la naturaleza.

Las pretensiones de Gregorio se ven en estas palabras dirigidas a Guillermo I de Inglaterra: "Como los dos luminaires puestos por el Creador en el firmamento de los cielos para dar luz a sus criaturas, así también ha establecido dos grandes poderes sobre la tierra por los cuales todos tienen que ser gobernados y librados de error. Estos dos poderes son el pontificio y el real; pero el primero es el mayor y el último el menor".

Estas pretensiones a tan elevada supremacía encontraron alguna resistencia. Los hijos de la libertad jamás cedieron por completo el terreno a los déspotas, ni aun en los días más sombríos de la historia. Ya en secreto o ya en público, se oían las voces de protesta contra aquel que reclamaba para sí un honor que sólo puede ser dado al Creador y jamás a la criatura. Pero estas voces eran acalladas antes de que pudiesen causar trastorno al orgullo pontifical.

La humillación del rey germano Enrique IV, demuestra a qué punto había llegado el poder de los papas. Este monarca se sintió ofendido por las atribuciones que se tomaba el papa y le dirigió una nota en la que desconocía su poder y lo llamaba un falso monje. En respuesta Gregorio VII reunió un concilio (febrero 1076) y excomulgó al rey y a todos los que le sostenían, librando del juramento de fidelidad a todos sus súbditos, y declarando vacante el trono. La influencia del pontificado era tal que su decisión bastaba para que un monarca poderoso no pudiese sostenerse en el trono si sobre él pesaba la excomunión. Un hombre de carácter hubiera preferido perderlo todo antes que humillarse; pero Enrique IV no poseía aquellas cualidades varoniles que hacen fuerte al hombre ante la soberbia de los tiranos. Al verse abandonado y viendo que la estabilidad de su reino dependía de su reconciliación con el papa, resolvió humillarse pidiendo perdón. No temía los efectos religiosos del anatema, sino el ver a sus súbditos tomar las armas en su contra. Atravesó los Alpes en pleno invierno para ir a implorar clemencia papal. Gregorio VII se hallaba entonces en el castillo de Canosa, con la viuda Matilde, condesa de Toscana; y el rey tuvo que dirigirse a ese punto. El papa, al principio, se negó a recibirlo, pero el rey humillado, vestido de saco, descalzo y con la cabeza descubierta, permaneció tres días frente a las ventanas del castillo, muerto de hambre y duro de frío, hasta que al cuarto día el orgulloso prelado le permitió entrar. El rey cayó humillado a los pies del papa pidiendo perdón, el cual se lo concedió bajo duras condiciones y promesas de fidelidad incondicional.

Después que Enrique IV se halló de nuevo en su país vino la reacción, y Gregorio VII tuvo más tarde que recoger el fruto de lo que había sembrado. Al retirarse el rey del castillo de Canosa no estaba tan humillado como parecía. Su corazón guardaba rencores secretos y esperaba que llegase el día oportuno para la venganza. Cuando el papa vio que el partido del rey se hacía cada vez más poderoso y que su influencia iba declinando, excomulgó de nuevo a Enrique IV y en su reemplazo nombró al duque Rodolfo de Suabia. Pronto el país se vio envuelto en una sangrienta guerra civil; y tanto los eclesiásticos como los civiles tomaban parte en la furiosa contienda. Los obispos adictos al rey se reunieron en Brixen y excomulgando al papa, eligieron en su lugar al que figura en la historia con la denominación de antipapa Clemente II. En una batalla librada en Merseburg, en octubre de 1080, el rey triunfó sobre el ejército enemigo y de allí se dirigió a Roma, atacando varias veces la ciudad. Gregorio, desde adentro, lanzaba sus excomuniones y maldiciones contra el ejército invasor, el cual finalmente logró apoderarse de la ciudad, en la Pascua del año 1084, y Enrique después de su entrada triunfal fue coronado Emperador. El papa se refugió en el castillo de San Angelo y luego en Salerno, donde murió empedernido, declarando que no quería perdonar al emperador ni al papa Clemente II. Se creía un mártir, y lleno de orgullo exclamaba: "Amé la justicia y aborrecí la iniquidad; por eso muero desterrado".

Arnoldo de Brescia.

Arnoldo de Brescia es uno de los más ilustres entre todos los que en este período tuvieron la valentía de oponerse a las blasfemas pretensiones del papado. Su obra fue más bien política que

religiosa, pero no cabe duda que el fervor de su elocuencia procedía de sus profundas convicciones cristianas y su gran amor al verdadero evangelio. En su juventud viajó por Francia y fue discípulo del célebre Abelardo, de quien aprendió a pensar libremente y a ser varonil ante los adversarios de sus ideas. Al volver a Italia, se puso a predicar en las calles de Brescia con tal ardor y elocuencia que atraía a las multitudes. Su hábito de fraile no le impedía pronunciarse abiertamente enemigo de las costumbres de los claustros y abogar por la vida natural, pura, y libre de las imposiciones de la moda y de la lujuria. Insistía en que el reino de Cristo no es de este mundo, atacando no sólo el poder temporal de los papas, sino la posesión de riquezas por parte del clero y órdenes monásticas. Combatía la doctrina de la transubstanciación y el bautismo de los párvulos. Estas verdades eran presentadas al pueblo que lo escuchaba atónito, y las propagaba no con mero espíritu de oposición, sino como formando parte de un sistema de reformas que era menester introducir para salvar al cristianismo, que se ahogaba bajo el peso de la tiranía del poder temporal y de los errores doctrinales. Pedía que el clero renunciase a las riquezas, y viviendo templadamente, se consagrara a una misión puramente espiritual, y que fuese sostenido no por el estado, sino por las contribuciones del pueblo ere yente. Sus conciudadanos lo escuchaban con admiración y respeto, y lo veneraban como el apóstol de la libertad nacional y religiosa, que les había sido usurpada por los pretendidos representantes de Cristo El clero se alarmó ante las conmociones que se producían; y en el Concilio general de Letrán, reunido en el año 1139, Arnolde de Brescia fue condenado a guardar perpetuo silencio. El papa Inocencio II condenó sus doctrinas, y las autoridades de Brescia se disponían a proceder contra el valiente reformador; pero éste logró escaparse atravesando los Alpes, y momentáneamente halló un asilo seguro en el cantón de Zurich. Allí reanudó sus tareas, pero la persecución le obligó a huir. Después de visitar varios países, llegó a Roma para hacer oír su protesta en el centro mismo del poder que atacaba. Protegido por el pueblo y por algunos nobles, pudo hacer resonar su palabra elocuente, durante diez años, en la ciudad de las siete colinas, exhortando a los romanos a defender sus derechos, restaurando el poder civil y quitando al papa el dominio temporal. Sus ideas fueron ganando cada vez un poco más de terreno, hasta que la ciudad se halló en completa revolución. El pontífice no podía ya sofocar las aspiraciones populares. Los jefes del movimiento democrático reclamaban que se devolviese al pueblo sus derechos civiles, y viendo el papa que el pueblo estaba resuelto a tomar medidas enérgicas, huyó de Roma y se refugió en una fortaleza vecina. Cuando Arnolde supo que el papa había huido, entró en la ciudad y con sus discursos mantenía e intensificaba el fuego que ardía en el pecho de aquel pueblo, que pedía libertad. Pintaba con colores vivos los sufrimientos de las víctimas de la tiranía clerical y los conjuraba a que como hombres y como romanos resolviesen no permitir jamás que el pontífice volviese a traspasar los muros de la ciudad. El pueblo, encabezado por los nobles, atacó violentamente a los cardenales y al clero que aún permanecían en Roma. Incendiaron los palacios e hicieron a los habitantes jurar fidelidad al nuevo sistema de gobierno.

El pontífice, mientras tanto, había organizado un ejército y poniéndose al frente de él, logró dominar la insurrección y sentarse de nuevo en el trono. Pero los amigos de Arnolde, que eran numerosos, continuaban ocasionando serios trastornos al papado, pero cuando Adriano IV fue elegido papa, el único inglés que ocupó el trono pontificio, hizo a Arnolde una nueva forma de guerra. Ni bien ocurrió el primer tumulto, el papa suspendió los sacramentos e hizo cesar todos los servicios religiosos de la ciudad, mandando cerrar las iglesias. Esta medida produjo todos los efectos que esperaba Adriano IV, haciendo variar por completo la mente popular, a tal punto que los principales dirigentes del movimiento tuvieron que huir de Roma. Pero el papa no se contentaba con la paz y quería a todo trance ver castigados a los rebeldes; y a fin de conseguirlo,

instigó a Federico Barbarossa para que hiciese salir de su refugio a Arnolfo. El cardenal Gerardo, en el año 1155, consiguió prender a Arnolfo y éste pronto fue estrangulado y quemado en Roma, en presencia de una multitud indiferente que veía, sin conmoverse, morir al demagogo incansable que había sembrado a manos llenas la simiente de la libertad y de la justicia, y a quien antes habían escuchado con marcadas pruebas de veneración y entusiasmo. Sus cenizas fueron arrojadas al Tíber.

Es imposible no admirar el genio, la perseverancia y la energía de Arnolfo. Se necesitaba ser un hombre de gran corazón y de mente iluminada para hacer lo que él hizo y predicar lo que él predicó en aquellos días de tanta oscuridad, y rodeado de tantos peligros.

Los discípulos de Arnolfo supieron recoger la herencia que les legara; y separados de Roma por completo, y conocidos bajo la denominación de arnolfistas, pudieron continuar la obra durante mucho tiempo, manteniendo ardiente y viva la protesta contra los errores y abominaciones del papado.

Las cruzadas.

La Edad Media registra un hecho único en la historia universal, grande y extraordinario, que ocupó el pensamiento europeo durante siglos; las Cruzadas a la Tierra Santa, que empezaron en el año 1096, y se prolongaron hasta el año 1270. Consistían en expediciones guerreras, destinadas a arrancar al dominio musulmán los lugares históricos que fueron escenario de la vida y obra de Jesucristo. En éstas tomaron parte casi todas las naciones de Europa y se componían de personas de todas las categorías sociales, que por primera vez se unían en una empresa común, arrojándose ciegamente al peligro bajo el impulso de un mismo anhelo. Este hecho, aun cuando tiene algo de admirable y noble, puede considerarse como la mayor locura cometida por el género humano.

Las Cruzadas fueron ocho, pero de éstas, solamente las tres primeras responden directamente al objeto con que se iniciaron, pues la cuarta se convirtió ya en una obra política; y las restantes no revisten ni la importancia ni el carácter de las primeras.

Ya desde siglos anteriores los cristianos acostumbraban ir a Palestina para visitar los lugares que evocan tan sagrados recuerdos, pero al caer estos parajes en poder de los discípulos de Mahoma, estas peregrinaciones se hicieron sumamente dificultosas y ofrecían no pocos peligros. De ahí surgió la idea de abatir el poder musulmán en aquellas tierras.

También influyó poderosamente el peligro que ofrecía la presencia de tan atrevidos conquistadores en territorios tan cercanos a Europa. Este continente se hallaba constantemente expuesto a una invasión, de modo que para hacerla menos posible, convenía hacer retroceder a los musulmanes arrojándolos de Palestina y de toda el Asia Menor. Se dan también como causas secundarias el deseo de los papas de aumentar su influencia por medio de la unión de la Iglesia griega a la latina; el interés mezquino del clero que se apoderaba de los bienes que ofrecían los cruzados que marchaban sin esperanza de volver; la conveniencia que tenían los monarcas en alejar a los turbulentos, apoderándose de sus bienes, cuando morían en las cruzadas; el espíritu aventurero de muchos señores, que deliraban por hacerse notables en estas guerras llamadas santas, y conquistar para ellos nuevos estados en el Oriente; y la miseria espantosa en que se encontraba el pueblo europeo el cual anhelaba entrar en alguna empresa que le diese la esperanza de cambiar de situación.

Muchos indudablemente estaban animados por un espíritu de devoción y creían erróneamente que con esa empresa estaban sirviendo a Dios, ignorando que el reino de Cristo no es de este mundo; y que la conquista de territorios hechos objeto de idolatría, no tiene nada que ver con la naturaleza del cristianismo. El papa ofrecía indulgencias plenarias a los que luchasen contra los infieles, y los adictos al papismo creían tener en esto un medio eficaz de hallar la remisión de sus pecados.

El levantamiento de la primera cruzada fue la obra de un monje llamado Pedro el Ermitaño. Era natural de Amiens. En su juventud fue soldado. Se hizo monje después de enviudar. Al tropezar con grandes dificultades en una peregrinación que hizo a Palestina, y al ver la profanación que hacían los musulmanes de los lugares donde había vivido y muerto el Salvador, regresó a Europa indignado y resuelto a no descansar hasta que aquellas tierras fuesen conquistadas por naciones que profesaban el cristianismo. M. Michaud, en su Historia de las Cruzadas, dice así: "El ermitaño Pedro cruzó Italia, pasó los Alpes, recorrió Francia y la mayor parte de Europa abrasando todos los corazones con el celo que le devoraba. Viajaba montado en una muía, con el crucifijo en la mano, los pies descalzos, la cabeza descubierta, llevando el cuerpo ceñido con una soga y cubierto con un ropón de la tela más basta. El pueblo admiraba la singular pobreza de su traje, pero la austeridad de sus costumbres, su caridad y la moral que predicaba hacían que se le reverenciase como a un santo. El ermitaño iba de ciudad en ciudad, y de provincia en provincia pidiendo a los unos valor y a los otros compasión, y ora subía a los pulpitos de los templos, ora predicaba en las calles y en las plazas públicas, y su elocuencia vivaz, apasionada y matizada de apostrofes vehementes, arrebatava a las muchedumbres".

Mientras el ermitaño andaba en estas giras, Alejo Comneno, al verse estrechado por los musulmanes que amenazaban al Occidente, pidió ayuda al papa para contrarrestar el peligroso avance. Había llegado el momento de traducir en hechos la prédica fogosa de Pedro el Ermitaño. Urbano II reúne entonces un concilio en Clermont (Francia), y excita con su elocuencia a la inmensa multitud allí reunida, ofreciendo indulgencias plenarias a todos los que quisiesen tomar las armas para la conquista de la Tierra Santa. El fuego del entusiasmo y la locura partidista que se suele apoderar de las masas, se manifestó allí como en muy pocas partes; y todos, al grito de "Dios lo quiere", se disponen a formar parte de la atrevida expedición.

Una vez resueltos a realizar la cruzada empezaron los preparativos, pero el pueblo, impaciente, no quiso esperar a que todo estuviese listo, según los cálculos de los entendidos en cuestiones militares. Sin orden, sin disciplina, mal armados, bajo el ciego impulso del fanatismo, y encabezados por Pedro el Ermitaño, y un noble sin bienes de fortuna, llamado Gualterio, sin hacienda, más de cien mil personas, entre obreros, sacerdotes, jóvenes y ancianos, mujeres y niños, y algunos militares, se pusieron en marcha. Al pasar por Alemania, los devotos les prestaron ayuda, pero al llegar a Hungría y Bulgaria, empezaron a verse en serios apuros por absoluta falta de recursos. No les quedaba más remedio que saquear las poblaciones para no morir de hambre por el camino. Así vino a ser, que aquella multitud de pretendidos defensores del cristianismo, iba por todas partes destruyendo, sembrando el pánico, y causando a todos los pacíficos pobladores grandes amarguras. Las poblaciones empezaron a armarse y a defenderse en contra de esos visitantes tan importunos y millares fueron pasados a degüello.

El número iba reduciéndose a medida que avanzaban, y los que pudieron escapar de la muerte llegaron a Constantinopla en el más deplorable y lastimoso estado. El emperador, para librar a sus estados de esa plaga, los hizo transportar al Asia Menor, para que siguiesen a Palestina, pero pronto cayeron en poder de las tropas del sultán de Nicea, y casi todos fueron

bárbaramente degollados. Pedro el Ermitaño logró escaparse y regresar a Constantinopla desalentado, aunque no del todo, ante el fracaso de su temeraria empresa.

Pero mientras esto ocurría, los caballeros habían seguido lenta pero pacientemente sus preparativos, y bien armados y bien provistos formaron tres poderosos ejércitos que se organizaron, uno en Francia, al mando de Godofredo, el cual se dirigió por el valle del Danubio; otro que se encaminó por Italia con rumbo a Constantinopla, y el tercero guiado por el conde de Tolosa, marchó por Lombardía. Era el año 1095. Estos tres ejércitos se componían de un millón de personas, incluyendo las mujeres y niños que se habían unido, y todos se reunieron en Constantinopla, ciudad que había sido designada base de las operaciones.

Era una invasión colosal. Parecía que la Europa entera iba a caer sobre Oriente. El emperador que los había llamado en su auxilio, se hallaba molesto, y para deshacerse de ellos les facilitó todos los medios de transporte de que disponía. La guerra empezó con el sitio de Nicea. Poco tiempo después los cruzados obtuvieron una gran victoria en Dorileo, donde se apoderaron de un gran botín. Sufriendo penalidades indecibles, atravesaron la Cilicia y llegaron hasta la rica y populosa Antioquia, la perla del Oriente, la cual después de nueve meses de sitio, cayó en poder de los cruzados. Pero no tardaron los musulmanes en sitiarse a Antioquia y cuando la ciudad estaba a punto de rendirse, un sacerdote encontró una lanza, y diciendo que era "la santa lanza", reanimó los corazones abatidos de los sitiados, quienes atacaron vigorosamente a los musulmanes arrollándolos a pesar de la inferioridad numérica de sus fuerzas. Edesa estuvo pronto en poder de los cruzados. El resto del ejército se dirigió triunfante a Jerusalén. Al llegar cerca de la ciudad se arrodillaron y besaron la tierra dando gracias a Dios por las victorias obtenidas. Jerusalén estaba bien defendida, pero el valor y tenacidad de los cruzados venció todos los obstáculos, y después de un sitio que duró cinco semanas, los sitiados tuvieron que resignarse a la derrota, y Jerusalén fue tomada el 15 de julio de 1099. "La carnicería de habitantes judíos y mahometanos fue tal —dice un historiador— que en el Templo de Salomón la sangre llegaba hasta las rodillas y bridas de los caballos". Otro historiador, el inglés Jones, se expresa así: "Nada valieron sus armas al valiente ni la sumisión a los tímidos; no se tuvo en cuenta ni edad ni sexo; los niños perecieron por la misma espada que traspasaba a la madre suplicante. Las calles de Jerusalén estaban cubiertas de montones de cadáveres, y los lamentos de agonía y desesperación se oían en todas las casas al mismo tiempo que los triunfantes guerreros, cansados de matar, dejaban las armas todavía ensangrentadas y se adelantaban descalzos y de rodillas, al sepulcro del Príncipe de la Paz".

Una vez conquistada toda Palestina se organizó un reino con Jerusalén por capital. Godofredo fue hecho rey, pero no quiso usar corona de oro allí donde el Salvador había sido coronado de espinas. Pedro el Ermitaño asistió a la solemne asamblea, y la multitud se echó a sus pies reconociéndolo como al libertador. Desde entonces desaparece del escenario de este mundo: el deseo de su corazón ya estaba realizado.

Godofredo murió un año después de la conquista y le sucedieron Balduino I y II, quienes pudieron proseguir con éxito las conquistas de los cruzados, logrando apoderarse de San Juan de Arce, de Tiro, de Sidón, y otros puntos importantes. Pero en los reinados de Foulques y Balduino III empezó la decadencia del reino de Jerusalén. Atacados por los musulmanes y tomada por éstos la ciudad de Edesa, los defensores de Jerusalén se vieron en la necesidad de pedir auxilio a los poderes europeos, dando esto lugar a la segunda cruzada, cincuenta años después de la primera.

Bernardo, un monje del Cister, fue el encargado de predicar esta nueva cruzada. Era un hombre que, por su fama de santidad, su saber y su elocuencia, podía despertar el fervor y

entusiasmo de las multitudes. Recorrió Francia y Alemania, obteniendo un éxito asombroso, y consiguió que los mismos monarcas pusiesen sus espadas al servicio de la causa. Luis VII, rey de Francia, fue el primero en decidirse. Se dice que este monarca en una guerra había hecho incendiar el pueblo de Vitry y mil trescientas personas perecieron abrasadas en el templo. Tenía por este hecho profundos remordimientos de conciencia, y creyendo que podía expiar este delito involuntario, obedeciendo al llamado de San Bernardo, se dispuso a ir en socorro de Jerusalén. El rey alemán, Conrado III, conmovido profundamente por Bernardo, también se puso al frente de la cruzada.

Conrado fue el primero en partir, sin esperar a unir sus fuerzas a las del rey de Francia. Después de vencer los obstáculos que le oponía el emperador de Oriente, consiguió llegar al Asia Menor, pero fue sorprendido y completamente derrotado en los desfiladeros de Licaonia. Ante esta derrota tuvo que huir y refugiarse en Constantinopla.

Por su parte, el rey de Francia, queriendo evitar los desastres que tuvo Conrado, se dirigió por la costa del Asia Menor, pero también fue derrotado en Panfilia. Desembarcó en Antioquia con su ejército diezmado, se unió luego con Conrado, y después de sitiar sin resultado a Damasco, regresaron los dos a Europa, sin haber ganado ni una sola batalla importante y viendo deshechos sus ejércitos que subían a 400.000 hombres.

Bernardo, que en nombre de Dios les había prometido la victoria, se vio completamente desacreditado ante Europa, que le había escuchado entusiasmada, y para justificarse acusaba a los combatientes de no haber sido dignos de aquella empresa.

En 1187 Jerusalén cayó en poder de los mahometanos, quienes se apoderaron de las principales plazas de la Tierra Santa, venciendo completamente a los cristianos en la feroz batalla de Tiberiade. Esta derrota causó verdadera consternación en Europa y Guillermo, arzobispo de Tiro, que había presenciado estos hechos, vino a predicar, por orden del papa, la guerra santa, con el fin de redimir de nuevo a Jerusalén. Esto dio lugar a que se organizase la tercera cruzada, al servicio de la cual se pusieron los monarcas más poderosos de Europa: Felipe Augusto II, de Francia; Ricardo Corazón de León, de Inglaterra y Federico Barbarroja, de Alemania. El papa estableció una contribución destinada a sufragar los gastos de la expedición.

Federico Barbarroja al frente de 100.000 hombres, fue el primero en partir. Su marcha era triunfal a pesar de todas las dificultades del penoso trayecto. Venció al sultán de Iconio, pero poco tiempo después, se ahogó al atravesar a nado un río de Cilicia, y esto desalentó a su ejército. No obstante pudieron llegar a Jerusalén, conducidos por el hijo de Barbarroja, que tomó el comando de la expedición, y pudieron reunirse a los otros cruzados.

Los reyes de Inglaterra y Francia, cesando momentáneamente sus querellas, se embarcaron, el primero en Marsella y el segundo en Genova, y se reunieron en Mesina con la idea de proseguir juntos. Pero por causas pueriles se enemistaron y siguieron separadamente. Llegados a San Juan de Acre se apoderaron de la plaza, distinguiéndose en el asalto el rey de Inglaterra, Corazón de León. Felipe Augusto II regresó a Francia, y Corazón de León quedó solo para proseguir la campaña. Venció en Arsur, pero viendo que la toma de Jerusalén requería más fuerzas que las que él disponía, hizo un pacto con los musulmanes en el que éstos se comprometían a no molestar a los peregrinos que fuesen a la Palestina.

A principios del siglo decimotercio, año 1202, se iniciaron nuevos trabajos en favor de una cuarta cruzada. El iniciador fue el papa Inocencio III, y el predicador Fulques de Neuilly. El pueblo no respondió con el mismo entusiasmo de otras ocasiones, y los monarcas tampoco se pusieron al frente del movimiento. Balduino, conde de Flandes; Bonifacio, marqués de Monferrato y Dándalo de Venecia, fueron los que respondieron al llamamiento, pero no

animados por el fervor religioso, sino por ambiciones de gloria y predominio. Desde el primer momento esta cruzada degeneró en una empresa aventurera. La desunión entre los dirigentes del movimiento se notó desde el primer momento, y se acentuó al llegar a Constantinopla. Tuvieron que regresar sin llegar a Palestina ni librar una sola batalla con los musulmanes.

Diez años más tarde tuvo lugar el extraño episodio, puesto en duda por algunos historiadores, que se llama la cruzada de los niños. Un muchacho llamado Esteban se levantó anunciando que Dios le ordenaba organizar un ejército de niños para pelear con los musulmanes. Unos treinta mil respondieron a su llamado. Creían que milagrosamente desaparecerían todos los obstáculos y esperaban que el mar se abriera ante su paso, como cuando los israelitas se hallaron frente al Mar Rojo. Algunos mercaderes malvados se ofrecieron para llevarlos gratis, "por amor de Dios", pero una vez embarcados, en lugar de llevarlos a Palestina los llevaron a Alejandría, donde fueron vendidos en los mercados de esclavos, sin que se volviese a oír más acerca de la mayor parte de ellos. Sólo un número limitado recuperó más tarde la libertad.

En la misma época unos veinte mil se organizaron en Alemania con el mismo fin, y eran dirigidos por un tal Nicolás. Se dirigieron a Génova con el intento de embarcarse en ese puerto, pero las privaciones a que se vieron reducidos les obligaron a dispersarse.

La quinta cruzada fue también infructuosa. El papa Inocencio III quería ponerse personalmente al frente de ella, pero murió en el año 1216 cuando se hacían los preparativos. Juan de Briena, rey titular de Jerusalén; Andrés II, rey de Hungría; y Guido de Lusignan, rey de Chipre fueron los hombres que tomaron la dirección del poco popular movimiento. Ni bien llegaron a Palestina, el rey de Hungría abandonó la empresa regresando a su país. Poco tiempo después murió el rey de Chipre y quedó solo Juan de Briena, quien llevó la guerra a Egipto y consiguió apoderarse de Damietta, pero las inundaciones del Nilo le obligaron a entregar la plaza, terminando así la cruzada sin ningún resultado.

Federico II, emperador de Alemania, inició la sexta cruzada. Partió de Brindisi al frente de su ejército en el año 1227, pero tuvo que regresar pronto por haberse declarado la peste en sus tropas. Al año siguiente emprendió de nuevo la expedición y habiendo llegado a Palestina consiguió que los musulmanes le entregasen los pueblos de Belén y Nazaret y la ciudad de Jerusalén, pero como en el pacto se permitía a los musulmanes tener una mezquita dentro de esta última ciudad, se atrajo el odio de los templarios y del clero.

La séptima y octava cruzadas, las dos últimas, fueron dirigidas por el rey de Francia Luís IX, quien durante una grave enfermedad había hecho voto de llevar sus armas a la Tierra Santa, en caso de sanar. En 1248 se embarcó con sus tropas y llegó a la isla de Chipre, donde pasó el invierno. Al llegar la primavera se dirigió a Egipto y logró apoderarse de Damietta; pero al intentar penetrar en el interior del país, el terreno lleno de canales, la desorganización de sus soldados, el hambre y la peste, le obligaron a retroceder perdiendo la mayor parte de sus fuerzas. Fue hecho prisionero de los mahometanos, de quienes se libró devolviendo la plaza de Damietta y pagando por su rescate un millón de besantes de oro.

La octava cruzada fue también llevada a cabo por Luís IX. Al desembarcar cerca de las ruinas de Cartago, en el año 1270 se declaró una epidemia en las tropas, muriendo el mismo rey, después de dar sus últimos consejos a su hijo Felipe, quien no tardó en regresar a Francia.

Así terminaron aquellas cruzadas que habían empezado con gran entusiasmo unos doscientos años antes y en las cuales se calcula que perecieron tres millones de personas.

Valdenses Y Albigenses

SU ORIGEN. Durante la Edad Media, y especialmente en los siglos doce y trece, hallamos un importante movimiento evangélico que se extiende por Francia, Italia, España y otros países de Europa. Lo componían numerosas comunidades de cristianos que, separándose de la iglesia papal, se esforzaban por restaurar el cristianismo puramente evangélico, y luchaban heroicamente por la fe que fue dada una vez a los santos. Eran generalmente conocidos bajo la denominación de valdenses y albigenses, y a éstos hay que saber distinguir de las sectas que profesaban las doctrinas de los maniqueos, y que por lo tanto no pueden ser clasificadas entre los elementos que representaban el simple y primitivo cristianismo. Muchos historiadores, de quienes tendríamos motivos de esperar mayor exactitud, no han sabido hacer diferencia entre sectas y sectas, y hacen aparecer a los valdenses y albigenses profesando creencias que nunca profesaron.

El origen de este movimiento está bastante envuelto en el misterio que rodea a todos los problemas históricos de aquella época. No ha faltado quien ha creído que los valdenses remontaban a los tiempos apostólicos, pero esta teoría es hoy desechada por falta de documentos en qué apoyarla. Se ha preguntado dónde nació el movimiento, y quién fue el originador del mismo. Los estudios serios que han ocupado la actividad indagadora de buenos escritores llevan a la conclusión de que el movimiento no tuvo origen en un solo país ni es fruto de los trabajos de un solo hombre. Así como la Reforma, en el siglo xvi, se levantó simultáneamente en Francia, Alemania, Suiza, etc.; y tuvo por instrumentos a Farel, Lutero, Zwinglio, etc., obrando independientemente unos de otros, bajo el impulso del mismo deseo de Reforma, así también el movimiento valdense nació simultáneamente en varios países, bajo la acción de diferentes hombres. Entre éstos figuran principalmente Pedro de Bruys, en Tolosa, en el año 1109; Enrique de Quny, en Mans, en el año 1116; Amoldo de Brescia, en Italia, en el año 1135; y Pedro Valdo, en Lyon, en el año 1173.

En espíritu, el movimiento era el mismo en todas partes, y cuando sus adherentes, huyendo de la persecución, llegaban a otro país, encontraban hermanos que los recibían con los brazos abiertos.

El nombre de valdense aparece por primera vez —sostiene el historiador valdense Gay— en el año 1180, en el informe sobre una discusión que tuvo lugar en Narbona, escrito por Bernardo de Fontcaud, titulado *Contra Vallenses et Árlanos*. La forma primitiva de este nombre, "vallenses", excluye la idea de que pueda derivar de Pedro Valdo, y hace más bien suponer que su inventor lo haya hecho derivar de Vallis, nombre latino de Lavaur, fortaleza de los evangélicos en aquel tiempo, de donde habían venido a Narbona, los que tomaron parte en la discusión. Gay, sin embargo, se inclina a creer que si el nombre vällense, se convirtió en valúense, fue debido no sólo a la evolución fonética, sino como un homenaje a Pedro Valdo, el personaje más importante de la comunidad.

Procuremos ahora bosquejar la vida y trabajos de los hombres más sobresalientes del inmenso movimiento.

PEDKO DE BRUYS. A fines del siglo xi y a principios del xii, aparece este intrépido y vehemente misionero, que dirigía a los que se unían bajo el estandarte del evangelio para protestar y luchar contra los errores del papismo. Era cura en una pequeña parroquia de los Alpes, y de ahí se dirigió a otras parroquias, aldeas y ciudades predicando en forma tal, que llenaba de asombro a todos los que le oían. Rechazaba la autoridad de la iglesia y de los padres, no

reconociendo como obligatorias más doctrinas y costumbres que las que podían demostrarse con la Biblia. Se oponía con energía al bautismo de los párvulos, sosteniendo que no era bautismo lo que se recibía antes de tener la fe personal que sólo puede darle significación, y por consiguiente aquellas personas que se unían al movimiento que representaba, eran bautizadas sin tener en cuenta si habían recibido el bautismo en la niñez. Dice Neander: "Los seguidores de Pedro de Bruys, rehusaban ser llamados anabaptistas, un nombre que les era dado por la razón mencionada: porque el único bautismo, decían, que podían mirar como verdadero, era un bautismo unido al conocimiento y a la fe."

Atacaba la misa y la transustanciación, sosteniendo que el sacrificio de Cristo no puede repetirse, y que esta doctrina tiene por objeto mantener el predominio sacerdotal sobre el pueblo. "No creáis —decía— a esos falsos guías, obispos y sacerdotes; porque os engañan, como en otras cosas también, en el servicio del altar, cuando falsamente pretenden que hacen el cuerpo de Cristo y lo presentan a vosotros para la salvación de vuestras almas."

Luchaba contra toda forma de idolatría, y mayormente contra la adoración de la cruz, a la que llamaba leño maldito instrumento del suplicio del Hijo de Dios, que se debe destruir en todas partes donde uno lo vea. En su oposición a esta forma exterior de manifestar los sentimientos religiosos, los petrobrusianos llegaban a extremos que en nada favorecían la buena causa que defendían. Los que veían el desprecio que hacían de la cruz, no siempre tenían preparación suficiente para comprender que aquel acto no implicaba el rechazo de la obra redentora del Calvario. Un viernes santo juntaron todas las cruces que pudieron hallar, y las quemaron delante de una multitud. Con seguridad que esta protesta contra la superstición de que era objeto la cruz, no pudo ser entendida por los que presenciaron el acto, y sus autores habrán sido tenidos por sacrílegos detestables.

Pedía la demolición de todos los edificios dedicados al culto público. Conviene recordar que los templos levantados por el romanismo en esta época de grosera superstición, eran tenidos no como simples edificios construidos para la comodidad de congregarse, sino como santuarios, a los que se acudía en busca de gracias que se suponía no podían hallarse en otra parte. Pedro de Bruys enseñaba que las bendiciones divinas no están ligadas a un determinado lugar de cultos, que la oración sincera es tan eficaz en un taller o en un mercado como en un templo, y que es tan agradable a Dios si sube desde un altar como de un pesebre. Al atacar la magnificencia de los templos atacaba también la pompa de las ceremonias, el canto en lengua desconocida y la música teatral.

Enseñaba que la Iglesia debe componerse de personas regeneradas que puedan vivir de acuerdo con la profesión de fe que hacen. No reconocía como iglesias a esas agrupaciones de personas que llevan el nombre de Cristo pero que no conocen la eficacia de una vida pura y santa. Nadie debe pretender ser miembro de una iglesia a menos de ser un verdadero creyente que vive piadosamente y testifica con su conducta en favor del poder regenerador del evangelio.

Por no encontrarlo en el Nuevo Testamento, combatía el culto a los muertos, lo mismo que las oraciones, ayunos y ofrendas por los mismos, sosteniendo que "todo depende de la conducta del hombre durante su vida; esto es lo que decide sobre su destino futuro. Nada que se haga por él después de su muerte puede serle de beneficio."

Las doctrinas de Pedro de Bruys, a la base de las cuales estaba el evangelio y el rechazo de toda tradición humana, han sido resumidos en estos cinco puntos:

1°. El bautismo administrado solamente a los adultos creyentes. Bautizaba a los católicos cuando se convertían.

2°. Acerca de la eucaristía negaba absolutamente que el sacerdote o cualquier otra persona pudiese cambiar la hostia en cuerpo de Cristo.

3°. Los sufragios, oraciones, limosnas, etc., por los muertos, los rechazaba como de ningún valor.

4°. Era contrario a la erección de templos, diciendo que la Iglesia se componía de "piedras vivas", es decir de fieles que procuran hacer la voluntad de Dios.

5°. La cruz, instrumento de tortura, en la que Cristo murió, no debe ser adorada, ni venerada, sino detestada, rota y quemada.

Durante veinte años, este infatigable soldado de la verdad, no cesó de predicar viajando por todas partes de la Francia Meridional. Un día llegó a San Giles, cerca de Nimes, asiento de un rico convento de frailes. Sin temor a las consecuencias se puso a reunir cruces y con ellas levantó una hoguera. La multitud enfurecida se apoderó de él y lo hizo morir, siendo quemado vivo, probablemente en el año 1124. Así terminó gloriosamente su carrera terrenal, este hombre que no supo lo que era temor, y quien en días de espantosas tinieblas y tempestades mantuvo encendido el faro del evangelio para conducir las almas al puerto de segura salvación.

ENRIQUE DE CLUNY. Se cree que este apóstol evangélico de la Edad Media era oriundo de Italia, probablemente de los valles del Piamonte. Se le conoce en la historia bajo el nombre de Enrique de Lausana, por haber principiado su obra en esta ciudad de la Suiza, en el año 1116, y también es llamado Enrique de Cluny, porque fue monje de esta ciudad.

La vida monacal que abrazó en su juventud no tardó en llenarle de disgusto, al ver el enorme contraste que ofrecía con la actividad apostólica, y no pudiendo conformarse a la inacción corruptora, arrojó de sí su manto de benedictino para consagrarse a la obra misionera, yendo de ciudad en ciudad para sembrar la palabra de la verdad evangélica.

Los datos que poseemos acerca de su persona y obra, lo? hallamos en los escritos de sus adversarios, de modo que es difícil formarse una idea correcta de su carácter; pero bastan para saber que era uno de aquellos hombres que guiados por la lectura del Nuevo Testamento, procuraban predicar las doctrinas del cristianismo primitivo, atacando con energía las creencias y ceremonias del papismo. Dice Neander: "Derivó su conocimiento de las verdades de la fe, del Nuevo Testamento más que de los escritos de los padres y teólogos de su tiempo. El ideal de los trabajos apostólicos lo estimulaba, y se esforzaba por imitarlos. Su corazón estaba inflamado de un vivo celo de amor que lo interesaba en las necesidades religiosas del pueblo, que se encontraba completamente descuidado o extraviado por un clero nada digno."

Era hombre modestísimo y piadoso, a tal punto que sus mismos enemigos se veían obligados a reconocerlo así, temían más a la influencia de su vida santa que a las doctrinas que predicaba. Durante unos diez años recorrió varias provincias predicando con éxito extraordinario. En todas partes acudían multitudes a escucharle, no sólo por oír su elocuencia ardiente, sino para recibir luz y consuelo espiritual. Predicaba abiertamente contra la depravación del clero y también contra las costumbres licenciosas del pueblo, sin tener en cuenta a ninguna clase de la sociedad. Sus auditorios estaban compuestos de hombres y mujeres de todas las condiciones, y era tal el poder espiritual que acompañaba a sus sermones llamando a la gente al arrepentimiento que en todas partes muchos resolvían dar las espaldas al mundo corrompido para empezar una vida nueva de acuerdo con los sanos preceptos del evangelio.

Acompañado de dos predicadores italianos, caminaba descalzo en todas las estaciones del año, llevando un bastón en forma de cruz. Llegó a Mans y consiguió que el obispo Hildetaert le permitiese predicar en los templos. Sus sermones produjeron una impresión profunda. Las multitudes acudían a escucharle. El clero se sintió ofendido ante los dardos que lanzaba Enrique, y el mismo obispo que lo había recibido afablemente se le puso en contra. Empezaron a desacreditarlo ante el pueblo, diciendo que era un lobo vestido de oveja, y que bajo el manto de santidad ocultaba una refinada hipocresía. Pero Enrique les respondía con argumentos más eficaces, apelando siempre a la Palabra de Dios para demostrar la necesidad de reformar las doctrinas y costumbres de los cristianos.

Cuando se le prohibió predicar, el pueblo mostró su profundo disgusto, diciendo que nunca habían oído a un predicador que como él pudiese mover los más duros corazones y despertar las conciencias adormecidas. Pero nada pudo hacer cambiar la resolución del obispo, y Enrique tuvo que salir de la ciudad. Aparece entonces en Poitiers, Perigueux, Burdeos y Tolosa. Su separación de Roma era cada vez más pronunciada, y la persecución que se levanta contra su obra y persona le convence de que toda comunión de la luz con las tinieblas es imposible.

Expuso sus ideas en un escrito que tuvo una extensa circulación, pero que no ha llegado hasta nosotros. Los que se adherían a él ya no podían quedar confundidos con la multitud inconversa. El bautismo de los nuevos convertidos demuestra que no quedaba ningún vínculo que los uniese al romanismo. La gente los llamaba apostólicos. Sus misioneros salían a recorrer las provincias más lejanas, sin poseer nada, y viviendo de las ofrendas de las personas que simpatizaban con el movimiento.

El éxito de Enrique en el sur de Francia, alarmó al alto clero, y lo hicieron encarcelar. Llevado por el arzobispo de Arles al Concilio de Pisa, en el año 1134, fue condenado como hereje, y encerrado en un convento. No se sabe cómo, pero consiguió escaparse. Reaparece en el sur de Francia y se pone de nuevo al frente de la obra, sin amedrentarse de los adversarios. Durante diez años predica y trabaja activamente en Tolosa, Albí y otros pueblos vecinos, donde el favor de algunos pudientes que simpatizaban con la causa le libra de caer en manos de sus enemigos. Alfonso, conde de Tolosa, le miraba como a un santo, y tenía en él mucha confianza, y la relativa libertad de que gozaban las iglesias fundadas por Enrique, hizo que aumentasen considerablemente en número, habiendo entre los convertidos muchos curas y personas de influencia social.

El papa mandó a Albí un legado para interesar a los príncipes en una campaña inquisitorial contra el movimiento evangélico. Se dice que el pueblo salió a recibirlo con una procesión de asnos. Cuando se supo en Roma la manera cómo el legado había sido recibido, y no pudiendo el papa contar con el apoyo del brazo secular, apeló al gran santo de la época, Bernardo de Claraval. Cuando éste llegó a Albí entró a conferenciar con los principales hombres del movimiento. No tenemos más datos sobre las discusiones que tuvieron lugar, sino los mismos que escribieron los romanistas, pero a pesar de todo, es fácil ver que los argumentos rebuscados de las doctrinas humanas, se despedazaban al chocar con la sólida roca de las doctrinas de la Palabra de Dios. Bernardo no hacía sino lamentar el fracaso de sus inútiles tentativas. "¡Cuánto mal ha hecho — decía— y hace todos los días, a la Iglesia de Dios, como lo hemos sabido y visto nosotros mismos, el hereje Enrique! Los templos están vacíos, el pueblo sin sacerdotes, los sacerdotes sin honra y los cristianos sin Cristo. Las iglesias son reputadas sinagogas; se niega que el santuario de Dios sea santo; los sacramentos no son más tenidos como sagrados, los días de fiesta privados de toda solemnidad; los hombres mueren en sus pecados y las almas son llevadas, una tras otra,

ante el tribunal sin estar reconciliadas por medio de la penitencia, ni munidas de la santa comunión. Se niega la vida a los niños al negárseles la gracia del bautismo."

Bernardo se dirigió al conde de Tolosa anunciando que se dirigía a sus dominios para atacar a Enrique, a quien lo llenaba de nombres insultantes: "Parto para el país donde este monstruo hace estragos y donde nadie le resiste. Porque aun cuando su impiedad es conocida en la mayor parte de las ciudades del reino, encuentra a vuestro lado un asilo, donde sin temor, y bajo vuestra protección, destruye el rebaño de Cristo".

Cuando Bernardo vio que sus argumentos y amenazas no lograban convertir a nadie, procuró ganar algo por medio de la fuerza. Enrique fue arrestado, y en el año 1148 condenado por el Concilio de Reinas a prisión perpetua, porque el arzobispo se negaba a dar su consentimiento para que fuese condenado a muerte. No se sabe cuánto tiempo permaneció encarcelado, pero como no se oye más acerca de él, se cree que terminó sus días, como prisionero de Cristo Jesús, en las tenebrosidades de alguna cárcel subterránea.

PEDRO VALDO. Un joven negociante llamado Pedro, nativo de una localidad llamada Valde, se estableció en Lyon, Francia, por el año 1152. Entregado por completo a las especulaciones comerciales, vio prosperar sus negocios, a tal punto que al cabo de los años era uno de los grandes ricachos de la comercial ciudad. Era casado, tenía dos hijas, y las atenciones domésticas y comerciales ocupaban todo su tiempo. En el año 1160, un amigo íntimo, con quien estaba conversando, cayó muerto repentinamente, y este incidente produjo en él una impresión tal, que desde aquel momento, dejando a un lado sus febriles ocupaciones comerciales, se puso a pensar seriamente en su salvación. El conocimiento limitado que tenía de las cosas religiosas no lograba darle aquella paz y seguridad que satisfacen el alma ansiosa. Sus anhelos se hacían cada vez más intensos, y en busca de luz fue a uno de los sacerdotes de la ciudad, preguntándole cuál era el camino seguro para llegar al cielo. El sacerdote le respondió que había muchos caminos, pero que el más seguro era el de poner en práctica las palabras del Señor al joven rico cuando le dijo: "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo". Se cree que el cura le contestó así con algo de ironía, sabiendo que Valdo era hombre de gran fortuna, pero seguramente no esperaba que esas palabras iban a encontrar tanto eco en el corazón del rico negociante. Valdo creyó oír un mandamiento de Dios dirigido a él personalmente, y resolvió deshacerse de sus bienes terrenales empleándolos para aliviar las necesidades de los pobres. Hizo esto no bajo el impulso de un falso entusiasmo, sino deliberadamente, con calma y con buen acierto, para que el sacrificio que se imponía fuese realmente útil a sus semejantes. Dio a su esposa e hijas lo que necesitaban, y el resto, parte fue distribuyendo entre los más necesitados de la ciudad, y parte destinaba a emplear personas que hiciesen traducciones y copias de las Sagradas Escrituras. Encargó a dos eclesiásticos que vertiesen el Nuevo Testamento del latín a la lengua vulgar. Uno de ellos fue Esteban de Ansa, hombre muy versado en las cuestiones filológicas, y otro Bernardo Ydros, hábil escribiente que trasladaba al pergamino lo que su compañero le dictaba. Valdo se puso a leer con gran interés estos maravillosos escritos que eran agua viva para su alma sedienta, y pan para su corazón hambriento. Esta lectura le confirmaba más y más en la noble resolución que había tomado. Quería imitar a los apóstoles, y vivir no más consagrado a los negocios de esta vida pasajera, sino para ser rico en aquellas riquezas que no se corrompen y que los ladrones no hurtan.

No quiso tampoco poner la luz debajo del almud, sino que mandó hacer muchas copias del evangelio para que su lectura fuese causa de bendiciones a otros. El número de personas que tomaban interés en esta lectura era cada vez mayor, y sin pensar en separarse de la Iglesia de Roma, se reunían para leer juntos y celebrar cultos espirituales. Se apoderó de ellos un fuerte

espíritu de propaganda y toda la ciudad y sus alrededores se llenó del conocimiento del evangelio. Sin buscarlo, vino inevitable el choque con la iglesia papal, dentro de cuyo seno aun permanecían Valdo y sus adeptos. El contraste entre el cristianismo del Nuevo Testamento y el de la iglesia papal, era demasiado pronunciado para que fuera posible un acuerdo. El clero empezó a mirar con recelo a estos hombres humildes que de dos en dos, descalzos y pobremente vestidos iban por todas partes predicando la palabra. El arzobispo Guichard concluyó por citarlos, y creyendo que de un solo golpe podía sofocar el movimiento, les prohibió predicar. Valdo entonces apeló al papa, esperando, como más tarde Lutero, que la justicia de su causa sería reconocida. En Roma compareció junto con uno de sus colaboradores ante el concilio de Letrán, en marzo de 1179. El papa Alejandro III los trató amablemente y se interesó en la obra que hacían, tal vez abrigando el pensamiento de que los pobres de Lyon, como los llamaban, podrían permanecer dentro del seno de la Iglesia y quedar convertidos en algo parecido a una orden monástica. Pero los padres que componían el concilio les fueron hostiles y rehusaron acordarles la autorización de predicar. Gualterio Mapes, un fraile franciscano inglés, que se hallaba presente, escribió un relato acerca de la petición de estos valdenses: "No tienen —dice— residencia fija. Andan por todas partes descalzos, de dos en dos, vestidos con ropa de lana, no poseen bienes; pero como los apóstoles, tienen todas las cosas en común; siguiendo a aquel que no tuvo dónde reclinar la cabeza". El concilio nombró una comisión para que examinase el caso. El franciscano mencionado era miembro de esta comisión. Dice que procuró saber cuáles eran sus conocimientos y su ortodoxia, y los halló sumamente ignorantes, y halló extraño que el concilio les prestase atención. Pero el hecho es que en lugar de examinar a los valdenses sobre la Palabra de Dios y las doctrinas vitales del cristianismo, los examinadores les hicieron una serie de preguntas escolásticas sobre el uso de ciertos términos y frases del lenguaje eclesiástico, conduciéndolos por las sendas intrincadas de las especulaciones trinitarias. Los valdenses, felizmente, nunca habían aprendido estas cosas inútiles, y de ahí la comisión resolvió expedirse aconsejando que se les prohibiese predicar.

Vueltos a Lyon, los hermanos tuvieron que resolver qué actitud asumirían, y hallando que es menester obedecer antes a Dios que a los hombres, resolvieron seguir predicando aún a despecho de las prohibiciones del arzobispo y del papa. Convencidos de que nada podían esperar de este mundo, resolvieron romper definitivamente los vínculos que aun los ligaban al romanismo, y empezaron aún bajo la persecución, a sentir los beneficios de la libertad cristiana.

En el año 1181 fue lanzada contra ellos la definitiva excomunión papal, pero durante algunos años pudieron eludir sus consecuencias, gracias a las poderosas amistades que tenían en la ciudad, donde Valdo era generalmente estimado. Pero después de la promulgación del Canon del Concilio de Verona, en el año 1184, que condenaba a los pobres de Lyon, se vieron en la necesidad de salir de la ciudad y esparcirse por toda Europa, lo que hacían sembrando la simiente santa del evangelio por todas partes, como en siglos anteriores lo había hecho la Iglesia de Jerusalén al ser perseguida por Herodes.

Pedro Valdo, huyendo de la intolerancia y del despotismo clerical llegó hasta Bohemia, donde terminó sus días en el año 1217, después de cincuenta y siete años de servicios al Señor.

EXTENSIÓN DEL MOVIMIENTO VALDENSE. "Uno se formaría una idea muy errónea —dice Gay— de la importancia de la separación valdense del siglo xii, si se la redujese a las dimensiones de una secta oscura trabajando en una esfera limitada. ¡No! Fue más bien un poderoso movimiento que se extendió rápidamente y arrancó al papado centenares de miles de fieles en toda la Europa. Es así como se explican los temores del papado y las medidas extremas de represión que inventó para defenderse".

Los valdenses, animados de un santo celo misionero llegaron a España y se establecieron especialmente en las provincias del Norte. El hecho de que dos concilios y tres reyes se hayan ocupado de expulsarlos, demuestra que su número tenía que ser considerable. El clero era impotente para detener el avance, y alarmado, pidió al papa Celestino III que tomase medidas en contra del movimiento. El papa entonces mandó un legado, en el año 1194, quien convocó una asamblea de prelados y nobles, la cual se reunió en Lérida, asistiendo personalmente el mismo rey Alfonso II. Allí se confirmaron los decretos papales contra los herejes, y se promulgó otro nuevo concebido en estos términos: "Ordenamos a todo valdense que, en vista de que están excomulgados de la santa iglesia, enemigos declarados de este reino, tienen que abandonarlo, e igualmente a los demás estados de nuestros dominios. En virtud de esta orden, cualquiera que desde hoy se permita recibir en su casa a los susodichos valdenses, asistir a sus perniciosos discursos, proporcionarles alimentos, atraerá por esto la indignación de Dios todopoderoso y la nuestra; sus bienes serán confiscados sin apelación, y será castigado como culpable del delito de lesa majestad... Además cualquier noble o plebeyo que encuentre dentro de nuestros estados a uno de estos miserables, sepa que si los ultraja, los maltrata y los persigue, no hará con esto nada que no nos sea agradable".

Este terrible decreto fue renovado tres años después en el Concilio de Gerona, por Pedro II, quien lo hizo firmar por todos los gobernadores y jueces del reino. Desde entonces la persecución se hizo sentir con violencia, y en una sola ejecución, 114 valdenses fueron quemados vivos. Muchos, sin embargo, lograron esconderse y seguir secretamente la obra de Dios en el reino de León, en Vizcaya, y en Cataluña. Eran muy estimados por el pueblo a causa de la vida y costumbres austeras que llevaban, y hasta se menciona al obispo de Huesca, uno de los más notables prelados de Aragón, como protector decidido de los perseguidos valdenses.

Pero Roma no descansaba en su funesta obra de hacer guerra a los santos, y la persecución se renovaba constantemente, llegando a su más alto desarrollo allá por el año 1237, en el vizcondado de Cerdeña y Castellón, y en el distrito de Urgel. Cuarenta y cinco de estos humildes siervos de la Palabra de Dios fueron arrestados, y quince de ellos quemados vivos en la hoguera. El odio llegó a tal punto, que hicieron quemar en la hoguera los cadáveres de muchos sospechosos de herejía, que habían fallecido en años anteriores, entre los que figuraban Amoldo, vizconde de Castellón y Ernestina, condesa de Foix.

En Francia el movimiento era extenso y fuerte. En Tolosa, Beziers, Castres, Lavaur, Narbona y otras ciudades del mediodía, tanto los nobles como los plebeyos, eran en su mayoría valdenses o albigenses. El papa Inocencio III alarmado, empleó toda clase de medidas para sofocarlos y detener su avance por Europa. Los emisarios papales nada podían conseguir ni con sus discusiones ni con sus amenazas. El mismo "santo" Domingo fue encargado por el papa de suprimir la herejía, y la falta de éxito les llevó a proclamar la cruzada de la que hablaremos más adelante. En el Delfinado se establecieron los valdenses al ser expulsados de Lyon, y en medio de constantes persecuciones supieron mantenerse unidos y proseguir vigorosamente la obra de amor por la que exponían sus vidas y sus bienes.

En Alsacia y Lorena, hubo desde el año 1200, tres grandes centros de actividad misionera; en Toul, el obispo Eudes ordenaba a sus fieles a que prendiesen a todos los waldoyos y los trajesen encadenados ante el tribunal episcopal; en Metz, el barba (pastor) Crespín y sus numerosos hermanos confundían al obispo Bertrán, quien en vano se esforzaba por suprimirlos; en Estrasburgo, los inquisidores mantenían siempre encendido el fuego de la intolerancia contra la propaganda activa que hacía el barba Juan, el presbítero y más de 500 hermanos que componían la iglesia mártir de esa ciudad.

En Alemania, los valdenses sembraban la Palabra de norte a sur y de este a oeste. Tres siglos después se hallaban los frutos de sus heroicos esfuerzos.

En Bohemia, donde se supone que el mismo Pedro Valdo terminó su gloriosa carrera, los resultados de las misiones fueron fecundos. A mediados del siglo xiii, los cristianos que habían sacudido el yugo del papismo eran tan numerosos, que el inquisidor Passau nombraba cuarenta y dos localidades ocupadas por los valdenses.

En Austria era también muy activa la obra de propaganda, y a principios del siglo xiv, el inquisidor Krens hacía quemar 130 valdenses. Se cree que el número de éstos en Austria no bajaba de 80.000.

En Italia los valdenses estaban diseminados y bien establecidos en todas partes de la península. Tenían propiedades en los grandes centros y un ministerio itinerante perfectamente organizado. En Lombardía los discípulos de Arnolfo de Brescia se habían unido a los pobres de Lyon, y bajo la dirección espiritual de Hugo Speroni mantenían viva la protesta contra la corrupción del romanismo. En Milán poseían una escuela que era el centro de una gran actividad misionera.

En Calabria se establecieron muchos valdenses del Piamonte desde el año 1300, en las vastas posesiones de Fuscaldo, en Montalto, para cultivar la tierra, y transformaron en un jardín esa región inculta, construyendo también algunas villas, como ser San Sixto y Guardia. Habían conseguido cierta tolerancia, y se les permitía celebrar secretamente sus cultos con tal de que pagaran los diezmos al clero.

En tres de los valles del Piamonte —Lucerna, Perusa y San Martín— los valdenses se establecieron en las primeras décadas del siglo xm. Los documentos históricos a que se puede recurrir actualmente no autorizan a sostener que los habitasen antes de esta época, aunque muchos lo suponen. Es la región que ocupa el principal lugar en la historia de este pueblo, porque mientras en otras partes fueron exterminados o perdieron su existencia como pueblo distinto, en los valles ya mencionados se han conservado hasta nuestros días. Se supone que se establecieron en los valles después de la expulsión de Lyon. Encontraron esa región muy poco habitada y al principio disfrutaron la relativa tranquilidad, pero en 1297 empezaron las persecuciones que a pesar de ser crueles y constantes no lograron abatir ni dominar al ejército heroico que fue llamado "el Israel de los Alpes" y que mantuvo el culto de Dios verdadero en aquellos días de densas tinieblas y groseras supersticiones.

VIDA RELIGIOSA DE LOS VALDENSES. Ahora que hemos bosquejado el origen y desarrollo del movimiento valdense, nos ocuparemos de las creencias y costumbres de este pueblo admirable.

Sus trabajos misioneros eran el fruto de una consagración general de todos los miembros de las iglesias y se llevaban a cabo planes bien definidos y sistemáticamente ejecutados. La base de todas las operaciones era el hospicio o casa valdense; en todas las ciudades donde podían, los valdenses tenían una casa atendida por un rector, y hermanas que se ocupaban del trabajo interno, en la que los misioneros itinerantes encontraban no sólo hospedaje sino un lugar de culto, donde convocaban a los creyentes del distrito para oír la predicación de los barbas o pastores. Cuando se sentaban a comer pronunciaban la siguiente oración: "El Dios que bendijo a los cinco panes de cebada y a los dos peces para sus discípulos en el desierto, bendiga los alimentos que están sobre esta mesa y los que serán traídos". Al levantarse de la mesa decían: "Dios recompense abundantemente a todos los que nos hacen bien, y que después de darnos lo material, nos dé el pan espiritual. ¡Que siempre esté con nosotros!"

El inquisidor de Passau presenta a los colportores valdenses viajando de pueblo en pueblo, vendiendo mercaderías para ganar entrada en las casas y así poder anunciar el evangelio, después de preparar sabiamente el terreno. A las casas ricas entraban ofreciendo joyas. Después de mostrar los anillos, prendedores, aros y otras prendas, si les preguntaban qué otras joyas tenían, contestaban: "Sí, tenemos joyas más preciosas que las que ustedes han visto, se las mostraremos si se comprometen a no denunciarnos al clero." Cuando obtenían la promesa formal de que se mantendría el secreto, proseguían: "Tenemos una piedra preciosa, tan brillante que por su luz el hombre puede ver a Dios, y tan radiante que puede encender el amor de Dios en el corazón del que la posee". Así continuaban hablando hasta presentar el pergamino sobre el que estaban escritos algunos trozos de la Palabra de Dios.

El culto entre ellos consistía principalmente en la lectura del Nuevo Testamento, seguido de explicaciones y exhortaciones. Terminaban repitiendo de rodillas el Padre Nuestro. La lectura de la Biblia ocupaba un lugar muy importante en la vida de este pueblo. El inquisidor antes mencionado pone en sus labios estas palabras: "Entre nosotros enseñan los hombres y las mujeres, y los alumnos de una semana ya enseñan a otros Entre lo católicos se encuentra difícilmente un maestro que pueda repetir de memoria, letra por letra, tres capítulos de la Biblia; pero entre nosotros, es difícil hallar un hombre o una mujer que no pueda repetir todo el Nuevo Testamento, en su idioma nativo".

Las creencias religiosas de los valdenses, según se desprende de sus escritos y de los de sus adversarios, han sido estudiadas a fondo y expuestas por Juan Francisco Gay en su tesis teológica presentada a la Academia de Lausana, en 1844. De ese estudio resulta que las doctrinas valdenses eran en el fondo las mismas que profesan las iglesias evangélicas actualmente. Las Sagradas Escrituras eran para ellos la única regla de fe y práctica; todo lo que podía demostrarse por medio de ella era aceptado como divinamente revelado, pero lo que se enseñaba sin esa base era rechazado como doctrina de hombres e innovaciones peligrosas. Sostenían que las Escrituras debían ser leídas por todos los creyentes y no sólo por los que tenían el don de enseñar la doctrina. Condenaban como absurdo el uso de una lengua desconocida en los actos del culto. La fe verdadera está siempre acompañada de buenas obras, pero no son las obras las que salvan. El pecador es justificado delante de Dios solamente por la fe en Cristo Jesús. Lo que se llama "méritos" hechos por los hombres, no pueden expiar el pecado y dar la salvación. La misa es una abominación a Dios; Cristo fue ofrecido una sola vez por los pecados de muchos. Las indulgencias que concede la iglesia romana no tienen ningún valor. El purgatorio no existe. Todo lo que se hace por la salvación de los muertos son cosas inútiles. Repetir oraciones en una lengua desconocida es un acto sin beneficio. Jesucristo es el único mediador entre Dios y los hombres, según la enseñanza de San Pablo en su Primera Epístola a Timoteo, y otros pasajes de la Biblia. En lugar de invocar a los santos debemos imitar sus virtudes. El culto de los santos y de las imágenes es una idolatría que Dios desaprueta. Sólo es iglesia verdadera aquella que profesa la doctrina pura, que se distingue por la santidad de sus miembros, y administra las ordenanzas del bautismo y de la santa cena en conformidad con la institución primitiva. La Iglesia de Roma no es la iglesia de Jesucristo; es la ramera apocalíptica, embriagada con la sangre de los santos, y hay que salir de ella para escapar de los castigos que sobrevendrán a los que participan de sus abominaciones. El papa es el hombre de pecado e hijo de perdicción, mencionado en Segunda Tesalonicenses, capítulo segundo. La gracia de Dios se recibe por medio de la fe y no por virtud sacramental. La consagración sacramental no obra la pretendida transubstanciación. La adoración de la hostia es un acto idolátrico. La misa es un sacrilegio que fue inventado para abolir la cena del Señor. Hay que confesar los pecados a Dios. Las penitencias no son necesarias;

Cristo perdonaba y enviaba en paz a los pecadores sin imponerles penitencias. Hay que rechazar los ritos papistas del matrimonio. La extremaunción no fue establecida ni por Cristo ni por los apóstoles. No hay sacerdotes en las iglesias cristianas del Nuevo Testamento. Todos los creyentes son profetas y deben asegurarse, por medio de las Escrituras, de la verdad que predicán. Todos los creyentes son reyes y sacerdotes, espiritualmente hablando, y deben tomar parte en el gobierno de la iglesia que no reconoce autoridad clerical despótica.

Basados en el sermón del monte, interpretado literalmente, condenaban el juramento civil, el servicio militar, la pena capital y todo derramamiento de sangre y peleas.

A la pureza doctrinal unían la santidad de la vida que confundía a sus más encarnizados enemigos. Oigamos lo que el inquisidor de Passau dice acerca de ellos: "Uno puede conocerlos por sus costumbres y sus conversaciones. Ordenados y moderados evitan el orgullo en el vestido, que son de telas ni viles ni lujosas. No se meten en negocios, a fin de no verse expuestos a mentir, a jurar ni engañar. Como obreros viven del trabajo de sus manos. Sus mismos maestros son tejedores o zapateros. No acumulan riquezas y se contentan de lo necesario. Son castos, sobre todo los lioneses, y moderados en sus comidas. No frecuentan las tabernas ni los bailes, porque no aman esa clase de frivolidades. Procuran no enojarse. Siempre trabajan y, sin embargo, hallan tiempo para estudiar y enseñar. Se les conoce también por sus conversaciones que son a la vez sabias y discretas; huyen de la maledicencia y se abstienen de dichos ociosos y burlones, así como de la mentira. No juran y ni siquiera dicen es verdad, o ciertamente, porque para ellos eso equivale a jurar".

¡Admirable sabiduría de Dios que dispuso que el elogio de sus siervos fuese escrito por sus mismos verdugos, y es conservado a través de los siglos, hasta nuestros días!

ANTIGUA LITERATURA VALDENSE. Las bibliotecas públicas de muchas de las grandes ciudades de Europa poseen preciosos manuscritos sobre pergamino que contienen escritos valdenses de gran antigüedad. Hay ejemplares manuscritos del Nuevo Testamento valdense en las bibliotecas de París, Estrasburgo, Munich, Zurich, Grenoble, Dublín, Cambridge y Ginebra.

Los valdenses del siglo xiii tenían su propio dialecto, al cual, desde su origen, tradujeron los libros de las Sagradas Escrituras. También escribieron muchos libros y tratados de los cuales se conservan algunos hasta hoy. El dialecto que hablaban es semejante al italiano, francés y español, como se puede ver en la siguiente frase:

La ley velha deffent solamen perjurar,
Ma la novella di al pos tot non jurar".

La mayor parte de estos escritos son sermones o tratados de edificación sobre temas como éstos: El Padre Nuestro; Los Diez Mandamientos; Los Siete Dones del Espíritu Santo; El Purgatorio y la Penitencia; El Anticristo; Las Virtudes; Las Penas y los Goces del Paraíso; La Invocación de los Santos, etc.

Citaremos algunos párrafos de El Anticristo, en el cual se ve que los valdenses tenían sobre este punto la misma idea que siglos más tarde fue creencia en todas las iglesias reformadas, es decir, que cuando el Nuevo Testamento habla del Anticristo no se refiere a un individuo sino a un sistema de maldad y de error, el cual se ha manifestado en la Iglesia de Roma. Dice así, entre otras cosas:

"El Anticristo es una falsedad o engaño barnizado con la apariencia de verdad, y de la justicia de Cristo y de su esposa, pero en oposición al camino de verdad, justicia, fe, esperanza, caridad, como a la moral. No se trata de una persona en particular, establecida en algún rango,

oficio o ministerio, sino de un sistema de falsedad que se opone a la verdad, cubriéndose y adornándose con apariencia de hermosura y piedad, pero inconveniente a la iglesia de Cristo, como puede verse por los nombres, los oficios, las Escrituras, los sacramentos y varias otras cosas. El sistema de iniquidad así completado con sus ministros, grandes y chicos, sostenidos por los que son inducidos a seguirlo con corazón malo y ojos vendados —es la congregación, que en conjunto compone lo que se llama Anticristo o Babilonia, la cuarta bestia, la ramera, el hombre de pecado, el hijo de perdición. Sus ministros son llamados falsos profetas, maestros mentirosos, ministros de tinieblas, el espíritu de error, la ramera apocalíptica, la madre de las fornicaciones, nubes sin agua, árboles sin hojas, dos veces muertos, desarraigados, estrellas erráticas, baalamitas y egipcios".

"Es llamado Anticristo porque cubierto con los nombres de Cristo y de su iglesia y miembros fieles, combate la salvación que Cristo hizo, y que es verdaderamente administrada en su Iglesia, y de cuya salvación los creyentes participan por medio de la fe, la esperanza y el amor. Se opone a la verdad por medio de la sabiduría de este mundo, por medio de la falsa religión por medio de la santidad aparente, por medio de los poderes eclesiásticos, por la tiranía secular, y por las riquezas, honores, dignidades, con los placeres y comodidades de este mundo. Hay que tener muy en cuenta que el Anticristo no podía existir sin que concurriesen estas cosas, formando un sistema de hipocresía y de falsedad, con los sabios de este mundo, las órdenes religiosas, los fariseos, ministros y doctores; el poder secular, con la mezcla del pueblo mundano. Porque el Anticristo estaba concebido en los días de los apóstoles, estaba entonces en su infancia, imperfecto, no terminado, rudo, sin forma y mudo. Necesitaba estos ministros hipócritas y ordenanzas humanas y la exhibición exterior de órdenes religiosas que más tarde obtuvo. Como no tenía riquezas ni otros medios necesarios para atraer ministros a su servicio, y que le permitiesen multiplicar, defender y proteger sus adherentes, y también necesitaba poder secular para obligar a otros a dejar la verdad y abrazar la mentira. Pero al crecer sus miembros, esto es, sus ciegos y disimuladores ministros, y sujetos mundanos, llegó por fin a la edad madura, cuando hombres con los corazones ligados a este mundo, ciegos en fe, multiplicados en la iglesia, y por la unión de la iglesia y el estado, consiguió tener en sus manos el poder de ambos".

"Cristo nunca tuvo peor enemigo; tan capaz de pervertir el camino de la verdad en mentira, a tal punto que la verdadera iglesia y sus hijos fuesen hollados bajo sus pies. El culto que pertenece sólo a Dios, el Anticristo lo transfirió a sí mismo —a la criatura muerta, macho y hembra— imágenes, esqueletos y reliquias. El sacramento de la eucaristía está convertido en un objeto de adoración, y se prohíbe adorar sólo a Dios. Despoja al Señor de sus méritos, y la suficiencia de su gracia en la justificación, regeneración, remisión de pecados, santificación, establecida por la fe y alimento espiritual; atribuyéndose estas cosas a su propia autoridad, a forma de palabras, a sus obras, a la intercesión de santos, y al fuego del purgatorio".

"Enseña a bautizar niños a la fe, y atribuye a esto la obra de la regeneración; confundiendo así la obra del Espíritu Santo con el rito externo del bautismo, y sobre esta base concede órdenes, y hace descansar todo su cristianismo. Hace depender toda la religión y la santidad en ir a misa, y ha mezclado toda clase de ceremonias, judías, paganas y cristianas; y así el pueblo está privado de alimentos espirituales, apartado de la verdadera religión y de los mandamientos de Dios, y confiado en vanas y presuntuosas esperanzas. Todas sus obras son hechas para ser vistas de los hombres y poder engullir con insaciable avaricia, y por eso todas las cosas se ponen en venta".

"Por lo que se ha dicho, podemos ver en qué consiste la perversidad y maldad del Anticristo, y que Dios manda a su pueblo separarse de él, y unirse a la santa ciudad de Jerusalén. Y habiendo sido la voluntad de Dios que conociésemos estas cosas, por medio de sus siervos,

creyendo que es su voluntad revelada, según las Sagradas Escrituras, y amonestados por los mandamientos del Señor, nosotros, interior y exteriormente, nos separamos del Anticristo".

De los escritos valdenses más notables, mencionaremos los siguientes:

La Barca. Contiene 56 estrofas de 6 versos cada una, representando la vida del creyente bajo la figura de una barca navegando hacia el puerto celestial. Los viajeros llegan salvos solamente si toman a Jesucristo por piloto y confían en sus méritos. Es la misma idea que se expresa en nuestro himno titulado La Nave Evangelista.

Le Novel Sermón. Consta de 408 versos divididos en 21 párrafos. Llama la atención sobre los caminos engañosos del mundo y expone la necesidad de servir a Cristo.

Le Novel Confort. Es una exhortación dirigida a los cristianos para que vivan separados del mundo, y demuestra que el evangelio es el único camino seguro de salvación.

La Noble Leyczon. Consta de 479 versos. Es una exposición de las tres leyes dadas por Dios: la ley natural, la ley mosaica y la ley evangélica. Se presenta a los apóstoles de Cristo como modelos de abnegación y pobreza voluntaria. En sus días los que deseaban vivir piadosamente estaban constantemente expuestos a persecución, lo que se expresa en esta estrofa:

"Que non vogli maudir in jurar, ni mentir,
N'occir, ne avoutrar, ne prendre de altrui,
Ne s'avengear deli suo ennemi,
Loz Ksom gu'es Vaudes e los feson morir.

Es decir, que cuando hay alguno "que no quiere maldecir, ni jurar, ni mentir, ni matar, ni adúlterar, ni robar, ni vengarse de sus enemigos, dicen que es valdense y lo hacen morir".

Lo Payre Etemal. Es una oración que reproduce frecuentemente pasajes de los Salmos. Está dividida en 156 versos que forman 52 estrofas.

Lo Desprezci del Mona. Son 115 versos sobre el deber del cristiano de vivir completamente separado del mundo, sin dejarse seducir por el amor a las cosas materiales.

L'Evangeli deli Quatre Semencz. Es un poema basado en la parábola del sembrador, describiendo el fin que tuvo la simiente del evangelio.

La cruzada contra los albigenses.

Los albigenses eran la rama del gran movimiento valdense que se desarrolló en el sur de Francia, y este nombre les fue dado por ser numerosos en la ciudad de Albi. Cuando los papas lanzaban sus bulas fulminantes contra ellos, los llamaban indistintamente albigenses y valdenses, y la misma cosa hacían los inquisidores.

Eran tan numerosos que la ciudad de Tolosa, y unas diez y ocho ciudades del Languedoc, de Provenza, y del Delfinado estaban tan llenos de ellos que se alarmó la corte pontificia, y el papa Inocencio III resolvió exterminarlos. Este papa, que es reconocido como una de las glorias del catolicismo, era un hombre ambicioso y despótico. Pretendía tener dominio absoluto sobre todos los monarcas de la tierra, y se sentía molesto al ver el progreso de lo que el llamaba herejía, en países que su ambición colocaba bajo su control.

En 1198 envió al sur de Francia a dos frailes cistercienses, Rainer y Guido, bien recomendados a los obispos de aquellos parajes, para que les prestasen toda clase de ayuda en el desempeño de su cometido. Estos frailes a quienes el papa había conferido poderes ilimitados,

tenían que procurar convencer a los albigenses, y si no tenían éxito, pronunciarían contra ellos la excomunión. Los nobles y las autoridades quedarían obligados a expulsarlos del país después de confiscarles todos sus bienes; y si se atrevían a regresar, tenían que ser castigados más severamente. Aquellos que recibiesen a los herejes o les diesen cualquier clase de protección, sufrirían el mismo castigo que ellos. En caso necesario tenían que apelar a la espada, y el papa ofrecía a todos los que ayudasen a los legados en esta forma, las mismas indulgencias que se concedían a los peregrinos que visitaban la supuesta tumba de Santiago de Compostela. Es curioso observar los argumentos que empleaba el papa para justificar estas crueles medidas. Decía que los albigenses tenían que ser tratados como ladrones, porque aunque no tocaban los bienes materiales de otros, al procurar apartarles de la Iglesia de Roma, les robaban sus bienes espirituales; el que quita al hombre su fe le roba su vida, porque el hombre vive por su fe. ¡Mucho se interesaba Inocencio III en la fe y la vida espiritual del pueblo!

Los enviados del papa tuvieron varias conferencias con los pastores albigenses y discutieron juntos los puntos doctrinales en que estaban en desacuerdo, pero como los albigenses no reconocían otra autoridad que la voluntad del Señor revelada en las Escrituras, y los legados apelaban a la autoridad del papa y de los concilios, toda reconciliación resultaba imposible. En una de estas conferencias que tuvo lugar en 1207, en Monteal, cerca de Carcassone, Diego de Osma, obispo español y el famoso "santo" Domingo, discutieron con un pastor llamado Amoldo Hot, quien sostuvo las siguientes tesis: la Iglesia de Roma no es la esposa de Cristo, ni la iglesia santa, sino la Babilonia Apocalíptica, embriagada con la sangre de los santos y mártires; que su doctrina es doctrina de Satanás, su constitución no es santa, ni fundada por Cristo; la misa, en la forma como es celebrada, no tuvo su origen en Cristo ni en los apóstoles.

Nada podían lograr los representantes del papa por estas conferencias, que sólo lograban confirmar más a los albigenses en su fe. Entonces quisieron inducir a Raimundo, conde de Tolosa, a emplear medidas violentas, pero este conde ya porque simpatizase con las doctrinas valdenses, ya porque fuese hombre tolerante, no quería poner su espada al servicio de los emisarios de Roma. Fue entonces excomulgado y toda la actividad clerical se concentró contra él. Ocurrió en este tiempo que uno de los legados del papa, Pedro de Castelnaud, fue asesinado, y se acusaba al conde de Tolosa de haber sido el promotor de este hecho. Basados en este pretexto, empezaron a predicar la cruzada, apelando contra los pacíficos albigenses a los mismos medios que habían empleado contra los sarracenos. El 28 de mayo de 1209 el papa Inocencio III firmó la bula instituyendo la cruzada y ofreciendo privilegios e indulgencias a todos los que tomasen las armas en esta guerra de exterminio. ¡Vociferaban porque un fraile había sido muerto, y no vacilaban en sancionar el asesinato de miles de inocentes!

Poco tiempo después Amoldo de Citeaux pasaba revista en Lyon, a un ejército de 300.000 cruzados que dieron principio a esa guerra de pillaje, de fanatismo y crueldad, que el muy católico Chateaubriand tuvo el valor de declarar que fue "uno de los episodios más abominables de la historia", y que se prolongó veinte años, desolando aquella floreciente región de Francia.

La resistencia del conde de Tolosa duró poco tiempo, pero la prosiguió su sobrino Rogelio, hasta que cayó en poder de los cruzados. No podemos entrar aquí en todos los detalles de esta larga guerra, pero vamos a referir los hechos principales.

Cuando el inmenso alud de cruzados avanzaba sobre Beziers, comprendiendo Rogelio que toda resistencia era inútil y que la ciudad y sus habitantes serían destruidos, salió de la ciudad y se arrojó a los pies del legado, pidiéndole que no hiciese perecer a sus súbditos, de los cuales la mayor parte no eran albigenses. El obispo católico de la ciudad hizo otro tanto e intercedió por su pueblo, pero todo fue inútil ante la sed de sangre y ambición de pillaje. El ataque se llevó a cabo

matando a hombres, mujeres y niños. Cesarius cuenta que cuando estaban por entrar en la ciudad, Amoldo, sabiendo que había muchos católicos que podían perecer, preguntó al legado papal qué debía de hacer, y éste le contestó: "Matad a todos. Dios reconocerá a los suyos".

Rogelio consiguió escaparse y llegar a la vecina ciudad de Carcassonne, la cual también pronto fue sitiada. Esta ciudad estaba fortificada y no podía ser tomada sino después de un sitio prolongado. Los habitantes albigenses y católicos, sabiendo que la consigna era matar a todos, para que no quedase ningún hereje confundido entre otros, se dispusieron para la defensa. Morir por morir, preferían morir combatiendo por sus derechos a entregarse sin resistencia. Mientras tanto, las huestes de los cruzados aumentaban en número y no menos de 300.000 se dispusieron a llevar el ataque a la ciudad. La lucha fue reñida, y los defensores de la ciudad mostraron gran valentía, pero la superioridad numérica de los cruzados era tal que concluyeron por tomar la plaza y matar a todos los que no lograron huir, por un camino subterráneo que conducía a las afueras. "Era un espectáculo sombrío y triste —dice un escritor— ver la mudanza y partida, acompañada de suspiros, lágrimas y lamentaciones, al pensamiento de que tenían que abandonar sus habitaciones y sus bienes terrenales, y salir en busca de un escape incierto; los padres conduciendo a sus hijos, y los más robustos cargando con los más débiles; y sobre todo oír las lamentaciones tristísimas de las mujeres".

Después de este acontecimiento, el marqués de Monferrato, quien había actuado en las cruzadas contra los musulmanes, fue nombrado jefe de las fuerzas, para dar al movimiento un carácter más militar y hacer posible la conquista sin tan enormes pérdidas de gente. Cubierto con la máscara de la religión que ocultaba su corazón sanguinario y sus bajos apetitos, el nuevo jefe fue tan cruel y despiadado que el mismo papa desaprobó su conducta. Atacó el castillo de Minerva, una fortificación natural cerca de Narbona, diciendo que era un lugar abominable porque en él no se había cantado una misa desde hacía treinta años. Por falta de agua tuvo que rendirse el marqués de Termes. Le exigían que abjurase de su fe y entrase en el seno de la Iglesia Romana, y como él rehusase, lo encerraron en una prisión donde murió poco tiempo después a consecuencias del mal trato que le daban. Su esposa, su hermana y una hija joven se mantuvieron firmes en la fe y sucumbieron quemadas vivas en la hoguera después de ser cruelmente atormentadas. Un día el duque mandó que ciento ochenta personas fuesen arrojadas a las llamas.

En el año 1211 fue tomada la ciudad de Albi. El 3 de mayo de 1212, Lavaur, la gran fortaleza albigense, cayó en poder de los cruzados, y sus habitantes tuvieron el mismo fin que los de las otras ciudades que habían sido tomadas. Aimeric y su hermana Geralda, señores de Lavaur, sucumbieron luchando por el pueblo. Él fue ahorcado ignominiosamente y ella arrojada a una fosa donde la apedrearon hasta morir.

El rey de Francia Luis VIII se unió con sus fuerzas a los cruzados y se apoderó de Aviñón. Los atacantes se dirigieron luego a Tolosa, donde sucumbió Monfort. La ciudad fue tomada en el año 1221.

La guerra continuó durante varios años más, hasta que se firmó el tratado de París, en 1229, pero la inquisición instituida por "santo" Domingo continuó la obra de persecución. Los albigenses que no sucumbieron en las hogueras o por la espada se diseminaron por muchas partes de Europa donde continuaron su obra, siendo conocidos bajo el nombre de valdenses. Sirvan estos hechos para demostrar el carácter perseguidor e intolerante del romanismo, y para hacernos ver que son fieles las palabras en las cuales Dios promete alentar a sus siervos en medio de las apreturas de este mundo.

"La Palabra del Señor permanece para siempre". Nada pudieron hacer 300 años de persecución bajo Roma pagana, y nada pudo Roma papal embriagándose con la sangre de los

LA MARCHA DEL CRISTIANISMO
Desde Los Apóstoles Hasta los Valdenses

santos y mártires del Señor Jesús. Y hasta que el Señor venga, haciendo frente a todos los embates de la persecución, de la incredulidad, de la burla, del fanatismo y del error, los cristianos continuarán siendo testigos del poder del evangelio, alentados por aquel que dijo: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

SE TERMINÓ DE TRANSFORMAR A FORMATO DIGITAL POR
ANDRÉS SAN MARTÍN ARRIZAGA, 22 DE MAYO DE 2007